



La
BIBLIA
Popular

1 Reyes

2 Reyes

1 Crónicas

2 Crónicas

Esdras

Nehemías

Ester

Job

Salmos

Proverbios

Eclesiastés

Cantares

Rudolph E. Honsey

La Biblia Popular

ROLAND CAP EHLKE

Editor General y Editor de Manuscrito

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

Job

Rudolph E. Honsey

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Primera impresión en español, 1995

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de manipulación mecánica de textos, tampoco puede ser transmitida en cualquier forma o medio ya sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, ni ningún otro, excepto citas breves con fines de estudio o revisión, sin previa autorización de la compañía publicadora.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Tarjeta de la Biblioteca del Congreso 96-67491

Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St.
Milwaukee, WI 53226-3284

© 1996 publicado por Northwestern Publishing House
Publicado en 1996
Impreso en los Estados Unidos de Norteamérica

ISBN 0-8100-0589-1

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio de la edición en español</i>	vii
Introducción.....	1
El Prólogo que nos presenta a Job (1-2).....	11
Los discursos de Job y de los tres amigos (3-31).....	33
Los discursos de Eliú (32-37).....	237
Dios le habla a Jacob.....	293
Epílogo (42).....	352
Tabla de Biblias.....	369

ILUSTRACIONES

Job sobre las cenizas.....	<i>cubierta</i>
Job y su familia.....	viii
Job recibe las malas noticias.....	21
Job y sus tres amigos.....	238
Job consolado por su nueva familia.....	360

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es exactamente lo que el nombre implica, una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras en la versión Reina-Valera, revisión de 1995 (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen: el trasfondo histórico, explicaciones del texto, y aplicaciones personales.

Los autores de *La Biblia Popular* son eruditos a quienes no falta la sabiduría práctica adquirida en años de consagración a los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto han procurado evitar términos técnicos, que han hecho de otras series de comentarios material útil solo para especialistas en temas bíblicos.

El aspecto más importante de estos libros es que ellos están centrados en Cristo. Jesús mismo dijo acerca de las escrituras del Antiguo Testamento, “y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada libro de *La Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de mapas e ilustraciones, e incluso de información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros incluyen títulos de página para llevar al lector al pasaje que él esté buscando.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin. Este proyecto también tiene una deuda de gratitud al Rev. Loren A. Schaller. Hasta cuando él acepto el llamado para salir de Northwestern Publishing House y de regreso al ministerio parroquial, el Pastor Schaller sirvió como Editor General.

Es nuestra oración que este esfuerzo pueda continuar de la misma manera como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original, para su mejor adaptación a la versión *Reina-Valera, revisión de 1995*.

Cuando el comentario originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerde plenamente con el de la versión *Reina-Valera, Revisión de 1995*, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por el Rev. Otoniel Rodríguez S., pastor en Torreón Coahuila. El pastor Rodríguez fue titulado en medicina por la Universidad Nacional Autónoma de México y actualmente sirve como presidente de la iglesia Evangélica Luterana Confesional en México. Ha contribuido con varios artículos para *El Mensajero Luterano*. La Sra. Ma. Cristina Zimdars, esposa de un misionero en Monterrey, Nuevo León, y la Sra. Albina Teigen, natural de Lima, Perú y esposa de un pastor en Belview, Minnesota, colaboraron en la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

La publicación de este libro ha sido posible gracias a una subvención de Lutheran Brotherhood. Agradecemos su valiosa contribución.

Adviento de 1995
Paul J. Harman, director
Comunicación en Masa para Latinoamérica (WELS)
El Paso, TX



Job y su familia

El personaje que figura en el título

El libro de Job lleva el nombre de su personaje principal, la única persona que aparece en la Biblia con este nombre. Aunque el nombre del hijo de Isacar, que se menciona en Génesis 46:13, también se le llama “Job” en la versión de *Reina Valera* (revisiones de 1970 y 1977), el nombre es diferente en el hebreo original. Tanto la etimología exacta como el significado del nombre del personaje de este libro son inciertos.

En la actualidad muchos eruditos han cuestionado la historicidad de los personajes y de los acontecimientos que se narran en este libro; lo consideran como un relato ficticio, que narra los grandes sufrimientos que soportó un hombre, quien se destaca como un ejemplo supremo que debemos imitar. Sin embargo, niegan que alguna vez haya existido la persona real llamada Job, que hubiera vivido y experimentado las aflicciones tan severas que se le atribuyen.

Pero en el libro mismo de Job, no hay ningún indicio de que se trate: de un simple poema, de una historia, o de un drama, que use personajes ficticios. Por el contrario, desde el primer versículo se nos presenta a Job como un ciudadano que vivió en la tierra de Uz; y a través de todo el libro, Job actúa y habla como un ser humano real.

Hay dos pasajes en la Biblia en los que se menciona a Job: Ezequiel 14:14-20 y Santiago 5:11. El profeta Ezequiel nombra a Job junto con Daniel y Noé; en dos de los versículos de Ezequiel Dios declara que su pueblo Israel había pecado en gran manera contra Él, al grado que ni las oraciones de estos tres grandes héroes de la fe podrían evitar que el pueblo o su descendencia se salvaran de las consecuencias de sus pecados. En el Nuevo Testamento, Santiago habla de Job como de un personaje histórico cuando dice:

“Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin que le dio el Señor” (Santiago 5:11). De alguna forma Job había conocido y adorado al verdadero Dios.

La época de los acontecimientos que se relatan en el libro de Job

Como el libro de Job no hace mención específica de otros libros ni de personajes del Antiguo Testamento, es imposible fijar la fecha precisa en la que ocurrieron los acontecimientos que se narran en este libro. Sin embargo, hay varios indicios de que ocurrieron en una fecha temprana. Aunque no sostenemos que el inspirado escritor haya tomado obras: del antiguo Egipto, Sumer, Asiria, Babilonia, o Ugarit, sí se nota que hay marcadas semejanzas entre los héroes de algunos de los relatos de esos países y el personaje principal del libro de Job. Todas esas historias tienen un trasfondo antiguo y describen las costumbres de esa época. La descripción de animales como el behemot (posible hipopótamo del Nilo que alcanza hasta cuatro metros de longitud y de cabeza gigantesca) y el leviatán, también sugieren una fecha temprana, tal como lo veremos cuando estudiemos los capítulos 40 y 41.

El libro de Job también tiene un sabor patriarcal cuando presenta a Job como un padre que asume la responsabilidad de ofrecer sacrificios por sus hijos adultos. Eso parece indicar que Job vivió en una época anterior al sacerdocio de Aarón; además, no hay referencias directas al pueblo de Israel en ninguna parte. Por todo esto debemos suponer que Job vivió antes de que los descendientes de Jacob llegaran a formar la nación judía.

Además, la longevidad de las personas que se mencionan en el libro de Job nos remite a una era temprana, tan antigua como los tiempos de Abraham, o posiblemente aún más antigua. Job, padre de diez hijos, no era ningún jovencito. Aun así su amigo Elifaz le dijo: “Cabezas canas hay entre nosotros, y hombres muy ancianos, mucho más avanzados en sus días que su padre (15:10).

En los versículos finales del libro se nos dice: “Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación. Job murió muy anciano, colmado de días” (42:16-17). Aun el cálculo más cauteloso nos llevaría a la conclusión de que la duración total de la vida de Job fue de entre 180 y 200 años, una vida más larga que la de Abraham o la de Isaac. Todas estas consideraciones parecen indicar un período temprano, en el que la gente vivía hasta muy avanzada edad.

En el versículo inicial del libro de Job encontramos dos indicios del lugar donde ocurrieron los acontecimientos y los discursos que se describen en el libro. El versículo 1 nos dice: “Había en el país de Uz un hombre llamado Job”.

El nombre “Uz” se menciona pocas veces en la Biblia, hay varias referencias a personas que se llamaron Uz. La tierra de Uz se menciona en Jeremías 25:20, junto con otras tierras del Medio Oriente. El pasaje que aporta más datos respecto de la ubicación de los acontecimientos que se narran en este libro, es Lamentaciones 4:21, en donde el autor exclama: “Goza y alégrate, hija de Edom, tú que habitas en la tierra de Uz”. La estructura paralela de estas dos líneas identifica a Uz con Edom, una tierra que está ubicada al sudeste de Israel y que bordea la orilla sur del Mar Muerto. La ubicación oriental de Israel concuerda con Job 1:3, en donde se describe a Job como “el hombre más importante de todos los orientales”. Además, al primero de los tres amigos de Job, cuyo nombre es Elifaz, se le menciona como “temanita”. Temán es un lugar asociado con Edom. El lugar de origen de los otros dos amigos de Job, Bildad y Zofar, no se puede identificar claramente, pero el contexto sugiere el área general que se encuentra al este de la tierra de Israel.

El Autor del libro

No tenemos que suponer que el libro de Job fue escrito en la época de los acontecimientos que narra; bien pudo haber sido

escrito varios siglos después. Tampoco hay evidencia contundente que señale la fecha o la identidad del autor. Como personas que aceptamos la Biblia como la Palabra de Dios, creemos que Job y los otros interlocutores que aparecen en el libro, dijeron las palabras que están registradas en él, y que Dios inspiró a alguien para que las escribiera. Eso puede haber ocurrido poco después de que esas palabras fueron pronunciadas, pero también es posible que hubiera transcurrido muchos siglos antes que fueran escritas en este libro.

Como ocurre con varios libros del Antiguo Testamento, ni el libro mismo, ni el resto de la Biblia, nos dicen quién fue el autor. Algunos han sugerido que fue Job en persona; otros dicen que fue Moisés, o algún otro individuo. La mayoría de los estudiosos bíblicos contemporáneos sostienen la opinión de que el libro fue escrito después de la época de Salomón.

Martín Lutero, al igual que muchos otros eruditos bíblicos conservadores, ha sugerido que Salomón fue el autor. Hay ciertas semejanzas entre el libro Job y dos de los libros bíblicos que creemos que fueron escritos por Salomón: Proverbios y Eclesiastés. Los tres libros: Job, Proverbios, y Eclesiastés, pueden ser catalogados como “literatura de sabiduría”. En particular, Job 28 tiene una notable semejanza con los capítulos: 1,8, y 9, de Proverbios, tanto en el vocabulario como en el contenido.

Sin embargo, no podemos establecer con ningún grado de certeza quién fue el autor humano del libro de Job. Como algunos otros libros del Antiguo Testamento, el libro de Job mismo no menciona a su autor humano. Aunque sería interesante para nosotros saber quién fue el autor humano del libro, es más importante que sepamos quien fue el autor divino; fue Dios mismo quien inspiró al escritor humano, quien quiera que haya sido.

Hablamos del “autor” (en singular) del libro de Job más bien que “autores” (en plural). Algunos comentaristas críticos de la Biblia no creen que el libro de Job sea una unidad, una obra literaria de una sola pieza. Consideran que los capítulos que están

escritos en prosa (1,2, y 42) y los capítulos que están escritos en verso (3-41) son obras separadas, escritas por diferentes autores. Sienten que tanto en espíritu como en estilo, las secciones en verso y en prosa, describen dos hombres y dos situaciones diferentes. Además, sostienen que diferentes autores escribieron varias porciones de la gran sección intermedia del libro, en especial: el capítulo que trata de la sabiduría (28), los discursos de Eliú (32-37), y los discursos del Señor (38-41). Y en verdad no era nada raro que los antiguos escritores alternaran la prosa y la poesía en sus escritos; tenemos cierto número de documentos del antiguo Egipto, así como literatura del Medio Oriente, escritos en este estilo, que se reconocen como unidades literarias producidas por un mismo autor. Además, el plan del libro de Job ha sido hecho tan cuidadosamente que la idea de múltiples autores es altamente improbable. El libro es realmente una unidad.

Desde tiempos antiguos, hasta tiempos relativamente modernos, el libro de Job ha sido reconocido como una unidad literaria escrita por un solo autor. Aunque no podemos decir con exactitud quién fue el autor, podemos creer con confianza que Dios, el Espíritu Santo, lo inspiró a escribir este notable libro. Si se nos privara del libro de Job sufriríamos una gran pérdida; a través de los siglos este libro ha servido como fuente de consuelo a un innumerable número de creyentes.

Cualidades literarias del libro

A pesar de la amplia diferencia de opinión que se presenta entre los eruditos acerca del autor y de la unidad del libro de Job, hay un acuerdo unánime en que el libro es una obra maestra de la literatura. Es altamente poético, y en él abundan impresionantes figuras de dicción y de construcción, y su imaginación es audaz. El formato de este volumen de las sagradas escrituras se parece a un libro con dos secciones (capítulos 1,2, y 42) en el que la mayor parte del contenido es la sección poética (capítulos 3-41).

Seguramente es apropiado que el prólogo (1 y 2) y el epílogo (42), estén escritos en prosa, y que los discursos extensos en los que hablan los seis oradores (Job, Elifaz, Bildad, Zofar, Eliú, y el Señor) formen la parte central del libro.

El prólogo y el epílogo, están escritos en una prosa majestuosa que tiene una narrativa de estilo individualista. Los discursos que forman el corazón y centro del libro, están marcados por un estilo que sobresale en muchos aspectos. Los versos son muy breves, con un promedio de sólo siete u ocho palabras en el hebreo. Hay también muchas palabras en el libro de Job que se encuentran por única vez en la Biblia hebrea y que constituyen un reto para el traductor; además, hay muchas construcciones gramaticales difíciles. Cuando el Dr. Martín Lutero y sus colaboradores se esforzaban por traducir este libro al alemán, Lutero comentó que era difícil hacer que Job hablara alemán, y que probablemente Job era tan impaciente con sus traductores como lo había sido con sus tres amigos, que lo reprendieron cuando fueron a visitarlo.

En el libro de Job hay muchos ejemplos vívidos tomados de la naturaleza; esos cuadros se encuentran a lo largo de la sección poética, pero especialmente en el capítulo 28, que es el capítulo de la gran “sabiduría”, y en los capítulos 38-41, que contienen los dos discursos del Señor. Estos capítulos también están llenos de preguntas que no requieren respuesta alguna, ya que la respuesta es obvia. En los discursos del Señor, al lector se le recuerda la majestuosa grandeza de la sabiduría y del poder de Dios. El lector, junto con Job, se debe postrar de rodillas y reconocer que Dios es el gran Creador de este vasto universo y que a su vez tiene un interés vital y verdadero por nosotros los seres humanos. Hay una notable semejanza entre los capítulos (38-41), e Isaías 40:12-31 y los capítulos que siguen. Con su profunda elocuencia, esos capítulos son inmejorables, y probablemente inigualables en toda la literatura universal.

El tema del libro

Con el fin de entender y de beneficiarnos con el estudio del libro de Job, debemos responder seriamente a la pregunta: “¿Cuál es el tema del libro?” Se han ofrecido muchas sugerencias; una muy común es “¿Por qué es posible que el Dios justo permita que un hombre bueno pase por sufrimientos tan intensos?” Gleason L. Archer (hijo), en su *Reseña crítica de una introducción al Antiguo Testamento*, sugiere un tema compuesto de tres partes: “(1) Dios merece ser amado aun aparte de las bendiciones que conceda; (2) Dios puede permitir el sufrimiento como medio para purificar y vigorizar el alma en la piedad; (3) los pensamientos y los caminos de Dios se mueven por consideraciones tan grandes que no las puede comprender la diminuta mentalidad del hombre” (p.499).

Los tres temas que sugiere Archer se exponen claramente en el libro de Job. Es verdad que Job sufrió mucho, y los problemas que soportó deben haber agotado su paciencia hasta el límite, pero no debemos pasar por alto la importante conversación entre Dios y Satanás, que se narra en los dos primeros capítulos del libro. Cuando Dios elogió a Job y dijo que era un hombre temeroso de Dios, Satanás lo desafió y le pidió permiso para probar la resistencia de Job hasta el límite de atribularlo con severas aflicciones. Dios consintió en permitir que Satán le causara sufrimientos a Job, pero añadió la condición de que se le conservara la vida. Dios tenía la confianza de que Job no iba a perder la fe en él aunque se viera severamente amenazado. La fe de Job en Dios, iba a tropezar y a vacilar con frecuencia, pero al final se iba a mantener firme aun en contra de los más fuertes ataques de Satanás.

No olvidemos que, en versículo inicial del libro, a Job se le describe como un siervo de Dios que era hombre “perfecto y recto” y que era “temeroso de Dios y apartado del mal”. En los momentos de gran dolor y sufrimiento, Job dijo cosas que bajo otras circunstancias tal vez nunca hubiera dicho. Su condición espiritual

tuvo sus altibajos, pero al final Job se humilló ante Dios y se sometió a su voluntad. Job era verdaderamente un hombre de fe y después Dios lo bendijo aún más ricamente de lo que lo había bendecido anteriormente.

El libro de Job y la vida del cristiano de hoy

Aunque el mensaje del libro de Job fue proclamado por primera vez hace muchos siglos, su mensaje sigue siendo apropiado para la humanidad de hoy en día. Podemos obtener gran beneficio al volver a leer este libro.

Desde la caída de nuestros primeros padres en pecado en el Huerto del Edén, el pecado ha sido una parte constante de nuestra existencia. Ha traído muchas consecuencias: malentendidos, tribulación, pena, dolor, enfermedad, y muerte. Todos nosotros, como pecadores que somos, estamos inclinados a juzgar y a levantar un dedo acusador en contra de los demás, tal como lo hicieron los tres amigos de Job. Como ellos, nosotros también podemos tener la tentación de llegar a la conclusión de que los grandes sufrimientos que padece una persona son la consecuencia directa de algún pecado especial, lo que no es necesariamente cierto. Todos nosotros estamos tentados a aparentar que somos mejores de lo que realmente somos, a costa de los demás. Aunque con frecuencia es cierto que una persona que cometió cierto pecado tiene que sufrir las consecuencias (por ejemplo, un conductor ebrio que tiene un accidente y se lastima o se mata al chocar su automóvil), también es cierto que Dios usa los problemas y las aflicciones para probar y fortalecer la fe del cristiano, así lo señaló el joven Eliú, que habló después de que los otros tres amigos de Job se habían callado. Vamos a hablar más sobre este punto en los comentarios del capítulo 33.

Para los cristianos hoy en día, como lo fue para los creyentes del Antiguo testamento, las aflicciones que el Señor permite que entren en nuestra vida no son castigo de Dios sino disciplina, una disciplina que hace que nuestra fe se fortalezca.

En este volumen de la *Biblia Popular* intentaremos mostrar que en el libro de Job hay mucho más que la historia de un buen hombre que sufre muchas aflicciones y que se comprometió en un prolongado diálogo con tres amigos, que realmente le hicieron más mal que bien en el intento de consolarlo. Este libro también tiene un contenido mesiánico en varios pasajes, que señalan la venida del Salvador, nuestro Señor Jesucristo. El pasaje más destacado de estos es el del gran “Redentor” (19:23-27), pero también hay otros pasajes que señalan a nuestro Salvador. Los destacaremos a medida que aparezcan en este comentario.

El libro de Job, como lo hace todo el Antiguo Testamento, señala hacia Jesucristo, quien no sólo citó con frecuencia el Antiguo Testamento sino que también dijo claramente que las Escrituras dan testimonio de él (vea Juan 5:39). Aparte del amor de Dios por nosotros en Jesucristo, seríamos incapaces de captar el verdadero mensaje de este libro. Franz Delitzsch no comete ninguna exageración cuando escribe: “El verdadero contenido del libro de Job es el misterio de la cruz; la cruz en el Gólgota es la solución al enigma de cada cruz; y el libro de Job es una profecía de este desenlace final” (p.32).

Son nuestra esperanza y nuestra oración, que Dios el Espíritu Santo obre en nuestro corazón a medida que leamos este precioso libro, un libro que nunca se lee tan completamente ni con la frecuencia con que merece ser leído. Las palabras que nos dejó el apóstol Pablo acerca del Antiguo Testamento también son ciertas respecto al libro de Job; “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin que, por la paciencia y la consolación de las escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4).

Bosquejo del libro de Job

- I. Prólogo de introducción (1:1-2:13)
- II. Los discursos de Job y de sus tres amigos (3:1-31:40)

- A. La primera serie de discursos (3:1-14:22)
 - 1. La primera queja de Job (3:1-26)
 - 2. El primer discurso de Elifaz (4:1-5:27)
 - 3. La respuesta de Job a Elifaz (6:1-7:21)
 - 4. El primer discurso de Bildad (8:1-22)
 - 5. La respuesta de Job a Bildad (9:1-10:22)
 - 6. El primer discurso de Zofar (11:1-20)
 - 7. La respuesta de Job a Zofar (12:1-14:22)
- B. La segunda serie de discursos (15:1-21:34)
 - 1. El segundo discurso de Elifaz (15:1-35)
 - 2. La respuesta de Job a Elifaz (16:1-17:16)
 - 3. El segundo discurso de Bildad (18:1-21)
 - 4. La respuesta de Job a Bildad (19:1-29)
 - 5. El segundo discurso de Zofar (20:1-29)
 - 6. La respuesta de Job a Zofar (21:1-34)
- C. La tercera serie de discursos (22:1-31:40)
 - 1. El tercer discurso de Elifaz (22:1-30)
 - 2. La respuesta de Job a Elifaz (23:1-24:25)
 - 3. El tercer discurso de Bildad (25:1-6)
 - 4. La respuesta de Job a Bildad y sus comentarios finales (26:1-31:40)
- III. Los discursos de Eliú (32:1-37:24)
 - A. El primer discurso de Eliú (32:1-33:33)
 - B. El segundo discurso de Eliú (34:1-37)
 - C. El tercer discurso de Eliú (35:1-16)
 - D. El cuarto discurso de Eliú (36:1-37:24)
- IV. Los discursos del SEÑOR (38:1-41:34)
 - A. El primer discurso del SEÑOR (38:1-41:34)
 - B. El segundo discurso del SEÑOR (40:1-41:34)
- V. El epílogo que cierra el libro de Job (42:1-17)
 - A. La humilde respuesta de Job (42:1-16)
 - B. El SEÑOR reprende a los tres amigos y le devuelve la prosperidad a Job (42:7-17)

EL PRÓLOGO QUE NOS REPRESENTA A JOB

JOB 1-2

Job permanece como un hombre piadoso en medio de su gran prosperidad

1 Había en el país de Uz un hombre llamado Job. Era un hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. ² Le habían nacido siete hijos y tres hijas. ³ Su hacienda era de siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas, y muchísimos criados. Era el hombre más importante de todos los orientales.

⁴ Sus hijos celebraban banquetes en sus casas, cada uno en su día; y enviaban a llamar a sus tres hermanas para que comieran y bebieran con ellos. ⁵ Y sucedía que una vez pasados los días de turno, Job los hacía venir y los santificaba. Se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: «Quizá habrán pecado mis hijos y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones.» Esto mismo hacía cada vez.

El libro comienza con una afirmación directa y objetiva, nos habla de un hombre que realmente existió. Este relato no está relacionado ni depende de ninguna narración bíblica anterior, sino que presenta inmediatamente al personaje central del libro, un hombre llamado Job. No se hace ninguna referencia a sus padres, ni a sus antepasados; simplemente es presentado como un hombre que vivió en la tierra de Uz, que estaba situada en algún lugar del antiguo Cercano Oriente.

Con unas pocas palabras bien escogidas, el sagrado escritor describe a Job: “Hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (versículo 1). La palabra “perfecto” se puede traducir mejor como “íntegro” o “completo”; Job era un creyente maduro, su corazón era recto para Dios. También era sincero y

franco, completamente honesto en el trato con los demás; no era ningún hipócrita. El deshonor y la duplicidad, no eran parte de su naturaleza; él era “recto,” auténticamente justo. Como Noé, a quien se describe en términos semejantes en Génesis 6:9, Job había sido justificado mediante la fe en Dios. Más adelante en este mismo capítulo, durante un diálogo con Satanás, Dios da fe de la integridad y de la rectitud de Job; este hecho es esencial para poder entender de manera correcta la discusión que más adelante tiene lugar en el libro.

Sin embargo, no debemos confundir la integridad y la rectitud de Job, con la ausencia total de pecado; ningún ser humano, con excepción de Jesucristo el Dios-Hombre, ha sido sin pecado. Francis Anderson dice acertadamente: “No se debe considerar como un ser humano perfecto ni sin pecado; todos los oradores que hablan en este libro, incluyendo al mismo Job, estaban convencidos que todos los hombres son pecadores. El primer acto de Job que se registra es la ofrenda de sacrificio por el pecado” (*Job* p.79).

Job era temeroso de Dios, permanecía en temor reverente de la santa voluntad de Dios y trataba de conducir su vida conforme a esa voluntad. Rehuía y odiaba el pecado porque Dios odia la maldad. Dios había bendecido a este destacado hombre y a su esposa con diez hijos. La Biblia considera a los hijos como una gran bendición de Dios; en dos salmos consecutivos (127 y 128) se expresa bellamente esta verdad; le sugerimos que lea estos salmos. Job había sido bendecido con siete hijos y tres hijas. Algunos comentaristas han mencionado que los números siete (hijos), tres (hijas), y diez (hijos en total) sugieren un número completo, conformando así una familia ideal. Como veremos en versículos posteriores, los diez hijos sostenían una estrecha y amistosa relación entre ellos.

El versículo 3 da cuenta de la hacienda que Job poseía. Nos parece casi increíble la cantidad de animales que se mencionan: 7,000 ovejas, 3,000 camellos, 500 yuntas de bueyes (realmente

1,000 bueyes, ya que cada “yunta” debía ser arrastrada por dos animales), y 500 asnas. La palabra hebrea nos dice que estas últimas eran hembras; las hembras eran más valiosas que los machos porque podían procrear y dar leche; también eran mejores que los machos para montar. En aquellos días la gente calculaba la prosperidad de una persona por la cantidad de ganado que tenía. En vez de tener una cuenta en el banco como es común hoy en día, la gente tenía sus inversiones en los animales.

Para cuidar los muchos animales que poseía, Job necesitaba de “muchísimos criados”. Eso sugiere que Job no era ningún nómada que se moviera de un lugar a otro, sino un hacendado que poseía mucha tierra y gran cantidad de ganado. Como veremos en un pasaje más adelante en este libro (29:9-17), Job también era un hombre prominente y activo en la ciudad. Cuando el escritor dice que era “el hombre más importante de todos los orientales”, incluye: su riqueza y su influencia así como su personalidad y su reputación, en la expresión “más importante”. En el capítulo 29, Job hace memoria de su prosperidad pasada, antes de ser víctima de tantas aflicciones.

Los versículos 4 y 5, se refieren a los diez hijos de Job: “Sus hijos celebraban banquetes en sus casas, cada uno en su día; y enviaban a llamar a sus tres hermanas para que comieran y bebieran con ellos”. No se menciona con cuánta frecuencia ni por cuánto tiempo tenían esas reuniones. Posiblemente lo hacían el día del cumpleaños de cada uno de ellos; algunos han sugerido que había algo así como una fiesta anual, religiosa o nacional; otros piensan que las fiestas eran festividades de las cosechas. En cualquier caso se dice que los hermanos tomaban su turno para servir como anfitriones y que también invitaban a sus hermanas. No sabemos si los hermanos y las hermanas estaban casados o no; en cualquier caso había una relación estrecha y afectuosa entre todos los diez hijos de Job.

En aquellos días, como ocurre también en la actualidad, era raro encontrar una familia numerosa en la que los hermanos y las

hermanas convivieran en armonía y disfrutaran tanto como los hijos de Job de la mutua compañía. Desafortunadamente, con frecuencia vemos lo opuesto: la falta de armonía y los pleitos, especialmente sobre el testamento a la muerte de los padres. Algunos hermanos y hermanas han alimentado rencores y envidias, y se niegan a hablar siquiera el uno con el otro durante años. ¡Qué diferentes eran los diez hijos de Job!

Sin embargo eran pecadores, y Job lo sabía. Con verdadero interés de padre, sacrificaba una ofrenda quemada por cada uno de sus hijos. Pensaba que tal vez habrían festejado en demasía, que habrían bebido mucho vino, que no se habrían conducido de acuerdo con la voluntad de Dios, o que habrían maldecido a Dios en su corazón. Se daba cuenta de que es muy fácil que las personas caigan en conversaciones frívolas, y la frivolidad puede llevar rápidamente al pecado.

Job es un ejemplo excelente de la manera en que los padres se deben conducir respecto a sus hijos adultos. El contexto sugiere que con toda probabilidad los hijos de Job ya eran adultos, y que tenían su propio hogar. Las hijas también, muy probablemente, ya no eran unas niñas. Job no intervenía en la vida de ellos, tampoco planeaba sus fiestas ni interfería en su vida, pero tenía un verdadero interés por el bienestar espiritual de todos sus hijos. Los verdaderos padres cristianos muestran ese interés.

La relación entre los padres y los hijos cambia cuando los hijos llegan a la edad adulta. Los padres deben evitar entrometerse e interferir en los planes y las actividades de sus hijos que ya son adultos, pero nunca deben olvidar que como padres deben tener un verdadero interés por el bienestar espiritual de sus hijos, se deben mantener en contacto con ellos, y deben continuar orando por ellos. Aunque nuestra sociedad es diferente de la sociedad en la que vivió Job, sin embargo la relación entre padres e hijos persiste. Aun cuando los hijos se trasladen a otro lugar y establezcan su propio hogar, esa relación debe seguir siendo bella y constante.

Satanás desafía a Dios para que ponga a prueba a Job

6 Un día acudieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, y entre ellos vino también Satanás.

7 Dijo Jehová a Satanás:

—¿De dónde vienes?

Respondiendo Satanás a Jehová, dijo:

—De rodear la tierra y andar por ella.

8 Jehová dijo a Satanás:

—¿No te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?

9 Respondiendo Satanás a Jehová, dijo:

—¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¹⁰ ¿No le has rodeado de tu protección, a él y a su casa y a todo lo que tiene? El trabajo de sus manos has bendecido, y por eso sus bienes han aumentado sobre la tierra. ¹¹ Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que posee, y verás si no blasfema contra ti en tu propia presencia.

12 Dijo Jehová a Satanás:

—Todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él.

Y salió Satanás de delante de Jehová.

Estos versículos son muy importantes para la correcta comprensión del tema del libro de Job. Es la primera de las dos apariciones de Satanás entre los otros ángeles (literalmente “hijos de Dios”), cuando se presentaron ante Dios. Nos parece extraño que el diablo, el malvado, el príncipe de las tinieblas, apareciese ante el Señor, pero así lo hizo con el permiso de Dios. En las dos secciones en las que se menciona su presencia (1:6-12 y 2:1-7), la palabra “Satanás” se encuentra catorce veces. En cada ocasión usa el artículo en hebreo, así que realmente es un título, más bien que un nombre: “El Satanás”, lo que significa “El Adversario”, el gran

opponente y enemigo. Hay una referencia a Satanás en Apocalipsis 12:9; en ese libro Juan usa muchos términos para describir al diablo: “Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”.

En su *Popular Commentary* (Comentario popular). P. E. Kretzmann explica así la extraña aparición de Satanás ante Dios: “Aunque está condenado a las cadenas del infierno, el diablo, como príncipe de este mundo, tiene tanta libertad como el Señor le permite tener, no solo para gobernar a sus propios súbditos, sino para afligir a los hijos de Dios y llevarlos a la tentación” (Antiguo Testamento II, 2)

Cuando el Señor le preguntó a Satanás “¿De dónde vienes?” Dios realmente señaló que Satanás era un intruso y que no había razón para él estuviera allí. Pero el Señor reconoció la presencia de Satanás y le dio una oportunidad para contestar: “De rodear la tierra y andar por ella”. Pedro indudablemente se refiere a este pasaje cuando nos advierte, “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8). La palabra “adversario” en este pasaje está correctamente usada. Otras traducciones utilizan la palabra “enemigo”; eso es exactamente lo que significa la palabra “Satanás”; estaba en contra de Job y está también en contra de nosotros. Correctamente se le llama también “el diablo”, que significa “difamador” o “acusador”. Satanás acusó a Job, tal como leemos en los versículos 9-11, y también nos acusa a nosotros.

En el versículo 8, Dios establece el tema de este libro. Primero honra a Job diciendo que es su “siervo”); luego alaba a Job porque es un hombre perfecto y recto, usando las mismas expresiones que aparecen en el versículo inicial del libro. Cuando estudiemos, y algunas veces nos quedemos perplejos ante los argumentos de los varios oradores, que intervienen en la gran sección poética de este libro, no debemos olvidar que Dios habló de Job y dijo que era un hombre justo. Aunque la fe de Job flaqueaba y en ocasiones llegó

a estar cerca de la crisis cuando fue puesto a prueba, sin embargo permaneció siempre como un hijo de Dios y un hombre de fe.

Después de que Dios elogió a Job, Satanás tuvo la audacia de contradecirlo. Cínicamente le preguntó: “¿Acaso teme Job a Dios de balde?” La palabra hebrea que se traduce como “de balde” está relacionada con la preciosa palabra que significa “gracia” (a la manera como gracia y gratis se relacionan en el español), el gratuito e inmerecido favor de Dios. La expresión “de balde” literalmente significa “confiando completamente en la gracia de Dios”. En su fe que era como la fe de un niño, Job confiaba incondicionalmente en Dios y lo amaba por la sola razón de que es Dios, sin ninguna consideración distinta ni con esperanza de alguna recompensa material. Satanás no sólo puso en duda esta verdad, sino que hasta la negó. La forma en que Satanás hizo la pregunta realmente implica que Job no tenía ningún temor de Dios; sugirió que Job era un farsante, que había en él temor a Dios por la única razón de que había sido bendecido con riquezas y con honores.

Indirectamente, Satanás también acusó y culpó a Dios, diciéndole en efecto, “Dios, tú has sido demasiado bueno con Job; lo tienes muy consentido”. Satanás acusó maliciosamente a Dios de haberlo “rodeado con una valla de protección”, cuidándolo de los peligros y de los desastres que habían caído sobre los otros. Además, afirmó que Dios había dispuesto las cosas de tal manera que el rebaño de Job se había multiplicado y había crecido más que el ganado que tenían los demás hombres. Y entonces retó a Dios para que estirara su mano y que de un golpe le arrebatara a Job todo lo que poseía. Predijo que si Dios lo hacía así, Job lo iba a maldecir. Formula la última afirmación en la forma de un juramento que se puede expresar así: “Juro que Job te maldecirá en tu misma presencia”.

Dios aceptó el desafío del diablo y puso todas las cosas de Job en manos de Satanás. Como podemos ver en los versículos siguientes, Dios puso en manos de Satanás: los animales, los

sirvientes, y los hijos de Job. Sólo entonces Satanás quedó satisfecho, y se fue para poner en práctica su diabólico plan.

El versículo 12 es muy importante para entender correctamente el libro. Si no tenemos presente que Dios permitió que Satanás pusiera a prueba a Job y que Dios elogió a Job cuando Satanás lo condenó, perdemos el punto principal del libro. Tanto en el prólogo (1:8 y 2:3) como en el epílogo (42:7-9), Dios destaca a Job como un ejemplo, un hombre temeroso de Dios. El desenlace final relata que Dios lo bendijo más ricamente que al principio. Aunque Dios permitió varias veces que Job fuese severamente afligido durante el curso de su gran prueba, hasta el punto de que a veces se quejó amargamente, y aunque Dios más tarde lo reprendió y lo humilló, aun así lo consideraba como uno de sus hijos. En esta contienda de Dios con Satanás, Dios venció.

Cuatro mensajeros le informan a Job de las desgracias

¹³ Un día aconteció que sus hijos e hijas comían y bebían vino en casa de su hermano el primogénito, ¹⁴ y vino un mensajero a Job y le dijo:

—Estaban arando los bueyes y las asnas pacían cerca de ellos; ¹⁵ de pronto nos asaltaron los sabeos y se los llevaron, y mataron a los criados a filo de espada. Solamente escapé yo para darte la noticia.

¹⁶ Aún estaba éste hablando, cuando vino otro, que dijo: —Fuego de Dios cayó del cielo y quemó a ovejas y a pastores, y los consumió. Solamente escapé yo para darte la noticia.

¹⁷ Aún estaba éste hablando, cuando vino otro, que dijo: —Tres escuadrones de caldeos arremetieron contra los camellos y se los llevaron, y mataron a los criados a filo de espada. Solamente escapé yo para darte la noticia.

¹⁸ Entre tanto que éste hablaba, vino otro, que dijo: —Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano el primogénito, ¹⁹ cuando un gran viento

se levantó del lado del desierto y azotó las cuatro esquinas de la casa, la cual cayó sobre los jóvenes, y murieron. Solamente escapé yo para darte la noticia.

Con sorprendente rapidez, una desgracia tras otra golpeó a Job. Esas calamidades, que llegaron sin ninguna advertencia, que cayeron como un rayo que venía del cielo, sacudieron a Job y lo dejaron aturdido. También deben haberle planteado un gran problema, porque él sabía que Dios tenía el control de todo el universo. Debe haberse preguntado ¿por qué Dios, que había sido tan bueno con él, ahora permitía que esas calamidades lo sorprendieran de improviso? No tenía ningún conocimiento del hecho de que Dios había permitido que Satanás sometiera su fe a una severa prueba.

Los hijos de Job habían estado reunidos festejando y bebiendo vino en casa del hermano mayor. No hay ningún indicio de que se hubieran sobrepasado. Más bien, como una familia que gozaba de una estrecha fraternidad, estaban disfrutando de la mutua compañía cuando de repente los golpeó la desgracia.

En las extensas tierras que poseía Job, muchos de sus siervos estaban ocupados arando con las yuntas de bueyes, mientras cerca de allí se encontraban paciando las asnas. Repentinamente, una banda de sabeos procedentes de Arabia los atacaron; se llevaron los valiosos animales y mataron a los sirvientes. Solo una persona pudo escapar para informarle a Job sobre la catástrofe.

Aun antes de que esa persona hubiera terminado de darle las malas noticias, llegó otro corriendo a donde estaba Job para contarle que acababa de ocurrir otro desastre. Comenzó diciendo “fuego de Dios cayó del cielo”. Algunos comentaristas han interpretado esto diciendo que eran rayos. Hoy sabemos que los rayos han causado muchas muertes, más que los tornados y los huracanes juntos. Sin embargo, como este desastre implicaba que las ovejas y los pastores habían muerto quemados, parece más probable que aquí “el fuego de Dios” se refiere a una lluvia

especial de fuego y azufre que cayó del cielo, muy similar al fuego que Dios envió sobre Sodoma y Gomorra. En un instante Job también perdió sus valiosas ovejas así como todos sus fieles siervos.

Cuando Job estaba escuchando estas malas noticias, llegó un tercer mensajero con otra mala noticia, tres escuadrones de caldeos habían arremetido contra los camellos de Job, animales que eran especialmente valiosos, ya que eran capaces de viajar grandes distancias. Como gran hacendado que era, Job probablemente utilizaba los camellos para sus negocios, a la manera como hoy en día los empresarios utilizan los automóviles y los aviones. Aunque los camellos eran muy lentos, sin embargo eran confiables y eran menos propensos a los accidentes que los carros y los aviones. Ahora Job había perdido no sólo los camellos, sino también a los siervos que los cuidaban.

Los “caldeos”, que se mencionan en el versículo 17, llevaban el mismo nombre con el que se conoce al cruel pueblo que más tarde describe el profeta Habacuc en su libro (1:6-11). Muchas traducciones llaman “caldeos” a las personas que se mencionan en Habacuc 1:6. La *New International Version* los llama “babilonios” en el texto, pero los llama “caldeos” en la nota al pie de la página. Hayan sido o no caldeos, ellos estaban relacionados con la noticia que narra Habacuc, mostraban mucha semejanza en su impulsividad y en su crueldad.

Cuando llegó apresurado el cuarto mensajero, Job se debió haber preguntado, “Y ahora, ¿qué más sigue?” Difícilmente se pudo haber imaginado que ahora se trataba de sus propios hijos. Dios había sido muy bueno con él y con su familia; además, Job había estado orando con regularidad y había ofrecido sacrificios por sus hijos. Pero ahora, como culminación de esa trágica serie de desastres, llegaron las peores noticias; en medio del alegre festejo de los hijos de Job, había sobrevenido un poderoso viento, probablemente un tornado, que había destruido la casa del hijo mayor y había matado a todos los hijos de Job. Con toda seguridad, para Job esta fue la mayor pérdida de todas. Lo acontecido hubiera



Job recibe las malas noticias

sido más que suficiente para destrozarse moralmente a cualquiera, pero Job era un hombre de fe poco común y de un carácter que no se abatía con facilidad. Los tres versículos que siguen nos presentan a Job como un hombre notable por su ánimo y por su fe en Dios.

Job reacciona a sus desgracias

20 Entonces Job se levantó, rasgó su manto y se rasuró la cabeza; luego, postrado en tierra, adoró ²¹ y dijo:

**«Desnudo salí del vientre de mi madre
y desnudo volveré allá.**

Jehová dio y Jehová quitó:

¡Bendito sea el nombre de Jehová!»

22 En todo esto no pecó Job ni atribuyó a Dios despropósito alguno.

No tenemos que preguntarnos cómo reaccionaría la mayor parte de la gente si se encontrara en una situación similar a la de Job. ¿Acaso no desahogarían su furia y maldecirían a los bandidos, que habían robado sus animales y matado a sus sirvientes? ¿Acaso no se quejarían amargamente y hasta maldecirían a Dios por haber enviado el fuego y la tormenta que habían destruido su propiedad y habían matado a sus hijos? Tal vez se sentirían tentados a hacer algo drástico en contra de los demás o de ellos mismos, y dirían: “¡Basta con esto! ¡No puedo soportar más!”

Pero Job no hizo ninguna de esas cosas. Aunque estaba deshecho por dentro y casi destrozado por las terribles noticias: se levantó, rasgó su ropa, y se rasuró la cabeza, como una señal externa del gran dolor que lo atormentaba en su interior, pero no hizo daño alguno a su cuerpo, ni intentó suicidarse como muchos podrían haber reaccionado, al encontrarse en una situación semejante.

Por el contrario, Job adoró y alabó a Dios. En medio de su profundo dolor, aceptó la voluntad del Señor y mostró gratitud al Señor en vez de resentimiento. Pronunció unas de las más profundas palabras que jamás haya dicho un ser humano, palabras que se han usado como texto para el funeral por la muerte de alguna persona que repentinamente ha sido arrebatada de esta vida. En las palabras de Job hay un gran consuelo para los familiares o los cónyuges cuando escuchan a Job decir:

“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; bendito sea él nombre de Jehová” (1:21).

Job creía en él único y verdadero Dios, Jehová, o como probablemente se pronunciaba, Yahveh. En algunas versiones este nombre se escribe con la palabra “SEÑOR”, con mayúscula, para representar el nombre de Dios, que en la versión Reina Valera se escribe “Jehová”. Aunque no hemos dicho que Job era israelita, todo parece indicar que él había aprendido a conocer y a adorar al verdadero Dios. Job se refiere tres veces a Dios por su nombre en este versículo. En la parte poética del libro se usa con frecuencia la palabra “Dios,” pero el Dios en que Job creía era el único y verdadero Dios.

Job aceptó su gran aflicción sin ninguna palabra de queja; Dios le había dado todo lo que poseía, y Job estaba dispuesto a que ese mismo Dios se lo quitara ¡hasta a sus hijos! Y agregó: “bendito sea el nombre de Jehová”. Job no cometió el pecado de culpar a Dios por sus problemas.

En su paciente sumisión a la voluntad de Dios durante su profunda aflicción, Job nos da una visión anticipada de esa persona que fue anunciada durante muchos años en el Antiguo Testamento, nuestro Salvador Jesucristo, que sufrió aún más y no por sus propios pecados. Cuando este hombre sin pecado estaba luchando bajo la carga de los pecados de todas las personas y pasaba por la más profunda de las humillaciones en su sufrimiento y crucifixión, con todo fervor oró a su Padre celestial en el Huerto de Getsemaní.

La oración de nuestro Salvador fue una verdadera oración de resignación a la voluntad de su Padre celestial: “Padre mío, si puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (Mateo 26:42). Como Jesús, Job también se sujetó a la voluntad de su Padre celestial y lo alabó aun en la más profunda pena y aflicción. ¡Es un verdadero ejemplo para todos nosotros!

Satanás nuevamente desafía a Dios para que ponga a prueba a Job

2 Otro día acudieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, y entre ellos vino también Satanás para presentarse delante de Jehová. ² Dijo Jehová a Satanás:

—¿De dónde vienes?

Respondiendo Satanás a Jehová, dijo:

—De rodear la tierra y andar por ella.

³ Jehová dijo a Satanás:

—¿No te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? ¡Todavía mantiene su integridad, a pesar de que tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa!

⁴ Respondiendo Satanás a Jehová, dijo:

—Piel por piel, todo lo que el hombre tiene lo dará por su vida. ⁵ Pero extiende tu mano, toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia.

⁶ Dijo Jehová a Satanás:

—Él está en tus manos; pero guarda su vida.

A pesar de las grandes aflicciones que Satanás había traído sobre Job, no había logrado inducir a su víctima para que en su desesperación maldijera a Dios o renunciara a su fe en él. Pero Satanás no se dio por vencido; otra vez vino ante la presencia del Señor, y la conversación comenzó en la misma forma en que había

comenzado la primera en 1:7-8. En esta ocasión, hablando de Job, el Señor agregó, “Todavía mantiene su integridad, a pesar de que tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa” (2:3).

Hay algunas palabras especialmente significativas en esta afirmación. La palabra “incitar” tiene un significado muy fuerte y siniestro en el contexto. Con esa palabra le estaba diciendo a Satanás que él había influenciado maliciosamente en Dios para que arruinara a Job. La palabra que se traduce como arruinar (versículo 3) literalmente significa “tragar” o “devorar”. Satanás, a quien la Biblia describe como el “acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche” (Apocalipsis 12:10), estaba tratando de hacer que Dios se levantara contra Job con el propósito de destruirlo. Dios agregó las palabras “sin causa”, un concepto que se expresa en una sola palabra en el hebreo, la misma palabra que se tradujo como “de balde” en 1:9. Dios volvió a decir que Job no había hecho nada que lo pudiera haber convertido en merecedor de las grandes tragedias que lo habían privado de sus hijos y de sus posesiones. Las grandes desgracias que le habían sobrevenido había sido solamente para poner a prueba a su siervo y para probarle a Satanás que Job era un devoto hijo de Dios.

Con una descarada falta de respeto, Satanás replicó, “¡Piel por piel!” Por lo que sigue, parece que lo mejor es entender que estas palabras significan que una persona debería estar dispuesta a sacrificarlo casi todo, hasta a la familia, con tal de poder conservar su vida, con tal de no perder el pellejo. Cuando Satanás afirmó que Job maldeciría a Dios en su misma presencia si llegara a sufrir dolor en su propia piel, el diablo hizo honor a su título de “calumniador”. Anteriormente Dios había dicho que Job era un hombre justo y devoto, Job había demostrado un verdadero amor paternal, sin egoísmos, una verdadera preocupación por sus hijos; probablemente hasta hubiera estado dispuesto a dar su vida por cualquiera de ellos. Y a pesar de todo eso, Satanás se atrevió a acusar a este hombre de ser egoísta y de estar interesado sólo en él mismo.

Después de esta segunda conversación, el SEÑOR (Jehová) permitió que Satanás afligiera a Job, pero con la condición de que le conservara la vida. Nuevamente esto nos recuerda que, aunque Dios puede permitir que el diablo ejerza su malvada influencia y su poder para poner a prueba a las personas, Dios también le pone límites a lo que el diablo puede hacer. Satanás es muy poderoso, tal como Martín Lutero nos lo recuerda en su gran himno “Castillo Fuerte”, pero no tiene la completa libertad para hacerle todo el mal que quiera a cualquier persona, cuando le plazca. Como cristianos, siempre debemos estar conscientes del gran poder que tiene Satanás, tan grande que no estamos a la par con él. Sin embargo, podemos encontrar nuestro verdadero consuelo y fortaleza en la seguridad de que Jesucristo es aún más poderoso y que ha vencido al maligno. Confiando en Jesucristo no hay razón para temerle al diablo.

Job reacciona frente a sus aflicciones personales

⁷ Salió entonces Satanás de la presencia de Jehová e hirió a Job con una llaga maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza. ⁸ Y Job, sentado en medio de ceniza, tomaba un trozo de tiesto y se rascaba con él.

⁹ Entonces le dijo su mujer:

—¿Aún te mantienes en tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!

¹⁰ Él le dijo:

—Como suele hablar cualquier mujer insensata, así has hablado. ¿Pues qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?

En todo esto no pecó Job con sus labios.

Después de su segundo encuentro con el SEÑOR el príncipe del infierno continuó su camino. El sagrado escritor nos dice que Satanás “hirió a Job con una llaga maligna desde la planta del pie

hasta la coronilla de la cabeza” (2:7). No podemos decir con certeza cuál fue la enfermedad, pero parece haber sido una severa irritación de la piel que después se transformó en úlceras, granos o ampollas purulentas.

Muchos comentaristas son de la opinión de que la dolencia de Job fue una enfermedad de la piel conocida como elefantiasis. Albert Barnes expresó en sus detallados comentarios sobre el libro de Job—que ocupan dos tomos—este punto de vista: “Esta enfermedad recibía su nombre de la palabra griega *elefas*, elefante, por la hinchazón que producía, causando una semejanza a este animal en las extremidades; o porque hacía que la piel se pareciera a la de un elefante, áspera y de color oscuro. ... La enfermedad de Job parece haber sido una úlcera en todo el cuerpo, que le produjo una erupción en toda su persona, acompañada de un dolor violento y de una constante inquietud” (*Barnes' Notes on the Old and New Testaments*, Notas de Barnes sobre el Antiguo y nuevo Testamento. Job I, II 6). Esto parece que se acomoda a la condición en que se encontraba Job, tal como se describe en estos versículos del libro. La reacción de Job fue tratar de darse cierto alivio del intenso dolor y de la picazón, rascándose con un fragmento de una vasija de barro mientras permanecía sentado en las cenizas.

Las palabras de estos versículos también implican con mucha certeza que Job había dejado su imponente residencia y se había retirado a un lugar solitario, donde la gente acostumbraba a quemar basura. Los últimos versículos de este capítulo (2:12-13) sugieren que Job en su miserable condición física, se aisló de los demás y experimentó un cambio tan radical en su apariencia que la gente difícilmente lo podía reconocer.

Y ahora se menciona por primera vez a la esposa de Job. En este libro solo hay dos referencias a ella. En 19:17, al hablar acerca de su lamentable condición física, Job se queja diciendo: “mi aliento ha venido a ser extraño a mi mujer”; en 31:9-10, defendiendo su inocencia, de no haber cometido adulterio, Job habla en la forma de un juramento: “Si fue engañado mi corazón

por alguna mujer, y si estuve acechando a la puerta de mi prójimo, muele para otro mi mujer, y sobre ella otros se encorven”.

El libro de Job dice muy poco acerca de la esposa de Job; ni siquiera sabemos cuál fue su nombre. Las palabras que le dijo a Job fueron bruscas y directas: “¿Aún te mantienes en tu integridad? Maldice a Dios, y muérete” (2:9). Algunos comentaristas explican que ella dijo esas palabras movida por un profundo dolor y con gran ansiedad. Después de todo, ella también había perdido a sus hijos y las propiedades, y ahora veía a su esposo, su último apoyo que le quedaba en la tierra, a quién por lo visto también estaba perdiendo. Sin embargo, muchos piensan que esto no es ninguna excusa y, según lo consideraron los primeros padres de la iglesia, Satanás no privó a Job de su esposa porque la encontró de utilidad para afligirlo y probarlo todavía más.

En cualquier caso, la esposa de Job fue más un obstáculo para él que una ayuda en esa difícil situación. En su profunda aflicción, Job necesitaba: la comprensión, el ánimo, y el apoyo de su esposa. En vez de eso, ella lo regañaba y lo incitaba a que hiciera algo sumamente pecaminoso: maldecir a Dios y morir. ¿Acaso esas palabras reflejaban un espíritu impío e incrédulo? ¿O estaba tan furiosa por los desastres ocurridos que dijo aquellas palabras sin saber realmente lo que decía? No nos atrevemos, ni necesitamos juzgar lo que había en su corazón; sólo Dios puede hacerlo.

Sin embargo, podemos encontrar culpa en sus palabras, ya sea que hayan sido dichas deliberada o impulsivamente.

Job no se encolerizó ni se quedó callado; la reprendió con suavidad. Él, que estaba sufriendo tan intensamente, tuvo que ser más fuerte que ella y tuvo que hacerle ver a su esposa que estaba equivocada. La respuesta que le dio es notablemente amable, dadas las circunstancias: “Como suele hablar cualquier mujer insensata, así has hablado. ¿Pues qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” (2:10). Tal como sugiere *la New International Version* en su nota al pie de la página, “la palabra hebrea que se traduce como ‘insensata’ denota deficiencia moral”. Las palabras que pronunció la mujer eran serias, no solo tontas o

estúpidas. Esperamos que la esposa de Job haya tomado en serio las palabras de su esposo y se haya arrepentido sinceramente.

En las palabras que Job le dirige a su esposa tenemos el ejemplo admirable de un buen esposo tanto en sus actos como en sus palabras; ya en el capítulo 1, él había probado que era un buen padre. Sobre todo, Job permaneció como un ejemplo excelente del hombre temeroso de Dios al aceptar las aflicciones y también la prosperidad como algo que provenía del SEÑOR, quien es capaz de dar, así como también tiene la potestad de quitar.

El sagrado escritor concluye esta sección con la afirmación de que “en todo esto, no pecó Job con sus labios” (2:10). Lo que Job dijo fue lo correcto y es digno de elogio. Una vez más, la confianza que tenía Job en la bondad del SEÑOR no vaciló, y fracasó Satanás en este su segundo intento. Pero a Job le esperaba una tercera prueba que iba a ser más severa que cualquiera de las dos primeras.

Job recibe la visita de tres amigos

¹¹ Tres amigos de Job, Elifaz, el temanita, Bildad, el suhita, y Zofar, el naamatita, al enterarse de todo este mal que le había sobrevenido, llegaron cada uno de su tierra, habiendo acordado venir juntos a condolerse con él y a consolarlo.

¹² Estos, alzando los ojos desde lejos, no lo reconocieron. Entonces lloraron a gritos, y rasgó cada cual su manto y esparcieron polvo los tres sobre sus cabezas hacia el cielo.

¹³ Así permanecieron sentados con él en tierra durante siete días y siete noches, y ninguno le decía una palabra, porque veían que su dolor era muy grande.

Ahora se nos presentan tres amigos de Job, con los que se inicia la última etapa, la más terrible de los sufrimientos de ese siervo de Dios. Cada uno toma su turno para hablar con Job. El primero, Elifaz, es el que habla en los capítulos: 4-5, 15, y 22. Bildad también habla tres veces, en los capítulos: 8, 18, y 25. El

tercero, Zofar, habla solo dos veces, en los capítulos 11 y 20. A su vez, Job les responde a los tres por turno.

Elifaz bien pudo haber sido el más viejo, ya que es el que se menciona primero y es el primero que habla. Provenía de Temán, un lugar que se asocia con Edom, tal como se menciona en la introducción. A Bildad se le llama el “suhita”, este nombre bien se pudo haber derivado de Súa, el nombre que se le dio al último de los hijos que Abraham tuvo con Cetura y que se menciona en Génesis 25:2. Por lo tanto, es posible que Bildad fuera descendiente de Abraham. Es difícil encontrar alguna pista de los antepasados o del hogar de donde procedía Zofar.

Es muy probable que los tres amigos de Job hayan vivido en alguna parte del Medio Oriente, dado que acordaron llegar juntos. Sin duda los tres eran hombres distinguidos y es muy probable que ya estuvieran en la vejez. Elifaz le dijo a Job: “cabezas canas hay entre nosotros, y hombres muy ancianos, mucho más avanzados en días que tu padre” (15:10). Posteriormente, cuando se dirigió a los tres amigos y a Job, Eliú dijo: “Yo soy joven, y vosotros ancianos” (32:6).

El hecho de que los tres amigos vinieran juntos, y que además nunca se contradijeran el uno al otro en sus conversaciones con Job, indican que eran de una sola mentalidad y estaban en total acuerdo. Esta era una situación de “tres contra uno”. Y aun así, como vamos a ver cuando comiencen a expresarse, cada uno era un individuo que tenía su personalidad propia y distinta y sus propias convicciones: Intentaremos describirlos y diferenciarlos cuando analicemos sus argumentos.

Los tres amigos se habían enterado de los desastres que le acaecieron a Job; el escritor sagrado nos informa que habían acudido con el único propósito de darle el pésame y de consolarlo. Cuando ya se acercaban al lugar donde estaba Job, difícilmente lo pudieron reconocer desde lejos; no se encontraba en la acostumbrada posición de administrador y supervisor de su vasta propiedad. En vez de eso, estaba sentado en un montón de cenizas y rascándose con un pedazo de vasija. Esto fue sin duda algo muy

chocante para los tres amigos; a medida que se acercaban, veían las espantosas llagas que lo cubrían y su desfiguración física. Su reacción fue rasgarse la ropa y arrojarse polvo sobre la cabeza; estaban tan abrumados que no le dijeron ni una sola palabra a Job “durante siete días y siete noches” (2 y 13).

Surgen muchas preguntas cuando estudiamos el último versículo de este capítulo. ¿Por qué no dijeron ni una palabra los amigos? ¿Sería posible, como sugieren algunos, que ellos esperaban que Job hablara primero, ya que él era el anfitrión y ellos los visitantes? ¿En realidad sí estuvieron sentados allí durante siete días y siete noches completos, es decir, por un total de 168 horas? ¿Cómo pudieron haber permanecido: en silencio total, sin comer, sin beber, y sin dormir?

Al considerar el silencio en que permanecieron los tres amigos, tenemos que aceptar que aun cuando pudieron haber esperado que Job hablara primero porque era el anfitrión, eso difícilmente puede ser un pretexto para no dirigirle palabras de consuelo a su amigo. Job tuvo toda la razón cuando más tarde les dijo: “Consoladores molestos sois todos vosotros” (16:2). ¿En realidad los tres amigos estuvieron sentados en el polvo durante 168 horas consecutivas, sin decir nada? Las palabras “siete días y siete noches” no se deben entender en el sentido estricto; nuestro Salvador usa una expresión semejante cuando se refiere a la permanencia de Jonás en el vientre del gran pez. Jesús dice “como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (Mateo 12:40). De acuerdo con el cálculo de los judíos, una parte de un período de tiempo se puede considerar como si fuera el período completo. Por ejemplo, Jesús estuvo en la tumba desde la tarde del Viernes Santo hasta las primeras horas de la mañana del Domingo de Resurrección; y como eso incluía: una parte del viernes, todo el sábado, y parte del domingo, se expresa como “tres días y tres noches”. En forma semejante, en este versículo el autor del libro de Job, usando la forma hebrea de contar, bien pudo haber usado la expresión “siete días y siete noches” para referirse a todo el

tiempo en que los amigos se sentaron allí en varias sesiones que fueron interrumpidas por descansos ocasionales.

Para evaluar la conducta de los amigos de Job sólo tenemos que ver el efecto que ella produjo en el mismo Job. El fuerte lenguaje que usa es una expresión de su intenso dolor y de su profunda ansiedad, así como de la impaciencia que le producía el silencio de sus amigos. El autor introduce la extensa sección poética del libro con estas palabras: “Después de esto abrió Job su boca, y maldijo el día en que había nacido” (3:1, *Dios habla hoy*).

LOS DISCURSOS DE JOB Y DE LOS TRES AMIGOS JOB 3-31

Aquí son muy apropiadas unas palabras de introducción acerca de las tres rondas de discursos que vienen a continuación. Job comienza con un lamento sobre su intenso sufrimiento; llevado por su extremo dolor y agonía, dejó salir de su boca palabras que en otras circunstancias no se hubiera atrevido a imaginar; mucho menos se hubiera atrevido a pronunciarlas. Dijo que deseaba no haber nacido nunca. Y luego, en una forma despiadada y con creciente intensidad, sus amigos procedieron a censurarlo. Los tres, cada uno a su manera, reprendieron severamente a Job y lo acusaron de ser una mala persona, ya que para ellos esa era la causa de que él estuviera sufriendo tanto. A pesar de sus intenciones y de sus esfuerzos, los amigos estaban equivocados; ellos eran un ejemplo muy pobre de la manera en que deben proceder las personas y de lo que se les debe decir a los que necesitan consuelo.

La discusión en esta parte mayor del libro se centra alrededor del problema del sufrimiento en general, y particularmente en el sufrimiento de Job. ¿Por qué le habían llegado esas desgracias a un hombre justo y próspero? Job y sus tres amigos luchaban con esta importante pregunta porque ninguno de ellos sabía lo que Dios y Satanás sabían: que Dios había permitido que Satanás sometiera a Job a una prueba severa para ver si su amor y su temor a Dios estaban motivados sólo por la conveniencia personal. Satanás afirmaba que si Job fuera suficientemente probado llegaría a renunciar a Dios. Dios había sostenido que Job iba a permanecer fiel a pesar de sus severas aflicciones.

El tema de la discusión de este problema ha sido bien expresado por Ludwig Fuerbringer en un folleto titulado *The Book of Job. Its Significance to Ministers and Church-Members* (El libro de Job. Su significado para Ministros y para los Miembros de la

Iglesia): “Esta lucha por encontrar la verdadera solución del problema se plantea en forma de diálogo... Los tres amigos formularon un silogismo estrictamente lógico y enteramente racional: con una premisa mayor, una premisa menor, y una conclusión inevitable. Primero viene *la premisa mayor*: Dios es justo. ... Esto es lo que los amigos le dicen a Job en su diálogo triple, en los capítulos 4 a 14. Luego sigue, la *premis menor*: El Dios justo debe castigar a los impíos, capítulos 15 a 21, igualmente planteada por triplicado. Luego viene la *conclusión*: Por lo tanto, Job, como Dios, que es justo, te está visitando en forma tan excepcional, se desprende que tú debes ser también un pecador excepcionalmente grande... Esto también es enfatizado con una aplicación triple, salvo por el hecho de que Bildad ya no tenía mucho que decir y Zofar casi nada. Considerada lógicamente, esta deducción es muy correcta, y aun así está fundamentalmente equivocada... Por lo tanto, Job no permite que esa conclusión prevalezca, sino que la desecha” (páginas 46 y 47).

Entenderemos mejor lo erróneo de los argumentos de los tres amigos cuando consideremos cada uno de sus discursos. A medida que los tres amigos se expresan y Job les responde, también veremos que los discursos no se presentan en la forma de un estricto debate en el que un orador responda punto por punto a lo que otra persona dijo. Más bien, cada orador se expresa con cierta libertad acerca de lo que piensa o siente respecto al tema, sin tomar en consideración lo que el orador anterior haya expresado.

El escritor sagrado no establece explícitamente si había sólo cuatro personas presentes durante la primera parte de las prolongadas discusiones; sabemos de una quinta persona, Eliú, estuvo presente al menos durante la última parte del diálogo, porque leemos en 32:2-5, que después de haber estado escuchando, procedió a decir un largo discurso en el que expresó cierto desacuerdo con los otros cuatro oradores que habían hablado previamente.

El tercer capítulo de Job, que da inicio a la larga sección poética del libro (3-41), contiene las primeras declaraciones de Job en las que lamenta su miserable condición.

PRIMERA SERIE DE DISCURSOS

Job se queja: “(Para qué vivo si sufro tanto)”

3 Después de esto, abrió Job su boca y maldijo su día.
2 Exclamó, pues, Job y dijo:

3 «¡Perezca el día en que yo nací
y la noche en que se dijo:

//“Un varón ha sido concebido!”

4 Que aquel día se vuelva sombrío;
que no cuide de él Dios desde arriba
ni haya luz que sobre él resplandezca.

5 Cúbralo tinieblas y sombra de muerte,
y repose sobre él nublado
que lo haga horrible como día tenebroso.

6 Apodérese de aquella noche la oscuridad;
no sea contada entre los días del año
ni entre en el número de los meses.

7 ¡Ojalá fuera aquélla una noche solitaria,
que no hubiera canción alguna en ella!

8 Maldíganla los que maldicen el día,
los que se aprestan//a despertar a Leviatán.

9 Oscurézcanse las estrellas del alba;
que en vano espere la luz
y no vea el parpadeo de la aurora,

10 por cuanto no cerró las puertas
//del vientre donde yo estaba,
ni escondió de mis ojos la miseria.

Puede parecer extraño que Job se exprese tan vehemente acerca de él mismo en este capítulo, después de haberse resignado tan pacientemente a la voluntad de Dios y después de haber dicho palabras tan notables, como las que expresa en 1:21 y 2:10. El agudo contraste entre aquellas afirmaciones y las palabras que dice en este capítulo, ha llevado a muchos críticos bíblicos a sostener que aparentemente el Job del capítulo 1 y el del capítulo 2, son dos personas diferentes, y que el libro está compuesto por dos obras literarias diferentes, escritas por lo menos por dos autores diferentes. Sin embargo, este punto de vista no solo atenta contra la unidad del libro, sino que también revela un mal entendimiento de su significado y de su tema. En los capítulos 1 y 2, Satanás desafió a Dios para que le permitiera poner a prueba la fe y la lealtad de Job. Ahora, en este capítulo, cuando Job estaba sufriendo intensamente y no obtenía ni solidaridad ni consuelo de parte de sus amigos, también siente que la mano de Dios está presionando muy duro sobre él. Job no era un robot, era un ser humano con sentimientos, que reaccionaba ante las severas pérdidas y el extremo dolor físico que estaba sufriendo.

En su dolorosa pesadilla Job prorrumpió en un lamento. No se dirigió a nadie en particular, ni a Dios ni a sus tres amigos; maldijo el día en que había nacido. Aunque en este discurso y en otros que siguen, Job pronunció fuertes quejas contra Dios, es digno de destacar que nunca maldijo a Dios como había pronosticado Satanás y como su propia esposa le había sugerido.

En un destacado lenguaje poético, abundante en imaginación sorprendente, Job expresó repetidamente el deseo de no haber nacido nunca. Las personas por lo general esperan su cumpleaños con gozo y expectativa; sin embargo, Job en su profunda tribulación no deseaba haber cumplido años jamás, veía el día de su nacimiento como un gran desastre. Deseaba no haber visto nunca la luz del día. En los versículos 4-6 el autor utiliza cinco palabras diferentes para expresar las tinieblas en las que Job deseaba estar. De igual modo, en estos primeros versículos, tres palabras diferentes se traducen como “maldición,” cada una de

ellas con un matiz específico en su significado. Por la riqueza del lenguaje y por el poder de expresión, este capítulo es una obra maestra de la literatura. Pero más allá de eso, vemos el incontenible desbordamiento de un alma severamente torturada y profundamente atribulada, por el temor de que Dios lo haya abandonado.

Lea otra vez los versículos 3-10 y vea como Job expresa repetidamente el deseo no haber nacido nunca. En el versículo 8 se refirió a los magos y hechiceros paganos que afirmaban que tenían poderes para maldecir a las personas, a las cosas o a los acontecimientos. Algunos de ellos afirmaban que tenían el poder de despertar al Leviatán, que en este versículo probablemente se refiere a la figura mitológica de un monstruo marino. Job personifica al amanecer en versículo 9; las palabras que se refieren al amanecer se pueden traducir correctamente, como lo hace la *Reina Valera* 1995, “el parpadeo de la aurora” como si el amanecer fuera una persona que abre los ojos a los primeros rayos del amanecer. Job expresó el deseo de que “las puertas del vientre” hubieran estado cerradas para él, de modo que nunca hubiera sido concebido ni hubiera nacido (versículo 10). Así eran de intensos sus sufrimientos y su ansiedad.

¹¹ »¿Por qué no morí yo en la matriz?

¿Por qué no expiré al salir del vientre?

**¹² ¿Por qué me recibieron las rodillas
y unos pechos me dieron de mamar?**

**¹³ Ahora estaría yo muerto, y reposaría;
dormiría, y tendría descanso**

**¹⁴ junto a los reyes y consejeros de la tierra,
los que para sí reconstruyen las ruinas;**

**¹⁵ o junto a los príncipes que poseían el oro
y llenaban de plata sus casas.**

**¹⁶ ¿Por qué no fui ocultado como un aborto,
como los niños que nunca vieron la luz?**

¹⁷ Allí dejan de perturbar los malvados,

y allí descansan//los que perdieron sus fuerzas.

¹⁸Allí reposan también los cautivos

y ya no oyen la voz del capataz.

¹⁹Allí están chicos y grandes;

y el esclavo, libre ya de su amo.

Job deseó haber muerto al nacer. Primero dijo que lo mejor hubiera sido haber muerto en el vientre mismo de su madre; más tarde, afirmó específicamente que deseaba haber nacido muerto (versículo 16). Preguntó, “¿Por qué me recibieron las rodillas?” (versículo 12). Las “rodillas” se refieren a las rodillas del padre; en el Antiguo Testamento era costumbre que el padre colocara al recién nacido sobre sus rodillas para mostrar que aceptaba al niño como suyo. José, aun siendo bisabuelo, recibió en sus rodillas a los hijos de su nieto (Génesis 5:23).

En contraste con las aflicciones que lo atormentaban día y noche, Job pensaba en lo pacífico y tranquilo que sería reposar en una tumba; dijo que la muerte es la gran igualadora. En medio de los muertos no hay diferencia entre: reyes y súbditos, amos y esclavos, conquistadores y conquistados, ricos y pobres, viejos y jóvenes; hasta mencionó en un versículo al malo y al fatigado. Todos ellos tenían una cosa en común: estaban muertos.

Aquí debemos entender que Job estaba hablando solamente de la muerte y de la tumba en referencia a la gente que yace enterrada lejos de las actividades de la vida; con eso no estaba diciendo que la muerte fuera una extinción, ni que no haya diferencia entre el destino eterno de los creyentes y el de los incrédulos. Como veremos, hay pasajes en este libro en los que Job expresa su esperanza en la resurrección y en la vida después de la muerte. Sin embargo, aquí enfatizó solo una cosa: en la muerte hay una interrupción física de las alegrías y de las tribulaciones de la vida. Había sido tan atormentado: física, emocional, social, y espiritualmente, que lisa y llanamente expresó el deseo que tenía de morir, para así poder descansar de los sufrimientos que estaba experimentando.

20 »¿Por qué darle luz al que sufre
y vida a los de ánimo amargado;
21 a los que esperan la muerte,//y no les llega,
aunque la buscan más que a un tesoro;
22 a los que se alegrarían sobremanera
y se gozarían de hallar el sepulcro?
23 ¿Por qué dar vida al hombre//que ignora su camino,
al que Dios le cierra el paso?
24 Antes que mi pan, llega mi suspiro,
y mis gemidos corren como el agua;
25 porque me ha venido//aquello que me espantaba,
me ha acontecido lo que yo temía.
26 ¡No he tenido paz, tranquilidad ni reposo,
sino sólo turbación!«

Job probó algunas preguntas: ¿Por qué debía vivir la gente cuando sufre tanto? ¿Por qué no podían morir, cuando la muerte le pondría fin a sus miserias? Hoy en día también hay gente que hace esas preguntas y exclaman “¿Por qué?” Podemos pensar en: personas que sienten la debilidad de la ansiedad, personas que están postradas, paráliticas o que sufren enfermedades incurables, personas que han sufrido la pérdida de un ser querido, personas que de una u otra forma han visto sus esperanzas destrozadas, y formulan la pregunta: “¿Para qué seguir viviendo?”

Job deseaba la muerte. Sintió que Dios lo había abandonado, y preguntó: “¿Por qué dar vida al hombre que ignora su camino, al que Dios le cierra el paso?” (Versículo 23). Job usa la expresión “le cierra” que se parece a la que utilizó Satanás en 1:10, “le has rodeado”, pero en un sentido diferente. En 1:10, Satanás acusó a Dios diciendo “le has rodeado de tu protección”, para proteger a Job de la tribulación y del desastre. Aquí habla Job de ser hostigado o arrinconado, de modo que se encuentre sin esperanzas.

Job estaba sufriendo tanto que hasta había perdido el apetito. En vez de alimento y bebida tenía una constante dieta de: quejidos, suspiros, y lágrimas. Sintió que sus peores temores se habían

realizado, y concluyó este discurso inicial expresando su atormentada condición en cuatro formas: “No he tenido paz, tranquilidad ni reposo, sino sólo turbación” (versículo 26).

¿Estaba pensando Job en el suicidio cuando pronunció estas palabras? Podría dar esa impresión, pero esa conclusión no concuerda con el elogio que hizo Dios de Job como un “varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (1:8). Tampoco hay indicio alguno de ese tipo de pensamientos cuando leemos sus palabras en este capítulo ni a lo largo del libro. Job deseaba la muerte, pero no tenía ninguna intención de quitarse la vida. Aun cuando se quejó ante Dios, dejó su vida en las manos de este mismo Dios.

Las palabras de Job, lo pueden llevar a uno a pensar que él era un incrédulo en abierta rebeldía contra Dios, pero debemos tener presente que cuando pronunció esas palabras estaba sufriendo mucho y estaba bajo severas pruebas y aflicciones; el diablo lo había atrapado y lo había torturado de manera implacable. Estas palabras y muchas de las que siguen son las palabras de un hombre desesperado, pero no las de un incrédulo. Usó expresiones que nunca habría usado en otras circunstancias.

La fe de Job fue probada severamente, pero por la gracia de Dios no fue destruida. Dios sabía de antemano que Job iba a conservar su fe aún en las circunstancias más difíciles. En su conversación con Satanás, Dios había alabado a Job diciendo que era un hombre perfecto y recto (1:8, 2:3). Aun cuando Job estaba sufriendo muy severamente, Dios no permitió que Satanás destruyera su fe. Dios le dio a Job la gracia y la fortaleza, para conservar su fe pese a los más fieros ataques de Satanás.

El primer discurso de Job introduce la primera serie de las discusiones que hubo entre él y sus tres amigos. El orador de los siguientes dos capítulos es Elifaz el temanita.

PRIMER DISCURSO DE ELIFAZ

En los capítulos 4 y 5 se nos presenta el primer amigo de Job, Elifaz el temanita. Puede haber sido el mayor de los tres amigos de Job. La edad que tenía puede haber sido la razón por la que le gustaba hablar de sus experiencias personales, que por lo visto eran muchas.

Antes Job había ayudado a muchas personas

4 Entonces respondió Elifaz, el temanita, y dijo:

2 «Si probamos a hablarte, te será molesto,
pero ¿quién podrá detener las palabras?

3 Tú enseñabas a muchos

y fortalecías las manos debilitadas;

4 con tus palabras sostenías//al que tropezaba

y afirmabas las rodillas que decaían.

5 Mas ahora te desalientas//al venir el mal sobre ti;

al alcanzarte, te conturbas.

6 ¿No has puesto tu confianza//en temer a Dios?

¿No has puesto tu esperanza//en la integridad de tus caminos?

Elifaz comienza su intenso discurso con una nota amable. Parecería como si Elifaz estuviera a punto de presentar disculpas por atreverse a dirigirle la palabra a Job. Recordó que en el pasado Job había ayudado en gran manera a muchas personas; pero repentinamente cambió el tono de su discurso, y con palabras poco afectuosas reprendió a Job por haberse desanimado y por haberse enojado, después de que los desastres golpearon su vida. Le preguntó, “¿No has puesto tu confianza en temer a Dios? ¿No has puesto tu esperanza en la integridad de tus caminos?” (versículo 6).

Con estas palabras, Elifaz puso en tela de juicio la autenticidad de la fe que Job tenía en Dios. Tal como Elifaz veía la situación,

si Job verdaderamente temía y amaba a Dios y llevaba una vida tan intachable, en vez de quejarse debía ser capaz de sobrellevar sus penas.

El sufrimiento viene como consecuencia de algo malo que la persona hace

7»Piensa ahora: ¿qué inocente se pierde?

¿Dónde los rectos son destruidos?

**8 Yo he visto cosechar iniquidad
a quienes siembran injuria//e iniquidad cultivan.**

**9 Percen por el aliento de Dios;
por el sopro de su ira son consumidos.**

**10 Los rugidos del león,//los bramidos del que ruge,
y los dientes de sus cachorros//son quebrantados.**

**11 El león viejo perece por falta de presa,
y los hijos de la leona se dispersan.**

Aquí tenemos el tema general en el que basaron sus discursos los tres amigos: “¿Quién ha perecido por ser inocente?” Si Elifaz estuviera hablando del juicio final de Dios, probablemente tendría razón; pero al referirse al curso de los acontecimientos en esta vida, estaba totalmente equivocado; muchos inocentes han perecido y han sufrido grandes desgracias. Desde los primeros tiempos hasta el día de hoy, los seres humanos, aun los hijos de Dios, han sido: engañados, asaltados, golpeados, y muertos, y han sufrido otras formas de abuso por parte de otras personas. Todos sabemos que los “chicos buenos” no siempre ganan; con mucha frecuencia son los “chicos malos” los que triunfan. El libro de Job enseña con toda claridad que los sufrimientos no siempre son producto o consecuencia de haber hecho algo malo.

Elifaz se inspiró en su experiencia para afirmar que la gente cosecha lo que siembra. Por supuesto que esto con frecuencia es cierto, pero no siempre es así; con seguridad en este caso no es

así. Job había sido elogiado por Dios mismo (1:8) y aun así, el Señor había permitido que su siervo sufriera intensamente.

Elifaz no estaba enterado de eso, y su forma de hablar lo demuestra. Para apoyar su argumento tan simplista tuvo que recurrir al uso de la elocuencia. Tenía más cualidades como orador que como amigo; tomando una ilustración de la naturaleza dijo que hasta los leones pueden caer en la desgracia y morir. Elifaz utilizó cinco palabras hebreas diferentes, en las repetidas referencias que hizo a los leones en los versículos 10 y 11. Nos podríamos preguntar si es que él intentaba referirse a Job utilizando la imagen del león.

La grandeza de Dios en contraste con la de sus criaturas

12 »El asunto me llegó como un susurro;
mis oídos lograron percibirlo.

13 En la imaginación de visiones nocturnas,
cuando el sueño cae sobre los hombres,

14 me sobrevino un espanto y un temblor
que estremeció todos mis huesos:

15 y al pasar un soplo por delante de mí,
se erizó el pelo de mi cuerpo.

16 Delante de mis ojos//se detuvo un fantasma
cuyo rostro no reconocí,
y lo oí decir muy quedo:

17 “¿Será el mortal más justo que Dios?
¿Será el hombre más puro//que el que lo hizo?

18 Si ni siquiera en sus siervos confía,
y aun en sus ángeles descubre el error,

19 ¡mucho menos en aquellos//que habitan en casas de barro
cimentadas en el polvo,
que serán aplastadas como la polilla!

20 De la mañana a la tarde son destruidos,
y se pierden para siempre//sin haber quien repare en ello.

**²¹ Su belleza se pierde con ellos,
y mueren sin haber adquirido sabiduría.”**

Las palabras de Elifaz son poéticas; el pasaje tiene una nota misteriosa y fantasmal que tiene el propósito específico de mantener despierta la atención de Job. Es posible que Elifaz haya percibido que Job se estaba distraendo, así que decidió utilizar una táctica diferente. Recurrió a una revelación directa que él afirmaba haber visto y oído cierta noche. El mensaje vino a él en un murmullo que experimentó en “visiones nocturnas” o visiones del tipo de las pesadillas. El lenguaje que utiliza Elifaz en los versículos 12-16, suena como una historia de fantasmas narrada en una noche oscura. Aunque Elifaz no dijo, en las muchas palabras que pronunció, que el susurro era la voz de Dios, esta implicación es obvia. Como ciertos líderes religiosos carismáticos de hoy en día, Elifaz le dijo a Job que Dios había venido a él directamente en esa visión y le había dicho algo que podría ser de ayuda para Job.

El mensaje que supuestamente le fue comunicado a Elifaz en forma tan directa y misteriosa se expresa en los últimos versículos de este capítulo. En el versículo 17, Elifaz hace una pregunta doble: “¿Será justo un hombre delante de Dios? ¿Será puro un varón frente a su hacedor?” Esta doble pregunta obviamente se responde a sí misma con una breve palabra: “¡NO!” Lo que Elifaz afirmó es indudablemente cierto, Job nunca contendría con él respecto de esto.

Sin embargo, la pregunta realmente no venía al caso. Con elocuencia pero de una manera pomposa, Elifaz comenzó a decir palabras que no tenían nada que ver con la situación de Job. Job, en su triste situación, sentado en medio de las cenizas, no tenía ninguna necesidad de que alguien le hablara de la fragilidad y de la debilidad de los seres humanos, ya se había dado cuenta de eso por su propia experiencia. Job también sabía perfectamente bien que hasta los ángeles que son muy superiores a los seres humanos,

están por debajo de Dios en: grandeza, gloria, y poder. Además, estaba consciente del hecho de que algún día le iba a llegar el momento de morir; y él había llegado a desear que eso sucediera de inmediato. Lo que Job necesitaba en ese momento era: verdadero apoyo, comprensión, y consuelo. Lo necesitaba urgentemente, pero hasta ahora no había recibido nada de eso en el discurso pronunciado por Elifaz.

Problemas que vienen sobre los que hacen mal

5 »Ahora, pues, da voces, // a ver quién te responde.
¿A cuál de los santos te volverás?

**² Es cierto que al necio lo mata la ira
y al codicioso lo consume la envidia.**

**³ Yo he visto que el necio echaba raíces,
y en la misma hora maldijo su morada.**

**⁴ Sus hijos carecerán de socorro:
en la puerta serán quebrantados
y no habrá quien los libre.**

**⁵ Su cosecha se la comerán // los hambrientos,
sacándola de entre los espinos;
y los sedientos se beberán su hacienda.**

**⁶ Porque la aflicción no sale del polvo
ni la fatiga brota de la tierra.**

**⁷ Pero como las chispas se levantan // para volar por el aire,
así el hombre nace para la desdicha.**

Las primeras afirmaciones que hizo Elifaz en este capítulo fueron un desafío cruel para Job; Elifaz llegó a la conclusión de que nadie le iba a responder cuando pidiera ayuda y consuelo. Unas palabras tan frías debieron haber traspasado el corazón de Job.

Una vez más, Elifaz afirmó que si un hombre sufre en este mundo es porque hace lo malo, y llamó “necio” a ese hombre. Esa palabra en este pasaje designa no solamente a una persona tonta,

sino a una persona que se rebela en contra de Dios y, por lo tanto, carece de la verdadera sabiduría. Cuando Elifaz habló de este “necio” anónimo, es claro que sus palabras señalaban indirectamente a Job. Realmente le estaba diciendo: “¡Si te cae el saco, pónitelo!”

“Al necio lo mata la ira, y al codicioso lo consume la envidia” (versículo 2). Como Elifaz se estaba dirigiendo a Job con estas palabras, probablemente tenía la intención de hacer una advertencia. De nuevo sugirió que Job era un necio y una persona simple.

Elifaz describió la ruina de un necio (versículos 3-5). Su forma de hablar es pomposa y sentenciosa. Aunque es verdad que en muchos casos los necios y los impíos, han padecido el tipo de desgracias que se mencionan en estos versículos, eso no ocurre todos los casos. Con toda seguridad, eso no ocurrió en el caso de Job, porque hemos leído que Dios mismo lo consideraba íntegro y recto, y aun así Job había sufrido toda clase de desgracias. Elifaz estaba equivocado.

Al decir que los hambrientos y los sedientos, toman las posesiones del necio, Elifaz destacó el punto de que el necio sufre en una forma material. De nuevo su observación es apropiada para algunos casos, pero no para todos.

En los versículos 6 y 7, Elifaz concluyó que lo que sufre la persona impía es la recompensa justa por su necesidad. Otra vez estaba equivocado si pensaba que esta era la situación de Job, porque su desgracia no era consecuencia de su necesidad.

La necesidad de volverse a Dios en arrepentimiento

**⁸ Ciertamente yo buscaría a Dios
y le encomendaría mi causa.**

**⁹ Él hace cosas grandes e inescrutables,
y maravillas sin número.**

**¹⁰ Derrama la lluvia sobre la faz de la tierra
y envía las aguas sobre los campos.**

¹¹ Pone en alto a los humildes

y a los enlutados da seguridad.

**¹² Frustra los pensamientos de los astutos,
para hacer vana la obra de sus manos.**

**¹³ Atrapa a los sabios en su propia astucia
y frustra los planes de los perversos.**

**¹⁴ De día tropiezan con tinieblas;
a mediodía andan a tientas, // como de noche.**

**¹⁵ Él libra de la espada al pobre, // de la boca de los malvados
y de la mano del violento;**

**¹⁶ por eso, el necesitado tiene esperanza,
pero la iniquidad cierra la boca.**

Hasta aquí los comentarios de Elifaz habían sido más bien deprimentes; por lo tanto, procuró suavizar la nota. Continuó con las elogiosas referencias a él mismo, y en efecto le dijo a Job: “Ahora, si yo estuviera en tu lugar”, etc. Lo que Elifaz dijo era sin duda la verdad; era claro que Job debía apelar a Dios y exponer su caso ante él. Nos quedamos con la sensación de que Elifaz estaba vociferando fríamente piadosas perogrulladas sin ninguna consideración por los sentimientos ni por la condición de Job. Elifaz cometió el error de simplificar demasiado las cosas, y de dar por sentado que todo lo que él decía se refería a Job. En todos sus discursos y en los de sus amigos, faltaba algo muy importante: el amor—el amor por el amigo que sufre.

Elifaz alabó la grandeza de Dios con mucho más detalle de lo que había hecho antes. Esta sección es muy semejante a ciertos pasajes que vamos a leer más adelante en este libro (especialmente en los capítulos: 28, 36, 37, 38). Los versículos 11–12, expresan pensamientos que son casi idénticos a los que se encuentran en la oración de Ana (1 Samuel 2:8), y en el Magnificat de María (Lucas 2:51- 52).

La felicidad y la prosperidad del que se vuelve a Dios

17 »Bienaventurado es el hombre//a quien Dios corrige;
por tanto, no desprecies//la reprensión del Todopoderoso.

18 Porque él es quien hace la herida,//pero él la vendará;
él golpea, pero sus manos curan.

19 En seis tribulaciones te libraré,
y en la séptima no te tocará el mal.

20 En tiempo de hambre//te salvaré de la muerte,
y del poder de la espada en la guerra.

21 Del azote de la lengua serás protegido
y no temerás//cuando venga la destrucción.

22 De la destrucción y del hambre te reirás
y no temerás a las fieras del campo,

23 pues aun con las piedras del campo//harás un pacto
y las fieras del campo//estarán en paz contigo.

24 Sabrás que hay paz en tu tienda:
visitarás tu morada y nada te faltará.

25 Asimismo verás//que tu descendencia es mucha,
que tu prole es//como la hierba de la tierra.

26 Llegarás con vigor a la sepultura,
como gavilla de trigo//recogido a su tiempo.

27 Nosotros lo hemos inquirido,//y esto es así.

Escúchalo y conócelo//para tu propio provecho.»

Aquí tenemos el pasaje más bello de todos los discursos pronunciados por los tres amigos de Job. Los primeros versículos nos recuerdan: el Salmo 1:1, y las Bienaventuranzas de Jesús (Mateo 5:3-11). La palabra “bienaventurado” también se puede traducir como “dichoso”. Este término describe: a un hombre cuyo corazón está en la relación correcta con Dios, a una persona que hace el mayor esfuerzo posible para vivir conforme a la voluntad de Dios, y que vive en paz con Dios y con los hombres. Aquí Elifaz afirmó acertadamente que el hombre a quien Dios corrige es realmente “bienaventurado” o “dichoso”. Elifaz también tuvo

razón cuando dijo “Porque él es quien hace la herida, pero él la venda; él golpea, y sus manos curan” (versículo 18). La cirugía más drástica que Dios practica es para el bien del atribulado paciente, y la mano celestial que usa el bisturí es la misma mano que venda la herida.

Pero a pesar de sus piadosas palabras, Elifaz realmente no creía que la intención de Dios fuera que el sufrimiento de Job tuviera el propósito de ser una disciplina para fortalecer su fe. Como veremos más adelante, Elifaz persistió en la idea equivocada de que los sufrimientos de Job eran la consecuencia directa de algunos pecados específicos que había cometido. Elifaz no fue capaz de distinguir entre el castigo que Dios le inflige al impío, y la disciplina saludable que Dios ejerce para con sus hijos creyentes.

Con un lenguaje vívido y concreto, Elifaz continuó su equivocado intento de corregir lo malo en la vida de Job. Él utilizó un recurso literario común, que estaba de moda y que usaban con frecuencia los escritores de la época en esa parte del mundo; se trata de la llamada “numeración ascendente”, un recurso que consiste en añadirle un número a otro número que ya es completo en sí mismo. Ese recurso se usó varias veces en el Antiguo Testamento; el número tres se aumenta al número cuatro, en Proverbios 30:15,18, y en Amós: 1:3,6, 9, 11,13; hay varios ejemplos similares. En este pasaje, seis se aumenta a siete: “En seis tribulaciones te libraré, y en la séptima no te tocará el mal” (versículo 19). Este recurso tiene el efecto de enfatizar aún más lo que dice el hablante.

Elifaz le aseguró a Job que todo saldría bien si tan solo él se volviera a Dios y encomendara su causa en sus manos. Dios lo protegería: de las desgracias, del hambre, de las calumnias, y de la destrucción; no tendría temor de las bestias del campo. En los tiempos antiguos había muchas bestias salvajes en esa parte del mundo; la mayoría de ellas no estaban domesticadas ni permanecían en zoológicos, andaban libremente en las áreas abiertas y de repente asustaban a las personas. Elifaz le aseguró a

Job que con las bendiciones y la protección de Dios, no iba a temer a las bestias. Hasta las piedras del campo, que suelen ser un obstáculo para el que cultiva la tierra, no le causarían ningún problema a Job si él se inclinaba ante la voluntad de Dios.

Acercándose cada vez más a la condición de Job, Elifaz le aseguró súbitamente que si él estuviera en la relación correcta con Dios, todas sus propiedades hubieran quedado intactas. Para agregar ofensas al daño que ya había hecho, dijo: que los hijos de Job iban a ser muchos, que sus descendientes iban a ser numerosos, y él mismo iba a morir sano y vigoroso a una edad muy avanzada. La expresión “llegarás con vigor a la sepultura” se refiere literalmente a una “buena vejez” y sugiere tanto madurez como salud. Una persona que alcanza la vejez con buena salud tiene una razón muy especial para darle gracias a Dios.

Trate usted de ponerse en el lugar de Job, que está sentado en un montón de cenizas y está escuchando estas palabras de Elifaz. Elifaz habló de un hombre “bienaventurado” o “dichoso” y describió a un hombre cuya situación era completamente opuesta a la que padecía Job. Para Job parecía no haber curación ni alivio, en su extremo dolor físico ni de la angustia mental que sufría. Había perdido todo lo que tenía. Escuchar las palabras del versículo 24 (“sabrás que hay paz en tu tienda, visitarás tu morada, y nada te faltará”), no era ningún consuelo para Job después de su gran pérdida. Lo más terrible era que había perdido a sus diez hijos a quienes amaba entrañablemente. Las palabras del versículo 25 (“asimismo verás que tu descendencia es mucha”) deben haberlo destrozado por dentro.

Encima de todo esto, Elifaz le dijo a su desdichado amigo que un buen hombre conduce su vida hasta la tumba en buena vejez. ¿Había alguna posibilidad que Job se identificara con una persona como esa? ¿No podía más bien haber concluido Job que su amigo Elifaz lo estaba juzgando por ser todo lo contrario, por ser un hombre impío? En discursos posteriores, los amigos de Job van a ser más directos en la acusación que le hacen a Job de ser un malvado. De hecho, las palabras finales, con las que termina este

discurso de Elifaz, sugirieron esto, cuando le dijo a Job: “Nosotros lo hemos inquirido, y esto es así cierto; escúchalo y conócelo para tu propio provecho” (27). ¿Con amigos como Elifaz, quién necesita enemigos?

Job se queja de que Dios lo ha afligido severamente

6 Respondió entonces Job y dijo:
2 «¡Ojalá pudieran pesarse//mi queja y mi tormento,
y fueran igualmente//puestos en la balanza!
3 Pesarían ahora más que la arena del mar.
Por eso mis palabras//han sido precipitadas,
4 porque se me han clavado//las flechas del Todopoderoso,
su veneno lo ha bebido mi espíritu
y los terrores de Dios combaten contra mí.

Las palabras de Elifaz fueron como un aguijón clavado en la carne de Job. En vez de darle consuelo, sólo le agregaron más sufrimiento. Job usó dos ilustraciones para describir su profunda aflicción.

Las antiguas balanzas tenían dos platillos que se mantenían en equilibrio por medio de un fiel central. Recurriendo a la exageración Job dijo que si todas sus aflicciones fueran colocadas en uno de los platillos y en el otro se pusiera toda la arena del mar, el fiel de la balanza se inclinaría hacia el platillo donde estaban sus penas, porque pesaría más.

En la segunda ilustración Job hizo referencia a un combate en el que los combatientes se disparan flechas envenenadas. En su profundo dolor, Job sentía que Dios lo había usado como blanco para disparar esas flechas envenenadas, que le causaban tanta enfermedad y dolor. Además, dijo que Dios era su enemigo que lo había atacado, como hace un general que dirige un ejército en contra de una ciudad para capturarla; Job mismo admitió (versículo 3) que sus palabras eran precipitadas. Pero, aunque no podemos justificar el fuerte lenguaje que usó Job al acusar a Dios,

debemos tratar de comprender que realmente eran demasiado severas las aflicciones que Dios había permitido que Satanás descargara sobre él.

⁵ ¿Acaso gime el asno montés//si está junto a la hierba?

¿Acaso muge el buey//cuando está junto a su pasto?

⁶ ¿Acaso se come sin sal lo desabrido

o tiene sabor la clara del huevo?

⁷ Las cosas que yo ni siquiera quería tocar

son ahora mi alimento.

Elifaz había usado muchas ilustraciones impresionantes para establecer su argumento (4:8-11; 5:3-5). Ahora Job usa dos ilustraciones para demostrarle que él tenía buenas razones para quejarse. Los asnos y los bueyes, necesitan comer para estar satisfechos y para poder sobrevivir; si los animales están hambrientos, de inmediato lo hacen saber a sus dueños por medio de sus quejidos. De igual forma, Job no se quejaría a menos que realmente estuviera sufriendo. Imploraba comprensión y solidaridad de parte de sus amigos, pero no las recibió; en vez de ello recibió palabras de reproche. Las palabras de Elifaz sólo le agregaron desdicha a la ya miserable condición de Job.

La referencia a “lo desabrido” y a la “clara del huevo” (versículo 6), aunque es concreta y sorprendente, es algo difícil. Se podría referir a lo intenso de sus sufrimientos, tal como lo expresan las palabras del versículo 5, pero parece muy probable que él hubiera querido implicar algo más, y se hubiera referido a las palabras de Elifaz que lograron hacer reaccionar a Job de una manera negativa, y solamente le agregaron mayor sufrimiento. El siguiente versículo (7) sostiene esta interpretación. A Job le resultaron repulsivas las palabras de Elifaz.

**⁸»¿Quién me concediera//que se cumpliera mi petición,
que Dios me otorgara lo que anhelo:**

**⁹ que agradara a Dios destruirme,
que soltara su mano y acabara conmigo!
¹⁰ Sería entonces mi consuelo,
cuando el dolor me asaltara sin tregua,
no haber renegado//de las palabras del Santo.**

Volviendo a los pensamientos que expresó en su discurso inicial (capítulo 3), Job deseaba poder morir. Su lenguaje es muy fuerte: “Que agradara a Dios destruirme; que soltara su mano y acabara conmigo” (versículo 9). La expresión que se traduce como “acabara conmigo” significa en hebreo soltar un hilo para que una tela pueda ser separada del telar.

Esta expresión se usa para representar a la muerte (Job 27:8; Isaías 38:12). Job anhelaba más la muerte que la vida; la muerte no sólo le traería la liberación de sus muchas desdichas, sino que también le daría la satisfacción de saber que Dios había escuchado sus oraciones. Aunque Job se quejaba contra Dios, aquí es importante recordar que no lo negaba ni lo maldecía. “El hecho de no haber negado al Señor era la confianza de Job en medio de tantas tribulaciones y desdichas, aun si el dolor que esto le causaba fuera prácticamente insoportable” (P.E. Kretzmann, *Comentario popular*, Antiguo Testamento II, 9).

**¹¹ ¿Cuál es mi fuerza para seguir esperando?
¿Cuál es mi fin para seguir teniendo paciencia?
¹² ¿Soy acaso tan fuerte como las piedras?
¿Es mi carne como el bronce?
¹³ ¿No es cierto que ni aun a mí mismo//me puedo valer
y que carezco de todo auxilio?**

Job hizo cinco preguntas y las respuestas para cada una de ellas eran “no”. Sentía que su fuerza había sido minada y que su paciencia se estaba agotando rápidamente. Después de todo, él era un ser de carne y hueso, no de piedra ni de bronce. En su

deplorable condición se sintió abandonado; ya no contaba con los recursos que le habían dado la capacidad para obtener el éxito como hombre: acaudalado, respetable, y con mucha influencia en su comunidad.

Job anhela la solidaridad de sus amigos

**14 El que sufre es consolado//por su compañero,
incluso aquel que abandona//el temor del Omnipotente.,**

**15 Pero mis hermanos me han traicionado;
han pasado como un torrente,
como las corrientes impetuosas**

**16 que bajan turbias por el deshielo
y mezcladas con la nieve,**

**17 que al tiempo del calor se secan,
y al calentarse desaparecen en su cauce.**

**18 Los caminantes se apartan de su rumbo
y se pierden en el desierto.**

**19 Las buscan las caravanas de Temán,
y los caminantes de Sabá //esperan en ellas;**

**20 pero se frustra su esperanza
al venir hasta ellas y verse defraudados.**

**21 Ahora, ciertamente como ellas//sois vosotros,
pues habéis visto el horror//y tenéis miedo.**

**22 ¿Es que yo os he dicho: “Traedme algo,
y pagad por mí de vuestra hacienda”,**

**23 o “Libradme de manos del opresor,
y redimidme del poder de los violentos”?**

Todas las palabras que Job pronuncia aquí buscan una sola cosa: comprensión y solidaridad. La lealtad a un amigo debe ser profunda y verdadera, a pesar de lo que esa persona pueda decir o hacer. Las palabras “incluso aquel que abandona el temor del Omnipotente” no quieren decir que Job mismo lo haya hecho. En realidad, a pesar de las severas pruebas por las que Job pasaba, él

seguía respetando a Dios. Pero Job expresó su convicción de que una persona atribulada tiene todo el derecho de esperar que sus amigos le sean fieles y solidarios.

Por otra parte, Job descubrió que estos amigos sólo eran “amigos en las buenas”, y dijo que lo habían traicionado (versículo 15). Los amigos habían mostrado poca disposición para ayudarlo cuando él más lo necesitaba. En un pasaje extenso los comparó con las corrientes que a veces se desbordan y en otras oportunidades se secan. Job sabía de lo que estaba hablando, porque en esa parte del mundo una lluvia repentina puede llenar muy rápidamente un cauce seco con aguas turbulentas, y después esas mismas aguas se evaporan fácilmente con el calor del sol.

Además, Job describe la inconstancia de sus amigos comparándola con los fatigados viajeros que avanzan por el desierto buscando agua en vano, tanto para ellos como para sus animales. En forma semejante, los amigos de Job habían estado a su lado en los buenos tiempos, pero ahora, cuando él tanto los necesitaba, simplemente no le habían traído el consuelo del que estaba tan sediento. Más bien, con sólo contemplar a Job se habían acobardado (versículo 21). Estas palabras revelan la impresión de Job ante la reacción que tuvieron sus amigos cuando lo vieron por primera vez (2:12-13).

Job no esperaba nada irrazonable de sus tres amigos; tan solo recordemos que nunca los había molestado pidiéndoles dinero (versículo 22); tampoco les había pedido que lo ayudaran a salir de su desgracia (versículo 23). ¿Era mucho pedir que le tuvieran un poco de compasión escuchándolo y ofreciéndole palabras de consuelo, especialmente ahora que estaba sufriendo una aflicción tan grande?

24 »Instruidme, y yo callaré;

hacedme entender en qué he errado.

25 ¡Cuán provechosas//son las palabras rectas!

Pero ¿qué reprocha vuestra censura?

**26 ¿Pretendéis censurar las palabras
y los discursos de un desesperado, // que son como el viento?**

**27 Vosotros os arrojáis sobre el huérfano
y caváis una fosa para vuestro amigo.**

**28 »Ahora, pues, si queréis, miradme,
y ved si estoy mintiendo ante vosotros.**

**29 Consideradlo ahora de nuevo, // y no haya maldad;
volved a considerar mi justicia en esto.**

**30 ¿Es que hay iniquidad en mi lengua,
o acaso no puede mi paladar // discernir lo malo?**

Las palabras de Job demuestran que estaba dispuesto a escuchar las opiniones de sus amigos y que deseaba discutir su problema con ellos. Les rogó que le mostraran en qué se había equivocado. La primera mitad del versículo 25, ha sido traducida de varias formas. La *New International Version* lo toma como una exclamación, y lo traduce así: ¡Qué dolorosas son las palabras honestas! La palabra hebrea que la versión *Reina Valera 1995* traduce como “provechosas” también indica: franqueza, honestidad, y rectitud al hablar. La versión 1960 de la misma *Reina Valera* traduce: “¡Cuán eficaces son las palabras rectas!” Pero para que esas palabras fueran de verdadera ayuda a los sentimientos de Job, la conversación debía ser consecuencia del hecho de comprender cuál era la verdadera situación de Job, que sus amigos estaban muy lejos de entender. Por eso Job agregó: “¿Pero, que reprocha vuestra censura?”

El discurso de Elifaz demostró que no entendía la situación de Job. Había ignorado lo dicho por Job, y calificó sus palabras como “viento” (26). Muy molesto por la indiferencia que Elifaz había mostrado por sus sufrimientos, Job exageró su reacción, acusando a su vez a Elifaz y a sus amigos de aprovecharse despiadadamente de los huérfanos indefensos y de tratar a sus propios amigos de una manera traicionera.

Y nuevamente Job increpó a sus amigos. ¿Acaso no lo conocían por su rectitud, por su integridad que era inobjetable?

Les pidió que dejaran de acusarlo injustamente. Aun cuando su apariencia física les fuera tan repulsiva al estar sentado en cenizas, desfigurado por la inflamación de la piel, y cubierto de heridas, él insistió en su inocencia; no era culpable de hablar perversidades. Aún podía distinguir lo correcto de lo incorrecto.

Job siente que su vida en la tierra es desdichada

7 ¿No es acaso la vida del hombre//una lucha sobre la tierra, y sus días como los días del jornalero?

2 Como el siervo suspira por la sombra o como el jornalero espera//el salario de su trabajo,

3 así yo he recibido meses de engaño y noches de sufrimiento//me tocaron en suerte.

4 Cuando estoy acostado, digo://“¿Cuándo me levantaré?” Mas la noche es larga y estoy lleno//de inquietudes hasta el alba.

5 Mi carne está vestida//de gusanos y costras de polvo; mi piel hendida y abierta, supura.

Job siguió hablando y describió la vida del hombre sobre la tierra como un servicio de “jornalero”. La palabra hebrea que utilizó se traduce más fielmente como “milicia”; esa palabra aparece con frecuencia en el Antiguo Testamento; la idea que comunica es la de servir en el ejército. En los tiempos antiguos, los hombres eran reclutados y obligados a servir en el frente de batalla; por lo tanto, en algunos pasajes la palabra significa “ejército”. En un sentido más amplio, la palabra puede significar “guerra” o “servicio forzado”, bajo el cual el trabajador tiene muy poca libertad. La misma palabra aparece en Isaías 40:2 donde la versión *Reina Valera* la traduce como “doble ha recibido”.

Job también compara su vida con la de un jornalero, con la de un hombre que trabaja para otros. Tenía que obedecer órdenes, y no tenía ni inversiones ni acciones, en la propiedad en que trabajaba. Sólo era un trabajador asalariado, esperaba recibir su

salario final de un día de duro trabajo, pero algunas veces era engañado.

Pero, lo que era aún peor, el esclavo ni siquiera recibía salario; él mismo, como persona, era propiedad de su dueño y estaba completamente atado a la voluntad de su señor. Y como el esclavo no recibía ninguna paga, todo lo que anhelaba después de un día de duro servicio era descansar bajo la sombra de un árbol o en cualquier refugio.

Job veía su vida presente como un prolongado período de desdicha; sufría severamente durante el día, y en la noche no hallaba ningún alivio. Sólo alguien que haya experimentado un constante dolor e incomodidad, posiblemente pueda identificarse con las afirmaciones que hace Job en los versículos 4 y 5. Aun así, es dudoso que algún ser humano, con excepción de nuestro Salvador, haya sufrido más severamente que Job.

El versículo 5 da información adicional sobre la naturaleza de las aflicciones físicas que sufrió Job. “Esta cruda descripción nos da una idea de las muchas complicaciones físicas de la enfermedad de Job: fiebre, insomnio, delirio, úlceras en la piel, y heridas supurantes infestadas de gusanos” (John E. Hartley, *The Book of Job*, El libro de Job, 145).

**6 Mis días corren más veloces//que la lanzadera del tejedor,
y perecen sin esperanza.**

**7 »Acuérdate de que mi vida es un sopro
y de que mis ojos//no volverán a ver el bien.**

**8 Los ojos de quienes me ven,//no me verán más.
Y tú fijarás tus ojos en mí,//pero ya no seré.**

**9 Como nube que se desvanece y pasa,
así el que desciende al Seol//no subirá de allí;**

**10 no volverá más a su casa,
ni su lugar volverá a reconocerlo.**

Con estas palabras Job expresa la brevedad de la vida humana; comparada con eternidad, aun la vida más larga resulta muy breve.

En ese momento Job estaba esperando que la muerte llegara pronto; en realidad la estaba deseando. Comparó su vida con la lanzadera que usa el tejedor; así como la tela debe ser cortada del telar, también debía ser cortada la vida de Job. Aunque se aferrara aún a una débil esperanza de vivir, estaba convencido de que muy pronto iba a acabar su existencia en este mundo. No sabía que Dios le iba a conceder 140 años más de vida, después de haberlo restablecido (42:16).

En su ansiedad se volvió directamente a Dios (versículo7). Buscaba compasión pero temía que nunca iba a volver a conocer otra vez la felicidad. En su pesimismo, llegó hasta a creer que nunca iba a ver Dios, y que Dios no lo iba a ver a él. Al decir estas palabras estaba en grave peligro de alejarse de Dios; su gran sufrimiento lo llevó a decir cosas que bajo otras circunstancias jamás hubiera dicho. Veía que la muerte se acercaba como algo repentino que lo iba a arrebatar de esta vida.

La afirmación que hace Job en el versículo 9, “así el que desciende del Seol no subirá”, no es de ninguna manera una negación de su creencia en la vida eterna. Aunque no tenía el beneficio de conocer todo el Antiguo ni el Nuevo Testamento, como hoy en día los conocemos, expresó su fe en la vida eterna, tal como lo vamos a ver en otros pasajes, especialmente en 19:23-27. Sin embargo, en este versículo describe la muerte tal como se puede ver desde el punto de vista físico: las personas no regresan de la tumba para volver a vivir en la tierra; una vez que mueren ya no regresan a su hogar ni llevan una vida como si nunca antes hubieran estado muertos.

Job desea que Dios lo deje en paz

**¹¹ »Por tanto, no refrenaré mi boca,
sino que hablaré//en la angustia de mi espíritu
y me quejaré en la amargura de mi alma.**

**¹² ¿Acaso soy yo el mar, //o un monstruo marino,
para que me pongas vigilancia?**

**13 Cuando digo: “Mi lecho me consolará,
mi cama aliviará mis quejas”,**

**14 entonces me atemorizas con sueños
y me aterras con visiones.**

**15 Por eso tuve por mejor ser estrangulado,
y quise la muerte más que a mis huesos.**

**16 ¡Aborrezco mi vida!//No he de vivir para siempre;
¡déjame, pues,//ya que mis días sólo son vanidad!**

En el primer versículo de esta sección, Job afirmó enfáticamente que él mismo iba a expresar cuál era su condición. La gramática del hebreo deja muy claro esto; el pronombre “Yo” está en una posición enfática, y la forma en que están los tres verbos expresa la fuerte determinación de dar a conocer sus sentimientos.

Antes Job había preguntado, “¿Soy yo acaso tan fuerte como las piedras, o es de bronce mi carne?” (6:12). Obviamente, no. Y ahora preguntó: “soy yo el mar, o un monstruo marino, para que me pongas vigilancia?” (versículo 12), otra vez, no. En su terrible aflicción sintió que Dios lo estaba vigilando constantemente, de la manera como se observa a un animal peligroso.

Pero aun durante la noche, cuando esperaba descansar de los sufrimientos que lo atormentaban, sentía que Dios lo estaba atemorizando con sueños y sus visiones extrañas. Su vida era una constante tortura, de modo que anhelaba que Dios lo estrangulara. Nuevamente, como Elías y Jonás, dijo que deseaba morir antes que vivir.

Al decir estas palabras, no estaba pidiendo que Dios lo abandonara de una vez por todas, sino que dejara de afligirlo tan severamente o, de otro modo, que lo dejara morir en paz.

A pesar de sus fuertes sentimientos y de sus agudas palabras, Job aún conservaba la fe en Dios, por encima de las severas pruebas a las que estaba siendo sometido.

Sus palabras “no he de vivir para siempre”, nos hacen pensar en un himno que ha sido de gran consuelo para muchos cristianos

a la hora de la muerte, ya sea su propia muerte o la de seres amados. A medida que lo lea, note la manera en que las palabras se aplican a la vida y a la muerte de un cristiano.

Más cerca, ¡oh Dios!, de Ti yo quiero estar,
Aunque sobre una cruz me haya de alzar;
Mi canto aun así constante habrá de ser:
Más cerca, ¡oh Dios!, de Ti, más cerca, sí.

Si caminando voy, y de ansiedad
Me lleno al presentir la oscuridad,
Aún mi sueño así me mostrará que estoy
Más cerca, ¡oh Dios!, más cerca, sí.

Que encuentre senda aquí que al cielo va,
Y en ella tu bondad me sostendrá;
Y ángeles habrá que me conducirán
Más cerca, ¡oh Dios!, de Ti más cerca, sí.

(Culto Cristiano, 271)

**¹⁷ ¿Qué es el hombre//para que lo engrandezcas,
para que pongas en él tu corazón**

**¹⁸ y lo visites todas las mañanas,
y a cada momento lo pruebes?**

**¹⁹ ¿Cuándo apartarás de mí tu mirada
y me soltarás//para tragar siquiera mi saliva?**

**²⁰ Aunque haya pecado, ¿qué mal puedo//hacerte a ti, Guarda
de los hombres?**

**¿Por qué me pones por blanco tuyo,
hasta convertirme en una carga//para mí mismo?**

**²¹ ¿Y por qué no borras mi rebelión//y perdonas mi iniquidad?
Pues pronto dormiré en el polvo,
y aunque me busques temprano,//no existiré.»**

Estas palabras de Job nos recuerdan las del salmo 8:4: “Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del

hombre para que lo visites?” Sin embargo estas palabras, aunque fueron escritas por David, en realidad se refieren a Jesucristo, de acuerdo a su naturaleza humana, y así lo vemos en Hebreos 2:6-9, donde el sagrado escritor las aplica directamente a nuestro Salvador.

Job se preguntaba ¿por qué el Dios grande y majestuoso lo había escogido para atormentarlo? Continuó su queja contra su Dios; igual que en el versículo anterior (16), deseaba que Dios lo dejara en paz.

Se quejó, diciendo: “Aunque haya pecado, ¿Qué mal puedo hacerte a ti, Guarda de los hombres?” Job no negaba que había pecado, tenía plena conciencia del hecho de que era un pecador como todas las demás personas. Sin embargo, en sus discursos negaba que sus pecados fueran de tal naturaleza y magnitud, que mereciera sufrir mucho más que las otras personas. Además, todavía conservaba la fe en Dios, pero sus palabras implicaban que, si había pecado (y no lo negaba), ¿qué gran daño pudo haberle hecho al majestuoso Dios? No podemos defender estas palabras de Job, pero si nos ponemos en su lugar las podemos entender bien.

Job se dirigió a Dios como al “Guarda de los hombres”. Aunque esta expresión pueda sonar irrespetuosa, debemos tomar en cuenta que hablaba un hombre desesperado que no sólo sufría intensamente sino que además estaba tratando ansiosamente de encontrar la razón de sus sufrimientos. También dijo que él mismo era como un “blanco” al que Dios le dispara. Antes había usado un lenguaje parecido: “porque se me han clavado las flechas del Todopoderoso, su veneno lo ha bebido mi espíritu” (6:4). Además, dijo que él era como “una carga” para Dios. Irónicamente él, que sentía que llevaba una carga tan pesada, ahora dijo que él mismo era una carga para Dios.

Job terminó su discurso preguntando ¿por qué Dios no perdonaba sus ofensas y sus pecados? Algunos eruditos han entendido estas palabras como si hubieran sido pronunciadas en un tono sarcástico y hasta blasfemo, pero parece mucho mejor

otorgarle a Job el beneficio de la duda e interpretarlas en el mejor sentido. Job anhelaba simplemente que Dios le concediera el perdón. Aunque estaba buscando la razón de sus grandes sufrimientos, como hijo de Dios, no negaba que había cometido pecado; la costumbre de ofrecer sacrificios diarios por sus hijos, como se ha mencionado antes (1:5), era una evidencia de su pecaminosidad.

PRIMER DISCURSO DE BILDAD

Dios castiga a los que hacen lo malo

Elifaz había hablado en los capítulos 4 y 5; en su discurso había recordado sus propias experiencias y recurrido a ellas. También había hablado de las revelaciones directas que había recibido en la noche. Elifaz tenía algunas de las características de los carismáticos.

Bildad, que es el orador en este capítulo, era diferente. Evitó hablar de sus propias experiencias y pronunció las palabras con un tono dogmático. Era un tradicionalista que prefería echar mano de las enseñanzas de los padres. Siguió fielmente lo que los padres habían dicho y aplicó rígidamente esas enseñanzas a la situación por la que atravesaba Job.

8 Respondió Bildad, el suhita, y dijo:
2 «¿Hasta cuándo hablarás tales cosas
y las palabras de tu boca//serán como un viento impetuoso?
3 ¿Acaso torcerá Dios el derecho
o pervertirá el Todopoderoso la justicia?
4 Si tus hijos pecaron contra él,
él les hizo cargar con su pecado.

Las palabras de Bildad suenan bruscas y crueles. Con impaciencia reprendió a Job por hablar como lo había hecho; no tuvo ninguna compasión por el pobre que sufría. Con la primera

pregunta que hizo, Bildad sugirió que Job ya había hablado demasiado, y con sarcasmo calificó sus palabras diciendo que eran como un “viento impetuoso”. En el idioma actual sería el equivalente a decir que era un “charlatán”.

Hizo una pregunta doble: “¿Acaso torcerá Dios al derecho, o pervertirá el Todopoderoso la justicia?” Acusar a Dios de algo como eso sería seguramente una blasfemia; hasta en sus más francas expresiones Job nunca había acusado a Dios de pervertir la justicia. Sin embargo, la pregunta de Bildad le había hecho esa acusación, por lo menos de manera indirecta.

Para empeorar las cosas, Bildad, con una gran falta de caridad, acusó a los hijos de Job de haber pecado contra Dios a tal grado que él había tenido que castigarlos con una muerte horrible. Bildad fue sumamente cruel al decir eso, porque de todas las desgracias que Job había experimentado, ninguna había sido más dolorosa que la muerte repentina de sus diez hijos. Había estado tan profundamente preocupado por la actitud que sus hijos observaban ante Dios, que cuando ellos tenían sus fiestas, Job ofrecía sacrificios a Dios por ellos (1:5). ¡Y ahora Bildad no sólo le recordaba a Job la muerte de sus hijos, sino que hasta sugería que su conducta pecaminosa los había llevado a la muerte! Con todo rigor, Bildad se aferró a su creencia de que las desgracias les sobrevienen exclusivamente a los impíos.

**⁵ Si tú desde temprano buscas a Dios
y ruegas al Todopoderoso;
⁶ si eres puro y recto,
ciertamente él velará por ti
y hará prosperar la morada de tu justicia.
⁷ Y aunque tu principio haya sido pequeño,
tu estado, al final, será engrandecido.**

Con un tono presuntuoso, Bildad sermoneó a Job, como si este nunca se hubiera vuelto a Dios en su desesperada condición. Bildad lo exhortó para que buscara a Dios (versículo 5). Esta

expresión se puede traducir más literalmente como “apresúrate a buscar a Dios”. En otras palabras tiene la connotación de “¡no pierdas ningún tiempo!” En sí mismo, lo que Bildad dijo era cierto y tenía sentido; pero el contexto revela una actitud presuntuosa de su parte.

Bildad le había hablado con arrogancia a Job, a quien Dios había elogiado altamente, como si fuera una mala persona que necesitara enderezar su vida. Sus palabras sugerían que Job estaba sufriendo tanto porque había pecado grandemente, Bildad lo exhortó para que fuera “puro y recto”; hasta se atrevió a prometerle que Dios lo iba a hacer más próspero de lo que había sido antes. De hecho, su primera prosperidad iba a parecer poca comparada con lo que Dios le iba a dar.

Es cierto que finalmente Dios bendijo a Job con más de lo que había tenido al principio (42:12); sin saberlo, Bildad lo había predicho. Pero estaba equivocado al afirmar que las aflicciones de Job eran la consecuencia de algún pecado grave; no podía entender que un hombre piadoso sufriera aflicciones tan severas como una prueba para su fe. Dios mismo había afirmado esto en su conversación con Satanás, y Eliú lo va a mencionar en uno de sus discursos (33:19-22).

**⁸»Pregunta tú ahora//a las generaciones pasadas
y disponte a interrogar //a los padres de ellas;
⁹ pues nosotros somos de ayer//y nada sabemos,
ya que nuestros días sobre la tierra//son como una sombra.
¹⁰ ¿No te enseñarán ellos, te hablarán
y sacarán palabras de su corazón?**

Como hemos dicho antes, Bildad tenía en alta estima las enseñanzas de sus antepasados; sus palabras implican que los hombres de las generaciones pasadas habían vivido muchos años, porque dijo, “Nosotros somos de ayer”. Esas palabras sugieren que Job y sus amigos deben haber vivido durante el tiempo de los patriarcas. Aunque los patriarcas vivieron más años (Abraham 175,

Isaac 180), también es cierto que vivieron menos años que las generaciones anteriores. De hecho, Sem, el hijo de Noé vivió 600 años (Génesis 11: 10,11). Bildad, el tradicionalista, tenía en alta estima “los buenos tiempos de antes”, y consideraba que los venerables padres fueron muy superiores a los pensadores de su día. Exhortó a Job para que prestara atención a lo que ellos tenían que enseñarle, por medio de Bildad mismo, por supuesto.

11 »¿Crece el junco donde no hay lodo?

¿Crece el prado donde no hay agua?

12 Con todo, aun en su verdor//y sin haber sido cortado se seca antes que toda otra hierba.

13 Tales son los caminos//de todos los que se olvidan de Dios; y así perecerá la esperanza del impío,

14 porque su esperanza//es apenas como un hilo, y su confianza, como una tela de araña.

15 Si se apoya en su casa,//ella no permanecerá en pie; si se agarra a ella, no resistirá.

16 Es como un árbol que está verde//plantado al sol, y cuyos renuevos salen//por encima de su huerto;

17 se van entretejiendo sus raíces//junto a una fuente y se enlazan //hasta llegar al lugar pedregoso.

18 Pero si lo arrancan de su lugar, éste lo negará, diciendo://“Nunca te había visto.”

19 Ciertamente así será//el gozo de su camino, y otros nacerán del polvo.

Bildad insistió en que los impíos encuentran desgracia durante esta vida, y para apoyar su argumento extrajo algunas ilustraciones de la naturaleza. Primero mencionó dos plantas que abundan en Egipto; sin duda tanto Bildad como Job estaban familiarizados con estas plantas. La planta de papiro necesita del pantano para crecer; el junco necesita agua. Abandonadas esas plantas no sobrevivirán; las dos necesitan de humedad. Bildad hizo la aplicación práctica a

los impíos y nuevamente, en forma indirecta, incluyó a Job entre ellos.

La siguiente ilustración es una telaraña; hablando de los impíos, Bildad dijo que su “esperanza (es) apenas como un hilo”. La palabra hebrea que se traduce como un “hilo” sugiere el delicado hilo de una telaraña; una delicada telaraña que fácilmente se puede quitar. De acuerdo con Bildad, la esperanza de los impíos es así de frágil.

Bildad también comparó al impío con una planta. Hay cierto número de dificultades en los versículos 16-19 que tienen que ver con varias traducciones e interpretaciones. Algunos estudiosos de la Biblia interpretan las palabras como referidas a una persona piadosa que prospera durante su vida en esta tierra. El salmista hace una descripción similar del hombre piadoso: “Será como el árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará” (Salmo 1:3). Otros le aplican estas palabras a una persona impía que prospera por un tiempo pero después tiene un mal fin. En este pasaje es preferible esta última interpretación. Los versículos 18 y 19 apoyan el punto de vista de que los versículos son aplicables más bien a los impíos que a los hombres piadosos. Es preferible la nota al pie de la página que aparece en la *New International Version* acerca del versículo 19 y que da una traducción más literal “Ciertamente todo el gozo que tiene es que del suelo otras plantas crecerán”. Ese gozo es de corta duración y su fin es desastroso. El mensaje principal del primer discurso de Bildad es claro: el impío tendrá un fin desdichado. Podemos estar de acuerdo con esta declaración al considerar su destino en otro mundo. La Biblia es abundantemente clara al afirmar que los incrédulos van a pasar la eternidad en el infierno, pero el error de Bildad fue afirmar que aun en esta vida tienen un mal fin. Con frecuencia ocurre todo lo contrario, muchos malvados logran prosperar materialmente en esta vida y les rinden honor hasta en su muerte.

En un discurso posterior vamos a ver que Job estaba en un franco desacuerdo con el punto de vista que sostiene Bildad; hay

muchos ejemplos en los cuales lo opuesto es la verdad: Los piadosos sufren algunas veces a manos de los malvados (24:1-17). Los hijos de Dios pueden sufrir severamente en este mundo, pero para los creyentes esos sufrimientos jamás serán un castigo, sino una amorosa disciplina de Dios.

Dios bendice a los que hacen lo bueno

**²⁰»Dios no desecha al íntegro
ni ofrece apoyo a la mano del maligno.**

**²¹Él llenará aún tu boca de risas,
y tus labios de júbilo.**

**²²Los que te aborrecen//serán cubiertos de confusión:
la morada de los impíos perecerá.»**

Bildad habló detalladamente de las desgracias que caen sobre el impío; por lo visto sintió la necesidad de enfatizarle esto a Job. Ahora describe de una manera más breve la felicidad y la prosperidad del piadoso.

Bildad nos describe un cuadro poco realista de la vida del que teme a Dios. Desearíamos que pudiera gozar de mucha felicidad y éxito ya en esta vida, pero en muchos casos no es así. La Biblia nos advierte que “es menester que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios” (Hechos 14:22). La Biblia también describe a los santos que están en los cielos de esta manera: “Éstos son los que han salido de la gran tribulación” (Apocalipsis 7:14). Nuestro Salvador como cristianos no nos ha prometido vida fácil y libre de preocupaciones, más bien nos ha dicho que estemos listos para tomar nuestra cruz y seguirlo (Mateo 10:38; 16:24).

Muchos predicadores de hoy en día, incluyendo a famosos tele-evangelistas, predicán una falsa “teología de prosperidad”, hacen promesas atractivas con el resultado de que, si tú te entregas a Jesús, todos tus problemas quedarán resueltos. Además, si contribuyes generosamente al ministerio por televisión, Dios

agregará ricas bendiciones a tu vida. Cuando las cosas no resultan de esa forma, algunos le darán la espalda a la religión. Esa “teología de la prosperidad” con sus promesas engañosas no es una verdadera religión, sino una mera caricatura de religión.

LA RESPUESTA DE JOB

El hombre mortal no se puede igualar con Dios todopoderoso

9 Respondió Job y dijo:
² «Ciertamente yo sé que esto es así:
¿Cómo se justificará//el hombre delante de Dios?,
³ Si pretendiera discutir con él,
no podría responderle//a una cosa entre mil.
⁴ Él es sabio de corazón//y poderoso en fuerzas,
¿a quién, si quisiera resistirle, le iría bien?

Job comenzó su réplica al discurso de Bildad, aceptando que Dios es justo y que no pervierte la justicia. Sin embargo, en esta oportunidad la profunda preocupación de Job era: ¿Cómo se justificaría el hombre ante Dios?” Job ya había perdido la mayor parte de sus posesiones, a todos sus hijos, y estaba sufriendo un dolor tan intenso que casi estaba fuera de él mismo. Su pregunta era: ¿Por qué? ¿Qué había hecho para merecer esto? ¿Sería verdad que era culpable de grandes pecados, como sus amigos habían sugerido? Por supuesto que ignoraba el reto que Satanás le había planteado a Dios: que si Dios dejaba que Satanás afligiera severamente a Job, muy pronto Job iba a maldecir a Dios (1:11; 2:5).

Job deseaba tener la oportunidad de estar ante Dios y discutir su problema personalmente con él. En estos versículos utilizó el lenguaje propio de los tribunales, quería presentar su caso ante Dios y declararse inocente de cualquier cargo que Dios tuviera en su contra.

Job comprendió que no tenía ninguna oportunidad de triunfar en una contienda de esa naturaleza, por eso dijo “no podría responderle a una cosa entre mil” (versículo 3). Más tarde, cuando Dios lo confrontó y lo desafió a que le respondiera (38:3; 40:2,7), Job humildemente admitió su derrota (40:4-5). En ese momento se daba cuenta de que Dios es incomparablemente superior a cualquier ser humano en sabiduría y en poder. Declaró. “Él es sabio de corazón, y poderoso en fuerzas” (versículo 4).

Dios es tan sabio y poderoso, que nadie le puede hacer frente. En los versículos que siguen Job da muchos ejemplos de esto.

**⁵ Él arranca los montes con su furor,
sin que ellos sepan quién los trastornó.**

**⁶ Él remueve de su lugar la tierra,
y hace temblar sus columnas.**

**⁷ Si él lo ordena, el sol no sale,
y él es quien pone sello a las estrellas.**

**⁸ Él solo extiende los cielos,
y anda sobre las olas del mar.**

**⁹ Él hizo la Osa y el Orión,
las Pléyades //y los más remotos lugares del sur.**

**¹⁰ Él hace cosas grandes e incomprensibles,
maravillosas y sin número.**

**¹¹ Él pasa delante de mí, y yo no lo veo;
pasa junto a mí sin que yo lo advierta.**

**¹² Si arrebatara alguna cosa//¿quién hará que la restituya?
¿Quién le dirá: “Qué haces”?**

**¹³ »Dios no volverá atrás su ira,
y bajo él se postran//los que ayudan a los soberbios;**

Estas palabras nos recuerdan muchos pasajes poéticos del Antiguo Testamento, entre ellos: los salmos: 46, 104, 147, e Isaías 40:12-31. En estos versículos Job describe la grandeza de Dios en el universo que él ha creado.

Dios creó las montañas, también puede originar grandes cataclismos en ellas, y si así lo quiere, hasta puede moverlas de su lugar. Dios afirma su poder mediante fuerzas tan devastadoras en la naturaleza como: los volcanes en erupción, los terremotos, los tornados, y los huracanes. En algunos casos ese tipo de desastres ha provocado cambios permanentes en la tierra, como cuando Dios hizo que lloviera fuego de los cielos para destruir las ciudades de Sodoma y Gomorra.

Fue Dios, y no las ciegas fuerzas de la evolución, quien creó este maravilloso universo, que es tan vasto que de sólo pensarlo titubea nuestra imaginación. Comparado con algunas estrellas distantes, el sol es muy pequeño, y la tierra una pequeña mancha. Aun así, Dios le dio una importancia tan grande, tan grande, que la escogió para que fuera la morada de lo más elevado de sus criaturas visibles, los seres humanos. Fue también en esta tierra en donde Jesús nació, vivió, sufrió, murió, y resucitó, por nuestra salvación.

Job afirmó que Dios tiene el poder de controlar el sol y las estrellas; él ha dispuesto todo de tal manera que el sol brilla durante el día y las estrellas aparecen durante la noche. Por experiencia sabemos que Dios puede ocultar el sol y las estrellas con las nubes, de forma que no se puedan ver. Pero Dios tiene en su poder el hacer mucho más que eso: si él lo quisiera, el sol no brillaría ni saldría, y puede quitar las estrellas del firmamento. El que creó este vasto universo también tiene el poder de destruirlo. La Biblia nos dice que así lo hará en el Día del Juicio Final (2 Pedro 3:7,10).

Job mencionó cuatro constelaciones (versículo 9), Dios menciona tres de ellas más adelante (38:31-33). A la primera se le llama la osa; también se le da el nombre de Arturo, y generalmente se identifica con la Osa Mayor, un grupo de siete estrellas localizadas en el cielo norte y apuntando hacia la Estrella del Norte.

Al segundo grupo se le llama Orión, una constelación llamada así por un cazador de la mitología griega. Es una de las

constelaciones más brillantes localizadas en el cielo del Sur.

Las Pléyadas consisten de siete estrellas grandes llamadas así por las siete hijas de atlas, una figura de la mitología griega que supuestamente sostenían el universo sobre los hombros.

Es difícil identificar con precisión las constelaciones del sur, y como la palabra que se traduce como “constelaciones” literalmente significa “cámaras,” algunos eruditos piensan que son espacios físicos infinitos en el sur donde no se pueden ver estrellas. Y como se enumeran con los otros tres términos, es muy probable que se refieran a constelaciones localizadas al sur.

En la actualidad tendemos a subestimar los conocimientos astronómicos que alcanzaron los pueblos de la antigüedad, pero debemos recordar que esas personas estaban bien versadas en esa ciencia; así lo manifestó Job en su discurso. Desafortunadamente, muchas personas en la antigüedad también se dedicaban a la falsa ciencia de la astrología, una práctica que la Biblia condena abiertamente (Isaías 47:12-14).

Es muy probable que durante la noche Job contemplara extasiado las estrellas y el firmamento, sin humo ni contaminación que las oscureciera. Confesó que las maravillas de Dios eran tan grandes que simplemente no las podía comprender.

Dios también se nos ha revelado en la naturaleza, aunque él mismo es invisible. A Job le hubiera gustado verlo y reunirse con él, pero no sabía qué hacer para encontrarlo.

En el último versículo de esta sección, Job se refirió de nuevo al gran poder de Dios. También habló de su ira. La ira de Dios no es pecaminosa, es tanto una expresión de su santidad como de su poder. En el versículo 13 leemos la expresión “los que ayudan a los soberbios”, aquí la expresión original es “Rahab”, y se refiere a los enemigos de Dios y a las fuerzas del mal, como también se menciona en el Salmo 89:10. En algunos pasajes (Salmo 87:4 e Isaías 30:7), este término se aplica a Egipto, que es el enemigo del pueblo de Dios. La palabra “Rahab” en estos pasajes no se debe confundir con el nombre de la prostituta que se menciona en Josué

2. Aunque en español suenen como si fueran una sola palabra, en hebreo son dos palabras diferentes.

Job se siente indefenso en la presencia de Dios

14 pues ¿cuánto menos podré yo replicarle
y escoger mis palabras frente a él?

15 Aunque yo fuera justo, // no podría responderle;
sólo puedo rogarle, a él que es mi juez.

16 Ni aun si lo invocara y él me respondiera,
creería yo que ha escuchado mi voz.

17 Porque él me quebranta con tempestad,
aumenta sin causa mis heridas

18 y no me concede que tome aliento,
sino que me llena de amarguras.

19 Si hablamos de su fuerza, // por cierto que es poderosa;
si de juicio, ¿quién lo emplazará?

20 Aunque yo me justificara, // mi propia boca me condenaría;
aunque fuera perfecto, // él me declararía culpable.

21 Aun siendo yo íntegro, // él no me tomaría en cuenta,
¡despreciaría mi vida!

22 Una cosa me resta por decir:
que al perfecto y al impío él los destruye.

23 Si un azote mata de repente,
él se ríe del sufrimiento de los inocentes.

24 La tierra es entregada // en manos de los impíos,
y él cubre el rostro de sus jueces.

Y si no es él, ¿quién es?, ¿dónde está?

Básicamente, Job está repitiendo lo que había dicho en el versículo 3. Continuó diciendo que lo único que buscaba era misericordia; se dio cuenta de que no se podía poner al mismo nivel de Dios. En forma semejante, David confesó después: “Y no entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de

ti ningún ser humano” (Salmo 143:2). Por su propio mérito, nadie puede estar delante de Dios. Esta debe ser la confesión de cada ser humano.

Job tenía tanta reverencia por Dios que hasta temía que él no lo escuchara. Le aterrorizaban la santidad y el poder de Dios. Hasta llegó a pensar que Dios se deleitaba en hacerlo sufrir, y que multiplicaba sus sufrimientos sin ninguna razón. Acusó a Dios de actuar arbitrariamente, ya que no veía la razón para que estuviera sufriendo tanto. Esa era una prueba para la fe que Job tenía en Dios. Estuvo tentado a pensar que Dios no era imparcial ni justo, en el trato con él. También se sintió incapaz de defenderse a él mismo ante Dios. En realidad, admitió que sus palabras, aunque muy sinceras, bien podían condenarlo. En su sufrimiento, Job defendió su rectitud, pero casi había llegado al punto de la desesperación. Y como él, que era un hombre justo, estaba sufriendo tanto, hasta llegó a la conclusión de que Dios destruía por igual al inocente y al impío, sin discriminación (versículo 22). Esas palabras son una respuesta a las palabras arrogantes que dijo Bildad, afirmando que Dios no le haría ningún daño al hombre íntegro (8:20).

En la medida en que Job sufría los estragos de la enfermedad y escuchaba las palabras poco compasivas de sus amigos, cayó en el pecado de acusar a Dios de tratarlo injustamente. Antes (versículo 3) había admitido que Dios es justo. No podemos defender las palabras que Job expresa en el versículo 24: “La tierra es entregada en manos de los impíos, y él cubre el rostro de sus jueces. Si no es él, ¿quién es?, ¿dónde está?”

Por otra parte, debemos tener presente que durante su aflicción pronunció palabras que en circunstancias normales jamás hubiera dicho. “No condenemos a Job por su lenguaje impaciente e irrespetuoso, hasta que hayamos examinado por completo nuestro propio corazón en tiempos de prueba como los que Job soportó. No concluyamos con ligereza que Job fue peor que otros hombres, hasta que nos hayamos colocado en circunstancias similares y

seamos capaces de expresar mejores sentimientos que los que él tuvo (*Notas de Barnes, Job, I, 225,226*).

**²⁵ Mis días han sido//más ligeros que un correo;
huyeron sin haber visto el bien.**

**²⁶ Pasaron cual naves veloces,
como el águila que se arroja//sobre la presa.**

**²⁷ Si digo: “Olvidaré mi queja,
cambiaré mi triste semblante//y me esforzaré”,**

**²⁸ entonces me turban todos mis dolores,
pues sé que no me tienes por inocente.**

**²⁹ Y si soy culpable,
¿para qué trabajar en vano?**

**³⁰ Aun cuando me lave con agua de nieve
y limpie mis manos con lejía,**

**³¹ aun así me hundirás en el hoyo,
y hasta mis propios vestidos//me aborrecerán.**

Nuevamente Job se refiere a lo efímera y breve que es la vida. En su primera respuesta a Elifaz había comparado el paso de los días con la lanzadera del tejedor (7:6); ahora los compara con un corredor que va entregando mensajes importantes, con las lanchas de papiro que surcan veloces las aguas del Nilo, y con las águilas que se lanzan veloces sobre su presa. Puede parecer que estas palabras contradicen lo que había dicho cuando se quejó de que las horas se prolongaban demasiado durante sus horas de dolor de día y de noche (7:2-4). Y sin embargo las dos afirmaciones son verdaderas en su caso. En la medida en que el tiempo parecía transcurrir lentamente, Job sentía que su vida estaba llegando a su fin sin ninguna esperanza de hallar alivio; no era capaz de sonreír ni de pretender que no tenía problemas en su vida. Su desgracia era demasiado real para eso.

Job sentía que Dios lo tenía por culpable de algún error desconocido que él había cometido. Describe gráficamente su situación cuando dice: “Aun cuando me lave con agua de nieve y

limpie mis manos con la legía, aun así me hundirás en el hoyo y hasta mis propios vestidos me aborrecerán” (versículos 30, 31). No importa cuán cuidadosamente se lavara para declarar su inocencia, aun así temía que Dios lo podría declarar culpable. Esas palabras nos recuerdan las que dijo Poncio Pilatos en el acto de lavarse las manos (Mateo 27:24). Con el lavamiento y con sus palabras, Pilatos intentó demostrar que quedaba libre de toda responsabilidad por la muerte de Jesús.

Job anhela un mediador

³²»Él no es un hombre como yo, // para que yo le replique y comparezcamos juntos en un juicio.

³³No hay entre nosotros árbitro que ponga su mano sobre ambos,

³⁴para que él aparte de mí su vara, y su terror no me espante.

³⁵Con todo, yo le hablaré sin temor, porque me consta que no soy así.

Antes, en este mismo capítulo, Job había descrito gráficamente su disputa con Dios comparándola a cuando se entabla un juicio en un tribunal. Aunque esperaba tener la posibilidad de dialogar con Dios, al mismo tiempo la temía, porque sabía que sería vencido (versículo 3). Ahora regresó al mismo tema, pero comprendió que Dios no es un hombre, y así no podía contender con él en ningún tribunal.

Entonces le vino la idea: “Si solo hubiera alguien que pudiera hacer de árbitro entre nosotros”. Anhelaba que apareciera alguien: que fuera neutral, imparcial, que juzgara como un árbitro o un juez de campo, pueden hacerlo en una competencia atlética. Esa persona podría resolver el asunto que separaba a Job de Dios. Job quería desesperadamente que alguien actuara como intermediario. Además, esperaba que esa persona quitara el castigo que Dios

estaba permitiendo que él sufriera y que reconciliara a las dos partes. Así ya Job no tendría temor de estar ante la presencia de Dios.

¿Qué le viene a la mente a usted cuando lee esto? ¿Acaso no señala este pasaje a alguien que iba a venir en el futuro para interceder por Job así como también por todos los seres humanos? Job sabía cuál era el verdadero Dios y cuál era la verdadera religión; y también debió haber sabido que Dios a su debido tiempo iba a enviar a su Hijo para que fuera el Salvador del mundo. El primer libro de la Biblia nos habla de la Simiente de la mujer que le aplastará la cabeza a la serpiente, Satanás (Génesis 3:15). Ahora, las palabras de Job en este pasaje parecen señalar hacia aquel Dios-Hombre que iba a venir, a Jesucristo, el Mediador entre Dios y los hombres.

Un escritor establece muy bien este punto en un artículo titulado “La esencia de la teología de Job”; en la encarnación, el Cristo divino aparece: como Arbitro del hombre, como su Intermediario, su Mediador. El Juez de campo, Jesucristo, puso una mano en el hombro de Dios y la otra mano en el hombro del hombre, y los unió. Quitó la justa ira de Dios sobre el hombre al desviarla y al hacer que el castigo cayera sobre Él mismo. Abrió el camino para que el hombre se acercara a Dios y se dirigiera a Él sin temor (Alfred von Rohr Sauer; *Concordia Theological Monthly*, Revista Teológica Mensual de Concordia, XXXVII, 5, 263).

Este pasaje contiene una de las varias expresiones de esperanza que pasaron por la mente de Job durante sus sufrimientos; pero en su agonía recayó en el pesimismo y se quejó ante Dios. Las palabras que siguen reflejan la inquietud de sus sentimientos.

Job siente que Dios no lo ha tratado bien

10 »¡Mi alma está hastiada de mi vida!
Voy a dar libre curso a mi queja,
hablaré con amargura de mi alma.
² Diré a Dios: “No me condenes,
sino hazme entender//por qué contiendes conmigo.
³ ¿Te parece bien oprimirme,
desechar la obra de tus manos
y favorecer los designios de los impíos?
⁴ ¿Acaso son de carne tus ojos?
¿Ves tú las cosas como las ve el hombre?
⁵ ¿Son tus días como los días del hombre,
o tus años como el tiempo//de los seres humanos,
⁶ para que estés al acecho de mi iniquidad
y andes indagando tras mi pecado,
⁷ aun sabiendo que no soy impío
y que nadie podría librarme de tu mano?

Job lamentó una vez más su condición; no podía entender por qué Dios lo afligía de tal forma. ¿Sería porque en realidad había cometido algún pecado en especial? ¿O simplemente Dios lo estaba castigando por gusto, sin ninguna buena razón? Job ignoraba que Dios tenía dos razones muy buenas para permitir que cayeran sobre él esas grandes aflicciones. Primero, Dios permitió que Satanás lo afligiera para probar que Job le sería fiel aún bajo los más severos sufrimientos. Segundo, Dios usó esas aflicciones para probar y fortalecer la fe de Job. A menos que tengamos presentes estos dos hechos, perderemos el punto principal del libro. Todo esto nos enseña mucho más que sólo a tener paciencia en los sufrimientos; de hecho, Job con frecuencia fue impaciente y no paciente.

También es importante recordar que, aunque Job se quejaba mucho, nunca le pidió directamente a Dios que lo curara de su enfermedad y de su dolor físico. Su preocupación principal era

tener una respuesta a las preguntas. “¿Por qué estoy sufriendo tanto?” y “¿Cómo puedo proclamar mi inocencia ante Dios?”

Aunque Job se dio cuenta de que no estaba sin pecado, sin embargo también estaba convencido de que aún era un hijo de Dios, piadoso y fiel. Por lo tanto, le hizo a Dios varias preguntas. ¿Por qué lo atormentaba y lo afligía tan severamente, mientras que al impío lo dejaba maquinando y hacer el mal? ¿Acaso Dios, que es espíritu, realmente tenía ojos humanos? ¿Juzga Dios de manera imperfecta, como lo hacen los seres humanos? ¿Llegará el tiempo en que Dios muera, al igual que los seres humanos? ¿Sería que Dios tenía que vengarse de Job antes de que él (Dios) muriera? ¿Sería posible que después de todo, Dios fuera solo un ser humano? En un arranque emocional Job le habló a Dios como si estuviera hablando con otro ser humano. En los versículos que siguen Job le suplica a Dios, y se describe a él mismo en detalle, como una obra hecha por las manos de Dios.

Job recurre a Dios quien lo creó

**⁸ Tus manos me hicieron y me formaron,
¿y luego te vuelves y me deshaces?**

**⁹ Acuérdate de que como a barro//me diste forma,
¿y en polvo me has de volver?**

**¹⁰ ¿No me vertiste como leche,
y como queso me cuajaste?**

**¹¹ Me vestiste de piel y carne,
me tejiste con huesos y nervios,**

**¹² me concediste vida y misericordia,
y tu cuidado ha guardado mi espíritu.**

Este pasaje es uno de los más impresionantes del libro en lo que se refiere a su toque sentimental y a su belleza poética. Job le imploró a Dios que no lo destruyera y que no volviera su cuerpo al polvo de donde lo había sacado. Le recordó al Señor la manera minuciosa en que Dios lo había creado y lo había formado. Job

usó varias palabras para describir el proceso de su creación. Primero dice: “Tus manos me hicieron y me formaron.” Describe a Dios como un escultor que lo talló intrincadamente hasta darle forma humana. Continuando con su vívida descripción, Job dice que Dios es aquél que lo hizo y lo formó de la manera como el alfarero trabaja la arcilla. Nuevamente pinta a Dios como el artífice maestro.

Luego, retrocediendo a su origen como embrión en el vientre de su madre, Job describe con gran certeza el acto de Dios de crearlo desde el principio mismo de su formación y de su desarrollo, así como el queso es formado de la leche. Luego describe el gran cuidado y el interés de Dios por el ser humano, de la siguiente manera: “me concediste vida y misericordia, y tu cuidado ha guardado mi espíritu”.

Cuando leemos estas palabras nos acordamos de otro pasaje del Antiguo Testamento, en el que con detalles parecidos se describe el gran milagro de la concepción humana y su nacimiento. En el salmo 139:13-16 David exclama lleno de gratitud:

- ¹³ Tú formaste mis entrañas;
me hiciste en el vientre de mi madre.
- ¹⁴ Te alabaré, porque formidables//y maravillosas son tus obras;
estoy maravillado
y mi alma lo sabe muy bien.
- ¹⁵ No fue encubierto de ti mi cuerpo,
aunque en oculto fui formado
y entretejido en lo más profundo//de la tierra.
- ¹⁶ Mi embrión vieron tus ojos,
y en tu libro estaban escritas//todas aquellas cosas
que fueron luego formadas,
sin faltar ni una de ellas.

Los dos pasajes (Job 10:8-12 y Salmo 139:13-16) describen de una manera extraordinaria el maravilloso milagro que Dios hace

en la concepción y en el nacimiento de un ser humano. Igualmente destacable es el hecho de que cada ser humano es un individuo distinto, con sus propias características y su personalidad. Los mismos padres pueden tener varios hijos, y aun así, en la mayoría de los casos, serán diferentes uno del otro en: apariencia, modales, y personalidad. Ciertamente este es un misterio extraordinario.

Estos pasajes nos hacen recordar que la concepción y el nacimiento de un ser humano, no son meramente el resultado de las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer. Sobre todo, Dios está presente y actúa; esto se enfatiza a lo largo de toda la Biblia. Cuando Jacob, ya anciano, vio a los hijos de José, preguntó: ¿"Quiénes son estos?" José no le dijo que eran los hijos que su esposa le había dado, sino que le contestó: "Son mis hijos, que Dios me ha dado aquí" (Génesis 48:8-9).

Estos pasajes de Job y de los Salmos, también señalan claramente que un embrión no es sólo una parte del cuerpo de la mujer, no es algo que pueda ser conservado o quitado como las amígdalas, el apéndice o la vesícula biliar. Hay personas que sostienen que la mujer tiene pleno derecho sobre su cuerpo y que por lo tanto puede tener un aborto si así ella lo desea. Esas personas ignoran el hecho de que el embrión es un ser humano real con un alma inmortal. La Biblia enseña claramente este hecho, y las fotografías de un embrión desde sus primeras etapas prueban que se trata de un ser humano diminuto. La persona que toma la Biblia con seriedad está obligada a tomar la vida humana en todas sus etapas como sagrada, y a condenar el aborto como un asesinato.

Las palabras de Job también nos recuerdan que le debemos dar gracias a Dios: por habernos creado, y por habernos dado: cuerpo y alma, ojos, y oídos y todos nuestros miembros, nuestra razón y todos nuestros sentidos, y por conservarlos, tal como lo explica bellamente Martín Lutero, en el primer artículo de nuestro Credo Apostólico.

Job se siente frustrado

**13 Pero tú ocultas algo en tu corazón,
y yo sé que lo tienes presente:**

**14 observar si yo pecaba,
y no tenerme por limpio de mi iniquidad.**

**15 Si soy malo, ¡ay de mí!,
y si soy justo, //no levantaré la cabeza,
hastiado cual estoy de deshonra //y de verme afligido.**

**16 Si alzo la cabeza, como un león, //me das caza
y haces contra mí maravillas.**

**17 Renuevas tus pruebas contra mí,
y contra mí aumentas tu furor //como tropas de relevo.**

Después de la bella descripción de su concepción y su nacimiento, Job volvió a su queja. Era culpable de acusar a Dios de que había actuado con malevolencia al hacerle daño. Nadie, incluyendo a Job, puede leer en el corazón ni en la mente de Dios. Cuando Dios le habló después (38-41), le recordó a Job este punto. Dios es demasiado majestuoso y maravilloso para que cualquier mortal lo comprenda. Por lo tanto, fue una impertinencia de parte de Job el haber declarado que Dios lo había creado con el único propósito de destruirlo.

Job acusó a Dios de estar al acecho, en este caso no en el sentido de un amoroso cuidado, sino espíandolo, tratando de atraparlo. Ya sea que fuera inocente o culpable, él sentía que no tenía ninguna salida; simplemente no podía ganar. Se quejó diciendo: “Hastiado como estoy de deshonra y de verme afligido”. La palabra hebrea que se traduce como “verme afligido” y que se usa en la segunda parte del versículo 15, se puede traducir mejor como “consciente de”. Job estaba constantemente consciente de su aflicción.

Las palabras de Job “como un león me das caza”, han sido interpretadas de dos diferentes formas. La pregunta podría ser: ¿A quién se compara con un león, a Job o a Dios? Algunos eruditos

son de la opinión de que las palabras de Job pintan una escena en la que los cazadores de leones gozan con su tarea, a la manera como los antiguos reyes asirios disfrutaban de la cacería; en ese caso, el león representaría a Job. Sin embargo, es más consistente que la Biblia describa al león como el agresor; el león acecha a su presa y la ataca; así describe Job a Dios en este pasaje. Dios, como un león, lo estaba acechando.

Job también acusó a Dios de haber traído nuevos testigos en su contra. ¿Quiénes eran esos testigos? ¿Eran personas? Esto no parece probable en el caso de Job, ya que sólo tenemos noticias de tres testigos del momento en que habló estas palabras: Elifaz, Bildad, y Zofar. Más bien los testigos a los que se refiere el versículo 17, eran los sufrimientos adicionales que padeció Job, que eran de muchas clases: físico, mental, emocional, y espiritual. Job no podía ver los sufrimientos como una experiencia mediante la cual Dios estuviera probando y fortaleciendo su fe, que era la forma como los veían sus amigos. Pero, a diferencia de sus amigos, se negó a admitir que su extremo sufrimiento fuera el resultado de haber cometido algunos pecados graves.

Job veía a Dios como su enemigo, que lo atacaba furiosa e implacablemente. Lo describe como si estuviera enviando fuerzas militares contra él para aplastarlo. Aunque las palabras de Job no se pueden justificar, nuevamente decimos que son las palabras de un ser humano desesperado, no las de un impío, ni las de un incrédulo.

Job desea poder morir

¹⁸»»¿Por qué me sacaste de la matriz?

Habría expirado y nadie me habría visto.

**¹⁹ Sería como si nunca hubiera existido,
llevado del vientre a la sepultura.**

²⁰ ¿No son pocos mis días?

¡Déjame, pues! Apártate de mí, // para que pueda consolarme un poco

**²¹ antes que vaya para no volver,
a la tierra de las tinieblas//y la sombra de muerte,
²² a la tierra de la oscuridad y el desorden,
lóbrega como sombra de muerte,
donde la luz es como densas tinieblas.”»**

Nuevamente escuchamos a Job expresando el deseo de haber muerto antes de vivir en esta tierra. En su desdicha actual había olvidado los años felices y prósperos que había disfrutado junto a su numerosa familia y los muchos amigos que lo habían rodeado. En cambio, ahora estaba sentado en su desgracia en compañía de tres hombres que no sentían ninguna compasión por él. Lo único que deseaba ahora era que Dios le pusiera fin a su desdicha. Repitió los pensamientos que antes había expresado con más amplitud en los capítulos 3 y 7. Le suplicó a Dios que lo dejara. Deseaba un momento de gozo antes de dejar este mundo.

Con términos desoladores, Job describió la tumba y el estado de los muertos, como el lugar donde se va “para no volver”. Desde el punto de vista de la vida en este mundo, eso es cierto. Con las muy pocas excepciones que se mencionan en la Biblia, las personas no han regresado de la muerte para vivir en este mundo. Para describir la oscuridad de la muerte, Job utilizó términos como: “tinieblas,” “sombra de muerte,” “tierra de oscuridad,” “lóbrega,” “sin orden,” y “densas tinieblas”. Cuando uno lee los versículos 21 y 22, el efecto es abrumador.

En su pesimismo, Job esperaba morir pronto; ignoraba por completo el hecho de que iba a vivir muchos años más. Por ahora veía su vida como una experiencia oscura y prohibida. Pero por sus palabras no podemos concluir que Job creía que la muerte era el final de todo; en diferentes partes de sus discursos se puede entrever la esperanza de la vida después de la muerte (14: 14-15; 16: 19-21; 19:25-27). Aunque Job no tenía la revelación completa de la muerte ni de la resurrección de Jesús, que nos da el Nuevo Testamento, sin embargo de algunas de sus palabras podemos

concluir que sí tenía la confianza de que iba a resucitar después de la muerte. Esa es la promesa que les da la Biblia a todos los creyentes; y Job era un verdadero creyente, según el propio testimonio de Dios (1:8; 2:3, 42:7-9).

EL PRIMER DISCURSO DE ZOFAR

Zofar condena las palabras de Job como palabrería necia

En este capítulo se nos presenta a Zofar, el tercero de los amigos de Job. Por sus palabras pronto podemos saber que Zofar no era compasivo y que carecía de tacto. Su forma de hablar fue brusca y muy franca, cuando censuró a Job.

11 Respondió Zofar, el naamatita, y dijo:
² «¿Las muchas palabras//no habrán de tener
respuesta?

El hombre que habla mucho, //¿será por ello justificado?

³ ¿Harán tus falacias callar a los hombres?

¿Te burlarás, //sin que nadie te avergüence?

⁴ Tú dices: “Mi doctrina es recta,
y yo soy puro delante de tus ojos.”

⁵ Mas ¡ah, quién diera que Dios hablara,
que abriera para ti sus labios

⁶ y te declarara los secretos de la sabiduría,
que son de doble valor que las riquezas!

Sabrías entonces que Dios te ha castigado//menos de lo que
tu iniquidad merece.

Por la actitud tan pomposa de Zofar y por sus agudas palabras, podemos ver que no tenía ninguna compasión por el dolor ni por la ansiedad de Job. Para él los fuertes arranques de Job no eran una sincera expresión de dolor por su profunda angustia. Escuchó las quejas de su amigo como si fueran el mero parloteo de un

quejumbroso que merece una severa reprensión. Comenzó haciendo cuatro preguntas que evidentemente se responden por sí mismas. Sintió que tenía que darle respuesta a las quejas de Job. Dijo que las afirmaciones de Job eran “falacias” y lo acusó de que se había mofado de Dios. Esa fue una acusación injusta, Job se había quejado y hasta había desafiado a Dios, pero en ningún momento se había burlado de Dios, ni había blasfemado contra él.

Zofar había acusado a Job de que dijo: “Mi doctrina es recta, y yo soy puro delante de tus ojos” (versículo 4). Esa fue una acusación falsa; cuando Job, en 9:21, declaró “¿Soy acaso intachable?” estaba afirmando que era inocente de cualquier pecado en especial que pudiera merecer un castigo tan severo. No afirmó que era un hombre intachable.

Zofar expresó el deseo de que Dios pudiera hablar, un deseo que Job también compartía, porque él había tenido la esperanza de dialogar con Dios. Zofar afirmó que Dios le revelaría entonces a Job los secretos de su sabiduría. Mientras que en la *Reina Valera 1995* Zofar afirma que la sabiduría de Dios tiene “doble valor”, otras versiones dicen que la sabiduría de Dios tiene “dos lados” (la *New International Version*, véase también *La Biblia de las Américas*). Se han dado varias interpretaciones para esta última expresión; la mejor explicación parece ser que “Dios sabe cuáles son los dos lados de un asunto, tanto lo manifiesto como lo oculto, y que él le revelaría el lado oculto a Job si respondiera al reto que Job le hacía” (Marvin H. Pope en *The Anchor Bible*, La Biblia del ancla, XV, 84,85).

Zofar agregó: “Sabrías entonces que Dios te ha castigado menos de lo que tu iniquidad merece” (versículo 6). Aunque a primera vista las palabras de Zofar parecen misericordiosas, sin embargo implican fuertemente que Job había pecado de una manera tan grave que ningún castigo sería suficiente para cubrir ese pecado. También estaba afirmando que el sufrimiento de Job era una especie de castigo, y no una prueba para fortalecer su fe, como había sugerido Elifaz (5:17).

Zofar alaba la majestad de Dios

- ⁷»¿Descubrirás tú los secretos de Dios?
¿Llegarás a la perfección//del Todopoderoso?
⁸ Es más alta que los cielos: ¿qué harás?
Es más profunda que el seol://¿cómo la conocerás?
⁹ En longitud sobrepasa a la tierra,
y es más ancha que el mar.
¹⁰ Si él pasa y aprisiona, y si llama a juicio,
¿quién podrá oponérsele?
¹¹ Y si él conoce a los hombres vanos,
al ver asimismo la iniquidad,//¿no hará caso?
¹² Pero un hombre vano será inteligente
cuando la cría del asno montés//nazca hombre.**

Zofar habló con una poesía bella e impresionante de las maravillas y los misterios de Dios. Atiborró a Job de pregunta tras pregunta. Nadie podría contradecir lo que Zofar dijo acerca de Dios; Job mismo había hablado de manera similar (9:4-13), y también Elifaz había hablado en los mismos términos (5:9-16). En capítulos posteriores también leeremos acerca de los grandes misterios de Dios. Zofar efectivamente utilizó dimensiones tales como: “más alto,” “más profundo,” “más extensa,” y “más ancha”, para describir los misterios de Dios. Sus palabras nos recuerdan el lenguaje que utilizó Pablo en los versículos finales de una sección doctrinal en la epístola a los Romanos:

¡Profundidad de las riquezas,
de la sabiduría y del conocimiento de Dios!
¡Cuán insondables son sus juicios
e inescrutables sus caminos!,
porque, ¿quién entendió la mente del Señor?
¿o quién fue su consejero?
¿Quién le dio a él primero, para que le fuera
recompensado?,

porque de él, por él y para él son todas las cosas.
A él sea la gloria por los siglos. Amén (11:33-36).

Dejando el tema del gran misterio de Dios, Zofar ahora habló del poder de Dios (versículo 10). Le mostró a Job que sería inútil tratar de resistirse a Dios. El Señor no sólo puede encarcelar a una persona que está contra él, sino que también puede enviarla a juicio. Job había estado esperando comparecer ante Dios para poder presentar su queja delante de él. Ahora Zofar dio a entender que Dios iba a obligar a Job a comparecer ante Él. ¿Quiso también decir Zofar que la corte judicial iba a estar integrada por él mismo y por sus amigos?

En las palabras de los versículos 11 y 12, Zofar acusó indirectamente a Job de ser: engañoso, malvado, y tonto. Esas fueron palabras crueles, y probablemente hirieron profundamente a Job. Tal vez citando un proverbio, Zofar dio a entender que Job era torpe; lo llamó “vano,” o “cabeza hueca”, alguien que carece de cerebro y de Juicio. Que una persona así se volviera sabia sería tan improbable como que una burra pudiera parir un ser humano.

La solución para Job: Volverse a Dios

**¹³»Si tú dispones tu corazón,
y tiendes hacia Dios las manos;**

**¹⁴ si alguna iniquidad hay en tus manos, // pero la apartas de ti,
y no consientes que en tu casa // more la injusticia,**

**¹⁵ entonces levantarás tu rostro // limpio de mancha,
serás fuerte y nada temerás.**

**¹⁶ Olvidarás tu miseria,
o te acordarás de ella // como de aguas que pasaron.**

**¹⁷ La vida te será más clara que el mediodía;
aunque oscurezca, será como la mañana.**

**¹⁸ Tendrás confianza, porque hay esperanza;
mirarás alrededor y dormirás seguro.**

**19 Te acostarás y no habrá quien te espante;
y muchos suplicarán tu favor.
20 Pero los ojos de los malos se consumirán;
no encontrarán refugio,
y toda su esperanza//será dar su último suspiro.»**

Después de esas duras palabras, Zofar exhortó a Job a que cambiara de actitud, tal como Elifaz lo había hecho antes (5:8). Le dijo a Job que tomara la iniciativa: “Si dispones tu corazón... a Dios”. El pronombre “tú” es afirmado con énfasis en el hebreo; Zofar le dijo a Job que todo dependía de él.

Su forma de hablar nos recuerda la “teología de la decisión” que es tan prominente en la predicación de ciertos evangelistas hoy en día. Pueden predicar elocuentemente acerca de los pecados del pueblo; pueden proclamar conmovedoramente los sufrimientos y la muerte de nuestro Salvador; pero luego agregan las palabras: “Debes tomar una decisión a favor de Cristo. Ven al altar y entrégale tu vida”. En vez de presentar la fe como la mano vacía que recibe el perdón y la salvación, la presentan como la decisión que uno debe tomar de aceptar a Cristo e invitarlo a que entre en el corazón. En la misma forma Zofar le dijo a Job que diera los pasos necesarios para reconciliarse con Dios.

Zofar también hizo hermosas promesas aunque poco realistas, diciendo que si Job se volvía a Dios, todo iba a marchar bien, que ya no iba a sufrir más: vergüenza, ni temor (versículo 15), ni tribulación (versículo 16). La vida iba a ser brillante y luminosa (versículo 17). Él iba a tener confianza, esperanza e iba a dormir seguro (versículo 18), y podría recostarse en paz a descansar (versículo 19). Las personas iban a buscar nuevamente su favor y su consejo, tal como había sido antes (29:7-13).

Hoy en día también hay predicadores por televisión que hacen promesas tan entusiastas como las que hizo Zofar. Como lo mencionamos en los comentarios de 8:20-22, la “teología de la prosperidad” es falsa y engañosa. Algunos predicadores la usan

como gancho para inducir a su auditorio a que contribuya generosamente para el misterio televisivo o radial. “Envíe su generosa contribución”, dicen, “y Dios lo cuidará”. ¿Pero, en qué parte de la Biblia se lee que Dios haya hecho esa promesa? La verdad es que Dios no les promete a sus hijos una vida libre de tribulaciones, tal como Zofar describió la vida de los piadosos. Tampoco condena como impíos a los que sufren tribulaciones y penas. Realmente, la Biblia nos dice: “No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová no te canses de que él te corrija; porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere” (Proverbios 3:11-12, también citado en Hebreos 12:5-6).

En el versículo final de su discurso, Zofar hizo otra afirmación que es cuestionable por dos razones. Primero, afirmó categóricamente que el impío fracasará, que no tendrá escape, y que llegará a su fin sin esperanzas. Eso no es cierto; con frecuencia tienen éxito en esta vida. Zofar además dio a entender que Job era uno de los impíos, a menos que se volviera a Dios. Por lo tanto, se atrevió a juzgar a Job como una persona impía. Al hacerlo así, Zofar se puso del lado de Satanás en contra de Dios, que había elogiado a Job.

LA RESPUESTA DE JOB

Job no está de acuerdo con los argumentos de sus amigos

12 Respondió entonces Job diciendo:
1² «Ciertamente vosotros sois el pueblo,
y con vosotros morirá la sabiduría.

3 Pero yo también tengo entendimiento, // lo mismo que vosotros;

¡no soy menos que vosotros!

¿Y quién habrá // que no pueda decir otro tanto?

4 Yo soy uno de quien su amigo se mofa;
uno que invoca a Dios, y él le responde;
uno justo e íntegro que es escarnecido.

**⁵ Aquel cuyos pies//están a punto de resbalar
es como una lámpara despreciada
por el que se siente seguro.**

**⁶ Prosperan las casas de los ladrones
y viven seguros los que provocan a Dios,
que ha puesto en sus manos//todo lo que tienen.**

Job había escuchado a cada uno de sus tres amigos cuando tomaron su turno para hablar. Aunque algunas de las cosas que dijeron eran ciertas, sin embargo estaban equivocados al llegar a la conclusión de que los sufrimientos de Job eran un castigo por ciertos pecados que había cometido. También se equivocaban al afirmar que si él abandonaba su estado pecaminoso, podría gozar nuevamente de su salud y de su prosperidad. De hecho, su propia experiencia era precisamente lo contrario, tal como ya antes les había recordado. Aun así estos amigos no hicieron caso de las quejas de Job y sintieron poca o ninguna compasión por él. En vez de consolarlo, se habían limitado a agregar más peso a su ya desdichada condición.

Los discursos que habían pronunciado hicieron que Job reaccionara con sarcasmo: “¡Ciertamente que vosotros sois esa gente importante, y el día en que muráis, con vosotros morirá la sabiduría!” Ellos eran “los sabelotodo” ¡El mundo iba a ser mucho más pobre el día en que ellos murieran!

Pero Job no podía aceptar que sus amigos tuvieran razón en sus argumentos ni que fueran la máxima autoridad en sabiduría, por eso afirmó que era igual en inteligencia y en sabiduría. En realidad muchas de las cosas que sus amigos habían dicho eran trilladas y pasadas, y no convencían a Job, sino que solamente lo irritaban. Sintió que lo que él tenía que decir era más sustancioso que lo que había escuchado hasta ahora.

Los amigos habían sostenido repetidamente que el piadoso prospera donde el impío sufre desgracia. Zofar había afirmado eso enfáticamente así en su último discurso. Bajo ninguna condición podría Job estar de acuerdo con esto. En realidad, lo que se

aplicaba a él era lo contrario. Él, que había sido un hombre temeroso de Dios y apartado del mal, ahora estaba sufriendo intensamente. Él, que había sido un hombre altamente respetado, ahora había llegado a ser el hazmerreír de sus amigos y un ser despreciable para quienes lo veían. Por otra parte, el impío parecía prosperar y gozar de una vida de placeres.

Posteriormente el salmista Asaf hizo una observación similar cuando estaba pasando por tribulaciones, y dijo:

- ² En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies;
Por poco resbalaron mis pasos.
- ³ Porque tuve envidia de los arrogantes,
Viviendo la prosperidad de los impíos.
- ⁴ No se atribulan por su muerte,
Pues su vigor está entero.
- ⁵ No pasan trabajo como los otros mortales,
Ni son azotados como los demás hombres.
- ¹² Estos impíos,
Sin ser turbados del mundo, aumentaron sus riquezas.

(Salmo 73:2-5,12)

Cuando Asaf consideró el destino del impío, se dio cuenta de que al final la impiedad no paga (Salmo 73:17). Job también llegó a la misma conclusión, como lo vemos en las palabras que pronunció después (27:7-10). Sin embargo, para este tiempo es obvio que la irritación de Job ante las despiadadas acusaciones de sus amigos, lo hicieron reaccionar con exageración. ¿Sería que usted o yo reaccionaríamos de manera diferente?

La última línea del versículo 6 es difícil. Ha sido traducida de varias formas, como lo podemos ver en las diferentes traducciones. La *New International Version* traduce “dios.” Pero, podemos mejorar esta traducción cambiando la palabra “dios” por “Dios”, tal como la traduce la *Reina Valera*. En este último caso se lee mejor: “Pensando que... tienen (a Dios) en su puño”; es decir, sin respeto alguno por Dios, el impío puede presumir que lo controla y lo manipula como si él fuera un objeto mágico.

**⁷ »Pregunta ahora a las bestias//y ellas te enseñarán;
a las aves de los cielos, //y ellas te lo mostrarán;
⁸ o habla a la tierra y ella te enseñará;
y los peces del mar //te lo declararán también.
⁹ ¿Cuál entre todos ellos no entiende
que la mano de Jehová lo hizo?
¹⁰ En su mano está el alma de todo viviente
y el hálito de todo el género humano.
¹¹ »Ciertamente el oído //distingue las palabras
y el paladar saborea las viandas.
¹² En los ancianos está la ciencia
y en la mucha edad la inteligencia.**

Estos versículos sirven para hacer la transición entre los versículos 1-6 y 13-25. Al decir estas palabras, Job protestó porque sus amigos tenían una imagen distorsionada de la razón de sus sufrimientos. Afirmó que hasta las criaturas más bajas entendían lo que sus amigos no habían logrado entender o habían preferido ignorar. Los animales, las aves, y los peces, que habían sido puestos bajo el gobierno del hombre en la creación (Génesis 1:26), reconocían lo que los amigos de Job se había negado a admitir: que era la mano de Dios Todopoderoso la que había llevado la aflicción sobre él. Al hablar así, Job sin duda estaba yendo más allá de la verdad. Podríamos preguntar: ¿Es que los animales, las aves, y los peces, realmente saben esas cosas? Tal vez su instinto los lleve a reconocer ciertas cosas en la naturaleza, pero ¿se puede extender ese conocimiento hasta el punto de comprender que es Dios quien tiene el poder y el gobierno sobre las cosas?

Aun así Job tenía razón al afirmar de manera enfática que no era culpable de ningún pecado específico que hubiera traído sobre él tanto sufrimiento. No sabía que Dios había permitido que Satanás le causara tan grandes aflicciones. Satanás era el único que había instigado su sufrimiento; trataba de destruir a Job. Y mientras Dios permitía que Satanás lo afligiera, estaba probando y fortaleciendo la fe de Job, de forma que al final iba a ser

ricamente bendecido. Pero Job no lo sabía en ese momento.

Los versículos 11 y 12, expresan verdades importantes, pero es difícil acomodarlas en este contexto, tal vez sea mejor entenderlas como la respuesta de Job a sus amigos con el fin de hacerles ver que no estaba dispuesto a aceptar sus afirmaciones; había escuchado lo que decían y no estaba de acuerdo, él también había vivido y experimentado muchas cosas. Pero a medida que avanzaba en su discurso, Job les recordó a sus amigos que había Uno que, a diferencia de los seres humanos, tenía sabiduría y poder ilimitados: Dios.

Dios tiene el poder sobre todas las cosas

**¹³ Pero con Dios están//la sabiduría y el poder:
suyo es el consejo y la inteligencia.**

**¹⁴ Si él derriba, no hay quien edifique;
si encierra al hombre,//no hay quien le abra.**

**¹⁵ Si detiene las aguas, todo se seca;
si las suelta, arrasan la tierra.**

**¹⁶ Con él están el poder y la sabiduría;
suyos son el que yerra//y el que hace errar.**

**¹⁷ Lleva despojados de consejo//a los consejeros
y entontece a los jueces.**

**¹⁸ Rompe las cadenas de los tiranos
y ata una soga a su cintura.**

**¹⁹ Lleva despojados a los sacerdotes
y trastorna a los poderosos.**

**²⁰ Quita la palabra//a los que hablan con seguridad
y priva de discernimiento a los ancianos.**

**²¹ Derrama desprecio sobre los príncipes
y desata el cinto de los fuertes.**

**²² Descubre las profundidades//de las tinieblas
y saca a luz la sombra de muerte.**

**²³ Multiplica las naciones y las destruye;
las dispersa y las vuelve a reunir.**

**²⁴ Quita el entendimiento//a los jefes del pueblo de la tierra,
los hace vagar como por un desierto//en el que no hay
camino,
²⁵ y van a tientas, como en tinieblas, sin luz;
y los hace errar como borrachos.**

Con estas palabras Job alaba la sabiduría y el poder de Dios, mientras que todavía defiende su inocencia respecto de las acusaciones que sus amigos estaban tratando de levantar contra él. Su lenguaje es vigoroso enfatizando repetidamente la verdad de que Dios está por encima del hombre, por encima de los hombres que están en los lugares más altos: consejeros, jueces, reyes, sacerdotes, asesores, ancianos, nobles, y todos los altos y poderosos de este mundo. Todas estas grandes personalidades son insignificantes ante la sabiduría de Dios.

Zofar se había referido brevemente a la sabiduría de Dios en el discurso que pronunció en el capítulo anterior (versículos 6-11), pero había pronunciado esas palabras para reprender a Job. Poco antes, Job había alabado hasta cierto punto la infinita sabiduría y poder de Dios (9:1-24). Ahora, en la respuesta a Zofar, se refiere otra vez a Dios con todo detalle como el único que es incomparablemente poderoso y ante el cual nadie puede estar de pié. Este es el mismo Dios que había permitido que Job sufriera.

Job reaccionó ante la breve y amarga reprensión de Zofar (capítulo 11), con un largo discurso que ocupa tres capítulos (12,13, y 14). Después de su apacible y objetiva descripción de la sabiduría y del poder de Dios (12:13-25), las palabras de Job en los dos capítulos siguientes son interesantemente personales y teñidas de amargura.

El consejo de los amigos de Job no sólo es inútil sino peor que esto

13 »Todas estas cosas han visto mis ojos,
y han oído y entendido mis oídos.

**² Como vosotros lo sabéis, lo sé yo:
no soy menos que vosotros.**

**³ Mas yo querría hablar//con el Todopoderoso,
querría razonar con Dios.**

**⁴ Vosotros, ciertamente, //sois fraguadores de mentira;
todos vosotros sois médicos inútiles.**

**⁵ ¡Ojalá os callarais por completo,
pues así demostraríais sabiduría!**

En el vano intento por consolar a Job, sus tres amigos sólo habían conseguido que se sintiera peor. Lo habían tratado con una actitud legalista, aplicándole la ley en vez de aplicarle el evangelio; sus argumentos racionales habían ido del efecto a la causa. Todo lo que le habían dicho, era como decirle: “Job, si estás pasando por un sufrimiento tan grande, es porque debes haber pecado grandemente”.

No tenían ni la más mínima idea de su problema, y mucho menos sentían verdadera compasión hacia él. Sus palabras sólo lograban que Job se sintiera peor, y tenían el efecto de irritarlo y de despertar en él el deseo de pagarles con la misma moneda. Usando términos médicos, Job los acusó de haberlo calumniado y de ser médicos charlatanes cuyo diagnóstico era equivocado y cuya medicina era peor que la enfermedad. Como consejeros, le hacían más daño que bien. Lo más sabio que podían hacer de aquí en adelante era permanecer en silencio. Pero eso es precisamente lo que no hicieron, como vamos a ver en los capítulos: 15, 18, 20, 22, y 25.

Job les suplica a sus amigos que lo escuchen

- 6 Escuchad ahora mi razonamiento;
estad atentos a los argumentos//de mis labios.**
- 7 ¿Hablaréis iniquidad//por defender a Dios?
¿Hablaréis con engaño por defenderle?**
- 8 ¿Seréis, para favorecerlo,//parciales con las personas?
¿Lucharéis vosotros en defensa de Dios?**
- 9 ¿Bueno sería que él os examinara!
¿Os burlaréis de él//como quien se burla de un hombre?**
- 10 Él sin duda os reprochará,
si de manera solapada//sois parciales con las personas.**
- 11 De cierto su majestad//os habría de espantar;
su pavor habría de caer sobre vosotros.**
- 12 ¡Vuestras máximas son refranes de ceniza
y vuestros baluartes son baluartes de lodo!**

Job les suplicó a sus amigos que lo escucharan; les preguntó si intentaban demostrar la parcialidad de Dios. La expresión “parciales con las personas” significa tratar de ganar el favor de alguien por medio del soborno o de algún otro medio deshonesto.

Job les preguntó si estaban tratando de buscar servilmente el favor de Dios al rebajarlo a él, y si estaban tratando de actuar como abogados de Dios. Les advirtió que Dios no se lo iba a permitir; por el contrario, los iba a castigar severamente por su conducta poco caritativa hacia él. No tenían en qué apoyar sus débiles acusaciones; cuando sus argumentos sean puestos a prueba y sean cuestionados, se van a desmoronar como vasijas de barro mal cocidas.

Como vamos a ver en los versículos finales de este libro, Dios estaba muy disgustado con la conducta y con las palabras de los amigos de Job.

**13 »Escuchadme, yo hablaré,
y que me venga después lo que venga.**
**14 ¿Por qué he de arrancar mi carne//con mis dientes
y he de tomar mi vida en mis manos?**
15 Aunque él me mate, en él esperaré.
Ciertamente delante de él//defenderé mis caminos,
16 y él mismo será mi salvación,
porque el impío no podrá//entrar en su presencia.
**17 Escuchad con atención mi razonamiento,
y mi declaración penetre//en vuestros oídos.**
18 Si yo ahora expongo mi causa,
sé que seré justificado.
19 ¿Quién quiere contender conmigo?
Porque si ahora callo, moriré.

Job les pidió una vez más a sus amigos que lo dejaran hablar. Necesitaba desahogarse y también deseaba fervientemente hablar con Dios. El versículo 14, en la *New International Version*, dice: “¿Por qué pongo mi vida en peligro y tomo mi vida en mis manos?” En el hebreo original, la primera línea es más concreta: “¿Por qué he de arrancar mi carne con mis dientes?”, que es como traduce la versión *Reina Valera*. La expresión ha sido entendida de varias formas. Por las palabras que siguen es mejor entenderla como una expresión de intensa determinación que había en Job de arriesgarlo todo, inclusive la vida misma, con tal de tener una audiencia con Dios, para poder exponer su caso delante de él.

El versículo 15, es una expresión notable de la fe que Job tenía en Dios. Sin considerar lo que le pudiera pasar, iba a seguir confiando y esperando en su Señor. Desolado por la enfermedad y sacudido por el dolor, Job sintió que ya estaba muy cerca de la muerte. Aun así su deseo, de comparecer ante Dios y de exponerle su caso, era tan intenso que estaba dispuesto a arriesgarlo todo, con la esperanza de que lo declarara inocente de las acusaciones que sus amigos le hacían. Estaba convencido de que Dios lo iba a justificar. Como vamos a ver en algunos pasajes posteriores,

especialmente en 19:25-27, Job tenía su vista puesta más allá de esta vida, en la vida eterna venidera. Su primera preocupación no eran sus sufrimientos físicos sino la relación con su Dios. Todos podemos aprender la valiosa lección que nos da Job con respecto a esto.

El gran reformador Martín Lutero fue un hombre que también experimentó muchas pruebas y aflicciones cuando sirvió al Señor y a sus contemporáneos. Cuando habló en contra de las falsas enseñanzas y prácticas de la iglesia, fue excomulgado y lo declararon proscrito. Humanamente hablando, Lutero pudo haber tenido un alto puesto dentro de la jerarquía católica de su tiempo, si hubiera seguido con las enseñanzas y prácticas que la misma iglesia aprobaba, pero su conciencia no se lo permitió. Cuando se quedó solo ante las autoridades del estado y de la iglesia, en la Dieta de Worms, declaró que no podía en buena conciencia retractarse de lo que había dicho y enseñado, y agregó las palabras “Dios me ayude”.

Como Job, Lutero se aferró desesperadamente a la fe en su Señor y Salvador. La fe de Lutero era como la de un niño, sencilla y sincera, a pesar de que era un hombre de profundo intelecto y de amplios conocimientos. En un pasaje de su muy extenso volumen de escritos, Lutero hace referencia a este versículo de Job (13:15); en ese pasaje afirma: “Aceptar que es verdadero y cierto que Dios provee para nosotros y nos ama como a sus hijos requiere fe. La fe es la única que puede ver correctamente la palabra y la obra de Dios, enseñándonos a comprenderlas correctamente. Ahora, la palabra da claro testimonio que Dios disciplina a los que él ama y azota a todo aquel que recibe por hijo (Hebreos 12:6), tal como lo proclaman las escrituras. La fe se aferra a palabras como éstas, dirige su curso conforme a ellas, permite que Dios administre y provea, y dice con Job: “Aunque él me mate, en él esperaré. Ciertamente delante él defenderé mis caminos, y él mismo será mi salvación”.

Como creyentes en Jesucristo, oremos para que Dios nos dé la fe sencilla y fuerte, y para que nos conceda tener la misma

confianza que tuvo Pablo cuando dijo: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Romanos 8:33-34).

Job implora la misericordia de Dios

**²⁰»Haz conmigo tan sólo dos cosas,
y entonces no me esconderé//de tu rostro:**

**²¹Aparta de mí tu mano,
y que no me espante tu terror.**

**²²Llámame luego y yo responderé;
o yo hablaré y tú me responderás.**

**²³¿Cuántas son mis iniquidades y pecados?
Hazme entender mi transgresión//y mi pecado.**

**²⁴¿Por qué escondes tu rostro
y me tienes por enemigo?**

**²⁵¿Vas a quebrantar la hoja//que arrebató el viento,
y a perseguir una paja seca?**

**²⁶¿Por qué dictas amarguras contra mí
y me cargas con los pecados//de mi juventud?**

**²⁷Pones además mis pies en el cepo,
vigilas todos mis caminos**

y pones cerco a las plantas de mis pies.

**²⁸Así mi cuerpo se va gastando //como comido de carcoma,
como un vestido que roe la polilla.**

En la *New International Version* el versículo 20, es muy semejante en su comienzo a la versión *Reina Valera*, “Haz conmigo tan sólo dos cosas:”; pero una traducción más literal sería, “Sólo no hagas conmigo dos cosas”. Había dos cosas que Job le pidió a Dios que no hiciera con él: le suplicó que no lo oprimiera con mano dura y que no lo atemorizara con su abrumadora

majestad. Si Dios le concedía ese deseo, Job se atrevería a presentarse ante él.

En los versículos finales de este capítulo Job le pidió a Dios que le hiciera ver claramente cuáles eran los errores que había cometido. No estaba negando que había pecado, pero quería saber cuáles eran los pecados específicos que le habían acarreado tan grandes aflicciones. No estaba convencido de que fuera culpable de los muchos pecados de los que sus amigos lo habían acusado.

Job también sentía que Dios no sólo lo atormentaba, sino que se aprovechaba de él. Se comparó a una hoja llevada por el viento y a una paja seca, sintió como si él fuera algo podrido, como un trapo apolillado. En su difícil situación se comparó a un prisionero cuyos pies son colocados en el cepo para inmovilizarlo, y a un esclavo cuyos pies han sido marcados con hierro candente, para que sus pasos dejen huellas que puedan ser fácilmente detectadas dondequiera que vaya.

La vida del hombre es breve y llena de tribulaciones

14 »El hombre, nacido de mujer,
corto de días//y hastiado de sinsabores,
² brota como una flor y es cortado,
huye como una sombra y no permanece.
³ ¿Sobre él abres tus ojos
y lo traes a juicio contigo?
⁴ ¿Quién hará puro lo inmundo?
¡Nadie!
⁵ Ciertamente sus días están determinados
y tú has fijado el número de sus meses:
le has puesto límites, que no traspasará.
⁶ Si tú lo abandonas, él dejará de ser;
entre tanto, como el jornalero, //disfrutará de su jornada.

En estos versículos Job hace declaraciones muy singulares. Para el lector moderno, son palabras que pueden sonar muy pesimistas, pero, ¿lo son realmente? Pongámonos en el lugar de Job, recordemos lo que había perdido: sus hijos y sus bienes, y ahora estaba sufriendo una pena indescriptible, una intensa angustia, y una profunda soledad. No recibió ninguna ayuda de sus insensibles amigos; al contrario, su visita más bien intensificó sus penas. Y lo que es más, se sintió tentado a pensar que Dios lo había abandonado.

Pensando en su propia condición, Job se dio cuenta de que la vida humana es breve y llena de problemas. Así se viva por largos años, la vida es corta, porque también llega a su fin. Comparada con la eternidad, hasta la vida más larga no es nada. Como todos lo sabemos, la vida está llena de tribulaciones y de penas. Comparando su condición presente con su prosperidad pasada, Job se veía a él mismo como la flor que florece por muy corto tiempo solamente para morir sin dejar huella.

Viendo Job su miserable condición, hizo una de sus afirmaciones más profundas cuando preguntó: “¿Quién hará puro lo inmundo? ¡Nadie!” Por supuesto, lo que afirmó fue absolutamente cierto. Job se dio cuenta de que era pecador, y no lo negó. Desde la caída de nuestros primeros padres en el Huerto del Edén, el pecado ha contaminado a todo ser humano con excepción de nuestro Señor Jesucristo. Como resultado del pecado, sufrimos: tribulaciones, penas, enfermedades, y finalmente la muerte. Job estaba profundamente consciente de ello, y así lo confesó.

En su aflicción, Job sintió que Dios lo estaba espiando, vigilándolo para castigarlo. También se refirió al hecho de que Dios sabe de antemano cuánto tiempo va a vivir cada persona, habiendo determinado sus días y habiendo puesto un límite a sus meses. Por su parte, Job sentía que su vida era de aflicción y de miseria, y deseaba que pronto Dios le diera alivio en su aflicción. Eso podría significar la muerte, que era algo que había deseado

desde el comienzo de sus aflicciones (6:8-9), o un fin a su sufrimiento mientras aún vivía. En el caso de Job, todo resultó en la restauración a una vida terrenal feliz y con bendiciones aún mayores que las que había gozado antes (42:10).

¿Tiene el hombre esperanza de la vida perdurable después de la muerte?

**⁷»El árbol, aunque lo corten,
aún tiene la esperanza//de volver a retoñar,
de que no falten sus renuevos.**

**⁸Aunque en la tierra envejezca su raíz
y muera su tronco en el polvo,
⁹al percibir el agua reverdecerá
y hará copa como una planta nueva.**

**¹⁰En cambio el hombre//muere y desaparece.
Perece el hombre, ¿y dónde estará?**

**¹¹Como se evaporan las aguas en el mar,
y el río se agota y se seca,**

**¹²así el hombre yace//y no vuelve a levantarse.
Mientras exista el cielo, no despertará
ni se levantará de su sueño.**

Después de haberse quejado de la brevedad y de las penas de esta vida, Job hizo una comparación entre la humanidad y un árbol. Los versículos 7-9, describen claramente la vida del árbol: si es cortado, retoñará. Hace pocos años me convencí de la veracidad de esta afirmación: planté un pequeño álamo en nuestro jardín frontal. Parecía que no se iba a lograr, que estaba a punto de morir; opté por cortarlo hasta el nivel del césped. Para mi sorpresa, el árbol retoñó. Creció rápidamente y al momento de escribir estos comentarios veo que es el árbol más grande de nuestra propiedad, y en el futuro le dará buena sombra a la casa. Eso nos recuerda constantemente las palabras de Job en el versículo 7: “el árbol,

aunque lo corten, aún tiene la esperanza de volver a retoñar”. Con la bendición de Dios, con la adecuada cantidad de lluvia y de sol, cualquier árbol, aunque parezca moribundo, reverdecerá. Job lo sabía.

Respecto al hombre, Job deseaba poder decir lo mismo; sin embargo, su experiencia humana lo llevó a afirmar: “En cambio el hombre muere y desaparece. Perece el hombre; y ¿dónde estará?” Luego, después de haber comparado al hombre con el lecho de un río seco, concluyó: “Así el hombre yace y no vuelve a levantarse. Mientras exista el cielo, no despertará, ni se levantará de su sueño”.

En este asunto profundo de la resurrección a la vida venidera, Job se encontraba dividido entre dos posibilidades: o existe una vida perdurable o no existe. Aquí lo vemos titubear y dudar sobre el particular. Sólo dos versículos más adelante (versículo 14), parece como si tuviera la esperanza de la resurrección; y en un pasaje posterior (19:25-27) asegura esa esperanza con toda certeza. Esto no es una contradicción; Job era solo un ser humano con sus altibajos. En su aflicción, a veces estuvo tentado a dudar; pero en otras ocasiones se aferró desesperadamente a la esperanza de que iba a ser levantado de entre los muertos para vivir eternamente.

Es significativo que en el versículo 12, Job utilice tres términos que sugieren la resurrección de entre los muertos: levantarse, despertar, y levantarse del sueño. Como veremos en el versículo 14, todavía hay un término más (“liberación”) que también parece referirse a la resurrección.

**¹³ ¡Ojalá me escondieras en el seol,
me ocultaras hasta apaciguarse tu ira!
¡Ojalá me pusieras plazo//para acordarte de mí!**

**¹⁴ El hombre que muere, ¿volverá a vivir?
Todos los días de mi vida esperaré,
hasta que llegue mi liberación.**

**¹⁵ Entonces llamarás y yo te responderé;
tendrás afecto a la obra de tus manos.**

**¹⁶ Pero ahora cuentas mis pasos
y no das tregua a mi pecado;
¹⁷ tienes sellada en un saco mi transgresión,
encerrada mi iniquidad.**

En contraste con los versículos anteriores, estos últimos expresan un deseo y una esperanza. Job había sentido sobre él el duro peso de la mano de Dios; temía grandemente su ira y deseaba que Dios lo ocultara en la tumba. Pero entonces expresó la esperanza de que, después de su muerte, Dios se iba a acordar de él. La palabra “recordar” tiene una connotación amorosa y fuerte. En el relato del diluvio universal leemos que “Se acordó Dios de Noé” (Génesis 8:1). Eso no implica que Dios se había olvidado de él, sino que nos dice que Dios estaba profundamente preocupado por Noé y por todos los que lo acompañaban en el arca. Job también deseaba que Dios le mostrara un amor semejante.

Entonces Job hizo una pregunta perspicaz, una pregunta que concierne al bienestar eterno de todo ser humano: “El hombre que muere, ¿volverá a vivir?” Anteriormente Job había contestado con un “no” (versículos 10-12). Su razón y su experiencia, habían motivado esa respuesta; no parecía ni remotamente posible que una persona pudiera resucitar de entre los muertos, y personalmente él no había visto a nadie que hubiera sido resucitado. Sin embargo, la última parte de este versículo (14), sugiere fuertemente que la respuesta a la pregunta es “sí”. Aquí la fe de Job se adelantó y brilló como la luz en la oscuridad de su pesimismo.

Pese a todas las consideraciones externas, Job se aferró a la convicción de que Dios era su Salvador y Redentor, una convicción que más tarde iba a expresar más abiertamente (19:25-27). Una palabra clave en este pasaje (14:14) es la palabra “liberación”: “Esperaré, hasta que llegue mi liberación”. La palabra hebrea utiliza la misma raíz que se usa para la palabra retoñar que aparece en el versículo 7. Allí se refiere al nuevo crecimiento de un árbol que había sido previamente cortado. ¡Qué

hermosa descripción de la resurrección! Es un antecedente de la descripción que hace San Pablo de nuestra resurrección en el último día: “Porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal sea vestido de inmortalidad” (1Corintios 15:52-53). Job también expresó la esperanza de poder comparecer ante Dios como uno que ha sido declarado inocente por él, el mismo Dios que lo había creado y lo amaba como la obra de sus manos.

Job continuó diciendo: “Pero ahora cuentas mis pasos”. En otras partes, Job había dicho en un sentido desfavorable que Dios observa y espía cuidadosamente a la persona para después usar un pecado en su contra. (Vea 31:4 y 34:21). La segunda parte de este versículo “y no das tregua a mis pecados” está mejor traducida en la *Biblia de las Américas* que dice: “No observas mi pecado”. Con esta traducción podemos entender la primera parte del versículo en un sentido favorable: que Dios cuidaba a Job. Si las palabras significan que Dios espía a Job, seguramente esperaríamos que Dios se mantuviera al tanto del pecado de él.

El versículo 17 da mayor evidencia de que Dios estaba al tanto de los pasos que diera Job, en una forma amorosa, como un padre amoroso profundamente preocupado por su hijo. Job agregó: “Tienes sellada en un saco mi trasgresión; encerrada mi iniquidad”. ¡Qué bella manera de expresar el acto divino de la justificación! Dios, aunque sabía con todo detalle sus pecados, no los iba a usar en su contra. En este momento la fe de Job tuvo la firme confianza de que Dios lo iba a declarar justo. Dios iba a estar a favor de Job en vez de estar *en su contra*. En este momento, en el que su espíritu se sentía tan optimista, Job expresó la esperanza de que Dios, lo iba a rescatar y lo iba a declarar inocente, no sólo de las acusaciones que le hacían sus amigos sino también de todos sus pecados.

Sin embargo, el optimismo no le duró mucho tiempo.

Job regresa a sus sentimientos de futilidad

18 »Un monte derrumbado//ciertamente se deshace,
las peñas son removidas de su lugar

19 y las piedras se desgastan con el agua
que impetuosa arrastra//el polvo de la tierra.

De igual manera, tú haces que perezca//la esperanza del hombre.

20 Para siempre prevalecerás sobre él,//y él se irá;
demudarás su rostro y lo despedirás.

21 Si sus hijos reciben honores, no lo sabrá;
si son humillados, no se enterará.

22 Pero sentirá el dolor de su propia carne,
y se afligirá en él su alma.»

Desafortunadamente la esperanza optimista de Job fue de corta duración. Sus pensamientos se volvieron de nuevo hacia su miserable condición. Se vio a él mismo como la persona desfigurada que era, irreconocible por los estragos de la enfermedad. Se sintió impotente, sentado en medio de las cenizas y rascando su torturado cuerpo con un pedazo de vasija rota. Por el momento olvidó la esperanza que había expresado tan noblemente en los versículos anteriores. El imponente poder de Dios le recordó que él estaba a su merced.

Job afirmó que así como: las montañas, las piedras, y la tierra van erosionando, también pasa con la esperanza del hombre. Para Job el futuro aún se veía lúgubre; había descendido del “séptimo cielo” y de nuevo se encontraba perdido en el valle del pesimismo. Su razón y su experiencia, lo llevaron nuevamente a dudar de la resurrección después de la muerte. Usando la ilustración de la persona que muere y le sobreviven los hijos, Job lanzó esta hipótesis: “Si sus hijos reciben honores, no lo sabrá; si son humillados, no se enterará”. En un sentido esto es verdad, porque aquel que muere ignora lo que pasa en la tierra y no está consciente

de la buena o mala suerte de sus hijos, ni de lo que ocurre con los que le sobreviven. Sin embargo, habrá una reunión con nuestros seres queridos después de la muerte; Job no menciona esa reunión en estos lúgubres versículos.

Cuando Job pronunció estas palabras, sin duda estaba sintiendo muy agudamente la pérdida de sus hijos y eso aumentó su frustración. La soledad que sentía se reflejó en las palabras finales: “Pero sentirá el dolor de su propia carne; y se afligirá en él su alma”. El discurso final de Job en esta primera serie de discursos termina con un tono pesimista.

SEGUNDA SERIE DE DISCURSOS

Después de la queja inicial de Job en el capítulo 3, cada uno de los tres amigos pronunció su discurso. El discurso de Elifaz fue el más extenso, seguido por el de Bildad, y finalmente por el de Zofar, que habló más brevemente. Job respondió después de cada discurso. Sus discursos fueron más largos y más detallados que los de sus amigos. En los siete capítulos siguientes hablan de nuevo los tres amigos, y a su vez Job les responde. Nuevamente Elifaz comienza este ciclo de discursos.

SEGUNDO DISCURSO DE ELIFAZ

Elifaz califica las palabras de Job como vanas

15 Respondió Elifaz, el temanita, y dijo:
2 «¿Responderá el sabio con vana sabiduría
y llenará su vientre de viento del este?
3 ¿Disputará con palabras inútiles
y con razones sin provecho?
4 Tú también destruyes el temor a Dios,
y menoscabas la oración delante de él.
5 Por cuanto tu boca//ha revelado tu iniquidad,
habiendo escogido el hablar con astucia,

**6 tu propia boca te condenará, no yo;
y tus labios testificarán contra ti.**

Elifaz en su primer discurso (capítulos 4 y 5) había hablado con tacto, y casi disculpándose. Se había dirigido a Job como a un hombre que había sido ejemplo y ayuda para otros. Lo había reprendido ligeramente por haberse quejado cuando aparecieron los problemas en su vida. Hizo énfasis en el hecho de que Dios es absolutamente superior a cualquier mortal. Dando a entender que Job era culpable de algunos pecados graves, lo había exhortado a volverse a Dios en arrepentimiento. Si así lo hacía, según Elifaz, iba a gozar de felicidad y prosperidad.

En su segundo discurso, Elifaz hizo a un lado toda diplomacia y acusó directamente a Job de que había hablado en forma: vana, necia, e impía: “Tú también destruyes el temor a Dios, y menoscabas la oración delante de él”. Estas palabras contradicen el elogio que Dios hizo de Job en el primer capítulo del libro, cuando dijo: “Mi siervo Job,... que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:8). Dios alabó de nuevo a Job en los últimos versículos del libro (42:7-9), y lo bendijo aún más que al principio (42:12-13). Elifaz fue injusto y cruel en sus acusaciones.

7 »¿Acaso naciste tú antes que Adán?

¿Fuiste formado antes que los collados?

8 ¿Oíste tú acaso el secreto de Dios?

¿Está limitada a ti la sabiduría?

9 ¿Qué sabes tú que nosotros no sepamos?

¿Qué entiendes tú//que nosotros no entendamos?

**10 Cabezas canas hay entre nosotros,//y hombres muy ancianos,
mucho más avanzados en días//que tu padre.**

**11 ¿En tan poco tienes//el consuelo que viene de Dios
y las amables palabras que se te dicen?**

**12 ¿Por qué tu corazón te arrebató
y por qué guiñan tus ojos,**

**¹³ para que contra Dios vuelvas tu espíritu,
y lances tales palabras por tu boca?**

En forma sarcástica, Elifaz bombardeó a Job con seis preguntas, y todas ellas sugerían una respuesta negativa. Primero le preguntó si había nacido antes que Adán y si acaso había sido creado primero que las colinas. Obviamente, la respuesta es no. Tampoco había oído el secreto de Dios para aconsejarle; ciertamente no era lo suficientemente sabio para poder hacerlo. Anteriormente Job había sostenido que él era igual a sus amigos en intelecto (13:2). Ahora Elifaz le hace la misma pregunta que Job una vez antes les había hecho: “¿Qué sabes tú que nosotros no sepamos? ¿Qué entiendes tú que nosotros no entendamos?”

Las preguntas que le hizo Elifaz a Job en los versículos 7 y 8, pueden parecer similares a algunas de las preguntas que le hizo Dios en el capítulo 38. Sin embargo, hay por lo menos dos diferencias básicas. Primero, Elifaz era un ser humano con fuertes prejuicios, a diferencia del Todopoderoso que posee la sabiduría y el entendimiento perfectos. Además, el discurso de Elifaz tan sólo logró irritar a Job, mientras que las palabras del Señor lo hicieron postrarse en arrepentimiento y gratitud.

De pronto Elifaz agregó: “Cabezas canas y hay entre nosotros y hombres muy ancianos, mucho más avanzados que en días de tu padre”. ¿Significa esto que Job era demasiado joven y ellos bastante mayores? No necesariamente. Tampoco da a entender que el padre de Job estaba vivo en ese tiempo; lo más probable es que ya hubiera muerto. Las palabras de Elifaz bien podrían significar que en ese tiempo había gente que ya había llegado a una edad mayor que el padre de Job cuando murió. Parecería que Elifaz equiparaba sabiduría con la edad, lo que no es cierto en todo caso; hay ocasiones en las que los ancianos hablan y actúan neciamente. Por las palabras de Elifaz podríamos concluir que al menos algunos de los tres amigos eran mayores que Job, quizás el mismo Elifaz, ya que de los tres, fue el primero en hablar.

En este discurso, Elifaz reprendió a Job por no tomar en serio sus amonestaciones. Parece que había sido herido en su vanidad.

**14 ¿Qué cosa es el hombre//para que sea puro,
para que se justifique el nacido de mujer?**

**15 Dios en sus santos no confía,
y ni aun los cielos son puros//delante de sus ojos;**

**16 ¿cuánto menos el hombre,//este ser abominable y vil
que bebe la iniquidad como agua?**

Estamos totalmente de acuerdo con lo que dice en estos tres versículos Elifaz; sus palabras en el versículo 14 son muy parecidas a las que dijo Job en el capítulo 14: “El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores” (versículo 1), y “¿Quién hará limpio lo inmundo? Nadie”. Elifaz y Job estaban de acuerdo en este punto: que el hombre es un simple mortal, frágil, pecador, y según Elifaz, “abominable y vil”. Dios es también incomparablemente superior y mayor que los ángeles. Aunque los ángeles de Dios son nobles y sin pecado, sin embargo son una creación de Dios y por lo tanto tienen limitaciones. Son muy inferiores a él en dignidad y poder. Por lo tanto, Elifaz podría decir acertadamente: “Dios en sus santos no confía”, es decir en los ángeles. ¡Mucho menos confía en el hombre mortal y pecador!

El triste destino del impío

**17 »Escúchame, pues yo te voy a mostrar
y a contar lo que he visto,**

**18 lo que los sabios nos contaron
de sus padres, y no lo ocultaron:**

**19 que únicamente a ellos fue dada la tierra,
y que ningún extraño//pasó por en medio de ellos.**

**20 Todos sus días,//el impío es atormentado de dolor,
y el número de sus años//le está escondido al violento.**

21 Estruendos espantosos//resuenan en sus oídos,

**y en la prosperidad//el asolador vendrá sobre él.
22 Él no cree que volverá de las tinieblas,
y está descubierto frente a la espada.
23 Vaga errante, tras el pan,//diciendo: “¿Dónde está?”
Sabe que le está preparado//el día de tinieblas.
24 Tribulación y angustia lo turban,
y se lanzan contra él//como rey dispuesto para la batalla,
25 por cuanto él extendió//su mano contra Dios
y se portó con soberbia//contra el Todopoderoso.
26 Corrió contra él con el cuello erguido,
tras la espesa barrera de sus escudos.
27 Aunque la grasa cubra su rostro
y haga pliegues en sus costados,
28 habitará en ciudades asoladas,
en casas desiertas y en ruinas.
29 No prosperará, ni durarán sus riquezas,
ni extenderá sus bienes por la tierra.
30 No escapará de las tinieblas,
la llama secará sus ramas
y perecerá con el aliento//de la boca de Dios.
31 No confíe el iluso en la vanidad,
porque ella será su recompensa.
32 Él será cortado antes de tiempo
y sus renuevos no reverdecen.
33 Como la vid,//perderá sus uvas antes de madurar,
y esparcirá su flor como el olivo.
34 Porque la reunión de los impíos//será asolada
y el fuego consumirá//la casa del que soborna.
35 Concibieron dolor, dieron a luz iniquidad
y en sus entrañas traman engaño.»**

De una manera condescendiente y protectora, Elifaz procedió a darle una lección a Job sobre la manera como debía cambiar su forma de vida pecaminosa para así mejorar su situación presente.

Estaba convencido de que los que sufrían eran los impíos. El tema se sigue oyendo a lo largo de la segunda mitad de este capítulo. Anteriormente, los tres amigos habían descrito en forma más breve las aflicciones de los impíos: Elifaz (5:12-14), Bildad (8:12-19), y Zofar (11:20).

En este capítulo (15), el señor “sabelotodo” dio un vago y tedioso discurso sobre los problemas y los desastres que sobrecogen al impío. Las tinieblas y los estruendos lo atormentarán, los merodeadores lo atacarán, y la angustia lo aterrorizará. Y, por añadidura, pasará hambre. La primera línea del versículo 23 sigue el texto hebreo: “Vaga errante tras el pan, diciendo: ¿Dónde está?” Algunas traducciones prefieren la lectura de una antigua traducción griega del Antiguo Testamento llamada la Septuaginta, que usa la palabra “buitres” y traducen como lo hace *Dios Habla Hoy*: “Su cadáver servirá de alimento a los buitres”. Normalmente se le da preferencia al texto hebreo, y en este caso “tras el pan” concuerda con el resto de la frase.

En los últimos versículos de su discurso, especialmente en 27-35, Elifaz, ni tardo ni perezoso, señaló un sinnúmero de aflicciones en su intento de convencer a Job de la caída de los impíos. El que acusó a Job como una bolsa de aire (versículo 2), sin duda padecía de verborrea.

Sin embargo, su mayor error estaba en que afirmaba que Dios siempre castigará al impío en esta vida; eso sencillamente no es verdad. Como yo y usted sabemos hoy en día, la gente malvada e impía con frecuencia prospera, gana riquezas, y prestigio. Pero en la otra vida los impíos serán castigados eternamente, a menos que se arrepientan antes de morir. Pero Elifaz no dijo eso. Además él dio a entender que Job estaba sufriendo tanto porque era culpable de haber pecado como los impíos.

LA RESPUESTA DE JOB

Job llama a sus amigos “consoladores molestos”

16 Respondió Job y dijo:
2 «Muchas veces he oído cosas como éstas,
3 ¡Consoladores molestos//sois todos vosotros!
3 ¿Tendrán fin las palabras vacías?
4 ¿Qué es lo que te anima a responder?
4 También yo podría hablar como vosotros,
si vuestra alma estuviera//en lugar de la mía.
5 Yo podría hilvanar//contra vosotros palabras,
y sobre vosotros mover la cabeza.
5 Pero os alentaría con mis palabras,
y el consuelo de mis labios//calmaría vuestro dolor.

El discurso de Elifaz tuvo el efecto de irritar a Job por la larga enumeración que hizo de los muchos desastres que azotan al impío. Job ya había oído antes afirmaciones similares y dijo: “Muchas veces he oído cosas como éstas”. Dijo que sus amigos eran “consoladores molestos”. Anteriormente les había dicho que eran “fraguadores de mentira” (13:4), charlatanes sin ninguna capacidad de sanar a otros. En vez de administrarle bálsamo, a Job le estaban frotando sal en las heridas.

Durante los primeros siete días de su visita, los amigos no habían pronunciado una sola palabra (2:13), y habían aumentado así la desolación interior que Job estaba sintiendo. Y tan pronto como comenzaron a hablar, le habían recriminado sin cesar de una manera que resultaba pomposa y poco caritativa. En vez de consolarlo, discutieron con él despiadadamente. Le dijeron constantemente: “Job, estás sufriendo mucho porque has pecado mucho”.

Job dijo que si ellos estuvieran en su lugar, y él en el de ellos, él los animaría y los consolaría, en vez de hacer que se sintieran peor. Una diferencia básica entre la teología de Job y la de sus

amigos, es que Job conocía y apreciaba el evangelio, mientras que sus amigos tenían una teología estrictamente basada en la ley. Aunque Job se quejó ante Dios por sus tribulaciones, tal como lo vamos a leer en la siguiente sección de este capítulo, también se dio cuenta de que el Señor permite que la aflicción les llegue a sus hijos para su bien espiritual. Más tarde vamos a ver como Eliú destacó este mismo punto (33:19-30), lo que hace que sus discursos se diferencien de los de sus amigos.

Job se queja contra Dios por su miserable condición

**⁶»Pero en mí, aunque yo hable,//el dolor no cesa;
y aunque deje de hablar,//no se aparta de mí.**

**⁷Porque ahora él me ha fatigado;
ha asolado toda mi compañía.**

**⁸Me ha llenado de arrugas://testigo es mi delgadez,
la cual se levanta contra mí//para testificar en mi rostro.**

**⁹Su furor me ha destrozado,//me ha sido contrario;
cruje sus dientes contra mí:
contra mí aguza sus ojos mi enemigo.**

**¹⁰Ellos han abierto contra mí su boca,
y han herido mis mejillas con afrenta:
¡contra mí se han juntado todos!**

**¹¹Dios me ha entregado al mentiroso,
en las manos de los impíos//me ha hecho caer.**

**¹²Yo vivía en prosperidad, y me desmenuzó;
me arrebató por la cerviz, me despedazó
y me puso por blanco suyo.**

**¹³Me rodearon sus flecheros,
y él partió mis riñones sin compasión
y derramó mi hiel por tierra.**

**¹⁴Me quebrantó//de quebranto en quebranto;
corrió contra mí como un gigante.**

Job no podía encontrar alivio ni en el hablar ni en el callar. Así que se volvió a Dios enérgicamente, usando un lenguaje similar al que había usado antes (6:4). Afirmó que Dios los había asolado tanto a él como a su familia (versículo 7). Sentía que Dios y los hombres, se habían aliado en su contra. Usando un lenguaje muy vívido, acusó a Dios: de quebrantarlo, de aplastarlo, y de convertirlo en el blanco de sus flechas. No era correcto que Job dijera estas cosas, pero debemos recordar que había sido puesto bajo una severa prueba; él no era de piedra, era un ser humano.

El versículo 10 es especialmente concreto y vívido. Job se queja, diciendo: “Ellos han abierto contra mí su boca, y han herido mis mejillas con afrenta; ¡contra mí se han juntado todos!” Este versículo usa un lenguaje notablemente similar al del Salmo 22, que es un vívido cuadro profético del sufrimiento y la crucifixión de nuestro Salvador Jesucristo. En este Salmo leemos: “Perros me han rodeado; me ha cercado una banda de malignos; desgarraron mis manos y mis pies” (Salmo 22:16).

En el Antiguo Testamento no hay mejor ejemplo del sufrimiento humano que el de Job. Hay paralelos impresionantes entre el sufrimiento de Job y el de Cristo. Aunque Job era un pecador, sus tribulaciones no eran el resultado directo de algún pecado grave. De forma similar, Jesucristo sufrió no por pecados que él hubiera cometido, porque él era exento de pecado, sino por los pecados de la humanidad. En ambos casos Satanás fue el responsable de sus aflicciones. Satanás había desafiado a Dios para que le permitiera poner a prueba a Job hasta el extremo, lo que llevó a Job a un sufrimiento indecible. Y como Satanás se había anotado un triunfo en la tentación de nuestros primeros padres en el Huerto del Edén, Jesucristo vino a sufrir y a morir por nuestros pecados para deshacer ese triunfo. Fue también la voluntad de Dios que Jesucristo soportara grandes aflicciones. Dios permitió que Satanás afligiera severamente a Job con grandes pérdidas y con sufrimiento intenso. Y lo hizo por dos razones: para demostrarle a Satanás, que Job no iba a renunciar a Dios, y para probar y fortalecer la fe de Job.

Fue el amor de Dios, no su ira, lo que permitió que Job sufriera; fue ese mismo amor el que llevó a Dios a dar a su Hijo para que sufriera y muriera en la cruz por nuestra salvación. ¿Acaso no debemos estarle eternamente agradecidos por ello?

**¹⁵ Entonces cosí sobre mi piel//tejidos ásperos
y puse mi cabeza en el polvo.**

**¹⁶ Mi rostro está hinchado por el llanto
y mis párpados entenebrecidos,**

**¹⁷ a pesar de no haber//iniquidad en mis manos
y de ser pura mi oración.**

Estos versículos nos narran la reacción de Job ante su gran aflicción. Como señal de humildad y pesar, Job cosió tejidos ásperos sobre las costras que cubrían su cuerpo maltratado y deforme. Hundió la frente en el polvo; el significado literal de “frente” (o “cabeza” según nuestra traducción, versículo 15) es “cuerno”. En el Antiguo Testamento esta palabra se usa algunas veces para referirse a aquello que es fuerte y orgulloso. En su actual humillación Job sentía que su fuerza y su orgullo habían sido aplastados.

Sus intensos dolores lo hacían llorar de continuo; pero a pesar de todo, Job estaba seguro de que era inocente de violencias y maldad; y podía orar con una conciencia limpia y con un corazón puro. Su prueba más grande fue la crisis de fe, no la de los sufrimientos. Aunque severamente atacada, su fe se mantuvo firme.

Job apela a su defensor celestial

**¹⁸ »;Tierra, no cubras mi sangre
ni haya en ti lugar para mi clamor!**

**¹⁹ En los cielos está mi testigo
y mi testimonio en las alturas.**

²⁰ Disputadores son mis amigos,

mas ante Dios derramaré mis lágrimas.

²¹ ¡Ojalá pudiera disputar//el hombre con Dios como con su prójimo!

²² Mas vienen los años, que están contados, y yo me iré por el camino sin regreso.

Estas son unas de las palabras más profundas y elocuentes que se encuentran en el libro de Job. El sentía que iba a morir pronto, pero rogó que su sangre quedara insepulta con el fin de que siguiera clamando justicia a los cielos. Deseaba vehemente ser escuchado y declarado justo. Luego, en un arranque de fe confesó: “En los cielos está mi testigo, y mi testimonio en las alturas”. Job tenía la plena seguridad de que había uno que iba a dar fe de su inocencia, para que él pudiera ser justificado. Job había ansiado a ese mediador (9:33), y expresó la confianza de que había ese testigo.

La mejor traducción de la primera línea del versículo 20 es la que ofrece la nota de la Nueva Versión Internacional “mis amigos me tratan con burlas” traducción que aparece en otras versiones. Esta traducción también encaja mejor con el resto del versículo, “Más ante Dios derramaré mis lágrimas”.

Pero, ¿quién es ese testigo, ese abogado que intercedió por la causa de Job ante Dios, tal como un hombre suplica por su amigo? Hay que notar que Job lo diferencia de Dios mismo. Sin embargo, como es uno que está en el cielo, no puede ser un simple ser humano. Por lo tanto, este testigo no puede ser otro que el Hijo de Dios que se hizo verdadero hombre cuando nació en Belén, muchos siglos después de Job. Él es Dios desde la eternidad, y sin embargo es distinto de Dios el Padre.

El apóstol Pablo declaró acerca de Jesucristo: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre” (1 Timoteo 2:5). De forma semejante Juan afirmó, “Y si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1). Estas palabras nos aseguran que, a pesar de sus sufrimientos y de sus sentimientos de depresión, Job mantuvo

su fe en su Dios y Salvador. No había cedido a la tentación que le puso Satanás de hacerlo renunciar a su Señor.

En el versículo final de este capítulo, Job expresó una vez más un pensamiento pesimista. Sintió que ya no había forma de volver atrás. ¿Qué quería decir? En un sentido, lo que dijo era verdad; es cierto que no podía resucitar de los muertos para seguir viviendo en la tierra. ¿Estaba negando la resurrección a la vida perdurable? Preferimos pensar que no. En los tres capítulos siguientes expresa elocuentemente su fe en la resurrección (19:25-27). Su fe, sin embargo, vacilaba con frecuencia.

Este último versículo llevó a Job a otras de sus recaídas pesimistas, como vamos a ver en el capítulo siguiente.

***Job está desilusionado por sus tribulaciones
y por la falta de compasión de sus amigos.***

17 **Mi aliento se agota, // se acortan mis días
y me está preparado el sepulcro.**

**²No hay conmigo sino burladores;
en su provocación se fijan mis ojos.**

En el versículo anterior Job había afirmado con pesimismo: “Mas vienen los años, me están contados, y yo me iré por el camino sin regreso” (16:22). Ahora dice que su espíritu está “agotado,” y sus días “se acortan” como un fuego que está a punto de extinguirse. Sólo le esperaba la tumba. Dijo que sus amigos eran “burladores” que sólo le eran hostiles. Los cargos que le imputaban eran muy graves. Y si resultaba que los cargos eran falsos, sus amigos, por haberlo acusado falsamente, podían ser castigados severamente, de acuerdo con la ley de Dios que fue escrita por Moisés en Deuteronomio 19:16-19.

**³»Sé tú, Dios, mi fiador, // y sea junto a ti mi protección;
porque ¿quién, si no tú, // querría responder por mí?**

⁴Pues del corazón de estos // has escondido la inteligencia

y, por tanto, no los exaltarás.

**⁵ ¡Desfallecerán los ojos de los hijos
del que por recompensa//denuncia a sus amigos!**

Es obvio que aquí Job se está dirigiendo a Dios, aun cuando la palabra “Dios” no se encuentra en el texto hebreo. Y como sus amigos no eran de ninguna ayuda para él, Job se volvió a Dios y le imploró que le diera una garantía de que era inocente de las acusaciones que se habían hecho contra él. Estas palabras indican que Job aún tenía fe en su Señor, y que Dios era en verdad el testigo, del que habló en el capítulo anterior (16:19).

En el versículo 4, Job dice que sus amigos son miopes y de mentalidad estrecha. Agregó que se portaron traidoramente con él, y que sus hijos iban a sufrir las consecuencias de los actos poco caritativos de sus padres.

**⁶ »Pero él me ha puesto//por refrán de pueblos,
y delante de ellos//he sido como un tamboril.**

**⁷ Mis ojos se han oscurecido de dolor
y todos mis pensamientos//son como sombra.**

**⁸ Los rectos se asombrarán de esto
y el inocente se levantará contra el impío.**

**⁹ A pesar de todo,//proseguirá el justo su camino
y el puro de manos aumentará la fuerza.**

Regresando al tema de su miserable apariencia física, Job culpó a Dios de haberlo puesto como “refrán” entre la gente. La gente había llegado a asociar el nombre de Job con los sufrimientos más humillantes. Cuando lo veían, se mofaban de él y lo escupían. Dijo que: su cuerpo era una “sombra”, sus miembros estaban enjutos y débiles, y toda su apariencia era enjuta. ¡Qué contraste con su estado anterior, cuando tenía una apariencia noble y cuando era respetado como el hombre más importante de la comarca!

Hay un cambio abrupto en las palabras de Job en los versículos 8 y 9. Después de haber hecho la descripción de sus tres insensibles amigos, repentinamente pasa a hacer la descripción de los verdaderos amigos, que son justos y leales; esos amigos defenderían al inocente y condenarían al culpable. Luego expresó confiadamente la esperanza de que, al final de todo, el creyente prosperará. No hay duda de que Job pensaba en él mismo cuando dijo estas palabras.

**¹⁰ ¡Volved todos vosotros! ¡Venid ahora,
que no hallaré entre vosotros//un solo sabio!**

**¹¹ Han pasado mis días y han sido//arrancados mis
pensamientos,
los anhelos de mi corazón.**

**¹² Ellos cambian la noche en día;
dicen que la luz se acerca//después de las tinieblas.**

**¹³ Por más que yo espere, el seol es mi casa,
y yo haré mi cama en las tinieblas.**

**¹⁴ A la corrupción le digo://“Mi padre eres tú”,
y a los gusanos://“Sois mi madre y mi hermana.”**

**¹⁵ ¿Dónde, pues, estará ahora mi esperanza?
Y mi esperanza, ¿quién la verá?**

**¹⁶ A la profundidad del seol descenderán,
y descansaremos juntos en el polvo.»**

Job vio que no había muchas esperanzas de que sus amigos cambiaran de parecer, porque no querían ver más allá de sus narices. Abiertamente les dijo: “No hallaré entre vosotros un solo sabio”. Volvió a enumerar sus tribulaciones, pero en el estado de perturbación en que se encontraba, se volvió a quejar de sus amigos, diciendo: “Ellos cambian la noche en día, dicen que la luz se acerca después de las tinieblas”. En su *Comentario popular*, P.E. Kretzmann explica estas palabras de la siguiente forma: “de acuerdo con el consuelo que le habían brindado sus amigos, su presente aflicción era como la hora más oscura que precede al

amanecer, si tan solo admitía la culpa que le imputaban” (Antiguo Testamento, Vol.II,p.25).

Con un lenguaje muy vívido, Job expresó lo que sentía que le deparaba el futuro: la muerte iba a destruir su cuerpo enfermo; habiendo perdido a sus hijos, y habiendo sido prácticamente abandonado por su esposa, no tenía familia por quien vivir. Sólo le esperaba la podredumbre y los gusanos. El discurso concluye con cuatro preguntas rápidas que expresan su desesperanza, siendo ésta una señal más de su estado depresivo.

En el discurso siguiente (capítulo 19), estaba aún más seriamente deprimido antes de prorrumper en la más elocuente profesión de su fe. Pero mientras tanto Bildad tenía más palabras duras por decir, como lo veremos en el siguiente capítulo.

SEGUNDO DISCURSO DE BILDAD

Bildad reprende a Job

18 Respondió Bildad, el suhita, y dijo:
2 «¿Cuándo pondréis fin a las palabras?

Pensad, y después hablemos.

3 ¿Por qué somos tenidos por bestias
y a vuestros ojos somos viles?

4 Tú, que te destrozas en tu furor,
¿será abandonada la tierra por tu causa,
o serán removidas de su lugar las peñas?

Continuando con el mismo tono de su primer discurso (capítulo 8), Bildad no anduvo con rodeos al responder por segunda vez a Job. Antes lo había regañado diciéndole con sarcasmo: “¿Hasta cuándo hablarás tales cosas, y las palabras en tu boca serán como un viento impetuoso?” (8:2). En su segundo discurso, Bildad no varía mucho: “¿Cuándo pondréis fin a las palabras? Pensad, y después hablemos”.

Este segundo amigo parece haber sido tan susceptible hacia sus propios sentimientos como desinteresado por los sentimientos de los demás. Quizás se acordó de estas palabras que había dicho antes Job: “Pregunta ahora a las bestias, y ellas te enseñarán” (12:7). En todo caso le preguntó a Job, “¿Por qué somos tenidos por bestias y a vuestros ojos somos viles?”

La actitud de Bildad nos debe servir de advertencia para cuando visitemos a un enfermo o hablemos con alguien que se sienta deprimido. ¡Es muy inoportuno usar esas ocasiones para sermonear o para discutir airadamente con aquél a quien tratamos de alentar! Eso es precisamente lo que hizo el amigo de Job. Es claro que Bildad parece haber estado más interesado en discutir con Job que en tratar de entenderlo y ayudarlo. Para cerrar con broche de oro, Bildad acudió al sarcasmo acusando a Job: de despedazarse en su enojo, de ser arrogante, y considerar que era el centro del universo (versículo 4).

El destino del impío es triste

**⁵»Ciertamente la luz del impío se apaga
y no resplandecerá la llama de su fuego.**

**⁶La luz se oscurece en su casa
y se apaga sobre él su lámpara.**

**⁷Sus pasos vigorosos se acortan
y sus propios planes le hacen tropezar;**

**⁸porque un lazo está puesto a sus pies
y entre redes camina;**

**⁹un cepo atrapa su talón
y una trampa se afirma contra él.**

**¹⁰La cuerda está escondida en la tierra
y la trampa lo aguarda en la senda.**

Después de haberle hablado con palabras duras a Job en lo personal, Bildad prosigue una vez más una extensa descripción del impío. De la manera como había hecho Elifaz antes (15:20-

35). Bildad dio un ejemplo tras otro, enumerando las tribulaciones que caen sobre el hombre impío. Sin identificar directamente al hombre impío con Job, dio a entender con claridad que era de Job de quién estaba hablando.

Las expresiones: “luz,” “llama”, y “lámpara”, indican que la seguridad y bienestar rodean a la persona en todo momento. Cada vez que se usa la expresión “luz” en la Biblia, tiene una connotación favorable. Por otra parte, las “tinieblas” representan: confusión, tropiezo, pérdida, maldad, y muerte. Según Bildad, así es el destino del impío.

En los versículos 8-10, Bildad usó otra ilustración: la de caer en una trampa. En los tiempos antiguos se usaban muchos implementos de caza y diferentes clases de trampas para atrapar animales o aves. Bildad nombró término tras término para designar esas trampas. La *Reina Valera 1995* utiliza cinco palabras: “red,” “cepo,” “lazo,” “trampa” (dos veces), y “cuerda”. Dos palabras hebreas distintas son traducidas como “trampa” en la *Reina Valera 1995*, de modo que Bildad describió seis diferentes tipos de trampas. Según él, el impío caería de una manera o de otra, y sus palabras insinuaban que Job era esa clase de hombre.

**¹¹ De todas partes lo asaltan temores
y lo hacen huir desconcertado.**

**¹² El hambre desgasta sus fuerzas
y a su lado está dispuesta la ruina.**

**¹³ La enfermedad roe su piel
y sus miembros devora//el primogénito de la muerte.**

**¹⁴ De la confianza de su hogar es arrancado
y es conducido al rey de los espantos.**

**¹⁵ En su hogar mora como si no fuera suyo;
piedra de azufre//es esparcida sobre su morada.**

Continuando con el sermón respecto a cómo será acosado el impío, Bildad dijo que es víctima de: temores, calamidades, y

desgracias. Los “temores” podrían ser animales o gente, o simplemente temores internos. Serían como perros “pisándole los talones” sin darle tregua. Personificó la desgracia como un ser famélico desesperado por devorar al impío. El desastre andaba al lado del impío y siempre estaba listo para atraparlo cuando cayera. Además afirmó que la enfermedad “roe su piel”. Con la expresión “devorará el primogénito de la muerte” probablemente se refería a la enfermedad, que “a sus miembros devora” hasta dejarlo irreconocible.

Los versículos 14 y 15, dan detalles severos sobre la situación del impío. Será arrancado de su casa después de haber perdido su vivienda y su propiedad. En el versículo 15 el texto dice: “En su hogar mora como si no fuera suyo”; *La Biblia de las Américas* da una traducción mejor: “Nada suyo mora en su tienda”. En otras palabras, lo perderá todo.

Job, que no era tonto, al escuchar esas palabras se debió haber dado cuenta de que estaban dirigidas contra él. Sentado en la soledad del basurero, vio que muchos de los desastres que mencionó Bildad le habían acaecido a él. ¡Cómo deben haberlo herido esas palabras! ¡Y Bildad hubiera hecho mejor si se hubiera quedado callado! Pero aún tenía más por decir.

¹⁶ Por abajo se secan sus raíces

y por arriba son cortadas sus ramas.

¹⁷ Su recuerdo se borra de la tierra

y no tiene nombre en las calles.

¹⁸ De la luz es lanzado a las tinieblas

y es arrojado fuera del mundo.

¹⁹ No tiene hijo ni nieto en su pueblo,

ni quien le suceda en sus moradas.

²⁰ De su día se espantan los de occidente,

y el pavor caerá sobre los de oriente.

²¹ Tales son ciertamente las moradas del impío,

y ése es el lugar//del que no conoce a Dios.»

Poco antes, Job había comparado a un hombre con un árbol (14:7-12), y había concluido que un árbol tenía más esperanzas de sobrevivir que un ser humano. Ahora, con mucho detalle, Bildad comparó al impío con un árbol moribundo y sin ramas; esa clase de persona no tendría descendientes y su nombre desaparecería de la tierra.

En contraste con lo que ocurre hoy en día, la sociedad del Antiguo Testamento consideraba que era una gran bendición el tener muchos hijos (Vea el Salmo 127 y 128). Dios había bendecido a Job y a su esposa con diez hijos (1:2). Por otro lado, la gente se sentía privada de algo e infeliz, si no tenía hijos. Así les ocurrió: a Sara (Génesis 16:1-5), a la esposa de Manoa (Jueces 13:2), y a Ana (1 Samuel 2:6-11).

Sin embargo, ahora Job había perdido a sus diez hijos. Al oír las crueles palabras de Bildad, debe haber sentido el filo de cada sílaba que había pronunciado el que decía ser su “amigo”. El hecho de que Bildad no se hubiera dirigido directamente a “Job” llamándolo por su nombre o tratándolo de “tú”, en estos versículos, no disimula la obvia referencia él.

Cuando Job escuchó estas palabras se debió haber sentido irritado por dos razones. Primero, Bildad enumeró desastres que claramente se referían a las propias experiencias de Job, que había perdido a sus hijos y a su ganado, y había sido atacado por una repulsiva y dolorosa enfermedad que lo obligaba a refugiarse en las afueras de la ciudad, lejos de los demás, entre la basura. Le habían hecho sentir que: su esposa, los otros seres humanos, y hasta Dios, lo habían abandonado.

Pero lo peor es que Job se debió haber estremecido al oír que Bildad seguía repitiendo los argumentos falsos que él y sus dos amigos habían usado en sus discursos. A pesar de las objeciones de Job, siguieron insistiendo en que sus desgracias eran consecuencia directa de sus graves pecados. Siguieron sosteniendo que él merecía todo lo que estaba sufriendo porque era un gran pecador. La teología de ellos era estrictamente ley, sin ningún

elemento de evangelio; era una teología de obras y no de gracia. Se negaron a reconocer que Dios puede permitir que una persona piadosa sufra aflicciones en esta vida.

Por otra parte, a pesar de sus quejas, Job se dio cuenta de que los hijos de Dios también experimentan tribulaciones. En su desesperada condición aún se aferraba a la teología de la gracia. Más adelante iba a comprender mejor el papel que juegan las tribulaciones en la vida del creyente. Pero por ahora Job tenía algo que decir en respuesta a sus amigos. En el discurso que sigue vamos a encontrar una notable expresión de fe en su Redentor.

LA RESPUESTA DE JOB

Job se queja amargamente de sentirse olvidado

19 Respondió entonces Job y dijo:
² «¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma
y me moleréis con palabras?
³ Ya me habéis insultado diez veces,
¿no os avergonzáis de injuriarme?
⁴ Aun siendo verdad que yo haya errado,
sobre mí recaería mi error.
⁵ Pero si vosotros os jactáis contra mí,
y contra mí alegáis mi oprobio,
⁶ sabed ahora que Dios me ha derribado,
y me ha atrapado en su red.

Los amigos, carentes de toda compasión hacia Job y sus sufrimientos, fueron incapaces de ponerse en su lugar. Sus puntos de vista eran impersonales y puramente académicos, y por eso con razón Job les dio esta respuesta: “¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma y me moleréis con palabras?”. Los pobres intentos por consolarlo en realidad habían tenido el efecto contrario; lo habían atormentado y lo habían agobiado más; él sentía que sus amigos

le estaban reprochando continuamente sus pecados. Eso lo llevó a decir: “Ya me habéis insultado diez veces”, un número completo que expresa sus repetidos ataques.

Entonces Job, con algo de burla, responde: “Aun siendo verdad que yo haya errado, sobre mí recaería mi error”. Esas palabras parecen decir que no estaba confesando ni negando que había pecado, sino que les estaba diciendo que lo que hubiera hecho no era asunto de ellos. Si había errado él sería el que le iba a rendir cuentas a Dios. A Job también le disgustó el aire de superioridad que adoptaron sus tres amigos al sermonearlo.

Sin saber que era Satanás quien lo andaba atormentando y que estaba tratando con tenacidad de hacerlo renunciar a su fe en Dios, Job, que también se sentía desesperado, volvió a culpar a Dios por sus tribulaciones. Vio a Dios como alguien que se deleitaba en afligirlo. Afortunadamente el diablo no tuvo éxito, pero sí llevó a Job a descargar su resentimiento haciendo fuertes acusaciones contra Dios, de lo que después se iba a arrepentir profundamente. Escuchémosle hablar sobre Dios.

**⁷ Yo grito: “¡Agravio!”, pero no se me oye;
doy voces, pero no se me hace justicia.**

**⁸ Dios ha cercado con valla mi camino//y no puedo pasar;
y sobre mis veredas ha tendido tinieblas.**

**⁹ Me ha despojado de mi gloria
y ha quitado la corona de mi cabeza.**

**¹⁰ Por todos lados me ha arruinado,//y perezco;
ha hecho que pase mi esperanza//como un árbol arrancado.**

**¹¹ Hace arder contra mí su furor
y me tiene por uno de sus enemigos.**

**¹² A una vienen sus ejércitos,//se atrincheran contra mí,
y acampan en derredor de mi morada.**

Estas palabras de Job son impresionantes por sus metáforas y expresan la confusión atroz que había en su alma. Son las palabras de un hombre afligido y desesperado. Usando una ilustración tras

otra, Job dice que Dios es como un enemigo que se niega a escuchar sus súplicas clamando justicia. Sentía que Dios lo había rodeado de un muro para evitar que él se le acercara. Como un guerrero poderoso y despiadado, lo había atacado despiadadamente quitándole su poder y su honor. Él, que había gobernado y había sido dueño de tantos bienes, estaba ahora sentado como un paria entre las cenizas de un nauseabundo basurero, afligido por la enfermedad y atormentado por el dolor. Las grandes esperanzas que había abrigado Job de tener descendientes nobles se habían esfumado cuando la tormenta mató a sus hijos. Sentía que no había nada más por qué vivir; esperaba que sus días sobre la tierra terminaran pronto.

Estaba convencido de que Dios lo consideraba como su enemigo, y que lo estaba atacando de la manera como un ejército sitia a su enemigo en la guerra. También se sentía abandonado: por sus amigos, por sus vecinos, y hasta por su misma esposa, como vemos en los siguientes versículos.

**13 »Hace que de mí se alejen mis hermanos,
y que mis conocidos, como extraños, // se aparten de mí.**

**14 Mis parientes se detienen;
mis conocidos me olvidan.**

**15 Los moradores de mi casa y mis criadas // me tienen por
extraño;
forastero soy yo ante sus ojos.**

**16 Llamo a mi siervo y no responde,
aun cuando con mi propia boca le suplico.**

**17 Mi aliento ha venido a ser // extraño a mi mujer,
aunque por los hijos de mis entrañas // le rogaba.**

**18 Incluso los muchachos me desprecian,
y al levantarme hablan contra mí.**

**19 Todos mis íntimos amigos me aborrecen;
los que yo amo se vuelven contra mí.**

**20 Mi piel y mi carne // se han pegado a mis huesos,
y he escapado con sólo // la piel de mis dientes.**

Job continuó culpando a Dios por sus problemas. En esta sección narra en detalle el drástico cambio que hubo su vida. Después de haber gozado de lo mejor, ahora experimentaba lo peor. Sentía que Dios lo había atormentado tanto que se había vuelto totalmente repulsivo a todos los que lo miraban. Sus amigos y parientes lo evitaban. Todos aquellos a quienes él había tenido como invitados en su casa, a quienes había mostrado tanta hospitalidad, ahora lo veían como un extraño. Los que le servían y antes estaban atentos a sus órdenes, ahora lo ignoraban cuando él los llamaba. Los olores ofensivos que despedía su cuerpo enfermo hacían que las personas huyeran de su presencia. El aliento de su boca era repulsivo hasta para su misma esposa. El que había sido honrado y respetado como un gran hombre ahora era ridiculizado hasta por los niños. Con excepción de los tres hombres que estaban sentados junto a él, Job estaba solo. Y para colmo, lo único que estos amigos le aportaban era más desdichas, con sus palabras tan carentes de tacto. Esta sección termina con una notable expresión que ha sido citada con frecuencia: “He escapado con solo la piel de mis dientes”.

¿Podemos tratar de ponernos en el lugar de Job? ¿Cómo actuaríamos si estuviéramos en su lugar? ¿Serían nuestras palabras menos duras? ¿Acaso nos quejaríamos menos con Dios o con nuestros semejantes? Si sintiéramos que no sólo los amigos y los parientes nos han abandonado, sino que hasta Dios nos ha dejado de su mano, ¿reaccionaríamos mejor que Job? ¡Difícilmente!

Aquí, Job parece estar más afligido que nunca, se hallaba totalmente deshecho y desesperado. Sin duda podemos decir, como ya lo hicimos antes, que de todos los personajes de la Biblia, nadie fue más golpeado por el infortunio que Job, con excepción de nuestro Señor Jesucristo. Cuando nuestro Salvador estaba colgado de la cruz, pronunció estas lastimeras palabras: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Vea: el Salmo 22:1; Mateo 27:46; Marcos 15:34). El Salvador, durante el tiempo que pendió de la cruz, realmente fue abandonado por su Padre Celestial, sufrió los tormentos del infierno por todos, incluyendo:

a Job, a usted, y a mí. Lo hizo para que usted y yo, no tengamos que pasar toda la eternidad por la terrible experiencia de ser abandonados por Dios.

Este salvador era la única esperanza de Job en su desesperación. Más adelante en este mismo capítulo, Job hace una notable confesión. Pero mientras tanto, les hace una súplica desesperada a sus amigos.

²¹ ¡Vosotros, mis amigos, // tened compasión de mí!

**¡Tened compasión de mí,
porque la mano de Dios me ha tocado!**

**²² ¿Por qué vosotros me perseguís, // lo mismo que Dios,
y ni aun de mi carne os saciáis?**

Job les suplicó a sus amigos que tuvieran compasión de él. En su miseria y su dolor, sentía que la mano de Dios lo había golpeado. Anhelaba el consuelo y la ayuda, de aquellos de quienes esperaba obtenerlos. Por la forma en que se habían comportado antes, Job supo que no lo harían, y por lo tanto les hizo una doble pregunta: “¿Por qué vosotros me perseguís, lo mismo que Dios, y ni aun de mi carne os saciáis?”. Parecía como si sus amigos se deleitaran casi de una manera sádica en atacarlo. Sus maliciosas acusaciones parecían no tener fin.

Con estas palabras Job llega a su nivel más bajo de depresión, pero pronto iba a subir a la cúspide al expresar su mayor esperanza con palabras que han sido una fuente de consuelo para miles de cristianos a través de los siglos desde que fueron pronunciadas.

Job expresa su fe en su Redentor y la esperanza de su propia resurrección

²³ » ¡Quién diera ahora que mis palabras // fueran escritas!

¡Quién diera que se escribiesen // en un libro,

**²⁴ o que con cincel de hierro y con plomo
fueran esculpidas en piedra para siempre!**

**25 Pero yo sé que mi Redentor vive,
y que al fin se levantará sobre el polvo,
26 y que después de deshecha esta mi piel,
en mi carne he de ver a Dios.**

**27 Lo veré por mí mismo;
mis ojos lo verán, no los de otro.
Pero ahora mi corazón//se consume dentro de mí.**

Job se había defendido repetidamente de las acusaciones que le hacían. Sin saberlo sus amigos, habían ayudado a los propósitos que tenía Satanás de atacar a Job; porque Satanás había acusado a Job diciendo que le servía a Dios por motivos puramente egoístas. Satanás había sostenido que si Dios estiraba su brazo y golpeaba a Job, éste lo iba a maldecir (1:11). Satanás acusó abiertamente a Job de no ser un verdadero hijo de Dios.

Los tres amigos jugaron el papel que Satanás tenía en mente, al concluir que, si Job sufría tanto, era por ser culpable de pecados muy serios, y siendo así estaba claro que no podía ser un verdadero hijo de Dios. Aunque Job no negaba que era pecador, aun así estaba convencido de que sus amigos lo acusaban injustamente. Con desesperación buscó la manera de defenderse. Y como no había logrado convencer a sus amigos, deseaba que sus palabras pudieran ser registradas permanentemente, de forma que su lucha por probar su inocencia fuera conservada para generaciones futuras.

Y como los materiales para escribir en esa época parecían fácilmente por los estragos de la naturaleza y del tiempo, Job expresó el deseo de que sus palabras fueran cinceladas en la roca.

El deseo de Job se hizo realidad. Sus palabras probablemente no fueron cinceladas en la roca, pero han sido conservadas para todas las generaciones futuras. En este libro tenemos sus palabras, así como las de los otros oradores. Dios inspiró, en la forma maravillosa en que hace todo, al autor de este libro, y en él encontramos profundas enseñanzas revestidas de un lenguaje hermosamente poético. Eso se ve en cada versículo del libro, pero

especialmente en las palabras que siguieron al deseo que Job expresó en los versículos 25-27.

“Yo sé que mi Redentor vive” son palabras de una fe profunda y confiada en la venida del Salvador. Job había conocido al verdadero Dios, Iahveh (también escrito Yavé o Jehová). Y había vivido en una relación muy cercana con él, como lo vemos en los capítulos 1 y 2. En la conversación que tuvo con Satanás, Dios ensalzó a Job, dijo que era: su siervo, varón perfecto y recto, apartado del mal.

Como un hombre que vivía en estrecho contacto con su Señor, Job debió haber sabido también del Salvador venidero, y por las profecías debió haber sabido acerca de su muerte y su resurrección. La fe en su salvador debe haber sido la que lo levantó y lo sostuvo cuando tambaleó y estuvo a punto de caer por causa de los sufrimientos y de las pruebas severas por las que pasó. Mientras que Job esperaba con fe la venida de su Redentor, pudo olvidar momentáneamente su tribulación presente y ver con fe lo que le esperaba después de que terminara su vida en la tierra. Sus palabras expresan la firme esperanza de su resurrección corporal después de la muerte, y esa esperanza ha sido y sigue siendo compartida por los creyentes de todos los tiempos.

Sobre estas palabras, el poeta Samuel Medley escribió el querido himno sobre la resurrección: “Yo sé que vive el Salvador” (*¡Cantad al Señor!*, himno 23). En las treinta y dos líneas de las ocho estrofas de la versión inglesa, la palabra “vive” (*lives*) aparece en cada línea menos en una. Job confesó: “Yo sé que mi redentor vive”.

Y como este Redentor iba a morir y a resucitar de entre los muertos, Job también confiaba en que él también algún día iba a resucitar de entre los muertos y que iba a ver a su Redentor en persona. La última palabra del versículo 25 “polvo,” está correctamente traducida. En este versículo se refiere a la tumba de la que Job esperaba que su Redentor lo resucitaría.

Por estos versículos podemos concluir que Job tenía plena confianza en su propia resurrección. Hay también otros pasajes en

el Antiguo Testamento que sugieren fuertemente la enseñanza de la resurrección de los muertos. La expresión “y fue unido a su pueblo” ocurre varias veces en el Antiguo Testamento; se usa con referencia a la muerte: de Abraham (Génesis 52:8), de Ismael (Génesis 25:17), de Isaac (Génesis 35:29), de Jacob (Génesis 49:29,33), y de Moisés (Deuteronomio 32:50). También se usa con referencia a la muerte de otros en el Antiguo Testamento. La expresión sugiere más que la acción de sepultar el cuerpo de la persona fallecida en una tumba cerca de sus familiares; da a entender que esas personas aún existen en el otro mundo. Cuando murieron no fueron aniquiladas, sino que su alma siguió viviendo para ser reunida con su cuerpo en el día de la resurrección. Nuestro Salvador mismo declara que: Abraham, Isaac, y Jacob, están en el cielo. Dice: “Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mateo 8:11).

Cuando el SEÑOR se le apareció a Moisés en la zarza ardiente se identificó diciendo: “Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob” (Éxodo 3:6). Jesús citó este pasaje como prueba de la resurrección cuando se vio en una disputa con la secta de los saduceos, que enseñaban que no hay resurrección de los muertos. Pero Jesús echó abajo sus argumentos cuando dijo: “Pero en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído que lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: “Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?” Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos” (Mateo 22:31-32).

También hay pasajes en el Antiguo Testamento que indican que el rey David creía que iba a ser resucitado de entre los muertos. En algunos de sus Salmos vemos expresiones de esa fe. Dirigiéndose al SEÑOR, David termina uno de sus salmos con estas hermosas palabras: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte en tu semejanza” (Salmo 17:15). Con esas palabras David no está hablando del simple despertar del sueño natural a la mañana siguiente sino del sueño de la muerte,

después del cual él verá a Dios, de la manera como Job confiesa que verá a Dios, en las palabras de este capítulo.

Es evidente que David también creía en la resurrección, como se ve en las palabras que dijo después de la muerte de su hijo. Dios había enviado al profeta Natán, para advertirle de la seriedad del pecado del adulterio que cometió con Betsabé. Natán le dijo a David que el bebé, producto de esa unión adúltera, iba a morir. Después que el profeta partió, el niño enfermó gravemente. Profundamente arrepentido, David ayunó y le suplicó a Dios que le conservara la vida a su hijo, pero una semana más tarde el niño murió. Cuando David se enteró de su muerte, dijo estas notables palabras: “Yo voy a él, más él no volverá a mí”, (2 Samuel 12:23). Con esas palabras el padre expresa la segura esperanza de que se va a reunir con él después de la muerte.

En el último capítulo de su libro, Daniel profetizó la resurrección con palabras que son inconfundibles: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12:2). No hay duda de que esto establece claramente que todos los muertos, creyentes e incrédulos, resucitarán en el último día. Jesucristo afirma esto claramente cuando les dice a los judíos: “No os asombréis de esto; porque llegará la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida, pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:28-29).

Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David, y Daniel, que fueron creyentes en los tiempos del Antiguo Testamento, podrían unirse en espíritu con Job al confesar: “Yo sé que mi redentor vive”. Esas palabras pueden ser la confesión de cada creyente, incluyéndonos a usted y a mí, cuando por la fe con toda seguridad confiamos en Jesucristo para nuestra salvación. Job profesa su fe en el Redentor sin duda alguna, sabe que en el último día lo resucitará de entre los muertos.

Y aun así algunos eruditos bíblicos modernos, se atreven a sostener que este pasaje no se refiere a la resurrección. Dicen que Job solamente está hablando de aparecer ante la presencia de Dios, que habrá de defenderlo de los cargos que fueron levantados en su contra. En lugar de traducir la palabra hebrea “Go’el” como “Redentor”, algunos la traducen como “Vindicador”, el que defiende a alguien de cargos injustos, y también lo declara inocente. Aunque es cierto que Jesús defenderá a Job de los ataques de Satanás, como de los de sus tres amigos, la palabra “Vindicador” es una traducción inadecuada de la palabra hebrea. El término “Go’el” también incluye la idea de “pariente”, y en el libro de Rut se traduce así cuando se habla de Booz. Un aspecto sobresaliente de la palabra “Go’el” es el de rescatar algo o a alguien que está bajo la autoridad y esclavitud de otro. Por lo tanto la palabra “redimir” es la mejor para expresar la idea de la palabra hebrea del versículo 25.

La expresión “Redentor” es muy apropiada para describir a nuestro Salvador, aquél en quien Job confesó su fe en estos versículos. Jesucristo es nuestro pariente; siendo verdadero Dios desde la eternidad, él nació como un verdadero ser humano, se convirtió en: nuestro pariente, nuestro hermano, nuestro Emanuel, Dios con nosotros. Jesucristo asumió la naturaleza humana, vivió la vida perfecta, fue crucificado, muerto, sepultado, y resucitó al tercer día. Con Job podemos verdaderamente confesar: “Yo sé que mi Redentor vive”.

Roland Cap Ehlke, en su libro *Faith on Trial* (La fe puesta a prueba), afirma: “Algún día Dios vendrá y redimirá a Job, es decir, lo salvará o lo defenderá. No solo lo redimirá de las falsas acusaciones, sino de la muerte misma” (página 33). Esa es también nuestra esperanza como cristianos. En el hebreo original, este pasaje, especialmente el versículo 26, es uno de los más difíciles del Antiguo Testamento; a lo largo de los siglos ha sido un reto para los traductores y los intérpretes tanto en el vocabulario como en la gramática. Hay dos significados posibles para el verbo del

texto hebreo; ocurre como en español, podemos tener dificultad para interpretar, por ejemplo, la palabra “partir” que puede tener los significados de alejarse o de dividir.

La *New International Version* traduce el primer verbo de la línea 26 como “destruida”; la versión *Reina Valera* traduce “deshecha”. La versión *King James* del inglés agrega la palabra “gusanos” y dice: “Destruído este cuerpo por los gusanos”. También es cierto que “destruida” es una traducción posible.

Aunque la mayoría de las versiones traducen el verbo como “destruir” también se puede traducir de forma diferente. En su Biblia alemana, Martín Lutero traduce esta palabra con la expresión “*umgeben werden*,” que significa “estar rodeado”; William F. Beck también la traduce en esta forma en su *An American Translation* (Traducción Americana). Esta traducción cuenta con el apoyo de las dos primeras traducciones del Antiguo Testamento: la traducción griega conocida como la Septuaginta, escrita varios siglos antes de Cristo, y la traducción latina conocida como la Vulgata, escrita cerca del año 400 d. C.

Los autores de una de nuestras confesiones luteranas, *La Fórmula de Concordia*, también interpretaron el verbo como “rodear” en vez de “destruir”. En su *Comentario popular de la Biblia*, Antiguo Testamento, Volumen II, P. E., Kretzmann interpreta esta palabra como “rodear” y no como “destruir”. Hablando de Job, el Dr. Kretzmann dice: “Con toda seguridad Job confía en que habrá una gloriosa resurrección del cuerpo en el Día Final, que la misma piel que lo cubrió durante su vida mortal aquí en la tierra, volverá a cubrir la carne que está sujeta a la descomposición... El cuerpo, que en la corrupción de la muerte fue despojado de su piel, volverá de nuevo a ser cubierto, y entonces Job con ese mismo cuerpo habrá de ver a Dios” (páginas 27,28).

El autor de este volumen de la *Biblia Popular* también prefiere la traducción “rodear.” Aunque es muy cierto que el cuerpo se descompondrá y que nuestra piel será destruida en la muerte, es

igualmente cierto que cada uno de nosotros resucitará con el mismo cuerpo y con la misma piel que tuvo, pero en una condición glorificada. A este escritor le parece que todo el versículo 26 habla de la resurrección.

En esta notable confesión de fe en su Redentor, Job ansía que llegue el futuro en el que verá personalmente a su Señor. Declara: “En mi carne he de ver a Dios.” ¿Cómo es que Job ya podía verlo en esta vida? ¿Acaso no es cierto que Dios le dijo a Moisés: “No me verá hombre, y vivirá” (Éxodo 33:20)? Mientras estaba en esta vida en su cuerpo pecaminoso, Job tampoco podía ver a Dios. Si hubiera sido así, habría muerto.

Cuando Job dijo las palabras de este versículo, se estaba refiriendo a la vida venidera, cuando podrá ver a Dios en los cielos. Eso se lee claramente al final de este bello pasaje: “Lo veré [a Dios] por mí mismo, mis ojos lo verán, no los de otro, pero ahora mi corazón se consume dentro de mí” (versículo 27). La palabra que se traduce como “corazón” literalmente significa “riñones”. En el Antiguo Testamento los órganos internos eran considerados como el lugar de las emociones más profundas. Job anhelaba estar con Dios en los cielos. ¿Acaso no es el mismo anhelo que tienen algunos ancianos cristianos que han sufrido pruebas y aflicciones durante la vida? Hemos escuchado a esas personas decir: ¡Cuánto deseo morir y descansar en el cielo!”

El mensaje de estos versículos del libro de Job ha sido bellamente captado por un autor desconocido en dos estrofas del himno alemán “Jesús, meine Zuversicht” y traducido al español como “Mi Jesús, mi Salvador”. Ya sea que leamos o cantemos estas estrofas, podemos compartir la segura confianza de la resurrección de nuestro propio cuerpo.

Vida eterna Él alcanzó.
Yo también tendré la vida;
Al lugar que preparó,
Su promesa me convida;
El que es la cabeza, allá
A sus miembros llevará

Cuando resucite, sé
Que me rodeará luz pura;
Con mis ojos yo veré
A mi rey en la hermosura.
Ni dolor ni enfermedad
Sufriré en la eternidad.

(*Culto Cristiano*, himno 337:2,4)

**28 »Deberíais decir://“¿Por qué lo perseguimos,
si la raíz de su situación//está en él mismo?”**

**29 ¡Temed vosotros delante de la espada,
porque sobreviene el furor de la espada//a causa de las
injusticias!**

¡Sabed, pues, que hay un juicio!»

Después de la elocuente y noble confesión de fe en su Redentor, Job vuelve bruscamente al tema que había estado discutiendo con sus amigos. Se había transportado, por decirlo así, por un instante al mismo cielo. Ahora regresa a la triste realidad, a sufrir las severas aflicciones físicas y el cruel trato de sus amigos.

Les advirtió a sus amigos que no continuaran acusándolo injustamente. El último versículo de este capítulo hace una advertencia clara: “Temed vosotros delante de la espada; porque sobreviene el furor de la espada a casusa de las injusticias. Sabed, pues, que hay un juicio”. Esas palabras fueron en verdad proféticas, porque leemos en los últimos capítulos de este libro: “Aconteció que después que habló Jehová estas palabras a Job, Jehová dijo a Elifaz, el temanita: «Mi ira se ha encendido contra ti y tus dos compañeros, porque no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job. Ahora, pues, tomad siete becerros y siete carneros, id a mi siervo Job y ofreced holocausto por vosotros. Mi siervo Job orará por vosotros y yo de cierto lo atenderé para no trataros con afrenta por no haber hablado de mí con rectitud, como mi siervo Job” (42:7-8).

SEGUNDO DISCURSO DE ZOFAR

Zofar responde al discurso de Job

20 Respondió Zofar, el naamatita, y dijo:
2 «Por cierto mis pensamientos//me hacen responder,
y por eso me apresuro.

3 He escuchado una reprensión afrentosa
y mi inteligencia me inspira la respuesta.

Bastante tiempo debió haber pasado desde la última vez que Zofar habló. El capítulo 11 registra su primero y breve discurso de veinte versículos. En esa ocasión había criticado a Job ásperamente; sus hirientes palabras produjeron en Job una fuerte reacción (12:2-3) y una larga respuesta, que abarca un total de setenta y cinco versículos a lo largo de tres capítulos.

La respuesta de Job, así como sus siguientes dos discursos (capítulos: 16, 17, 19), debieron haber tocado algún punto sensible de Zofar, molestándolo en gran manera. Estaba ansioso por darle a Job una buena reprimenda por la humillación que, según él había sufrido. Finalmente se le presentó la oportunidad, y lo primero que hizo fue expresar su desagrado por las observaciones de Job. En los versículos siguientes, continuó con el tema que, él y sus dos amigos, habían discutido con anterioridad tantas veces.

El fin del impío es desastroso

4 ¿No sabes que siempre fue así,
que desde el tiempo en que el hombre//fue puesto sobre la
tierra,

5 la alegría de los malos es breve
y el gozo del impío//sólo dura un momento?

6 Aunque se enaltezca hasta el cielo
y su cabeza toque las nubes,

7 como su estiércol, perecerá para siempre;

y los que lo hayan visto//dirán: “¿Qué es de él?”

**⁸ Como un sueño volará y no será hallado;
se disipará como una visión nocturna.**

**⁹ El ojo que lo veía, nunca más lo verá,
ni su lugar lo conocerá más.**

**¹⁰ Sus hijos solicitarán el favor de los pobres
y sus manos devolverán lo que él robó.**

**¹¹ Sus huesos, llenos aún de su juventud,
yacerán con él en el polvo.**

Las palabras de Zofar suenan altaneras. La frase “¿(acaso) no sabes?”, sugiere que Job no tenía nada que discutir. Con sus palabras, Zofar estaba diciendo: “¡Job, admite que estás equivocado y que yo tengo la razón. No puedes ser tan ignorante como para negar que lo que digo es verdad!”

Y a continuación repitió lo mismo que Elifaz (4:7-5:14 y 15:20-35) y Bildad (8:12-22 y 18:5-21) habían discutido con Job. Como todos los discursos previos, este discurso de Zofar abunda en expresiones poéticas. Aunque los discursos de los tres amigos se referían básicamente a un mismo tema, cada uno difería del otro en los detalles. Lo que decían era superficial y demasiado simple, pero el lenguaje que usaron fue de gran belleza. El lector tal vez se maravillará de la manera en que Job y sus amigos se pueden expresar en un lenguaje exquisitamente poético, en tanto que discutían asuntos tan profundos como: lo bueno y lo malo, la prosperidad y la adversidad. Una cosa es clara: el autor que registró sus palabras fue un excelente maestro de la expresión literaria. Nadie que haya leído el libro de Job puede negarlo.

En estos versículos Zofar echa mano de las viejas tradiciones. Dijo que desde tiempos inmemorables la buena suerte del impío era pasajera. Por el contrario, su gozo sería breve y pasajero y su honor se tornaría en vergüenza. Su éxito sería tan efímero como las imágenes del sueño, y él mismo desaparecería sin dejar rastro. Según las palabras del versículo 10, el impío caería en la miseria, de modo que hasta sus hijos se endeudarían hasta con los pobres.

Y como el padre ladrón había empobrecido a otros, sus propios hijos también caerían en la pobreza, al tener que pagar lo que el padre les había robado a los demás. Y al final, el impío mismo moriría y sería sepultado. Las palabras de Zofar sugieren que hasta la muerte del malvado sería una deshonra.

Parece como si veladamente Zofar estuviera apuntando con el dedo a Job y diciéndole que era un impío. Dio a entender que Job había adquirido sus bienes deshonestamente, a costa de los demás, y por lo mismo había sufrido tantos desastres.

Podríamos preguntar: ¿Es verdad que así ocurre siempre con el malvado? ¿Es verdad que siempre termina mal? ¿Acaso no es cierto que hay muchos ejemplos en los que precisamente sucede lo opuesto, es decir que parece que el malvado tiene éxito en todo lo que emprende en esta vida? Pero de acuerdo a Zofar no era así, como lo vemos a continuación.

Las tribulaciones que afligen al impío en esta vida

- ¹² Si el mal era dulce en su boca,
si lo ocultaba debajo de su lengua,
¹³ si lo saboreaba y no lo dejaba,
sino que lo retenía y paladeaba,
¹⁴ su comida se corromperá en sus entrañas
y será veneno de áspides dentro de él.
¹⁵ Devoró riquezas, pero las vomitará;
Dios las sacará de su vientre.
¹⁶ Veneno de áspides chupará;
lo matará la lengua de la víbora.
¹⁷ No verá más los arroyos, los ríos,
los torrentes de miel y de leche.
¹⁸ Restituirá sus ganancias y sus bienes
sin haberlos tragado ni gozado de ellos.
¹⁹ Por cuanto quebrantó//y desamparó a los pobres,
y robó casas no edificadas por él,
²⁰ por eso no tendrá sosiego su vientre**

ni salvará nada de lo que codiciaba.

**²¹ Nada quedó que él no devorara,
y por eso su bienestar no será duradero.**

**²² En la plenitud de su abundancia//padecerá estrechez;
la mano de todos los malvados//caerá sobre él.**

Zofar describe la maldad del impío como si éste estuviera paladeando una deliciosa comida, pero una vez digerida sufre de severa indigestión que le produce vómito. En otras palabras, la comida se convierte en veneno dentro de su estómago. De acuerdo con las palabras de Zofar, la avaricia que tienen los malvados por el dinero es algo fatal. Lo expresa así: “Veneno de áspides chupará; lo matará lengua de víbora”.

Es inusualmente pintoresco el lenguaje de Zofar en estos versículos. El punto que quería demostrar era que, para el impío, la misma cosa que le da tanto gozo trae en sí la semilla de su propia destrucción. En su avaricia, el malvado no vivirá para gozar lo que maliciosamente se ha esforzado por obtener. De hecho, tendrá que devolver los bienes acumulados, y él mismo terminará empobrecido.

El versículo 17 dice que la prosperidad es como “ríos y torrentes de miel y de leche”. Esta última palabra se podría traducir mejor como “requesón”. En la antigüedad la leche se conservaba en forma semejante al requesón o al yogurt; “la leche y la miel” eran símbolos de prosperidad, como sabemos por la expresión: “Tierra de la que fluye leche y miel”. Pero según lo que dice Zofar, el malo no gozaría de esa prosperidad; en vez de eso, se vería en la miserable condición de sentirse constantemente insatisfecho. Y en medio de la abundancia, repentinamente le caería el desastre. Nuevamente nos preguntamos, ¿estaba Zofar hablando de Job?

**²³ Cuando se ponga a llenar su vientre,
Dios enviará sobre él el ardor de su ira,
y la hará llover sobre él//y sobre su comida.**

²⁴ Huirá de las armas de hierro

y el arco de bronce lo atravesará.

²⁵ La saeta lo traspasará, // atravesará su cuerpo;

la punta reluciente saldrá por su hiel.

¡Sobre él vendrán terrores!

²⁶ Una total tiniebla // está reservada para sus tesoros;

un fuego no atizado los consumirá

y devorará lo que quede en su morada.

²⁷ Los cielos descubrirán su iniquidad,

y la tierra se levantará contra él.

²⁸ Los renuevos de su casa // serán llevados de allí,

serán esparcidos en el día de su furor.

²⁹ Ésta es la suerte que Dios prepara // para el hombre impío,

la herencia que Dios le señala // por su palabra.»

En estos versículos la descripción de los problemas en que se ven los malvados cambia de los alimentos envenenados a su fin violento. Anteriormente Job había dicho que Dios lo estaba atacando (19:7-12). Ahora Zofar dice que Dios ataca al malvado duramente: “Los que hacen maldad descubrirán que es muy cierto el proverbio que dice: La ira de Dios aunque se encienda lentamente, quema excesivamente. Cuando esto suceda, *“hará llover sobre sus enemigos un sinnúmero de municiones de su arsenal celestial”* (Juan E. Hartley, *El libro de Job*, p.307).

Cuando Zofar dijo que “el arco de bronce le atravesará,” parece que está trayendo a colación los comentarios que hizo antes Job, diciendo que Dios había clavado flechas envenenadas en él (6:4, 16:13). Zofar, al identificar indirectamente a Job con el malvado que describe en estos versículos, parece rechazar al mismo tiempo las peticiones que había hecho antes Job, de que Dios fuera su testigo en los cielos (16:19), y también parece despreciar la reciente confesión de fe que hizo Job en su Redentor (19:25-27). Las profundas palabras que dijo Job en el capítulo anterior aparentemente no hicieron mella alguna en Zofar.

Terminando su último discurso (versículo 29) en forma parecida a como Bildad concluyó el suyo (18:21), Zofar estaba

seguro de un solo punto: Dios destruirá al impío ya en esta vida. Eso no es verdad, como lo podemos ver una y otra vez a través de la historia.

RESPUESTA DE JOB

Job les suplica a sus amigos que lo escuchen

21 Entonces respondió Job y dijo:
² «Oíd atentamente mi palabra
y, al menos, dadme consuelo.
³ Toleradme, y yo hablaré;
y burlaos después que haya hablado.
⁴ ¿Acaso me quejo yo de algún hombre?
¿Por qué mi espíritu//no habrá de angustiarse?
⁵ Miradme, espantaos
y tapaos la boca con la mano.
⁶ Aun yo mismo me horrorizo al acordarme
y el temblor estremece mi cuerpo.

Zofar le dio a Job toda una cátedra sobre las aflicciones del impío. No había afirmado de manera directa que era una persona impía, pero claramente había dado a entender que lo era. Al igual que los otros amigos, tampoco mostró ninguna compasión hacia Job.

Habiendo llegado a la conclusión de que sus amigos no le podían ofrecer ningún consuelo, Job les pidió que se mantuvieran en silencio el tiempo suficiente como para oír lo que él tenía que decir. Al menos le podrían dar ese consuelo, guardar silencio.

Job comenzó dirigiéndose a los tres. En hebreo los verbos del versículo 2 y la primera mitad del versículo 3, están en plural también, como si Job estuviera diciendo: “Escuchen ustedes, tengan paciencia conmigo”; pero luego parece que se dirigió a Zofar, el último de los oradores, con la palabra “burlaos”. En el hebreo este verbo está en singular; no hay duda alguna de que Job

se refería a las duras palabras que acababa oír de Zofar.

Los versículos 4-6, introducen el discurso de Job en este capítulo. Su angustia mental se refleja en el lenguaje que usa. Una traducción muy literal del versículo 4 sería: “Y yo - ¿a un hombre es mi queja?”. Lo gramaticalmente correcto sería: “¿Acaso me quejo yo de algún hombre?”, dando a entender que Job no se quejaba ante sus amigos, sino con Dios, tal como lo había hecho antes. Tal vez había un par de razones por las que se quejaba delante de Dios, en vez de hacerlo con sus amigos. Primero, sentía que el Señor le había enviado la aflicción; segundo, aún tenía esperanza de que Dios lo ayudara y finalmente lo librara de sus pesares. En cambio sus amigos no le ofrecían esa esperanza.

En un intento más por obtener un poco de comprensión por parte de sus amigos, Job les pidió que vieran su cuerpo enflaquecido y enfermo, esperanzado de que al ver su lastimero estado se compadecerían de él. También les pidió que callaran, porque sus palabras sólo lograban molestarlo.

Job confesó que sus tribulaciones físicas lo aterraban. Sin duda temía que le vinieran dolores y sufrimientos peores. Posiblemente hasta llegó a pensar que Dios era injusto, al derramar sobre el impío sus bendiciones mientras que sobre él, que era justo, sólo derramaba dolor y humillación. Las palabras que vienen a continuación narran lo que Job había observado sobre la prosperidad del malvado.

El impío parece prosperar en esta vida

**7»¿Por qué viven los impíos
y envejecen, y aun crecen sus riquezas?**

**8 Su linaje se robustece ante su vista
y sus descendientes//están delante de sus ojos.**

**9 Sus casas están libres de temor,
ningún azote de Dios viene sobre ellos.**

**10 Sus toros engendran sin fallar
y sus vacas paren//sin que su cría se malogre.**

**¹¹ Salen sus pequeñuelos como en manada,
sus hijos andan saltando.**

**¹² Saltan al son del tamboril y de la cítara,
se regocijan al son de la flauta.**

**¹³ Pasan sus días en prosperidad
y en paz descienden al seol,**

**¹⁴ pese a que dicen a Dios: “Apártate
porque no queremos conocer tus caminos.**

**¹⁵ ¿Quién es el Todopoderoso//para que lo sirvamos?
¿De qué nos aprovechará//que oremos a él?”**

**¹⁶ Pero el bien de ellos//no está en sus propias manos.
¡Lejos esté de mí//el consejo de los malvados!**

Los amigos de Job habían descrito en forma exagerada los infortunios del inicuo en esta vida. Habían afirmado que sufre aflicciones y desastres, mientras que el justo triunfa, prospera, y es feliz. Contradiendo esos falsos puntos de vista, Job en cambio describe al impío como exitoso en todo lo que emprende. Ansioso de que sus amigos vieran lo erróneo de sus deducciones, Job pecó también de exagerado, minimizando las cosas. Pero como estaba haciendo una comparación entre su miserable estado y el aparente éxito del impío, es comprensible su respuesta.

“¿Por qué siguen con vida los impíos, y hasta cuando envejecen aún crecen sus riquezas?” Mediante sus bienes y su dinero, los malos adquieren gran influencia y poder. Él mismo había gozado de esas cosas en el pasado, pero de pronto un desastre tras otro lo habían llevado de las riquezas al infortunio.

Los tres amigos de Job, habían afirmado falsamente que los sufrimientos de una persona están en proporción directa con sus pecados: cuanto mayores sean los pecados, mayor es el sufrimiento. Por otra parte, también sostenía que cuanto más piadosa fuera la persona, igual sería su prosperidad en esta vida. Job no estaba de acuerdo con esa simpleza; en los versículos 7-9 responde específicamente a cada uno de los razonamientos de sus amigos. Zofar acababa de decir que el impío muere

prematuramente (20:11). Job sostenía que el malvado vive, crece, y envejece con más riquezas y poder (versículo 7). Bildad sostenía que el malvado muere sin dejar hijos que le hereden (18:19), Job replicó que por el contrario, tiene muchos, y lo que es más, los hijos llegan a ser tan prósperos como sus padres (versículo 8). Elifaz había dicho que si Job se volvía a Dios en arrepentimiento, su “morada” (tienda) estaría segura y en paz (5:24). Job dijo que la casa del impío gozaba de seguridad y paz (versículo 9).

A Job le parecía que todas las cosas que hiciera el malvado invariablemente prosperaban. Su ganado se reproduciría sin problemas. Y como los grandes rebaños eran considerados una bendición de Dios, Job se debió haber sentido tentado a pensar que Dios amaba más al impío que a él, que había perdido todo su ganado mientras que el impío, en cambio, gozaba de un gran número de animales. La prosperidad de sus bienes parecía garantizar la seguridad de su hogar. Sus hijos pequeños gozaban la vida jugando despreocupadamente, y ya de adultos seguirían prosperando.

En dos Salmos (127:3-4 y 128:3-4), la Biblia habla de los hijos como una bendición de Dios. Para Job esto era un dolor más que lo tenía perplejo. ¿Por qué Dios bendeciría al impío con tantos hijos y a él, hombre temeroso de su Señor y apartado del mal, le había arrebatado a los suyos? ¿Acaso no parecía que Dios estaba mostrando favoritismo por el malvado? ¿No era verdad que Dios derramaba una bendición tras otra sobre aquellos que por su actitud no lo merecían? ¿En verdad todo parecía indicar que esas personas no tenían nada de qué preocuparse!

A Job también le molestaba observar que a pesar de la prosperidad material del malo, éste no reconocía a Dios como el dador de todo lo bueno. Por el contrario, lo desafiaba y no quería saber nada de él. Job describe la actitud de los malos en los versículos 14 y 15: “Pese a que dicen a Dios: Apártate porque no queremos conocer tus caminos. ¿Quién es el Todopoderoso para que lo sirvamos? ¿De qué nos aprovechará que oremos a él?”. Estos versículos describen con gran exactitud, la actitud que tienen

muchas personas que hoy en día son ricamente bendecidas en lo material, y aun así rechazan a Dios.

A pesar de que Job se había quejado respecto a la prosperidad del impío en esta vida, sabía también que ese éxito era pasajero; por lo menos no lo seguiría más allá de esta vida. La frase: “pero el bien de ellos no está en sus propias manos”, probablemente significa que tampoco pueden controlar su felicidad ni su destino. Eso estaba en manos de Dios y no en las suyas. Por lo tanto, sin importar lo que hubiera sufrido, Job no quería saber nada del estilo de vida del impío. Como hijo de Dios, Job estaba consciente del que el fin del creyente es la felicidad y la bendición por la eternidad, “mas la senda de los malos perecerá” (Salmo 1:6). Aunque en ocasiones Job se preguntaba si valía la pena ser un creyente, esta afirmación expresa su creencia de que verdaderamente si lo vale.

Sin embargo, en su profundo sufrimiento e irritación por las palabras de sus amigos, Job vuelve al tema de la prosperidad del malo, como vamos a ver en los versículos siguientes.

**17 »;Cuántas veces apagada es//la lámpara de los impíos
y sobre ellos viene su quebranto,
y Dios en su ira les reparte dolores!**

**18 Son como la paja delante del viento,
como el tamo que arrebatara el torbellino.**

**19 ¡Dios guarda su violencia//para los hijos de ellos!
¡Él le dará su merecido,//para que aprenda!**

**20 Verá con sus propios ojos su quebranto
y beberá de la ira del Todopoderoso.**

**21 ¿Qué deleite tendrá él//de su casa después de sí,
cuando se haya cortado//la cuenta de sus meses?**

**22 ¿Enseñará alguien a Dios sabiduría,
cuando es él quien juzga//a los que están elevados?**

**23 Uno muere en la plenitud de su vigor,
del todo próspero y en paz;**

24 sus vasijas están llenas de leche

y sus huesos rellenos de tuétano.

**²⁵Otro, en cambio, muere//con el ánimo amargado,
sin haber comido jamás con gusto.**

**²⁶Pero ambos por igual//yacerán en el polvo,
cubiertos de gusanos.**

Aunque Job había dicho claramente que no adoptaría el estilo de vida de los malvados (versículo 16), sin embargo reafirmó la certeza de que los malvados prosperan en esta vida. Sus primeras palabras en esta sección refutan las afirmaciones que había hecho Bildad diciendo que “ciertamente la luz del impío no se apaga” (18:5). Cambiando de lenguaje, Job continuó preguntando: ¿con qué frecuencia el malvado es barrido como paja por el viento? O ¿cuándo es arrebatado como el tamo por el torbellino? Formula las preguntas de forma tal que la respuesta es por demás obvia “muy rara vez”.

Los versículos que siguen (19-21) son difíciles. La *New International Version* antepone la expresión “se ha dicho”; la *Biblia de las Américas* inicia el versículo 19 con “Decís”. Sin embargo, no son las palabras que aparecen en el idioma original, el hebreo. Al agregar esas palabras se está sugiriendo que Job estaba citando la posición de sus amigos y no la suya. Job estaba en desacuerdo tanto con Elifaz (5:4) como con Zofar (20:10), en cuanto a que Dios guarda el castigo del pecador para cobrárselo a sus hijos. Sus amigos creían en la teoría de la retribución, que afirma que el pecado de los padres impíos recae sobre los hijos.

En su ansiedad, Job exageró su reacción, pero aun así se acercó a la verdad más que sus amigos. Pensó que al impío no le importa lo que vaya a pasar con sus hijos después que él muera. Job creía difícil que para los impíos las cosas de los hijos fueran de más importancia que las propias. En su opinión, el impío será juzgado, al igual que sus hijos, de acuerdo con su rechazo a Dios, así como por sus maldades, sin que necesariamente eso sucediera en esta vida.

Job confesó que si no podemos entender a Dios, mucho menos podemos presumir que le podemos enseñar algo. El Todopoderoso, que juzga a todas sus criaturas comenzando con las angelicales, con más razón sabe cómo manejarnos a nosotros, simples mortales. Y sin embargo, muchas veces nos es difícil entender y aceptar la forma tan amorosa en que nos trata. Parece que algunos están destinados al éxito en todo lo que hacen, y viven en la abundancia. En opinión de Job: “Uno muere en la plenitud de su vigor, del todo próspero y en paz; sus vasijas están llenas de leche y sus huesos rellenos de tuétano”. Pero otros tienen un destino totalmente opuesto, como bien dice Job: “Otro, en cambio, muere con el ánimo amargado, y sin haber comido jamás con gusto”. Estas palabras nos traen a la mente las condiciones infrahumanas en que se encuentran tantas personas en este mundo.

Una cosa tenemos todos en común, sin importar si somos ricos o pobres, la muerte. Job exclama: “Pero ambos por igual yacerán todo en el polvo, cubiertos de gusanos”. Después de la muerte, a todos nos llega el proceso de descomposición; y la tumba no sabe de diferencias ni de preferencias étnicas, sociales o económicas. Job nos habla con contundente realismo y verdad.

Job sostenía que en esta vida no siempre ocurre que el piadoso prospere y el impío sufra. Repetidamente señaló que con mucha frecuencia ocurre lo contrario. En las palabras finales de este capítulo define nuevamente su posición.

**27 »Yo conozco vuestros pensamientos
y lo que en vuestra imaginación//forjáis contra mí.**

**28 Porque decís://“¿Qué hay de la casa del príncipe
y de la morada donde viven//los malvados?”**

**29 ¿No habéis preguntado//a los que pasan por el camino?
¿No habéis conocido su respuesta,**

**30 que el malo es preservado//en el día de la destrucción
y que estará a salvo en el día de la ira?**

**31 ¿Quién le denunciará//en su cara su camino?
Por lo que él hizo,¿quién le dará su merecido?**

**³² ¡Lo llevarán al cementerio
y velarán sobre su túmulo!**

**³³ Los terrones del valle le serán dulces;
en pos de él desfila todo el mundo,
y antes de él, // una muchedumbre incontable.**

**³⁴ ¡Cuán vano es el consuelo que me dais!
Vuestras respuestas son pura falacia.**

Job se dio cuenta de que sus amigos lo estaban juzgando como impío porque estaba sufriendo el destino que, según ellos, merecen solamente los impíos. Cuando sus amigos le preguntaban: “¿Qué hay de la casa del príncipe, y de la morada donde viven los malvados?” se estaban refiriendo directamente a Job. La respuesta lógica era: el impío sufre, Job sufre, por lo tanto es impío. Este razonamiento lastimaba profundamente a Job.

Job les recuerda una vez más que hay muchos ejemplos de malvados que son “preservados en el día de la destrucción”; la gente no los rechaza ni les reprochan sus malas acciones. En sus comentarios sobre Job, Norman C. Habel afirma: “Como los tiranos gozan de gran poder, no hay corte ni autoridad sobre la tierra que los llame a rendir cuentas (v.3 1b). La gente prefiere adular a los déspotas en vez de denunciarlos. Hasta en la muerte, el rico va acompañado de largas procesiones de aduladores” (página 330). Vemos muchos ejemplos parecidos hoy en día; hay predicadores que pronuncian elogios zalameros ante el ataúd de hombres influyentes, que durante su vida habían sido corruptos y que no vacilaron en aprovecharse de otros.

Las últimas palabras de Job en este discurso expresan su gran insatisfacción ante el intento tan inútil de sus amigos por consolarlo. Dice que las palabras de sus amigos son “falaces” y “vanas”. Todo lo que dijeron fueron mentiras sin validez alguna y faltas de compasión. Haríamos bien en examinarnos a nosotros mismos y orar para que Dios nos capacite para ser de más ayuda y para ser más compasivos, cuando estemos en posición de ayudar a los que pasan por aflicciones.

TERCERA SERIE DE DISCURSOS

Hasta ahora hemos escuchado lo que cada uno de los amigos de Job expresó en dos intervenciones; y las correspondientes respuestas de Job. Aunque los discursos de los tres amigos diferían considerablemente en los detalles, todos llevaban esencialmente el mismo mensaje: el justo tiene éxito, mientras que el impío fracasa en esta vida. Job se opuso a ese razonamiento, afirmando abiertamente que pocas veces eso era verdad.

Tal vez los cuatro hombres estaban comenzando a darse cuenta de que sólo estaban repitiendo lo que habían dicho antes muchas veces; pero los amigos hicieron un intento más. Como vamos a ver en los capítulos que siguen, Elifaz habló largo y tendido (treinta versículos), Bildad dijo muy poco (seis versículos), y Zofar no dijo nada en esta tercera serie de discursos; por lo visto, los amigos ya habían agotado el tema hasta el cansancio. Por su parte, Job se extendió hablando más esta vez. Pero primero le llegó el turno a Elifaz que se dispuso a defender su posición.

TERCER DISCURSO DE ELIFAZ

La impiedad de Job es la causa de sus desastres

22 Respondió Elifaz, el temanita, y dijo:
² «¿Podrá el hombre ser//de provecho a Dios?
 Si acaso, sólo para sí mismo//es provechoso el hombre sabio.
³ ¿Le satisface al Omnipotente//que tú seas justo?
 ¿Le aprovecha de algo//que tú hagas perfectos tus caminos?
⁴ ¿Acaso por tu piedad te castiga
 o entra a juicio contigo?
⁵ Por cierto, tu maldad es grande
 y tus iniquidades no tienen fin.
⁶ Sin razón tomabas prenda//de tus hermanos
 y despojabas de sus ropas a los desnudos.
⁷ No dabas de beber agua al cansado

y negaste el pan al hambriento.

**⁸ ¡Tú, el hombre pudiente//que poseía la tierra,
el distinguido que habitaba en ella,**

⁹ a las viudas enviabas vacías

y quebrabas los brazos de los huérfanos!

¹⁰ Por eso estás rodeado de lazos

y te turba un espanto repentino;

¹¹ estás en tinieblas, de modo que no ves,

y te cubre un torrente de agua.

El tono tan áspero de las palabras de Elifaz en su discurso final difiere considerablemente del tacto con que le habló al comienzo a Job (capítulos 4 y 5). Podemos notar el aumento del enojo y la impaciencia en cada uno de sus discursos. Al comienzo vemos que habla generalidades vagas, en su segundo discurso se vuelve más personal (15:3-13), y en el tercero ataca sin tapujos a Job.

Comenzando con algunas preguntas retóricas, Elifaz le preguntó a Job si acaso el hombre le era de alguna manera necesario a Dios para existir o para tener éxito. La respuesta obvia es “No”. Dios es totalmente autosuficiente; nosotros, pobres mortales, no podemos hacer absolutamente nada ni para ayudarlo ni para hacerle daño. Ni él nos debe nada en absoluto. Job, al igual que nosotros, estaría totalmente de acuerdo en las respuestas a las cuatro preguntas que hizo Elifaz en los versículos 2 y 3.

Sin embargo, en las preguntas que siguen Elifaz se volvió más personal. Había escuchado repetidamente a Job defendiendo su inocencia de las acusaciones que le hacían. Aunque Job admitía que era un pecador, no por eso estaba dispuesto a aceptar que sus pecados fueran de tal magnitud que merecieran las grandes aflicciones por las que estaba pasando. Por supuesto, ni Job ni sus amigos sabían del reto que tenía Satanás de probar la sinceridad de la fe de Job. No podemos justificar las violentas palabras de Job contra el Señor, pero sí lo comprendemos con sólo ver su agonía. Además, las palabras agudas y poco amables de sus insensibles amigos, lo único que hacían era aumentar su desdicha.

Especificando más a medida que hablaba, Elifaz le hizo a Job tres preguntas que lo acusaban y lo condenaban. Primero dijo: “¿Acaso por tu piedad te castiga (Dios), o viene a juicio contigo?”, (versículo 4). Y la respuesta obvia es “No”. Nadie es rechazado por su piedad. Por lo tanto, la implicación era que Job no era piadoso, sino impío, puesto que estaba sufriendo tanto. Luego, Elifaz le preguntó dos cosas que tenían la respuesta “Si”. “¿No será más bien porque tu malicia es grande, y tus maldades no tienen fin?”. Con esas palabras Elifaz sobrepasó todo lo que dijeron Bildad y Zofar, al acusar a Job de que era un vil malvado.

Elifaz continuó con su falsa línea de razonamiento, un argumento que va del efecto a la causa. Al juzgar la miserable condición por la que Job atravesaba, levantó falsas acusaciones contra él. Se imaginaba que Job debía ser culpable de toda clase de maldades y crímenes, ya que ahora estaba sufriendo tan intensamente. Elifaz mencionó una maldad tras otra. En el hebreo original, los cuatro verbos de los versículos 6 y 7 (“tomabas”, “despojabas,” “no dabas,” y “negaste”) están en el tiempo llamado “imperfecto”. El uso de ese tiempo gramatical indica que las acciones ocurrieron repetidas veces en el pasado. Elifaz no sólo estaba acusando a Job de que había tratado a sus semejantes en forma mezquina, sino de que lo hacía habitualmente. Si Job hubiera podido interrumpir las palabras de Elifaz en ese momento, es seguro que las hubiera negado vehementemente. Job no sólo contradijo después esas acusaciones falsas (29:12-17), sino también los elogios que en un principio había recibido de Elifaz (4:3-4).

Sin embargo, ahora Elifaz acusaba a Job de tratar mal a los hambrientos y de abusar de ellos, de las viudas y de los huérfanos a pesar de que no tenía necesidad de hacerlo, pues era bastante rico. Arbitrariamente afirmaba que las aflicciones de Job habían sido ocasionadas precisamente por sus malvadas acciones. Los términos: “lazos”, “espanto”, “tinieblas,” y “torrente de agua,” describen la condición de una persona que ha experimentado desastres. Luego, para dar un toque religioso a sus palabras

acusadoras, Elifaz hizo un breve pero conmovedor relato de la grandeza de Dios.

Dios es majestuoso y grandioso

12 »¿No está Dios en lo alto de los cielos?
¡Mira lo encumbrado de las estrellas, //cuán elevadas están!

13 Y tú has dicho: “¿Qué sabe Dios?
¿Cómo juzgará a través de la oscuridad?
14 Rodeado de nubes, no puede ver
mientras pasea por los bordes del cielo.”

15 ¿Quieres tú acaso seguir la senda antigua,
la que siguieron los hombres perversos
16 que fueron cortados antes de tiempo,
cuyos cimientos se derramaron //como un río?

17 Ellos decían a Dios: //“¿Apártate de nosotros!”
¿Y qué les había hecho el Omnipotente?
18 Había colmado de bienes sus casas.
¡Lejos de mí sea el consejo de ellos!

19 Lo verán los justos y se gozarán,
y el inocente se burlará de ellos diciendo:
20 “¿Nuestros adversarios fueron destruidos
y el fuego consumió //lo que de ellos había quedado!”

Tanto Job (9:4-13), como Zofar (11:7-9), habían hablado antes de la majestuosa grandeza de Dios. Ahora Elifaz apeló a la grandeza de Dios en un intento de exponer las falacias de los argumentos de Job y de ayudarlo a ver sus errores.

No había ningún descuerdo entre ellos respecto a la grandiosa majestad de Dios. Parece que Elifaz malentendió lo que dijo Job anteriormente, y creyó que Job pensaba que a Dios no le importaban los asuntos de los hombres. Elifaz dijo que Job era como un deísta, aquel que cree en un dios impersonal a quien le tienen sin cuidado los asuntos de este mundo. Por las muchas declaraciones de Job, sabemos que eso no es verdad.

Para Job, Dios era un Dios muy personal a quien él: le hablaba, le oraba, le ofrecía sacrificios, y le rendía adoración. Durante sus sufrimientos expuso sus problemas ante él. Job no era de ninguna manera un deísta.

Como amigo que se decía ser de Job, Elifaz se debió haber dado cuenta de que su amigo era un hombre piadoso, fiel practicante de su religión. Pero Elifaz prefirió ignorar eso, y le preguntó: “¿Quieres tú acaso seguir la senda antigua, la que pisaron los hombres perversos?”. Luego, en forma de advertencia, mencionó el desastroso fin de algunos de ellos: “que fueron cortados antes de tiempo, cuyos cimientos de derramaron como un río”. Es posible que Elifaz se estuviera refiriendo al diluvio que se relata en el libro de Génesis. La tradición de esa catástrofe universal fue conservada entre muchas naciones de la antigüedad. La palabra que Reina Valera traduce acertadamente como “río” en este versículo no es la misma (en hebreo) que se usa en el relato de Génesis para diluvio. La palabra que Elifaz usa se puede traducir como “riada” o como “río”, tal como está en varias traducciones. Si Elifaz tenía en mente a los inicuos de esos tiempos, era injusto comparar a Job con uno de ellos o con los que perecieron en la destrucción de Sodoma y Gomorra.

En este discurso, Elifaz repitió dos afirmaciones que Job ya había hecho. Job ya había representado al impío como el que se dirige a Dios con las palabras: “Apártate de nosotros” (21:14). Luego, hablando de él mismo, Job añadió: “Lejos esté de mí el consejo de los malvados” (21:16). Sin reconocer que se había apropiado de dos declaraciones del que estaba condenado, Elifaz las repitió sugiriendo maliciosamente que Job estaba incluido entre los malvados que no querían saber nada de Dios. Los comentarios que hizo Elifaz sobre la ruina del impío y de sus posesiones por fuego (versículos 19 y 20), nuevamente sugieren que las desgracias de Job eran el resultado de algunos pecados graves que él había cometido. Lo que Elifaz dijo no se aplicaba a Job.

En los versículos que faltan de este discurso vamos a ver cómo se le pide injustamente a Job que se arrepienta de pecados que no había cometido.

La única solución: regresar a Dios

**21 »Vuelve ahora en amistad con Dios//y tendrás paz;
y la prosperidad vendrá a ti.**

**22 Toma ahora la Ley de su boca
y pon sus palabras en tu corazón.**

**23 Si te vuelves al Omnipotente, //serás edificado
y alejarás de tu morada la aflicción.**

**24 Tendrás más oro que tierra:
como piedras de arroyo, oro de Ofir.**

**25 ¡El Todopoderoso será tu oro
y tendrás plata en abundancia!**

**26 Entonces te deleitarás en el Omnipotente
y alzarás a Dios tu rostro.**

**27 Orarás a él y él te oirá;
y tú cumplirás tus votos.**

**28 Asimismo se realizará//lo que tú determines,
y sobre tus caminos resplandecerá la luz.**

**29 Cuando ellos estén abatidos, dirás tú://“¡Sean enaltecidos!”
Entonces Dios salvará//al de mirada humilde.**

**30 Él libertará al inocente;
por la pureza de tus manos será liberado.»**

Esta vez Elifaz cambió el tono del discurso, le hizo una súplica a Job. Comenzó diciendo: “Vuelve ahora en amistad con Dios”. La palabra hebrea que se traduce como “vuelve en amistad” sugiere que Job se ponga al servicio de Dios y le sea útil. Las palabras de Elifaz sugieren muy sutilmente que Job no lo había servido, aunque sabemos que Dios mismo lo había elogiado como su siervo (1:8). Elifaz también lo exhortó a que aceptara de buena

voluntad la instrucción del Señor, en vez de quejarse constantemente de sus sufrimientos.

Elifaz estaba en lo correcto al exhortar a Job a que se volviera al Señor. Job necesitaba hacerlo, al igual que: el mismo Elifaz, usted y yo, y toda la gente. Todos necesitamos arrepentirnos. Como todos, Job también necesitaba volverse a Dios en oración. Hay mucho de verdad en las primeras palabras de Elifaz, pero aun así suenan huecas, ponen de manifiesto una carencia total de compasión por su amigo en desgracia. Y lo que es peor, con ellas sugería sutilmente que la prosperidad de Job había sido adquirida por medios deshonestos (versículos 23 y 24).

En un discurso posterior (31:24-28), Job va a negar rotundamente que fuera esclavo de sus riquezas o que éstas hubieran sido mal habidas. Job estaba convencido de que había logrado su gran prosperidad honestamente. No había engañado ni defraudado a nadie, y sin embargo lo perdió todo. Con mucha frecuencia debió haberse preguntado “¿por qué?”.

Sin duda, Elifaz trataba de ayudar a Job, pero sólo logró irritarlo con la cantilena de que Dios lo bendeciría y le daría oro si se arrepentía. Sutilmente le decía que por sus iniquidades se merecía lo que le estaba pasando, pero que si se arrepentía Dios le daría una vida colmada de oro y plata.

En los versículos 24 y 25, se menciona el oro tres veces y la plata una vez. Estos versículos podrían sugerir que el nombre de Elifaz, que significa “mi Dios es oro”, realmente era el apropiado para ese amigo de Job. Parece como si le gustara hablar de ello. Sin embargo, es más caritativo interpretar su nombre como “Dios es un tesoro” en vez de decir que él tiene como dios a su tesoro.

En sus palabras finales, Elifaz trató de darle seguridad a Job sobre las grandes bendiciones que vendrían sobre él y sobre otros sin tan solo se volvieran al Señor. Dios escucharía sus oraciones y le cumpliría sus deseos; así gozaría nuevamente de grandes bendiciones, tantas como las que había tenido en el pasado. Entonces le podría pedir a Dios que ayude a los humildes, y Dios escucharía y respondería.

Elifaz terminó su discurso asegurándole a Job que sería tan grande su influencia sobre Dios, que por él hasta libraría al culpable. Con esta última afirmación, ¿se pasó Elifaz de la raya? Algunos comentaristas piensan que sí, pues son de la opinión que los culpables continúan siéndolo sin que importen los esfuerzos del justo por librarlos. Podemos entender más adecuadamente que las palabras de Elifaz expresan la verdad de que las personas piadosas pueden efectivamente orar por el perdón del culpable, y que Dios perdonará a esa persona. Tenemos un ejemplo de eso en el último capítulo de este libro; como los tres amigos de Job lo habían acusado injustamente, Dios estaba enojado con ellos. Le dijo a Elifaz que ninguno de los tres se había expresado correctamente respecto de Dios, como sí lo había hecho Job. Dios les ordenó a Elifaz y a sus amigos que sacrificaran siete becerros y siete carneros; luego le dijo a su siervo Job que orara por ellos. Aceptó las ofrendas y las oraciones de Job y los perdonó (42:7-9).

Irónicamente, las afirmaciones que hizo Elifaz en el versículo 30 se cumplieron en ese incidente, siendo Elifaz uno de los “impíos” a quien Dios liberó mediante las oraciones de Job. Aunque externamente Elifaz era una persona respetable, sus palabras finales en este discurso revelan una actitud despiadada hacia su amigo en desgracia.

¿Apreciaron Elifaz y el resto de los amigos la actitud amorosa y bondadosa de Job cuando oró por ellos? ¿Les enseñó esa experiencia a perdonar más que a acusar? ¿Será que también usted y yo podemos aprender a juzgar menos y a amar más? ¡Esperemos que sí!

LA RESPUESTA DE JOB

En este discurso (capítulos 23 y 24), las palabras de Job no se dirigieron ni a Elifaz, quien había hablado previamente, ni a Dios. Más bien estaba hablando con él mismo, y deseando acercarse a Dios de alguna manera, para exponerle sus quejas. Sus quejas

incluían no sólo su sufrimiento, sino el sufrimiento de otros que también eran víctimas de la injusticia.

23 Respondió Job y dijo:
2 «Hoy también hablaré con amargura,
porque es más grave mi llaga//que mi gemido.
3 ¿Quién me diera el saber//dónde hallar a Dios!
Yo iría hasta su morada,
4 expondría mi causa delante de él
y llenaría mi boca de argumentos.
5 Yo sabría lo que él me respondiese
y entendería lo que me dijera.
6 ¿Contendería conmigo//con la grandeza de fuerza?
¡No, sino que él me atendería!

El discurso de Job comienza con las palabras: “Hoy también hablaré con amargura”. ¿Acaso las palabras “hoy también”, significan que habían pasado uno o varios días desde la última vez que había hablado? ¿Cuánto tiempo duró la discusión entre Job y sus amigos? ¿Hablaron ininterrumpidamente? ¿O se reanudó la discusión después de uno o varios días de pausa? ¿Es que la prolongación de la discusión hasta ahora (3-22), así como el hecho de que Job no hubiera contestado directamente al discurso de Elifaz (capítulo 22), nos lleva a concluir que había pasado cierto tiempo entre este discurso y el anterior? Quizás así haya sido, pero no lo podemos asegurar. El libro de Job no informa específicamente si continuó o no la discusión sin interrupción.

En este discurso Job no se dirigió directamente a Dios, pero expresó un gran deseo de comparecer ante él y declarar su inocencia. Y como no llegó a nada respecto a su defensa con sus amigos, anhelaba la oportunidad de presentarse ante el tribunal divino. En lugar de hablar acerca de Dios, como habían hecho sus amigos, Job deseaba hablar directamente con Dios.

Anteriormente Job había expresado gran temor de estar ante el Altísimo. Había dicho en esa ocasión: “¿Cómo se justificará el hombre ante Dios? Si pretendiera discutir con él, no podría responderle a una cosa entre mil” (9:2-3). Aunque dijo que sentía el mismo miedo en este discurso (versículos 15 y 16), esta vez mostró más valor para hacerlo. Estaba listo para presentarse ante Dios y apelar su caso. Esperaría su respuesta y quedaría satisfecho, sin importar cual fuese el veredicto de Dios. Job respondió con confianza a su propia pregunta: “¿Contendería conmigo con la grandeza de fuerza? No; sino que él me atendería”. La última parte de este versículo también se puede traducir como: “No, seguramente él me prestaría atención”. Las dos traducciones se asemejan en significado. Si Dios le prestara atención, no lo acusaría. Job estaba seguro de que era inocente de los cargos que sus amigos habían presentado contra él. También estaba convencido de que iba a ser vindicado y liberado de sus aflicciones.

Sabemos, por los últimos versículos de este libro, que Dios en verdad lo declaró inocente y que lo bendijo aún más ricamente que antes. Pero antes, Dios le dio a Job algunas lecciones de humildad, como lo vamos a ver en los capítulos 38-41; Job también necesitaba aprender que Dios es supremamente majestuoso. Nosotros, simples, mortales no nos debemos atrever a tratar de comprender su grandeza ni a dudar de la forma en que nos trata.

Dios está oculto y aun así Job confía en él

**7 Allí el justo razonaría con él
y yo escaparía para siempre de mi juez.**

**8 »Si me dirijo al oriente, no lo encuentro;
si al occidente, no lo descubro.**

**9 Si él muestra su poder en el norte, //yo no lo veo;
ni tampoco lo veo si se oculta en el sur.**

10 Mas él conoce mi camino:

si me prueba, saldré como el oro.

**¹¹ Mis pies han seguido sus pisadas;
permanecí en su camino, // sin apartarme de él.**

**¹² Nunca me separé // del mandamiento de sus labios,
sino que guardé las palabras de su boca // más que mi comida.**

Job estaba decidido a enfrentarse a Dios en persona, pero no sabía dónde encontrarlo. Aunque trataba de buscarlo en todas partes, parecía como si Dios lo eludiera. La mayoría de las traducciones modernas nombran las direcciones: este, oeste, norte, y sur. *La Biblia de las Américas* en los versículos 8 y 9 usa los términos: “me adelanto,” “retrocedo”, “izquierda”, y “derecha”. Aunque pueden parecer muy diferentes las dos traducciones, en realidad son esencialmente iguales. Las dos son correctas. Para determinar la dirección, los judíos miraban al este. Para ellos el este, el lugar de la salida del sol, es ir hacia adelante, avanzar. El oeste, en cambio, estaba detrás, la palabra que se traduce como “occidente” literalmente significa “después de” o “atrás de”. Cuando los hebreos miraban al este, el sur estaba a su derecha y el norte a su izquierda. Los nombres que les daban a las cuatro direcciones son más concretos que los nuestros (este, oeste, norte, y sur).

Job, en su intento por encontrar a Dios, lo buscaba en todas direcciones, pero no lo podía ver en persona, como veía a sus amigos. Y sin embargo estaba convencido de su existencia. Job no era un ateo: creía en Dios y lo adoraba (1:20). De hecho, sabía que Dios estaba en todas partes, aun cuando era invisible.

Job anhelaba tener la certeza de la presencia de Dios para exponerle su caso. Estaba convencido de que era hijo suyo, confiaba en que era inocente de las falsas acusaciones que sus amigos le imputaban. Aunque no sabía por qué estaba siendo afligido tan severamente, entendía que estaba siendo probado. Dice: “Mas él conoce mi camino; si me prueba saldré como el oro”. Como vamos a ver en los capítulos restantes de este libro, a

Job le faltaba pasar por más pruebas, antes de que Dios lo bendijera con riquezas aún mayores que las que le había dado antes.

Para apoyar su defensa, Job dijo que su vida era como la un hijo de Dios. Con toda seguridad había tratado de ajustar sus palabras y sus actos a la voluntad y a los mandamientos de Dios. Aunque no era perfecto, en verdad era un hombre a quien Dios mismo había elogiado grandemente: “No hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (1:8).

Job permanece en gran temor de Dios

13 »Pero si él decide una cosa, // ¿quién lo hará cambiar?

Lo que desea, lo realiza.

14 Él, pues, llevará a término // lo que ha decidido en cuanto a mí,

y muchas cosas semejantes // que tiene en su propósito.

**15 Por eso, me espanto en su presencia;
cuando lo considero, // tiemblo a causa de él.**

**16 Dios ha enervado mi corazón;
me ha aterrado el Omnipotente.**

17 ¿Por qué no fui aniquilado // por las tinieblas?

¿Por qué no fue cubierto // por la oscuridad mi rostro?

Job se dio cuenta de que Dios, a quién él buscaba con tanto afán, era infinitamente diferente a cualquier ser humano. Solamente “él (Dios) decide”. Encontramos la misma confesión en Deuteronomio 6:4: “Oye, Israel: JEHOVÁ es nuestro Dios, JEHOVÁ uno es”. Dos veces en este breve discurso aparece la palabra JEHOVÁ (o en algunas traducciones SEÑOR), escrita en original con cuatro mayúsculas, aunque sería más apropiado reproducirla como Iahveh. En ese versículo Moisés lo describe como “uno es”. La palabra “uno” destaca el hecho de que no hay

ninguno como él, es único. Hay un solo Dios, pero como sabemos por las Escrituras, este Dios único existe en tres personas: Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Se nos manda bautizar en el nombre: del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. (Mateo 28:19). En el libro de Job, la palabra “único” al principio del versículo 13 de este capítulo 23 es igual a como se encuentra en Deuteronomio 6:4 “uno es”. Al igual que Moisés, y los demás israelitas, Job también confesó que Dios uno es: Es único.

Job también preguntó, y con razón: “¿Quién lo hará cambiar?”. Él no tiene por qué dar cuenta de sus actos. Parecería que Job culpa a Dios de ser arbitrario, cuando dice: “Él, pues, llevará a término lo que ha decidido en cuanto a mí; y muchas cosas semejantes que tiene en su propósito”. Como Job había sufrido tanto, se sintió tentado a pensar que Dios actuaba como lo hacía porque tenía algo en su contra, y que sádicamente se deleitaba en hacerlo sufrir. Job había expresado anteriormente lo mismo; había dicho: “Se me han clavado las flechas del Todopoderoso, su veneno lo ha bebido mi espíritu; y los terrores de Dios combaten contra mí” (6:4). Posteriormente en el mismo discurso, Job se dirigió a Dios. Diciendo: “Aunque haya pecado, ¿Qué mal puedo hacerte a ti, Guarda de los hombres? ¿Por qué me pones por blanco tuyo?” (7:20).

Si Job estaba acusando a Dios de “perseguirlo” injustificadamente, estaba equivocado. En su amor, Dios permitió su sufrimiento para demostrarle a Satanás que en verdad Job era su hijo, y para probar y fortalecer la fe de su siervo.

A pesar de todo lo que le estaba aconteciendo, la principal preocupación de Job, no eran las pérdidas que había sufrido ni sus severos padecimientos físicos, sino su relación con Dios. Seguía en fe aferrado al Señor, a pesar de que a veces sentía terror de estar ante su presencia, como notamos en los últimos versículos (15-17). A medida que continuó su discurso en el capítulo que sigue, Job expresó su preocupación por los desdichados de este mundo. Al leer esos versículos, pensamos en los muchos casos de injusticia

y violencia que suceden en la sociedad actual, y no nos queda más que concluir que la naturaleza humana no ha cambiado durante los miles de años que han pasado desde los tiempos de Job.

El pobre y oprimido sufre muchas injusticias

24 »Puesto que no son ocultos//los tiempos al
Todopoderoso,
¿por qué los que lo conocen//no ven sus días?
² Los malvados violan los linderos,
roban los ganados y los apacientan.
³ Se llevan el asno de los huérfanos
y toman en prenda el buey de la viuda.
⁴ Hacen apartar del camino//a los necesitados
y todos los pobres de la tierra//tienen que esconderse.
⁵ Como asnos monteses en el desierto,
salen los pobres,//madrugando en busca de presa.
¡El desierto les da el sustento de sus hijos!
⁶ En el campo recogen sus espigas,
pero los malvados vendimian la viña ajena.
⁷ Al desnudo fuerzan a dormir sin ropa,
sin cobertura contra el frío.
⁸ En los montes se empapan con la lluvia
y se abrazan a las peñas faltos de refugio.
⁹ QUITAN del pecho a los huérfanos,
y del pobre toman en prenda.
¹⁰ Al desnudo hacen caminar sin ropas
y a los hambrientos quitan las gavillas.
¹¹ Dentro de sus muros exprimen el aceite;
pisan los lagares, pero mueren de sed.
¹² En la ciudad gimen los moribundos
y clama el alma de los heridos de muerte,
pero Dios no atiende su oración.

Como hemos leído en sus discursos, los amigos de Job habían afirmado una y otra vez que Dios recompensa al recto y castiga al malvado, pero Job lo negó firmemente. Por experiencia propia sabía que muchas veces ocurría exactamente lo opuesto. Dijo varias veces que, a pesar de ser un hombre justo y piadoso, había sufrido grandes pérdidas y desgracias.

Job mencionó de paso la triste situación de los pobres que son víctimas de los egoístas y de los inescrupulosos, sus palabras suenan como una lista de crímenes. Parece como si le estuviera diciendo a Dios: “¿Qué haces tú al respecto?” ¿Te limitas a ignorar lo que sucede? ¿Cuándo le pondrás fin a esa situación?” Cuando pensamos en Job, lo vemos como un modelo de hombre paciente, pero al exclamar estas palabras, parecería lo contrario. Esperaba que Dios detuviera y rectificara de inmediato los problemas; hasta trataba de ponerle un límite de tiempo para hacerlo. Mientras que sus amigos parecían estar ciegos a las injusticias sociales que se cometían, Job estaba muy consciente de ellas. En ese aspecto Job estaba en lo correcto, pero no lo estaba en cuanto a acusar a Dios de que permitía que las maldades continuaran. Dios, a su debido tiempo, hará justicia. Realmente es un acto presuntuoso del ser humano juzgar a su creador; sus pensamientos y caminos están fuera del alcance de la comprensión humana.

Job comienza este capítulo con una lista de casos diferentes de injusticias. En los primeros versículos de este capítulo Job les menciona a sus amigos las tribulaciones que sufren los desamparados del mundo. Las personas inescrupulosas se aprovechaban de ellos violando sus derechos humanos; recurrían al engaño moviendo los cercados de piedra que delimitaban las propiedades. Y como las propiedades son una posesión sagrada de los individuos, Dios prohíbe estrictamente que se alteren los límites de la propiedad ajena (Deuteronomio 27:17). Había, y hay, personas codiciosas y despiadadas que privaban al pobre de sus rebaños. Entre las víctimas de esa clase gente estaban las viudas y los huérfanos. En aquellos días las personas: no tenían seguro social, ni pensiones, ni seguros de vida, ni otras prestaciones como

las que existen hoy en día. El jefe de familia era por lo general el único proveedor en el hogar, y si moría la viuda y los hijos quedaban a merced de toda clase de hombres rapaces. Si el padre moría endeudado, los hijos podían ser tomados como esclavos, como podemos ver por la historia de la viuda que visitó Elías (2 Reyes 4:1-7). Job deploraba la falta de misericordia de quien, para cobrarse una deuda, tomaba el asno o el buey de una familia desamparada. En esos días las bestias de carga eran medios esenciales de subsistencia, así como hoy en día los tractores y la maquinaria son esenciales para el campesino. Lo que era aún peor, en los días de Job había personas que tomaban a los hijos pequeños de los endeudados como pago por la deuda.

Aunque Job estaba describiendo los motivos egoístas y las crueles acciones de los impíos, también señaló la difícil situación de las víctimas. Sin tener los medios para subsistir, eran desalojados de su hogar para vivir una vida de vagancia y pobreza. Buscaban comida, recogiénola y cosechándola en la viña del impío. La palabra que se traduce como “vendimian” en el versículo 6 sugiere que los pobres recogían lo que sobraba después de que el propietario cosechaba el campo. Y como el dueño egoístamente había recogido tanto como le era posible, quedaba muy poco en realidad para los pobres.

Estos versículos describen vívidamente la miseria de esa gente; hablan de su carencia de vestido y de techo, de que se veían expuestos al frío de la noche porque tenían que dormir a la intemperie. Cuando llovía, buscaban refugio en las rocas. Estaban desesperadamente hambrientos y sedientos. Morían en su miserable condición, y por lo visto sus gritos de socorro ni siquiera eran escuchados.

Ciertamente podemos comprender estas palabras de Job. En la televisión y en los periódicos, así como a nuestro alrededor, vemos constantemente personas despojadas. Lo vemos especialmente en las grandes ciudades donde hay muchos vagabundos que carecen de un lugar para dormir. Aunque hay muchos vagos que prefieren dormir en la vía pública, o en las

estaciones de autobuses, o bajo los puentes, también es cierto que hay otros que simplemente no tienen lo suficiente para alquilar un lugar dónde dormir. Es cierto que hay alcohólicos y drogadictos entre los desamparados, pero hay también quienes son víctimas de las circunstancias. Así como hay personas que no quieren trabajar o que no hacen nada para conservar el trabajo que tienen, también hay desempleados que por falta de los debidos conocimientos o por incapacidades físicas carecen de un trabajo. Nuestra condolencia y nuestra ayuda deben ir hacia ellos.

¿Somos los cristianos insensibles a esas desgracias? ¿Acaso no deberíamos tratar de hacer más como individuos y como sociedad para que esas personas se levanten y sean ciudadanos productivos? Las personas desamparadas existen incluso en los países desarrollados. Tristemente las condiciones que describe Job en su época aún prevalecen en nuestros días. Y también esto es válido sobre la violencia que se describe a continuación.

Los malvados cometen muchos crímenes

**¹³»Ellos son los que, rebeldes a la luz,
no conocen sus caminos,
ni permanecen en sus sendas.**

**¹⁴Al amanecer se levanta el asesino,
el que mata al pobre y al necesitado
y de noche es como un ladrón.**

**¹⁵La noche está aguardando//el ojo del adúltero,
del que dice: “No me verá nadie”,
y esconde su rostro.**

**¹⁶En las tinieblas minan las casas
que de día para sí señalaron.
No conocen la luz.**

**¹⁷La mañana es para todos ellos//como sombra de muerte;
pues, si son reconocidos, terrores//de sombra de muerte los
asaltan.**

Los versículos anteriores (1-12) describen las injusticias y las crueldades que cometen los malvados contra inocentes seres humanos. Estos versículos (13-17) muestran la realidad de crímenes tan notorios como: los asesinatos, los adulterios, y los robos. En cada versículo de esta sección se mencionan la noche y las tinieblas. En los días de Job, como en los nuestros, los criminales prefieren atacar al amparo de la oscuridad de la noche para cubrir sus delitos. Job dice que son “rebeldes a la luz (que) no conocen sus caminos, ni permanecen en sus sendas”. Jesús habló en forma semejante cuando dijo: “Y ésta es la condenación: la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas, pues todo aquel que hace lo malo detesta la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean puestas al descubierto” (Juan 3:19,20).

Job mencionó tres clases de criminales que prefieren la oscuridad de la noche para hacer de las suyas: el asesino, el adúltero, y el ladrón. Notablemente estos crímenes violan el quinto, sexto y séptimo mandamientos, tal como lo aprendemos en el Catecismo Menor del Dr. Martín Lutero.

En el versículo final de esta sección leemos: “la mañana es para todos ellos como sombra de “muerte”. Las tinieblas de la noche son el ambiente del criminal. Los criminales prefieren permanecer escondidos durante el día, pero llegado el anochecer empiezan a operar a expensas de sus víctimas. Hoy en día los criminales recurren aún más a la violencia que en los días de Job, siendo la oscuridad el ambiente apropiado para llevar a cabo sus fechorías. Con mucha frecuencia las peleas que se producen bajo los efectos del alcohol terminan en asesinatos. Las orgías sexuales también terminan algunas veces en violencia. La lujuria conduce a violaciones, y con mucha frecuencia las víctimas callan por vergüenza y por el daño psicológico que resulta no sólo del hecho mismo sino de denunciar el caso. La elevada incidencia de robos en las casas y los carros, ha hecho que las personas tomen toda clase de precauciones para defender sus pertenencias.

Siempre ha habido crímenes que se cometen durante la noche: en los tiempos de Job, en los tiempos de Jesús y hoy en día. La gente no ha cambiado desde entonces. El pecado es parte de la naturaleza humana, y se puede manifestar en forma terrible. Eso parece ser particularmente cierto en nuestros tiempos. Con la ayuda de la tecnología moderna las personas son capaces de cometer peores crímenes que antes. Las armas automáticas más sofisticadas se encuentran en manos: de asaltabancos, de ladrones de casas, de terroristas que secuestran aviones y someten a sus víctimas a su antojo. Los automóviles conducidos por ebrios producen un elevado índice de accidentes fatales en las carreteras. La drogadicción lleva a las personas a robar y matar sin misericordia. Los versículos de esta sección del libro de Job, describen muy bien nuestros tiempos.

Pero en los versículos que vienen a continuación Job nos recuerda que llegará el día en los malvados también van a rendir cuentas.

Los malvados serán abatidos

**18 »Huyen ligeros como corriente de aguas,
su porción es maldita en la tierra
y no andarán por el camino de las viñas.**

**19 Como la sequía y el calor arrebatan//las aguas de la nieve,
así también el seol a los pecadores.**

**20 De ellos se olvidará el seno materno;
de su dulzor gustarán los gusanos;
nunca más habrá de ellos memoria:
¡Como un árbol serán talados los impíos!**

**21 »Afligió a la mujer estéril,//la que no concebía,
y nunca se portó bien con la viuda.**

**22 En cambio,//aventaja en poder a los fuertes.
¡Cuando se levanta,//nadie está seguro de su vida!**

**23 »Dios les da seguridad y confianza,
pero sus ojos vigilan los caminos de ellos.**

**24 Por un momento son exaltados,//pero pronto desaparecen
y son abatidos como todos los demás:
encerrados son//y cortados como cabezas de espiga.**

**25 ¿O no es esto así?//¿Quién me desmentirá ahora
o reducirá a nada mis palabras?»**

Muchos críticos bíblicos piensan que Job no pudo haber sido el autor de estas palabras; en su opinión, contradicen lo que acababa de decir (versículos 1-17); prefieren creer que el que habló fue uno de sus tres amigos. Lo que es más, también niegan que Job sea el orador en 26:5-14 y 27:13-23, porque esas palabras parecen expresar más las opiniones de los amigos que de las de Job. Apoyan esa opinión en el hecho de: que el tercer discurso de Bildad es muy breve (25:1-6), que Zofar no pronunció un tercer discurso, y que el último discurso de Job fue largo (capítulos 26-31).

Pero si Bildad o Zofar, hubiera sido el orador en los versículos 18-25 de este capítulo, o de los otros dos pasajes que se mencionaron antes, su nombre hubiera aparecido inscrito al principio de los discursos como sucedió en todos los anteriores. Este escritor cree que Bildad tenía muy poco que decir y que a Zofar ya no le quedaba nada por decir. Por otra parte Job, que había sido atacado duramente por sus amigos, sintió la necesidad de extenderse largamente en su propia defensa.

Con todo, en verdad parece que estas palabras contradicen lo que Job había dicho poco antes. Se han hecho varios intentos para armonizarlas con sus primeras declaraciones. Algunos comentaristas sostienen que Job sólo está citando los pensamientos de sus amigos para luego refutarlos, otros arguyen que está ridiculizando sarcásticamente los puntos de vista de los amigos. Lo que es más probable aquí, y en las dos secciones siguientes, es que Job está viendo más allá de la prosperidad cotidiana del impío hacia su destino final.

Dios no castiga inmediatamente al malo; en muchos casos no lo hace en este mundo. Parece que Job había llegado a la misma conclusión a la que llegaron, David en el Salmo 37 y Asaf en el Salmo 73. Las palabras de Job en el versículo 24 son semejantes a las de David en el Salmo 37:35-36: “Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde. Pero él pasó y he aquí ya no estaba; lo busqué, y no lo hallé”. Aunque Job se quejó de la aparente prosperidad del impío, cuando consideró su destino final se dio cuenta de que su destino eterno iba a ser la condenación. De la misma manera, el salmista Asaf, hablando de los malvados a quienes se sintió tentado a envidiar, concluyó: “Hasta que, entrando en el Santuario de Dios comprendí el fin de ellos” (Salmo 73:17). ¿Y cuál fue ese fin? Dirigiéndose a Dios, Asaf declaró: “Ciertamente, los que se alejan de ti perecerán; tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta” (Salmo 73:27).

En los versículos 18-25 de este capítulo, Job menciona nuevamente los actos crueles y despiadados de los impíos cuando atacan a mujeres indefensas (versículo 21). Por algún tiempo prosperan y se sienten seguros (versículo 24), pero su prosperidad y su falsa seguridad no durarán para siempre. En un lenguaje muy pintoresco, dice que van huyendo ligeros “como corrientes de aguas”, que van a desaparecer tan rápidamente como el sol evapora las “aguas de la nieve”. Morirán para convertirse en dulce festín de gusanos. También los compara con un árbol quebrado. Aunque pueden llegar a sentirse seguros de su forma de vida, tarde o temprano Dios los llamará a rendir cuentas. La última línea del versículo 23 (“pero sus ojos vigilan los caminos de ellos”), se entiende mejor en el sentido de que Dios está vigilando a los malvados y no va a permitir que se queden sin castigo.

En las palabras de clausura, Job retó a sus amigos a que lo contradijeran, si es que podían. Como veremos, Bildad con su breve respuesta evitó darle respuesta directa al reto que les hizo Job. De hecho, habló en términos generales sobre un tema nada controversial: la majestuosa grandeza de Dios.

EL TERCER DISCURSO DE BILDAD

La grandeza de Dios en contraste con la pequeñez del hombre

25 Respondió Bildad, el suhita, y dijo:
2 «El señorío y el temor están con él,
que hace la paz en las alturas.

3 ¿No son incontables sus ejércitos?

¿Sobre quién no está su luz?

4 ¿Cómo, pues, se justificará el hombre//delante de Dios?

¿Cómo será puro el que nace de mujer?

5 Si ni aun la misma luna//es resplandeciente
ni las estrellas son puras//delante de sus ojos,

6 ¿cuánto menos el hombre, ese gusano,
ese gusano que es el hijo de hombre?»

Este discurso final de Bildad es muy corto, ocupa tan solo cinco versículos. Como lo habrá notado el lector, no hay un tercer discurso por parte de Zofar. En cambio a Job se le atribuyen seis capítulos (26-31). Esto se sale de la norma que se había seguido hasta aquí, según la cual Job respondía por turno a cada uno de sus amigos, puesto que usualmente sus respuestas eran más largas que las afirmaciones de ellos. Así que muchos eruditos bíblicos han modificado los discursos alargando la duración del tercer discurso de Bildad, y atribuyéndole a Zofar un tercer discurso. Por lo general dan dos razones para hacer este cambio. Primero, piensan que la duración de los discursos, tal como aparecen en la Biblia, es demasiado desigual. En segundo lugar, argumentan que algunas de las declaraciones de Job no concuerdan con las que hizo previamente, sino que están de acuerdo con las afirmaciones de sus amigos.

Siguiendo este principio, los eruditos bíblicos no dudan en reordenar los versículos y hasta ciertos capítulos. Podemos ver ese tipo de cambios en los comentarios al libro de Job que hizo Marvin

H. Pope en *The Anchor Bible*. Aunque esos comentarios tienen sus buenas cualidades, las distribuciones que hacen del texto son innecesarias. Job bien pudo haber pronunciado estas palabras. Y como ninguno de los tres amigos lograba convencerlo de la gravedad de sus pecados, no es de extrañar que Bildad tuviera muy poco que decir en su último discurso, y que Zofar no tuviera nada que añadir. Por otra parte, como lo habían acusado de haber pecado seriamente, Job se vio obligado a defenderse con toda clase de argumentos.

En su discurso final, Bildad hace el contraste de la santidad y majestuosidad de Dios con la pecaminosidad y la bajeza del hombre. Dios tiene dominio absoluto sobre toda su creación; ni siquiera el ángel más alto de la jerarquía celestial puede retarle en forma alguna. Todo está completamente en sus manos. En las palabras de Bildad: “El hace paz en las alturas”, la palabra que se tradujo correctamente como “paz” corresponde a la palabra “shalom” del hebreo. Expresa el orden y la armonía perfectos de todas las cosas. En ese estado no puede haber rebeliones ni disturbios. Y si no hay poderes que se puedan oponer a Dios en los cielos, menos los habrá en la tierra. Dios tiene el perfecto control aun cuando nos pueda parecer que en ocasiones no es así. Claro que en esto Job tenía que estar totalmente de acuerdo.

Como en muchos otros pasajes del Antiguo Testamento, este discurso presenta a Dios gráficamente como guerreo victorioso. Así lo describe David en el Salmo 24:8: “¿Quién es este rey de gloria? Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla”. Dios también derrama sobre la humanidad el don de la luz. Bildad pregunta: “¿Sobre quién no está su luz?” ¡Qué maravilloso don tenemos en la luz que Dios nos da! Las primeras palabras que dice la Biblia que Dios pronunció fueron: “Sea la luz” (Génesis 1:3). Sería imposible para la humanidad sobrevivir sin ella.

En los versículos 4-6, se muestra la vileza del ser humano como opuesta totalmente a la grandeza y la majestad de Dios. En los versículos 4 y 6, Bildad usa dos expresiones que se refieren a

la perversidad humana. En la primera línea de cada versículo se usa la palabra “hombre”. En el original esta palabra enfatiza: la debilidad, la fragilidad, y la naturaleza del ser humano.

En la segunda línea del versículo 4, la expresión “el que nace de mujer” es muy parecida a la segunda línea del versículo 6 que dice “hijo del hombre”. Estas expresiones también sugieren que el ser humano se encuentra sujeto a la muerte. La palabra “mujer” de Génesis 2 y 3 se refiere a Eva, la primera madre. No es hasta Génesis 4:1, que se la llama por su nombre “Eva”. En la expresión “hijo del hombre”, la palabra “hombre” procede del hebreo “Adán”, la misma palabra que se usa invariablemente para el primer ser humano, Adán. Aunque Adán y Eva fueron creados sin pecado, tristemente sucumbieron a la tentación del diablo trayendo por lo tanto el pecado al mundo. La muerte vino como consecuencia de su desobediencia.

Para recalcar la extrema ruindad del hombre, Bildad termina diciendo que éste es tan sólo “un gusano” lleno de corrupción. Esas expresiones se refieren a las criaturas terrenales más bajas y despreciables.

La mayoría de las últimas palabras de Bildad hablan de generalidades, detallando la majestuosidad de Dios y la bajeza del hombre. Sin embargo, en el versículo 4 hace una referencia directa a Job. Pregunta: “¿Cómo, pues, se justificará el hombre delante Dios? ¿Y cómo será puro el que nace de mujer?”. Terminando las conclusiones sobre estos versículos en sus comentarios, P.E. Kretzmann dice: “Bildad enfatizó la pecaminosidad general del hombre, haciéndole un llamado a Job en particular, a confesar sus pecados con la debida humildad. Es mucho más fácil censurar a los otros que hacer un inventario de las debilidades y de los pecados de uno mismo” (página 35).

Bildad y sus dos amigos vieron los pecados de Job mucho más rápidamente que los propios. ¿No es verdad que nos pasa igual a usted y mí? ¿Acaso no nos debemos aplicar alguna de las palabras que dijo Jesús en el Sermón del Monte? Con duras palabras,

nuestro Salvador se dirige a todos los que encuentran las faltas y los defectos de los demás e ignoran las propias: “¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, cuando tienes la viga en el tuyo? ¡Hipócrita!, saca la viga de tu propio ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano” (Mateo 7:3-5). ¿Haríamos bien en recordar este pasaje cada vez que nos sintamos tentados a exagerar las faltas de otros y minimizar las propias.

LA RESPUESTA DE JOB Y SU ÉNFASIS FINAL

Bildad tuvo muy poco que decir en su último discurso. Esto ha llevado a algunos eruditos bíblicos modernos a reordenar los versículos de esos capítulos con el fin atribuirle un discurso final más prolongado. Algunos han tomado del capítulo 26, dicho por Job, los versículos 5-14 y los han agregado al capítulo 25, ya que piensan que esas palabras concuerdan mejor con el discurso de Bildad (25:1-6), que con los primeros versículos del discurso de Job (26:1-4). Sin embargo, nosotros nos debemos oponer a ese cambio arbitrario del texto sagrado. Si Bildad pronunció las palabras que aparecen en los versículos 5-14, éstas debieron haber seguido inmediatamente a los versículos del capítulo 25 o haber comenzado con el encabezado: “Respondió Bildad suhita, y dijo”, tal como ocurre en los versículos anteriores (8:1; 18:1, y 25:1). En todo el libro se sigue esta norma de manera consistente.

Simplemente consideramos que el último discurso de Bildad fue breve porque tenía poco que decir. Parece que ya había desistido de tratar de convencer a Job de su culpabilidad. En vez de eso se limitó a dar un discurso sobre la grandeza de Dios y la bajeza del hombre. Dificilmente podría alguien estar en desacuerdo con él en este aspecto. Estamos convencidos de que Job fue el orador de todo el capítulo 26. Si cambiamos los versículos 26:5-14 para añadirlos al final del capítulo 25 perdemos

el efecto de las últimas palabras de Bildad: “¿Cuánto menos el hombre, que es gusano, ese gusano que es el hijo del hombre? (25:6). En nuestros comentarios sobre los versículos 5-14 de este capítulo (26), notaremos que esas palabras sin duda le corresponden a Job.

Job le responde a Bildad

26 Respondió Job y dijo:
2 «¿En qué has ayudado//al que no tiene fuerzas?
¿Cómo has protegido al brazo débil?
3 ¿Qué has aconsejado//al que está falto de ciencia?
¿Qué plenitud de inteligencia//has manifestado?
4 ¿A quién has dirigido tus palabras?
¿De quién es el espíritu que te inspira?

Job se había sentido fastidiado por los esfuerzos inútiles que hacían sus amigos por corregirlo; repetidamente le habían afirmado que sus sufrimientos eran el resultado de sus graves pecados. En sus primeros discursos, Bildad había reprochado a Job y había dicho que era un malvado (8:2 y 18:2), y lo había catalogado entre la gente impía. En su último discurso (capítulo 25), tampoco fue para Job de ninguna ayuda en el sufrimiento ni para encontrar la razón de la aparente indiferencia del Señor.

Irritado por las palabras de Bildad, Job le respondió: “¿En qué has ayudado al que no tiene fuerzas? ¿Cómo has protegido al brazo débil? ¿Qué has aconsejado al que no tiene ciencia? ¿Qué plenitud de inteligencia has manifestado?”. Estas palabras suenan mejor como exclamaciones (como lo interpreta *La Biblia de las Américas*) que como preguntas (tal como aparecen en la versión *Reina Valera*). Son para Job un desahogo sarcástico de sus sentimientos.

Job dice que él mismo está sin poder y “sin fuerza”, como consecuencia de sus obvias aflicciones físicas y por la pérdida de

sus bienes materiales. Habla como alguien “que no tiene conocimientos” debido a que sus amigos insistían en que estaban en lo correcto mientras afirmaban que él estaba en el error. Detectamos de nuevo una nota de sarcasmo en Job. Si sus amigos se sentían tan fuertes, ¿por qué no habían sido capaces de fortalecerlo? Si eran tan inteligentes, ¿por qué no lo habían iluminado un poco? ¡Era evidente que en su caso habían fracasado miserablemente!

Job, en este discurso, se dirige específicamente a Bildad. Usa la segunda persona singular (tu) cinco veces, y el posesivo (tuyo) una vez en los versículos 2-4. Cada uno de los ejemplos está escrito en singular y en plural en la forma del verbo, así como también con el pronombre “tu” y el posesivo “tuyo.” En estos versículos, al usar el pronombre singular, Job se está dirigiendo en particular a Bildad. En sólo tres de sus discursos anteriores, Job usa el singular cuando se dirige a sus amigos: a Elifaz en 16:3 y a Zofar en 12:7-8 y 21:3. En todas las demás ocasiones se dirigió a sus amigos en plural.

En contraste con los versículos 2 y 3, que han sido traducidos como exclamaciones, el versículo 4 se entiende mejor como una pregunta. Y, en este versículo, Job también habla con sarcasmo: “¿A quién has dirigido tus palabras? ¿De quién es el espíritu que te inspira?”. Job con mucha duda pregunta si sus palabras procedían: de Dios, o de algún humano, o de un demonio.

“¿Acaso comenzaba a sospechar que sus mencionados amigos eran aliados de Satanás? ¿Sería que ellos, sin haberse dado cuenta, le estaban ayudando a Satanás para destruirlo mientras él luchaba con sus muchos problemas? ¿Iba a caer Job finalmente en la tentación de maldecir a Dios como Satanás había predicho (1:11 y 2:5) y como su propia esposa le había aconsejado (2:9)? ¿Iba a ganar Satanás la apuesta de que Job llegaría a maldecir y a negar a su Señor? Para responder a estas preguntas debemos ver la conclusión de este libro. Mientras tanto Job continuó con su discurso alabando la gran magnificencia de Dios.

Job habla del grandioso poder de Dios

- 5»Las sombras tiemblan en lo profundo,
los mares y cuanto en ellos mora.**
- 6 El seol está descubierto delante de él
y el Abadón no tiene cobertura.**
- 7 Él extiende el Norte sobre el vacío,
cuelga la tierra sobre la nada.**
- 8 Encierra las aguas en sus nubes,
y las nubes no se rompen debajo de ellas.**
- 9 Él encubre la faz de su trono
y sobre él extiende su nube.**
- 10 Ha puesto límite//a la superficie de las aguas,
hasta el confín de la luz y las tinieblas.**
- 11 A su reprensión, las columnas del cielo
tiemblan y se espantan.**
- 12 Él agita el mar con su poder
y con su entendimiento//lo hiere en su arrogancia.**
- 13 Su espíritu adorna los cielos;
su mano traspasó a la serpiente tortuosa.**
- 14 ¡Y estas cosas no son más//que los bordes del camino,
apenas el leve susurro que oímos de él!
Pero el trueno de su poder,//¿quién podrá comprenderlo?»**

Ya hemos dicho que muchos eruditos bíblicos no le atribuyen estas palabras a Job, sienten que son más bien la continuación del breve discurso pronunciado por Bildad (25:1-6) y que las palabras de Job (26:1-4) no corresponden a esta parte. Por esa razón han reorganizado los capítulos, poniendo Job 26:1-4 después de la sección (5-14) e inmediatamente antes de 27:2-7. Los versículos 27:8-23, también se los atribuyen a Zofar, asignándole un tercer discurso. Creen que esas palabras son más propias de Zofar que de Job. Lo que sí es cierto es que con todos estos cambios, lo único que estos críticos están haciendo es violar la Palabra sagrada de Dios.

Es innecesario atribuirle a Bildad los versículos 5-14; de hecho, Job muy bien pudo haberlas dicho. Tanto Job como Bildad, estaban conscientes de la grandeza y del poder de Dios. Si Bildad pudo alabar la gran majestuosidad de Dios, ¿por qué no Job, que había vivido en estrecha relación con su Dios, que lo reverenciaba y lo adoraba, y si Dios mismo elogió la piedad de Job? Aunque los cuatro amigos alabaron al Señor, en estos versículos Job lo alabó más elocuentemente que ningún otro. El único que lo superó en la descripción de su poder y de su grandeza, fue Dios mismo (capítulo 38). Estos versículos (26:5-14) nos invitan a compararlos con otros grandes capítulos de la Biblia que proclaman la magnificencia de Dios el Creador y Preservador de este universo, por ejemplo: el Salmo 104 e Isaías 40.

Job dice que Dios es el Único que tiene el poder absoluto de todo, inclusive de la muerte. Cuando ésta llega, no hay nada que se pueda hacer. Hasta “el Abadón no tiene cobertura”. La palabra Abadón significa en hebreo “destrucción” o “perdición”. La misma palabra Abadón se lee en Apocalipsis 9:11 en su forma traducida: “Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión”. Aquí el nombre se le atribuye a Satanás. Dios tiene el poder y el control supremos sobre: la muerte, el sepulcro, el infierno, y sobre el mismo Satanás.

Job describe en términos físicos la milagrosa obra de Dios en la creación de: los cielos, la tierra, la lluvia y las aguas en la tierra, en lo alto y en las nubes. En el versículo 9 la *Reina Valera Actualizada* dice: “Él cubre la faz de la luna llena”. La palabra que se traduce como “luna llena” se puede traducir también como lo hace la *Reina Valera 1995*: “su trono”, es decir el trono de Dios. En varias otras partes, la Biblia habla del cielo como el trono de Dios, por ejemplo, Isaías 40:22 y 66:1.

El horizonte se describe como la separación entre la luz que brilla sobre la tierra y las tinieblas que moran en las aguas. La expresión “columnas del cielo” posiblemente se refiera a las

montañas que se divisan desde la distancia; parece que los cielos se apoyaran en ellas.

Con frecuencia los escritores del Antiguo Testamento describen a Dios como un gran guerrero que conquista las fuerzas del mal. El mar es considerado como la personificación de las tinieblas y del poder maléfico de la naturaleza. En los poemas de la mitología de la antigua Canaán y del Medio Oriente, los dioses son descritos luchando y sujetando fuerzas de la naturaleza tales como el mar y sus monstruos. Usando algunos términos mitológicos, pero sin las crudas implicaciones politeístas paganas, Job describe al verdadero Dios como el único que es capaz de superar a las fuerzas del mar. La palabra que se traduce como “mar” en el versículo 12, está escrito en el hebreo “Rahab”, pero no se debe confundir con el nombre de la prostituta que bondadosamente ayudó a los espías israelitas en Jericó (Josué 2:1 ss). En el hebreo, las dos palabras se escriben de diferente manera. La palabra “Rahab” del versículo 12 original no se refiere a una persona, sino a la representación de todas las fuerza malignas. La “serpiente tortuosa” del versículo 13, puede ser otro nombre para un monstruo marino que también personificaba la maldad.

Dios tiene poder sobre las nubes y los cielos, nos da la lluvia y los rayos del sol. Sabemos muy bien la importancia que tienen estos elementos naturales para la vida. En todo el mundo ocurren con frecuencia sequías e inundaciones; esos desastres nos deben hacer ver que dependemos de Dios para todo en la vida. ¿Nos acordamos de darle gracias diariamente por estas bendiciones?

Nuestro Dios es único. Él es completamente diferente a los dioses paganos de otras religiones, que tienen diferentes deidades para diferentes propósitos y existen por separado. Nuestra religión está basada en el Dios Trino único, que es omnipotente y omnisciente. En él se combinan todos los atributos.

Los versículos finales de esta sección resumen la grandeza del poder de Dios. Este vasto universo nos da sólo una pequeña muestra de lo que es el poder y la majestuosidad de nuestro Dios Creador. Muy apropiadamente Job termina esta sección con una

pregunta retórica: “¿Pero el trueno de su poder, ¿quién podrá comprenderlo?” La única respuesta es: “¡Nadie, con excepción de Dios mismo!” ¡A él sólo se toda la gloria por los siglos de los siglos!

Job insiste en que él dice la verdad

27 Continuó Job su discurso y dijo:
² «¡Vive Dios, que ha quitado mi derecho,
 el Omnipotente, // que ha amargado mi alma,
³ que todo el tiempo que mi alma esté en mí
 y que haya hálito de Dios en mis narices,
⁴ mis labios no hablarán iniquidad
 ni mi lengua pronunciará mentira!
⁵ ¡Nunca acontezca que yo os dé la razón!
 ¡Hasta la muerte // mantendré mi integridad!
⁶ Aferrado estoy a mi justicia, y no cederé;
 mientras viva, // no me reprochará mi corazón.

Aquí se esperaba que Zofar respondiera con su tercer discurso, porque en el capítulo anterior (26) Job había contestado a las breves observaciones de Bildad (25). Sin embargo, no hay nada que indique que Zofar lo haya hecho.

No cabe duda de que los primeros seis versículos de este capítulo son de Job, como lo vamos a ver más adelante. Él fue el único que, en repetidas ocasiones, sostuvo que estaba diciendo la verdad. También acudió a Dios en busca de una audiencia para poder demostrar su inocencia de los cargos que se le imputaban y que, por lo tanto, no había hecho nada para merecer los sufrimientos que estaba padeciendo. Es notable que ninguno de los tres amigos, en sus discursos, se dirigieran a Dios o lo buscaran para que los escuchara. Tenemos la impresión de que para ellos Dios era un poder abstracto y distante en su vida. Job, por el contrario, tenía una estrecha relación con su Señor y le hablaba en términos muy familiares, y hasta en ocasiones lo acusaba de

amargarle la vida por gusto. Vemos un ejemplo de esto en el versículo 2. Para nosotros no hay duda que Job es el orador que pronunció los versículos restantes de este capítulo, los que algunos le atribuyen a Zofar y otros a Bildad.

El capítulo 27 comienza con la frase “continuó Job con su discurso, y dijo”. Esta introducción es diferente a todas las introducciones que aparecen en los capítulos anteriores. Las palabras sugieren que Job hizo una pausa para darle a Zofar la oportunidad de responder, ya que éste había hablado solamente dos veces. Pero Zofar por lo visto no tenía nada más que agregar. La últimas palabras que pronunció sugieren que dio por terminada su participación al decir: Ésta es la suerte que Dios reserva al hombre impío, y la heredad que Dios le señala por su palabra” (20:29). Notamos por las palabras finales de los otros dos oradores, que también habían terminado de hablar (Elifaz, 22:30; Bildad, 25:6).

Pero no Job, él por el contrario tenía mucho por decir. Cuando el último de sus amigos dijo su parte, le tocó su turno; y habló largo y tendido en los seis capítulos (26-31) siguientes. Las acusaciones de sus amigos lo obligaron a extenderse largamente en su defensa.

El capítulo comienza con un juramento por parte de Job: “Vive Dios”. Con esa frase invita a Dios a que en caso de que no esté diciendo la verdad, lo maldiga. También expresa la esperanza de que Dios lo escuche y emita un veredicto a su favor. Sin embargo, en las palabras que siguen, Job se queja audazmente de que Dios le ha negado justicia, y el Todopoderoso le ha hecho probar la amargura del alma. Esas palabras nos recuerdan las afirmaciones que hizo Noemí cuando, en compañía de su nuera Rut, regresó de Moab a Belén. Dijo: “En grande amargura me ha puesto el todopoderoso” y “Jehová ha dado testimonio contra mí, y el Todopoderoso me ha afligido” (Rut 1:20,21).

Bajo grandes sufrimientos y pérdidas, muchos buenos cristianos han hablado en forma semejante: “¿Por qué Dios me hace sufrir tanto?” ¿En verdad me ama?. Nosotros, que somos

como Job débiles de carne y espíritu también, algunas veces nos quejamos, cuando en realidad en medio de nuestras aflicciones deberíamos darle gracias a Dios por tantas bendiciones.

Job, a pesar de que se estaba quejando, reconocía que Dios le había dado vida y “hálito”. En hebreo tanto la palabra vida como la palabra hálito se pueden traducir como “aliento”, son palabras sinónimas. La primera palabra es la misma que se lee en hebreo en Génesis 2:7 y que se traduce: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra; sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente”. En este capítulo Job confiesa que Dios fue quien lo creó dándole el aliento de vida. Job no era ningún evolucionista.

Y sigue diciendo: “Mis labios no hablarán iniquidad, ni mi lengua pronunciará mentira”. En forma semejante el autor del libro de Job había dado antes este testimonio: “En todo esto no pecó Job con sus labios” (2:10).

Continúa diciendo Job: “Nunca acontezca que yo os de la razón”. *La Reina Valera 1960* dice más literalmente: “Nunca tal acontezca que yo os justifique”.

Job sigue diciendo: “Hasta la muerte, mantendré mi integridad”. Esta era la mayor preocupación de Job, su integridad. Estas palabras evocan las primeras que pronunció al inicio de este libro. El autor del libro lo describe como un hombre “perfecto” (1:1). En sus conversaciones con Satanás, Dios se refirió a Job en dos ocasiones como un hombre “perfecto” (1:8, 2:3). En hebreo la palabra que se traduce aquí como “perfecto” y la palabra que se traduce como “integridad”, tienen la misma raíz.

En el último versículo de esta sección Job les dice a sus amigos: “Aferrado estoy a mi justicia, y no cederé; mientras viva, no me reprochará mi corazón”. La palabra “justicia” también nos trae a la mente las primeras descripciones de Job.

Cuando, en el versículo 29, Job toma su defensa, da más detalles de la integridad de su conducta. Al hacerlo no está diciendo nada más de lo que el sagrado escritor y Dios mismo han dicho de él. Por lo tanto, podía hablar con mucha confianza. A

pesar de la terrible condición física en la que se hallaba, Job se aferró a su fe en Dios que parecía estar tan lejos, cuando en realidad estaba muy cerca.

El fin del impío es desastroso

Hay una gran diferencia de opinión entre los eruditos que se resisten a aceptar a Job como el orador en los versículos pertenecientes a este capítulo. En general, la mayoría le atribuye los versículos 1-6 a Job, pero después de estos versículos hay muchas y muy variadas opiniones acerca del autor. Algunos sostienen que: Zofar es el orador en los versículos 7-10, Job en los versículos 11 y 12, y Zofar de nuevo en los versículos 13-23; y otros aseguran que también son de Zofar las palabras de los versículos 13-23. Algunos estudiosos le atribuyen a Bildad los versículos 13-23. Sin embargo, la mayoría de los eruditos contemporáneos niegan que Job sea el orador en los últimos once versículos. Así lo afirman a pesar de que el texto continúa sin interrupción después del primer versículo, lo que señala a Job como su autor.

El argumento principal en que estos eruditos se apoyan para su afirmación en este punto es que parece ser que Job está de acuerdo con el punto de vista de sus amigos; ahora dice que los impíos tendrán un fin desastroso. Podríamos preguntar, ¿cambió Job repentinamente de parecer? ¿Sus amigos lo habían convencido por fin, aunque Job no lo admitía abiertamente? No; más bien él, como sus amigos, comprendió que el destino final de los impíos será desastroso. Puede parecer que prosperan por un tiempo, pero por fin llegará el día de rendir cuentas. Job no estaba fluctuando ni se estaba contradiciendo.

También hay aquellos que creen que Job pronunció realmente todas las palabras de este capítulo. En su libro *The Word Becoming Flesh* (El verbo se hizo carne) Horace Hummel defiende esta posición; hábilmente declara: “En estos capítulos Job afirma que Dios vendrá a pedirles cuentas a los malvados, como sus amigos

lo han sostenido. Sin embargo, lo que hace es negar con igual vehemencia que el principio sea aplicable en su caso y, por el contrario, parece sugerir que es más probable que venga sobre sus propios atormentadores (hasta es posible que se citen sus propias palabras en contra de ellos)” (páginas 469-470).

Realmente no es extraño que Job sostenga que Dios castiga la impiedad. Pero no estaba dispuesto a aceptar que él mismo era impío.

**7 »¿Sea como el malvado mi enemigo,
y como el inicuo mi adversario!**

**8 Porque ¿cuál es la esperanza del malvado, //por mucho que
haya robado,
cuando Dios le quite la vida?**

**9 ¿Escuchará Dios su clamor
cuando la tribulación venga sobre él?**

**10 ¿Acaso él se deleita en el Omnipotente?
¿Acaso invoca a Dios en todo tiempo?**

**11 Yo os instruiré acerca del poder de Dios;
no esconderé lo que se refiere //al Omnipotente.**

**12 Todos vosotros lo habéis visto,
¿por qué, pues, os habéis hecho //tan completamente vanos?**

Job comienza esta sección pronunciando una maldición sobre sus enemigos. Hace cuatro preguntas que sólo se pueden responder en forma negativa. El impío no puede tener esperanza alguna después de la muerte, porque ha rechazado a Dios. Sólo mediante la fe en Jesucristo hay seguridad de ser librado de la muerte. Dios no escucha el clamor de los impíos que lo rechazan en tiempos de prosperidad y lo invocan en tiempos de tribulación. Un verdadero creyente adora a Dios tanto en la prosperidad como en la adversidad. En los tiempos de mayor prosperidad Job había orado a Dios y le había ofrecido sacrificios (1:5). El impío no encuentra deleite en el Todopoderoso, ni le invocará en todo tiempo (10).

Cuando el impío se encuentra en profunda tribulación entonces Dios es de utilidad.

Dirigiéndose a sus amigos, Job les dice: “Yo os instruiré acerca del poder de Dios; no esconderé lo que se refiere al Omnipotente. Todos vosotros lo habéis visto; ¿por qué, pues os habéis hecho tan completamente vanos?”. Los amigos habían intentado enseñarle a Job, pensaban que tenían todas las respuestas en la mano, pero esos intentos lo único que conseguían era irritar a Job (26:2-4). Un poco más tarde Dios mismo iba a juzgar las palabras que pronunciaron los amigos de Job: “No habéis hablado de mi con rectitud, como mi siervo Job” (42:8).

Pero llegó el turno de que Job les enseñara a sus amigos, y lo hizo. Aquí está claro que es Job quien habla y no alguno de sus amigos, porque él usa la forma plural del pronombre “vosotros.” Si Zofar estuviera hablando, utilizaría el pronombre singular “tú”. Aunque las palabras de Job se oyen muy parecidas a las que pronunciaron sus amigos, especialmente a las de Zofar en el capítulo 20, sin embargo, en boca de Job adquieren gran significado, ya que él había dicho que la vida de los malvados con frecuencia era de prosperidad durante su vida. Ahora Job estaba viendo más allá del destino inmediato; es decir, el destino final de los malvados.

**13 »Ésta es delante de Dios//la suerte del hombre malvado,
y la herencia que los violentos//han de recibir del
Omnipotente:**

**14 Aunque sus hijos se multipliquen,//serán entregados a la
espada,**

y sus pequeños no se saciarán de pan.

**15 Los que de él queden,//la muerte los llevará al sepulcro
y no los llorarán sus viudas.**

**16 Aunque amontone plata como polvo
y acumule ropa como barro,**

**17 él la habrá acumulado,//mas el justo se vestirá con ella
y el inocente disfrutará de la plata.**

- 18 Construye su casa como la polilla,
como la enramada hecha por el guarda.**
- 19 Rico se acuesta, pero es por última vez:
cuando abra los ojos, nada tendrá.**
- 20 Se apoderan de él terrores como aguas,
y un torbellino lo arrebatada de noche.**
- 21 El viento del este lo levanta y se lo lleva,
y la tempestad lo arrastra de su lugar.**
- 22 Dios, pues, descarga contra él//sin compasión,
aunque él intenta huir de sus manos.**
- 23 Sobre él baten muchos las manos
y por todos lados le silban.**

Como hemos dicho antes, la mayoría de los eruditos le atribuyen estos versículos a Zofar, y otros dicen que le corresponden a Bildad. Sin embargo, los primeros eruditos, incluyendo a: Franz Delitzsch, August Pieper, Ludwig Fuerbringer, y P.E. Kretzmann, sostienen que Job también fue el orador en estos versículos. Igual sucede hoy día con los eruditos que están comprometidos con la infalibilidad de las Escrituras; ellos creen que fue Job quien pronunció estas palabras. En este libro de la *Biblia Popular*, asumimos esta última posición. Además, creemos que Job no estaba siendo sarcástico al repetir las afirmaciones de sus amigos, sino que él, al igual que ellos, realmente estaba convencido de que el destino final de los malvados no será de éxito y prosperidad, sino que tendrán un final desastroso.

Los impíos y los despiadados, tendrán un amargo fin, y Dios se encargará de ello. En un lenguaje mucho más fuerte que el que usó Zofar en el capítulo 20, Job describe el desenlace final del malvado. Sus malas obras afectarán hasta a sus propios hijos y a sus viudas. Por supuesto, aquí Job está generalizando. No podemos concluir que invariablemente en cada caso los sobrevivientes del malvado tendrán el mismo fin. En muchos casos no será así, tal como Job lo había mencionado anteriormente. Pero a menos que se arrepientan, la pérdida será para toda la eternidad. En

comparación con esto, cualquier ganancia que tengan los malvados en esta vida es algo insignificante.

En el versículo 16, Job utiliza una expresión interesante: “Aunque amontone plata como polvo”. La palabra “polvo” tiene un doble significado; en el Antiguo Testamento era algo que expresaba gran abundancia. Cierta vez Dios le dijo a Abraham: “Y haré tu descendencia como polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada” (Génesis 13:16). En otras ocasiones la palabra “polvo” significa destrucción y descomposición, y se utiliza en relación con la muerte. Moisés, en su Salmo, le dice a Dios: “Vuelves a convertir en polvo al hombre” (Salmo 90:3). No importa la cantidad de bienes que acumule el impío, no le van a durar mucho.

Job continúa, afirmado que el justo se beneficiará de los afanes del impío. Los bienes que adquiere este último son comparables a la telaraña, y a un albergue temporal que hace un vigilante para resguardarse del sol. En los tiempos bíblicos, como se hace aun en nuestros días, se levantaban en el campo enramadas o albergues para que sirvieran de refugio durante el tiempo de las cosechas. Isaías compara la desobediencia del pueblo de Judá con una cabaña o albergue, que permanece desolado en medio del viñedo o de un melonar (Isaías 1:8).

“Rico se acuesta, pero por última vez; abrirá sus ojos, y nada tendrá.” En la parábola del rico insensato, Jesús habló de lo incierto de las riquezas y de la muerte súbita. Dios se dirigió a esa persona materialista, diciendo: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será? (Lucas 12:20). Estas son palabras que lo ponen a uno a pensar en la necedad del deseo acumular siempre más bienes materiales.

No importa qué tan honorable, próspera, o influyente, pueda llegar a ser una persona, si desafía o rechaza a Dios no podrá tener verdadera paz con él. Job dice que la muerte de ese tipo de hombre es como un diluvio o una tempestad, herido por torbellinos y arrebatado de su lugar por fuertes vientos. La muerte para el impío es sólo causa de terror.

Job, cuando describe el infortunio final del impío, va aún más allá que sus amigos en la agudeza de su lenguaje, termina esta parte de su discurso describiendo la muerte como un enemigo que está aplaudiendo de gozo y coreando con silbidos cuando al malvado le llega su fin. Las palabras de Job enfatizan todavía más severamente la destrucción que les espera a los malos. Pero Job sigue manteniendo firmemente que no es uno de ellos.

La verdadera sabiduría viene de Dios, que es el único quien puede hacer maravillas en la naturaleza

El capítulo 28 de Job es fascinante, describe en forma notable las antiguas habilidades de la minería. Con la mención que hace de los metales preciosos y de joyas raras, nos hace recordar las joyas que se mencionan en pasajes como apocalipsis 21:18-21. También describe las características de los animales y de las aves, y las compara con los seres humanos. Sobre todo, este capítulo le da gloria a Dios por su incomparable sabiduría y poder.

El capítulo 28 también presenta retos y dificultades; eso lo vemos, por ejemplo, cuando tratamos de comparar varias traducciones: hay algunas diferencias entre las palabras hebreas para las joyas. El mismo caso se da con la lista de las gemas que se describen en el libro de Apocalipsis. Hay algunas porciones de los versículos 1-11, que son un reto para el intérprete. Para una persona que no ha tenido experiencia de primera mano en la minería es particularmente difícil entender y apreciar todas las cosas que Job dice en esta sección.

Pero aun cuando el vocabulario y el contenido de este capítulo 28, son un desafío, el problema mayor está en su relación con el resto del libro de Job. Ciertos críticos consideran que este capítulo es una intromisión, algo que no concuerda con el resto del libro; niegan que sea parte del libro de Job. En su opinión, éste capítulo se acomoda mejor en el libro de Proverbios, posiblemente después de los capítulos 8 y 9, los que a su vez también tratan sobre la sabiduría. Adoptan esa posición a pesar de que este capítulo se

encuentra entre los capítulos 27 y 29, del texto hebreo del libro de Job, ¡tanto en la traducción moderna como en la antigua del libro!

Inclusive entre los eruditos que lo aceptan como parte del libro de Job, hay muchos que niegan que él haya sido el orador. Algunos son de la opinión de que uno de los tres amigos fue quien dijo estas palabras. Y como algunos de los pensamientos son parecidos a los discursos que pronunció Bildad (por ejemplo, el capítulo 20), afirman, por tanto, que Bildad fue quien pronunció el discurso en el capítulo 28. Otros dicen que fue Zofar, ya que anteriormente sólo había hablado dos veces.

Sin embargo, por lo general se piensa que ninguno de los participantes en el diálogo dijo estas palabras, sino que son comentarios del autor del libro. Esta interpretación tiene algún mérito. El tono general de este capítulo es calmado y reflexivo, carece del estilo polémico y apasionado, que hasta aquí ha caracterizado a Job y a sus tres amigos. Parece que el autor reflexiona sobre el tópico de la sabiduría. El tema de este capítulo es parecido al del capítulo 38, en el que Dios le recuerda a Job que, en poder y sabiduría, él es incomparablemente superior a Job. Entonces uno se podría preguntar: ¿Por qué querría Job decir estas palabras, ya que más tarde iba a ser necesario que se las recordaran? Por estas razones, y por otras, algunos de los comentaristas más recientes, tanto conservadores como liberales, le han atribuido este capítulo al autor del libro y no a Job. Consideran que este capítulo es como un interludio, entre la primera parte del libro (capítulos 1:27) y la parte final del mismo (capítulos 29-42).

Aunque esta teoría nos pueda parecer muy atractiva, hay una objeción importante: en el texto mismo no hay evidencia alguna que indique que Job haya dejado de hablar o que alguien más haya tomado su lugar para hacerlo. Solamente en el prólogo (1 y 2) y en el epílogo (42), ambos en prosa, el autor sirve como portavoz; en todos los otros casos cada orador comienza hablando hasta que le llegue su turno al siguiente. Si el autor fuera el orador del capítulo 28, habría algún indicio de que Job había dejado de hablar

o de que alguien más había comenzado. Pero eso no es lo que ocurre aquí, y no estamos de acuerdo en que las palabras introductorias se hayan perdido del texto.

Job bien pudo haberlas dicho bajo la dirección de Dios. El hecho de que más tarde Dios le recordara a Job algunas de las verdades que se dicen aquí no debe ser un factor determinante para descartar que Job sea el orador. En su intenso sufrimiento, con frecuencia vaciló; en ocasiones se contradijo, culpó a Dios y lo acusó de ser injusto. Cuando Job se quejaba de esa manera, necesitaba que se le recordara que los pensamientos y los caminos de Dios están muy lejos de la comprensión humana. En las palabras que siguen habremos de convencernos de que realmente es Job el orador. Sabemos que la sabiduría y los logros humanos son notables, pero que la sabiduría y logros de Dios son infinitamente mayores.

La investigación humana no ha descubierto la verdadera sabiduría

28»Ciertamente la plata//tiene sus criaderos,
y el oro, lugar donde se refina.

²El hierro se saca del polvo
y de la piedra se funde el cobre.

³Los hombres ponen término//a las tinieblas,
lo examinan todo perfectamente,
hasta las piedras que hay en oscuridad//y en sombra de
muerte.

⁴Abren minas lejos de lo habitado,
en lugares olvidados//donde nadie pone el pie.
Allí están suspendidos, balanceándose//lejos de los demás
hombres.

Bien podríamos preguntarnos: “¿De dónde obtuvo Job toda esta información?”. Aunque no podemos responder esta pregunta con exactitud, sin embargo se nos dijo en los primeros versículos

de este libro que Job fue el varón “más grande de entre todos los orientales” (1:3). Podemos decir que no sólo era un hombre próspero sino además bien informado. Como gran empresario que fue, debe haber tenido conocimientos de: minería, metales, y piedras preciosas.

Por lo que nos enseñan: la arqueología, la historia, y la literatura antigua, sabemos que la minería fue una ocupación en los tiempos antiguos. Los egipcios, mucho tiempo antes de que Job naciera, ya se ocupaban en la minería; desde los tiempos más antiguos trabajaron la península del Sinaí como un distrito minero. En Nubia, cuyo nombre en egipcio significa “país de oro”, había minas de ese metal. En Génesis 41:42 se dice que el faraón puso una cadena de oro en el cuello de José. Ya en el libro de Génesis, Moisés dice que la tierra de Havila es una “donde hay oro; y el oro de aquella tierra es bueno” (Génesis 2:11-12). Los antiguos escritores, incluyendo a Homero, el gran poeta griego, con frecuencia hacían referencia al oro y a la plata. Tenemos la impresión de que esos metales abundaban, y aun así seguían siendo metales preciosos.

En la antigüedad la gente también extraía y fundía el cobre y el hierro. A pesar de que los métodos y el equipo para extraerlos nos puedan parecer burdos en comparación con la tecnología moderna, sin embargo tenían: los conocimientos, la capacidad, y las herramientas, básicos para extraer los metales de la tierra. En la mayoría de los casos, los que trabajaban en las minas eran esclavos. Con base en su esfuerzo físico, fueron capaces de extraer de las entrañas de la tierra grandes cantidades de metales preciosos.

Los versículos 1 y 2, mencionan por orden cuatro metales: plata, oro, hierro, y cobre. Estos versículos también describen brevemente el proceso de: extracción, refinación, y fundición, que utilizaban.

Con un lenguaje sumamente descriptivo, Job narra detalladamente el trabajo de los mineros cuando se internan en las profundidades de la tierra. Lo mismo hacen los mineros hoy en

día, aunque con métodos más avanzados. En aquel entonces ¿cómo podían ver en las profundidades de la tierra? Debieron haber tenido algún tipo de lámpara o antorchas para guiarse en la oscuridad.

El versículo 4, describe el trabajo que hacían los mineros colgando y oscilando de una cuerda. Entre tanto, las personas que caminan por encima, ni idea tienen del trabajo y de los esfuerzos que hacen los mineros bajo tierra. En realidad debemos admirar la fuerza y la habilidad de estos hombres, especialmente en los tiempos antiguos. Un ser humano puede extraer grandes tesoros de las entrañas de la tierra - ¡qué gran logro!

Y sin embargo es completamente incapaz de desenterrar los verdaderos tesoros de la sabiduría de Dios. Sólo el Señor mismo tiene esa sabiduría, y sólo él se la puede dar a conocer a la humanidad, como lo vemos en los siguientes versículos.

**⁵ De la tierra proviene el pan,
pero en su interior//está como convertida en fuego,
⁶ y en ella hay lugar//donde las piedras son zafiro
y el polvo es de oro.**

**⁷ Es una senda que nunca la conoció ave
ni ojo de buitre la vio;**

**⁸ que nunca la pisaron animales fieros
ni león pasó por ella.**

**⁹ El hombre pone su mano en el pedernal
y trastorna de raíz los montes.**

**¹⁰ En los peñascos abre corrientes de aguas,
y sus ojos ven todo lopreciado.**

**¹¹ Detiene los ríos en su nacimiento
y saca a la luz lo escondido.**

Estos versículos establecen una serie de contrastes interesantes. Por un lado, la tierra es la fuente de nuestro alimento; de ella brotan: granos, vegetales, y frutos. Y, por otro lado, esa misma tierra produce piedras y metales preciosos. Job dice: “De

la tierra proviene el pan, pero en su interior está como convertida en fuego”. Esta es una afirmación algo compleja. Tal vez la mejor explicación es que el trabajo que hace el hombre al extraer el mineral de la tierra es como un fuego devastador.

Se menciona una piedra preciosa en el versículo 6. “Sappir,” en el hebreo original, es la misma palabra que se lee como zafiro. *La Reina Valera Actualizada* tiene una nota al margen que dice “lapislázuli,” sugiriendo que se trata de una piedra preciosa de un color azul opaco que se encontraba en el antiguo Medio Oriente. Algunos eruditos están de acuerdo con esta última traducción, ya que hay dudas de si se trataba o no de la piedra que conocemos actualmente como zafiro.

Otro contraste interesante se puede notar en los versículos 8-11. Las aves son conocidas por su agudo sentido de la vista mientras que las bestias son conocidas por su valor y su fuerza. Aun así ninguna idea tienen de lo que ocurre en las minas, ni tienen la inteligencia ni la habilidad para hacer lo que los seres humanos logran en las profundidades de la tierra. De una manera gráfica, Job describe a los mineros así: “En los peñascos abre corrientes de agua, y sus ojos ven todo lopreciado”. Esos túneles, de donde se sacaba el mineral, probablemente se hacían en forma horizontal.

En la *New International Version*, una nota al pié de la página, respecto al versículo 11, dice: “Él (minero) estanca la fuente de los ríos”. P. E. Kretzmann explica brevemente estas palabras, dice que “detienen (los mineros) las corrientes de agua que amenazan con inundar los pozos y los túneles de las minas” (*Comentario Popular*, Antiguo Testamento, Vol. II, página 38).

Las habilidades y los logros de la humanidad son realmente notables. Y aun así el descubrimiento de la verdadera sabiduría está más allá de las habilidades y de la inteligencia del hombre. Es de tanto valor que no se puede conseguir ni con el precio de las joyas más preciosas. Esto suscita un importante interrogante, que se repite en otro versículo (20).

La riqueza humana no puede comprar la sabiduría

- 12** »Mas, ¿dónde se halla la sabiduría?
¿Dónde se encuentra//el lugar de la inteligencia?
- 13** No conoce su valor el hombre,
ni se halla en la tierra//de los seres vivientes.
- 14** El abismo dice: “No está en mí”,
y dice el mar: “Tampoco está conmigo.”
- 15** No se dará a cambio de oro
ni su precio será a peso de plata.
- 16** No puede ser pagada con oro de Ofir,
con ónice precioso ni con zafiro.
- 17** No se le pueden comparar//el oro ni el diamante,
ni se la cambiará por alhajas de oro fino.
- 18** ¿Y qué decir del coral o de las perlas?
¡La sabiduría vale más//que las piedras preciosas!
- 19** No se iguala con ella//el topacio de Etiopía,
ni puede pagarse con oro fino.

“¿Dónde se hallará la sabiduría? ¿Dónde se encuentra el lugar de la inteligencia?” Este versículo se puede considerar como una conclusión de los anteriores o como una introducción a los versículos que siguen. De hecho, es transicional y sirve como tema para todo el capítulo. Es tan importante, que se repite casi al pie de la letra en el versículo 20. El último versículo (28) también habla de la sabiduría, y resume el mensaje del capítulo. Consideraremos con más detalle la naturaleza de esta sabiduría en la discusión de la última sección de este capítulo (versículos 20-28).

La sabiduría de la que Job habla tiene un valor que sobrepasa la comprensión humana. Lo que es más, no se puede encontrar en este mundo ni en las profundidades del mar. Job continúa diciendo que una persona no la puede adquirir con los metales ni con las joyas más preciosas: oro, plata, ónix, zafiro, diamante, jaspe, rubí, o topacio. Es interesante notar que la palabra “oro” se menciona

cinco veces en estos cinco versículos (15-19). Hay que destacar que Job utiliza cuatro palabras hebreas distintas para el “oro”.

Cada palabra describe este metal desde un punto de vista particular. El “oro de Ofir” se menciona varias veces en el Antiguo Testamento. Aunque no es posible identificar con precisión dónde se localizaba Ofir, sin embargo sabemos que fue famosa por su oro.

Existen algunas diferencias de opinión entre los traductores acerca de la identificación de algunas joyas que se mencionan en estos versículos. En el comentario del versículo 6 dijimos que la palabra que se traduce como “zafiro” sería mejor traducida como “lapislázuli”. En el versículo 17 la *Reina Valera Actualizada*, traduce la segunda joya como cristal”. Algunas traducciones usan la palabra “vidrio”. En el versículo, 18 la *New International Version* traduce la segunda palabra como “jaspe,” y otros tienen “cristal”. La misma traducción tiene “rubíes” para la última palabra; otros dicen “perlas”. La palabra “rubíes” es preferible por el uso que se le da en otras partes del Antiguo Testamento, por ejemplo en Lamentaciones 4:7: “Sus nobles eran más puros que la nieve, más blancos que la leche; más encendidos sus cuerpos que el coral, más hermoso su talle que el zafiro”. La palabra “encendidos” sugiere “rubí” como la traducción de la palabra hebrea para piedra de color rojo.

Job mencionó las piedras y los metales, más preciosos. Aun así ninguno de ellos, ni todos juntos, tienen el valor suficiente para comprar la verdadera sabiduría de la que está hablando. Uno se podría preguntar entonces: “Si la sabiduría no se encuentra en ninguno de esos lugares, (la habilidad de extraer y comprar joyas) ¿dónde, entonces, se puede hallar?”. Job repite esa pregunta en el primer versículo de la sección que sigue, y también da la respuesta única y verdadera.

Sólo Dios es la fuente de la verdadera sabiduría

20 »¿De dónde, pues, procede la sabiduría
y dónde se encuentra//el lugar de la inteligencia?

21 ¡Encubierta está a los ojos//de todo viviente,
y a toda ave del cielo le es oculta!

22 El Abadón y la muerte dicen:
“Su fama ha llegado//hasta nuestros oídos.”

23 »Dios es quien conoce el camino de ella
y sabe dónde está su lugar,

24 porque él observa//hasta los confines de la tierra
y ve cuanto hay bajo los cielos.

25 Al darle peso al viento
y fijar la medida de las aguas;

26 al darle ley a la lluvia
y camino al relámpago de los truenos,

27 ya entonces la vio él//y la puso de manifiesto,
la preparó y también la escudriñó.

28 Y dijo al hombre:
“El temor del Señor es la sabiduría,
y el apartarse del mal, la inteligencia.”»

Job pregunta otra vez: “¿De dónde, pues procede la sabiduría? ¿Y dónde se encuentra el lugar de la inteligencia?” En el hebreo (y en algunas traducciones como, por ejemplo, la *Reina Valera*) el versículo 20 literalmente es casi igual al versículo 12. La repetición le da el énfasis, tomando la condición de refrán. También se constituye en el tema principal y conduce a la tercera parte de este capítulo, que nos recuerda que solamente Dios es la fuente de la verdadera sabiduría. Sin él, los mortales no la pueden alcanzar.

El versículo 22 habla de la “destrucción” (Abadón) y de la “muerte”. Este versículo es difícil de interpretar. ¿Habla del infierno como un lugar de tormento? ¿O se refiere al estado de los

mueren que pasaron de esta vida a la siguiente, sin tener en cuenta si su alma se encuentra en el cielo o en el infierno? Franz Delitzsch destaca esto en sus comentarios: “Ninguna criatura, ya sea que se encuentre en el reino de los vivos o de los muertos, nos puede ayudar a obtener la sabiduría. No existe sino Uno que posee la perfecta sabiduría y el perfecto conocimiento. Su nombre es Eloím (Dios), quien puede ver hasta los más recónditos confines de la tierra y todo lo que existe bajo los cielos” (II, 1 1 1). Parece que este versículo se refiere a aquellos que han pasado de esta vida a la siguiente. Los términos “Abadón” (destrucción) y “muerte”, parecen describir la condición de descomposición del cuerpo que ocurre después de la muerte sin considerar el destino eterno de los que mueren.

En contraste con el hombre, Dios tiene la perfecta sabiduría, que ya poseía cuando creó el universo. En su comentario sobre el libro de Job, Norman C. Habel declara: “Así la sabiduría es más antigua que la creación (Proverbios 8:22 ss.), y revela a Dios en el proceso mismo de la creación” (Página 400).

En el libro de Proverbios, Salomón declara:

Jehová fundó la tierra con sabiduría,
afirmó los cielos con inteligencia.
Con su ciencia, // los mares fueron divididos
y destilan rocío los cielos.

(Proverbios 3:19,20)

Con gran detalle habla la sabiduría en Proverbios capítulo 8:

Jehová me poseía en el principio,
ya de antiguo, antes de sus obras.
Eternamente tuve la primacía, desde el principio,
antes de la tierra.
Fui engendrada antes que los abismos,
antes que existieran las fuentes de las muchas aguas.
Antes que los montes fueran formados,
antes que los collados, ya había sido yo engendrada,
cuando él aún no había hecho la tierra, ni los campos,
ni el principio del polvo del mundo.

Cuando formaba los cielos, allí estaba yo;
cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo,
cuando afirmaba los cielos arriba,
cuando afirmaba las fuentes del abismo,
cuando fijaba los límites al mar
para que las aguas no transgredieran su mandato,
cuando establecía//los fundamentos de la tierra,
con él estaba yo ordenándolo todo.
Yo era su delicia cada día
y me recreaba delante de él en todo tiempo.
Me regocijaba con la parte habitada//de su tierra,
pues mis delicias están con los hijos de los hombres.
(Proverbios 8:22-31)

Estas palabras del octavo capítulo de Proverbios sugieren fuertemente que la sabiduría no es un simple atributo sino una persona. Además, esa persona es sobrehumana porque dice que: existe desde el principio, estaba activa en la creación, y era una con Dios Padre. No es un mero mortal. Es alguien a quien Dios se dirige en el Salmo 2:7: “Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy (es decir, desde la eternidad)”. Por lo tanto, no puede ser nadie más que Dios el Hijo, que ha existido desde la eternidad con el Padre y con El Espíritu Santo, como verdadero Dios. Juntos forman la Santísima Trinidad.

Una detallada lectura de Génesis 1:1-3 sugiere la Trinidad: el Padre (versículo 1), el Espíritu Santo (versículo 2), y el Hijo (versículo 3). Las palabras “dijo Dios” (Génesis 1:3) sugieren el Verbo; de él leemos en Juan 1:1-3: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Éste estaba en el principio junto a Dios. Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. Todos los cristianos que creemos que la Biblia es la Palabra de Dios identificamos este pasaje con Jesucristo, el Hijo de Dios.

A Jesús también se la da el título de “sabiduría” en el Nuevo Testamento. En uno de los pasajes de sus epístolas, Pablo se refiere a Jesucristo como: “En quien están escondidos todos los tesoros

de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:3). Pablo también lo llama directamente “sabiduría”. En otro de los pasajes dice: “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado... Cristo es poder y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:23-24). Más tarde, en este mismo capítulo, también dice: “Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría” (1 Corintios 1:30). Hay, pues, evidencias también en el Nuevo Testamento que identifican a esta sabiduría con Jesucristo.

Tenemos razón para creer que Job también tenía en mente al hijo de Dios, cuando lo describió creando y consolidando este universo mediante su sabiduría. En capítulos anteriores (9:33; 16:19-21; 19:25-27), vimos indicios de la fe de Job en el Salvador venidero cuando lo definió como Redentor e Intercesor. Bien pudo haber tenido en mente a su Salvador cuando pronunció estas palabras del versículo 28. Fue el Dios Trino el que creó este mundo, un evento que narra Job en los versículos 25-27 del capítulo 28. En el capítulo 38 Dios, le recuerda a Job con lujo de detalles que fue él quien creó este vasto universo.

El último versículo sirve como piedra angular a este capítulo. Dios le dice al hombre: “He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal la inteligencia”. La expresión “he aquí” llama atención a la importancia de lo que sigue, así que podríamos traducir: “El temor al Señor - ésta es la sabiduría, y el apartarse del mal la inteligencia”.

Se puede notar que las letras de la palabra “Señor”, no están escritas todas en mayúsculas, sólo la primera letra está en mayúscula. En el hebreo original es “Adonái,” el título que describe al Señor; y no “Jehová” o “Yahveh,” que se expresa en algunas versiones con mayúsculas (SEÑOR). El título “señor” enfatiza su soberana majestad. Para nosotros los humanos es Amo y Señor. Sentimos hacia él, temor reverente y respeto. Nos sujetamos a su voluntad debiendo, por su gracia, evitar la maldad y tratar de conformar nuestras vidas a su voluntad. Mediante el diario arrepentimiento y la fe recibimos el perdón de nuestros

pecados. Mediante el uso de la Palabra y los Sacramentos nos mantenemos en estrecha relación con nuestro Dios.

¡Qué buen ejemplo tenemos en Job para imitarlo, como se describió en el primer versículo de este libro: “Y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (1:1). ¡Dios nos concede que, mediante su palabra, recibamos la verdadera sabiduría que lleva a la vida eterna!

Job recuerda que fue un hombre rico y honorable

29 Volvió Job a reanudar su discurso y dijo:
² «¡Quién me volviera//como en los meses pasados,
como en los días en que Dios//me guardaba,
³ cuando sobre mi cabeza//hacía resplandecer su lámpara
y a su luz caminaba yo en la oscuridad!
⁴ ¡Así fue en los días de mi juventud,
cuando el favor de Dios//protegía mi morada;
⁵ cuando aún estaba conmigo//el Omnipotente
y mis hijos me rodeaban;
⁶ cuando yo lavaba mis pies con leche
y la piedra me derramaba ríos de aceite!

En los capítulos 29-31, Job continúa siendo el orador. Parece que se está dirigiendo directamente a sus tres amigos. Habían levantado muchas acusaciones muy graves e injustas contra él, así que Job se sintió obligado a defenderse. En este discurso final, Job contrasta su anterior prosperidad con la presente adversidad, y de nuevo defiende su inocencia contra los varios crímenes y pecados de los que se le acusa.

Nuevamente, como en 27:1, la narración del discurso de Job comienza diciendo: “Volvio Job a reanudar su discurso”. Durante las tres series de discursos, cada vez que le llegaba el turno de responder a Job, leímos: “Respondió Job, y dijo”. En estos dos grandes discursos finales (27-28 y 29-31) suponemos que Job hizo

una pausa para darles la oportunidad de responder a sus amigos si así lo deseaban. Pero, por lo visto, nada tenían que decir, así que Job continuó.

Las primeras palabras expresan nostalgia por la vida de prosperidad que Job había gozado: “¡Que agudo contraste entre el Job del pasado y el del presente! Antes era un hombre saludable, próspero, y el más respetado de su comunidad; ahora: había perdido casi todo, había sido abandonado por la mayoría de sus amistades, y tenía que escuchar las crueles palabras de sus así llamados amigos. Su antigua prosperidad era sólo un recuerdo; en los días prósperos había gozado de una estrecha relación: con Dios, con su familia, y con su comunidad, pero ahora esa relación había terminado.

Job mencionó primero a Dios, a quien reconocía como el Dador de todo lo bueno que él había gozado en sus pasados días. En el pasado, Dios había velado sobre Job. Había sentido el interés paternal y el amoroso cuidado de Dios. Había sido Dios quien lo había bendecido abundantemente en lo espiritual y en lo material. Las expresiones “lámpara” y “luz”, son símbolos de la guía y bendición de Dios. En el pasado, Dios lo había dirigido y lo había bendecido.

Deseaba poder experimentar todavía aquellas bendiciones. Repitió con dolor y nostalgia su anhelo: “¡Quién me volviera, como en los meses pasados!” ¿Se refiere Job a su juventud o a sus años de madurez? Los versículos que siguen apoyan esta última idea. El versículo 5 indica que Job ya tenía hijos, que para ese tiempo ya estaban crecidos. Se refiere al tiempo de sus mayor influencia, tal vez poco antes de que el desastre llegara a su puerta. En aquellos días Job gozaba de una estrecha relación con Dios, y ahora, con dolor, la extrañaba intensamente. Job describe su antigua prosperidad con un lenguaje vívido: “¡Cuando yo lavaba mis pies en leche, y la piedra me derramaba ríos de aceite!” La casa de Job gozaba de abundancia.

Tanto los productos lácteos como el aceite de oliva, eran comodidades saludables y útiles. Job tenía tanta leche y crema que

hasta podía usarlas para bañarse los pies si así lo deseaba. En los tiempos antiguos la gente usaba aceite de oliva tanto para cocinar como para ungir su cuerpo, y para llenar las lámparas. El aceite de oliva es hoy en día considerado también como el aceite más saludable para cocinar, y puede servir para muchos otros propósitos. La expresión “¡la piedra me derrama ríos de aceite!” se puede referir a las colinas rocosas donde estaban los árboles de olivo de los que se extraía el aceite.

En el tiempo en que Job había vivido en tan próspera condición, había gozado de la buena relación que tenía con Dios y con su familia. También había sido un líder activo en su comunidad.

**⁷ Entonces yo salía a la puerta, a juicio,
y en la plaza hacía preparar mi asiento.**

**⁸ Al verme, los jóvenes se escondían,
los ancianos se levantaban//y permanecían en pie,**

**⁹ los príncipes dejaban de hablar
y se tapaban la boca con la mano,**

**¹⁰ y la voz de los principales se apagaba
y se les pegaba la lengua al paladar.**

**¹¹ Entonces los que me oían//me llamaban bienaventurado,
y los que me veían//testimoniaban a favor mío,**

**¹² porque yo libraba al pobre que clamaba
y al huérfano que carecía de ayudador.**

**¹³ La bendición venía sobre mí//del que estaba a punto de
perderse,**

y al corazón de la viuda//yo procuraba alegría.

**¹⁴ Iba yo vestido de justicia,//cubierto con ella;
como manto y diadema era mi rectitud.**

**¹⁵ Yo era ojos para el ciego,
pies para el cojo**

¹⁶ y padre para los necesitados.

De la causa que no entendía,//me informaba con diligencia;

**17 y quebrantaba los colmillos del inicuo;
de sus dientes le hacía soltar la presa.**

En los días de antaño Job por lo general iba de su gran hacienda hacia la ciudad. La “puerta” de la ciudad era el lugar donde la gente se reunía: para conversar, para hacer negocios, o para hacer juicios. En el cuarto capítulo del libro de Rut leemos que Booz, antes de que se casara con Rut, había hecho sus negocios en la puerta de la ciudad de Belén. En Proverbios 31 el escritor exalta a la mujer de carácter bueno y noble; en un versículo leemos: “Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la ciudad.” (Proverbios 31:23).

Esas palabras también nos recuerdan a Job, cuando habla en este capítulo. Nos hablan de los “antiguos buenos tiempos” cuando iba a la puerta de la ciudad y tomaba su lugar en la plaza pública. Todo el mundo lo respetaba, los jóvenes le demostraban su respeto al detenerse en a su paso en el camino; hasta los hombres más viejos que él se ponían de pie. Eso nos recuerda que en nuestros tiempos cuando el presidente de un país entra en el recinto para dirigir un mensaje a los miembros del congreso, éstos muestran su respeto poniéndose de pie y aplaudiendo. Así jóvenes y viejos, líderes y nobles, mostraban su respeto y le daban honra a Job. Permanecían en silencio ante él esperando a que hablara primero. En los versículos finales del capítulo, Job recuerda nuevamente el alto respeto que le tenían tanto los jóvenes como los ancianos.

No sólo con la sabiduría de sus palabras sino también con sus actos Job demostró que era un hombre íntegro. Tenía compasión por los que estaban en necesidad, dice: “Porque yo libraba al pobre que clamaba, y al huérfano que carecía de ayudador. La bendición venía sobre mí del que estaba a punto de perderse, y al corazón de la viuda yo procuraba alegría”. Job no sólo los ayudaba a salir de problemas, sino que también les devolvía su sentido de dignidad.

Con estas palabras se defiende contra las acusaciones que le hizo Elifaz, en su último discurso. Por las aflicciones y

sufrimientos de Job, Elifaz había concluido que su amigo padecía tanto por su propia culpa, por su carencia de amor hacia sus semejantes: “Sin razón tomabas prendas de tus hermanos, y despojabas de sus ropas a los desnudos. No dabas de beber agua al cansado, y negaste el pan al hambriento. Tú, el hombre pudiente que poseías la tierra, el distinguido que habitaba en ella, a las viudas enviabas vacías, y quebrabas los brazos de los huérfanos” (22:6-9). ¡Qué palabras tan injustas! Y Job intentaba defenderse diciendo la forma en que había ayudado al desamparado.

Dios había dicho en dos ocasiones que Job era un “varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (1:8; 2:3). Ahora, en su autodefensa, Job dice acerca de él mismo: “Iba yo vestido de justicia, cubierto con ella”. En un lenguaje semejante, la Biblia dice que las virtudes son como la ropa que adorna al que la lleva puesta. Usando un lenguaje similar Pedro nos exhorta: “Sumisos unos a otros, revestíos de humildad” (1 Pedro 5:5). En su vida diaria, la justificación y la justicia de Job eran tan patentes como la ropa que vestía. ¿Por qué no imitar este buen ejemplo?

Al decir: “yo era ojos para el ciego, pies para el cojo”, Job muestra que se apartaba del camino para ayudar a los incapacitados. Se preocupaba por los que estaban en necesidad. Si Job viviera hoy, no hay duda de que sería uno de los primeros en querer ayudar a los incapacitados.

Se describe a él mismo como padre de los menesterosos (versículo 16). Así como un buen padre muestra interés por el bienestar de sus hijos, Job tenía en mente el bienestar de los necesitados. Era de su incumbencia encontrar a los necesitados y desamparados. Era protector de los necesitados, especialmente de los extranjeros que eran vulnerables a los prejuicios y a la persecución. Cuando Job se enteraba de se habían cometido esas injusticias, se aseguraba de que el “forastero” recibiera un trato justo.

También en aquellos días había malvados que se aprovechaban de otros y los hacían víctimas de sus maquinaciones y algunas

veces acudían a la violencia. Job mantenía una posición firme en contra de esas personas. Usando un lenguaje fuerte dice, dice: “Quebrantaba los colmillos del inicuo, de sus dientes hacía soltar la presa”. Tenía, un buen sentido de la justicia y la fuerza de carácter para llevarla a cabo. Era líder entre los hombres. Esperaba seguir prestándoles ese servicio a sus contemporáneos y gozar de la vida siendo útil, tal como lo vemos en los versículos que siguen.

**¹⁸ Decía yo: “En mi nido moriré.
Como arena multiplicaré mis días.”**

**¹⁹ Mi raíz estaba abierta junto a las aguas,
en mis ramas permanecía el rocío,**

**²⁰ mi honra se renovaba en mí
y mi arco se fortalecía en mi mano.**

Como Job era un hombre justo y piadoso, no es extraño que tuviera la esperanza una vida larga y fructífera, sin desgracias ni tragedias que interrumpieran su ritmo. Ese fue el deseo que expresó en los primeros versículos de esta sección: “Decía yo: en mi nido moriré. Como arena multiplicaré mis días”. La palabra “nido” es un sinónimo de “casa”, sugiere el tranquilo aislamiento de un pájaro con sus hijos cuando permanecen en el refugio de algún árbol.

Si comparamos las diferentes versiones en español notaremos que algunas traducen de manera diferente las últimas palabras del versículo 18. Una traducción en inglés, en vez de “arena” tiene la palabra “fénix”. La palabra fénix, que designa un ave que se menciona en la literatura antigua, y la palabra arena tienen las mismas consonantes hebreas, la diferencia la hacen las vocales. De acuerdo con la leyenda, el ave vivía muchos cientos de años, y aunque se quemaba en su nido, de sus cenizas nacía una nueva ave. Esta es una interpretación cuestionable y fantástica; preferimos la traducción: “Y como arena multiplicaré mis días”. Esta expresión es común en la Biblia para indicar una gran cantidad.

Job utiliza otra interesante figura del lenguaje cuando expresa la esperanza de que sus bendiciones continúen: “mi raíz estaba abierta junto a las aguas, en mis ramas permanecía el rocío”. Tal vez no sea posible apreciar el significado de estas palabras en los lugares donde hay abundancia de agua, pero en la región donde vivía Job el clima era seco y semidesértico; con excepción de los oasis, los arbustos verdes y frescos no eran comunes, y las personas dependían del rocío para que las plantas tuvieran suficiente humedad. Job expresó la esperanza de que su vida fuera como un verde arbusto y un fructífero árbol. Anteriormente Bildad había expresado lo opuesto cuando describió al impío, presumiblemente hablando de Job, con estas palabras: “Por abajo se secan sus raíces, y por arriba son cortadas las ramas” (18:16).

Con el mismo tono optimista, continúa Job diciendo: “Mi honra se renovaba en mí, y mi arco se fortalecía en mi mano”. Confiaba en que las personas siguieran demostrando respeto por: su sabiduría, su juicio, y su liderazgo. En la Biblia, la expresión “arco” se usa para demostrar fuerza y habilidad. El patriarca Jacob, en su lecho de muerte, profetizó acerca de su hijo José: “Mas su arco se mantuvo poderoso” (Génesis 49:24).

**²¹ »Los que me escuchaban,
esperaban callados mi consejo;**

**²² tras mi palabra no replicaban,
pues mi razón destilaba sobre ellos.**

**²³ Me esperaban como a la lluvia;
abrían su boca como a la lluvia tardía.**

**²⁴ Si me reía con ellos, no se lo creían;
pero no dejaban que se apagara//la luz de mi rostro.**

²⁵ Yo les indicaba su camino//y me sentaba entre ellos como el jefe.

**Vivía como un rey//en medio de su ejército,
o como el que consuela a los que lloran.**

Algunos comentaristas son de la opinión de que esos cinco versículos no pertenecen a esta sección. Creen que deberían estar entre los versículos 10 y 11, y así los imprimen de acuerdo con la traducción de su texto. Aunque podemos admitir que podrían encajar bien en ese orden, sin embargo no hay ninguna evidencia de ello en los manuscritos del hebreo ni en la primera traducción griega conocida como la Septuaginta. Además, si cambiáramos de lugar estos cinco versículos perderíamos la fuerza del discurso de Job. En este capítulo Job termina la descripción de los “buenos tiempos del pasado”, recordando el gran respeto que le tenían sus contemporáneos, esperaban sus palabras con atención, y entendían que nada había que agregar después que Job terminaba de hablar.

El versículo 24 es difícil. Hay una gran variedad de traducciones. El significado más probable es que las personas se sentían grandemente honradas y consoladas cuando Job les sonreía. En términos modernos, diríamos que su sonrisa era “lo mejor del día”; apreciaban su disposición de ánimo, que era alegre y bondadosa.

El versículo 25 resume todo el discurso de Job. Él era un verdadero líder, con las cualidades de: jefe, rey, y consejero. Era un personaje excepcional.

Cuando leemos este capítulo podemos pensar que Job se estaba jactando de él mismo. Pero antes de llegar a cualquier conclusión recordemos que los tres amigos lo habían acusado severa e injustamente. En respuesta, Job se sintió obligado a defenderse. Considerando la injusticia de los ataques que le habían hecho, es bueno destacar aquí que Job evitó devolverles los ataques; su lenguaje sonaba tranquilo y controlado cuando narró cómo era su situación en los tiempos de prosperidad. Aunque mencionó algunos detalles de su reputación y de sus logros, le dio la gloria a Dios, que lo había bendecido tan ricamente. No estaba pecando de jactancioso; podía demostrar con hechos los que expresaba en palabras.

En este capítulo Job habla del pasado, de cuando gozaba de prosperidad y prestigio. En el siguiente capítulo hablará del presente, del cambio que experimentó su vida, ahora que estaba sentado frente a sus insensibles amigos y lamentaba su miserable condición.

Job padece miseria y desgracia

30 »Pero ahora se ríen de mí//los más jóvenes que yo,
a cuyos padres yo desdeñaba poner//junto a los perros
de mi ganado,

² pues ¿de qué me hubiera servido//ni aun la fuerza de sus
manos,

si no tienen fuerza alguna?

³ A causa de la pobreza y del hambre//andaban solitarios,
huían a la soledad, a lugares tenebrosos,//desolados y
desiertos.

⁴ Recogían malvas entre los arbustos
y raíces de enebro para calentarse.

⁵ Los echaban de en medio de la gente
y todos les gritaban como a ladrones.

⁶ Vivían en las barrancas de los arroyos,
en las cavernas de la tierra//y entre las rocas.

⁷ Bramaban entre las matas
y se reunían debajo de los espinos.

⁸ Hijos de gente vil, hombres sin nombre,
más bajos que la misma tierra.

Las palabras de Job en este capítulo hacen un agudo contraste con sus palabras del capítulo anterior. Antes de que las desgracias golpearan su vida, él era un hombre: saludable, próspero, influyente, y altamente respetado. Ahora estaba: enfermo, pobre, solo, y despreciado. El que había sido dueño de tantas y tan ricas propiedades, ahora estaba excluido de la sociedad, sentado en

medio de las cenizas en las afueras de la ciudad. Antes, los hombres más nobles, tanto viejos como jóvenes, le habían mostrado el más alto respeto y honor; ahora, hasta la escoria de la sociedad se burlaba de él y lo insultaba.

Antes, en su espíritu de sincera resignación, Job había descrito el cambio de su suerte con estas bellas palabras: “Jehová dio, y Jehová quitó; sea bendito sea el nombre de Jehová” (1:21). Ahora, en su último discurso, Job expresa la misma verdad con más detalle. En el capítulo 29, mencionó algunas de las muchas bendiciones que Dios había derramado sobre él: prosperidad, honor, influencia, y liderazgo. En este capítulo describe la severa condición en la que después se encontró. Antes, las personas más respetables lo honraban; ahora las personas más bajas lo despreciaban. Job era el más desgraciado entre los desgraciados.

Estos primeros versículos del capítulo presentan una situación irónica. Job, “el hombre más importante de todos los orientales” (1:3), ahora es objeto de burla y risa por jóvenes hijos de gente vil, que eran lo más despreciable de la sociedad de su época. En aquellos tiempos la costumbre era que los jóvenes respetaran a los más viejos, como Dios les había ordenado a los israelitas por medio de Moisés: “Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano. De tu Dios tendrás temor. Yo Jehová” (Levítico 19:32). Dios agregó estas últimas palabras para imprimir en el pueblo la gran importancia que tiene este mandamiento.

Antes que las desgracias golpearan su vida, las personas habían mostrado por Job profundo respeto; pero ahora, cuando realmente los necesitaba, ¿dónde estaban todas esas personas? Ciertamente no estaban a su lado acompañándolo, ni compadeciéndolo; la mayoría de ellas lo ignoraban o lo ridiculizaban. También nos podemos preguntar ¿dónde estaba la esposa de Job? ¿También ella le había dado la espalda? Entre sus desgracias, Job la menciona cuando se lamenta: “Mi aliento ha venido a ser extraño a mi mujer” (19:17); de estas palabras podemos deducir que ella no soportaba la presencia de Job. En

cuanto a sus tres amigos, ¿de qué ayuda eran? Bien podrían haberlo, ignorado. Sus maneras soberbias y sus irritantes palabras solo lo irritaban y le agregaban más aflicción.

La humillación debió haber sido mayor cuando Job padeció las burlas y los insultos de los jóvenes. Agregaban el insulto a la aflicción; sus actos provocan una respuesta más amarga de parte de Job. Antes (24:5-12), Job había descrito con compasión la deplorable condición de los pobres desamparados que eran víctimas de crueles opresores; ahora, habla de una forma diferente. Estas personas eran de una clase diferente, eran vagabundos y rebeldes, una verdadera escoria de la sociedad.

En un lenguaje agudo y sarcástico Job dice que esos jóvenes son pendencieros como “jóvenes...a cuyos padres yo desdeñara poner con los perros de mi ganado”. En términos comunes, estas palabras se hubieran entendido como que Job no puso a estos padres a cargo de sus perros ovejeros, pero podemos entender que aquí tienen un significado más fuerte: que Job no quería que esos padres hicieran el trabajo de los perros en cuanto al cuidado de sus ovejas. Mucho menos, pues, les podría dar a estos bribones tal responsabilidad.

Job habla de esos rufianes y de sus padres con un lenguaje rudo; describe la frágil y enfermiza condición física en la que se encontraban y sus actividades como vagos. Habla de sus pobres y antihigiénicos alimentos, de los cuales sólo los más desposeídos era posible que vivieran, su conducta antisocial y su hogar: al aire libre entre las piedras, en los arbustos, y en los arroyos. Los llama: “hijos de gente vil, hombres sin nombre”, producto de personas con un carácter ruín y una muy mala reputación, gente que era como “más bajos que la misma tierra” para las personas respetables.

Por lo que revelan estos capítulos, nos enteramos que ya desde la antigüedad, desde los tiempos de Job, había personas desposeídas. Algunos eran víctimas inocentes de hombres crueles y desalmados que se aprovechaban de su situación, como lo vemos

por los pasajes que acabamos de leer (24:5-12). Otros, por lo visto, lo hacían como un estilo de vida, como una opción para elegir, tal como lo sabemos por éste capítulo.

Eso sigue siendo así en la actualidad. Hay muchas víctimas de las circunstancias de las que nos debemos compadecer. Ciertamente despierta lástima en nosotros ver a un padre de familia que pierde su trabajo y afronta muchas dificultades para proveer de lo necesario a los de su casa. Sentimos compasión por una esposa abandonada con sus niños por un esposo irresponsable. Debemos hacer todo cuanto podamos por ayudar a esas personas. Pero hay otros que no quieren trabajar aun cuando tienen la oportunidad; hay hombres y mujeres adictos a la droga y al alcohol y que son capaces hasta de asesinar con tal de satisfacer su adicción. Hay vagos y gentes de mal vivir que piden limosna en vez de trabajar honestamente.

Las palabras de Job suenan familiares aun hoy en día. La naturaleza humana no ha cambiado nada.

**⁹»¡Y ahora yo soy objeto de su burla
y les sirvo de refrán!**

**¹⁰Me abominan, se alejan de mí
y no dejan de escupirme en el rostro.**

**¹¹Porque Dios ha desatado la cuerda//y me ha afligido,
por eso se han desenfrenado//en mi propio rostro.**

**¹²A mi derecha se levanta el populacho,
empujan mis pies
y preparan caminos para mi ruina.**

**¹³Desbaratan mi senda,
se aprovechan de mi quebrantamiento,
y no tengo quien me auxilie contra ellos.**

**¹⁴Vienen como por un ancho portillo,
revolviéndose sobre mi calamidad.**

**¹⁵Terrores se han vuelto contra mí;
como viento es arrasado mi honor,
y mi prosperidad ha pasado//como una nube.**

En los versículos anteriores Job describió las características y los hábitos de los vagabundos; ahora, estos versículos describen las palabras y los actos despreciables de esas gentes contra Job. Cuando se sentaba en las afueras de la ciudad, se burlaban de él y lo ridiculizaban. Cuando veían su repulsivo y demacrado cuerpo, se quedaban a cierta distancia y expresaban su disgusto escupiéndole en la cara. No solamente ridiculizaban al hombre desgraciado, sino que también lo atacaban. Dice que el populacho le hizo eso a su derecha, una expresión que en el Antiguo Testamento representa una posición de poder y honor.

La última línea del versículo 13 es difícil. Ha sido entendida y traducida de varias formas. Pero preferimos la traducción que dice “Y contra ellos no hubo ayudador”. Preferimos esta traducción ya que Job se sentía desamparado frente a sus agresivos enemigos; necesitaba ayuda. Los terrores le asaltaban y había perdido la dignidad y la seguridad; ya no era el rey que sentaba en medio del pueblo (29:25), sino que estaba sufriendo profunda decepción y grande humillación.

Job se retrata a él mismo como una persona atacada por enemigos salvajes y fuertes que abusan de él. Tener enemigos humanos es suficiente desgracia, pero lo peor es que Job sentía que Dios lo estaba atacando; lo acusó de haber quebrantado su arco. Algunos traducen el versículo 11: “Ahora Dios ha desatado mi cuerda y me ha afligido”. Interpretan la palabra “cuerda” como la cuerda de su tienda o la cuerda de su taparrabo. Un arco también es símbolo de fuerza. En cualquier caso del que se hable, sea cuerda o sea arco, el significado es el mismo, Job se está quejando de que Dios le ha quitado la fuerza. Otra vez debemos recordar que Job no sabía que Satanás, con el permiso de Dios, era quien lo había afligido para probar su fidelidad a Él. En los versículos siguientes, especialmente 18-23. Job continúa su queja contra Dios.

16 »Ahora mi alma está derramada en mí,
pues se apoderan de mí días de aflicción.

17 La noche taladra mis huesos
y los dolores que me roen no reposan.

18 La violencia deforma mi vestidura:
me oprime como el cuello de mi túnica.

19 Dios me ha derribado en el lodo
y ahora soy semejante//al polvo y a la ceniza.

20 ¡Clamo a ti, pero no me escuchas!
¡Me presento, pero no me atiendes!

21 Te has vuelto cruel conmigo;
con el poder de tu mano me persigues.

22 Me has alzado sobre el viento, //me haces cabalgar en él
y destruyes mi sustancia.

23 Yo sé que me conduces a la muerte,
y a la casa a donde va todo ser viviente.

En esta parte de su lamento, Job se queja contra Dios, que, según Job, no había escuchado sus plegarias en las que le pedía liberación y justicia. Siente que su vida se escurre de entre sus manos. Su profunda condición emocional había secado todo anhelo de vivir, deseaba la muerte. Por la noche no podía dormir, sino que sentía dolorosos retorcijones de hambre. Sus sufrimientos eran: físicos, mentales, emocionales, y espirituales.

Aunque la palabra “Dios” no se encuentra en el texto hebreo del versículo 18, sin embargo es obvio que Dios está implicado. Como resultado de sus severas aflicciones físicas, Job había llegado a ser excesivamente deforme. No había duda que había perdido mucho peso, y se había convertido en un “saco de huesos”. Había sufrido de ampollas y parte de su cuerpo estaba hinchado. No nos sorprende que los tres amigos tuvieran dificultad en reconocerlo cuando llegaron a visitarlo (2:12). La ropa de Job ya no se acomodaba a su cuerpo.

Continuando con su queja, Job acusó a Dios de echarlo al lodo y reducirlo a polvo y cenizas. La expresión “al polvo y a la ceniza”,

también se menciona en el último capítulo de Job donde humildemente se dirige a Dios con estas palabras: “Por eso me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza” (42:6). Abraham usó la misma expresión cuando intercedió por Sodoma y Gomorra una y otra vez, diciendo: “aunque soy polvo y ceniza” (Génesis 18:27). La palabra “polvo” nos recuerda que el hombre es mortal y regresará al polvo de donde fue tomado. La palabra “ceniza” implica que el hombre es pecador y está en necesidad de hacer sacrificios por sus pecados. Esos sacrificios ya los ha hecho Jesucristo por nosotros.

En los versículos 18 y 19, Job habla acerca de Dios. En los versículos 20-23, se dirige a él directamente. Atrevidamente se queja de que Dios no ha respondido a su clamor pidiendo ayuda y justicia, sino que sólo se limita a observarlo. Con un lenguaje aún más fuerte continúa: “Te has vuelto cruel conmigo”. Lo acusa de: atacarlo, perseguirlo, azotarlo con fuertes vientos, y disolverlo en la tormenta. Esas son palabras bastante fuertes.

Sus palabras llegan al clímax cuando se dirige a Dios diciendo: “Yo sé que me conduces a la muerte, y a la casa a donde va todo viviente”. Las primeras palabras, “yo sé”, nos hacen recordar las palabras que Job mismo había pronunciado poco antes: “Yo sé que mi Redentor vive” (19:25). ¡Pero qué contraste hay entre estos dos versículos! En las primeras palabras confesó la fe en su futura resurrección. En estos versículos (30:23) expresa su creencia de que Dios pronto le traerá la muerte, el lugar señalado donde habrán de ir a parar todos los vivientes. Algunos intérpretes creen que la última línea de este versículo realmente sugiere la resurrección de los muertos. Es posible, pero la relación paralela con la primera línea (hablando de la muerte) parece hacer dudosa esta interpretación.

En los discursos anteriores, Job se había quejado de que Dios lo había atemorizado y había abusado de él (6:4, 13:25-27, 16:9-14, 19:6-12). Acusó a Dios de actuar en forma arbitraria, fastidiándole sin razón aparente. Cuando plantea la pregunta “¿por qué sufre el justo?”, siente que tiene la respuesta correcta: Dios es

arbitrario. Pero Job estaba equivocado al llegar a esa conclusión; pecó al acusar a Dios de ser injusto, ya que Dios es perfecto y justo.

En su folleto *La fe puesta a prueba*, Roland Cap Ehlke discute esta difícil cuestión. Citamos:

Algunas personas querrían usar la aparente injusticia del mundo como un argumento en contra de la bondad y del poder de Dios. Sostienen: o Dios no es bueno o no es poderoso. Porque, si Dios es bueno, querrá prevenir el sufrimiento injusto. Y Si Dios es todopoderoso, será capaz de prevenirlo. Por lo tanto, si Dios es bueno y es todopoderoso entonces ¿por qué Dios permite el sufrimiento? Este es el dilema lógico en el que Job estaba atrapado.

Después, bajo el título RAZONES EQUIVOCADAS, el Reverendo Ehlke continúa:

Aunque este razonamiento pueda parecer muy lógico y convincente, aun así está equivocado, por una razón, es presuntuoso. ¿Cómo es posible que el hombre se ponga a juzgar a Dios? Nuestra experiencia e inteligencia son muy limitadas, nuestra visión es muy corta. En cambio Dios sabe todas las cosas -el pasado, el presente, y el futuro están en sus manos. Ciertamente que él sabe mejor que nosotros, lo que es justo e injusto a la larga, en la eternidad.

En segundo lugar, la acusación de que Dios es injusto, pasa por alto la naturaleza misma de la fe cristiana. Nuestra fe no está basada en lo que podamos razonar por la experiencia. Más bien descansa en las promesas de Dios. Como Hebreos 11:1 lo explica: “Ahora bien, la fe es la firme seguridad de las realidades que se esperan, la prueba convincente de lo que no se ve” (página 39).

- 24** »Mas él, ¿no extenderá la mano//contra el sepulcro?
¿O no clamarán los sepultados//cuando él los quebrante?
- 25** Y yo, ¿no he llorado por el que sufre?
¿No me he entristecido//a causa del necesitado?
- 26** Sin embargo, cuando yo esperaba el bien,//entonces vino el mal;
cuando esperaba la luz, vino la oscuridad.
- 27** Mis entrañas se agitan sin reposo,
por los días de aflicción//que me han sobrecogido.
- 28** Ando ennegrecido, y no por el sol;
me he levantado en la congregación,//y he clamado.
- 29** He venido a ser hermano de chacales
y compañero de avestruces.
- 30** Mi piel, ennegrecida, se me cae,
mis huesos arden de calor.
- 31** Mi arpa se ha cambiado por luto,
y mi flauta por voz de lamentadores.

Con las palabras del primer versículo, Job da a entender que cuando clamaba pidiendo ayuda en su desgracia, no debía haber sufrido ningún daño. Y aun así, ¿acaso Dios no había permitido que él sufriera severas aflicciones? A pesar de sus sufrimientos, las súplicas pidiendo ayuda habían pasado inadvertidas. Job había llorado y se había compadecido de los que pasaban por dificultades, y se había acongojado juntamente con el pobre. ¿Era justo que ahora él mismo se viera privado de compasión y de ayuda, si antes había sido tan generoso en ofrecerlas cuando otros las necesitaban? En el capítulo anterior mencionó algunas de las buenas obras que había hecho por los menesterosos (29:12-17). ¿No podría esperar él que ahora le devolvieran algunos de esos favores? Pero no, nunca llegaron. Con tristeza enfatiza: “Cuando yo esperaba el bien, entonces vino el mal; cuando esperaba la luz, vino la oscuridad”. Eso no parecía correcto.

Los últimos cinco versículos de este capítulo, están llenos de impresionantes imágenes que describen los efectos físicos y

emocionales que habían producido sus sufrimientos. Se quejó diciendo: “mis entrañas se agitan sin reposo”. Expresa su triste soledad con estas palabras: “He venido a ser hermano de chacales, y compañero de avestruces”. Los chacales hacen un lastimoso sonido, mientras que los avestruces silban con lamento. Job realmente era un hombre triste y solitario.

Dos versículos describen la condición de Job en términos físicos extremos. Primero dice: “Ando ennegrecido, y no por el sol”; luego agrega: “Mi piel, ennegrecida, se me cae, mis huesos arden por el calor”. Esos versículos nos dan un indicio de la naturaleza de sus dolencias físicas, y han llevado a comentaristas a concluir que Job sufrió de elefantiasis o de alguna especie de lepra (vea el comentario que sigue a Job 2:7-10). El ennegrecimiento de la piel no era consecuencia de haber estado expuesto al sol por largo tiempo, sino de la severa enfermedad que padecía. La piel se le desprendía y su cuerpo ardía en fiebre, ¡Realmente estaba muy enfermo! ¿Quién lo podría criticar por quejarse? ¿Haríamos algo mejor usted o yo?

Job había socorrido al pobre cuando clamaba pidiendo ayuda (29:12); sin embargo, para él no había ni siquiera quien le escuchara cuando pedía ayuda. En su desgracia, ocasionalmente debió haberse aventurado a salir de su solitario lugar para buscar compasión pero no la encontró. Sus gritos pasaron inadvertidos.

En el último versículo de este capítulo Job se lamenta diciendo: “Se ha cambiado mi arpa por luto. Y mi flauta por voz de lamentadores”. El arpa y la flauta eran instrumentos que se usaban para cantar con gozo las alabanzas a Dios, tal como lo sabemos por muchos Salmos. Para Job esos instrumentos habían llegado a ser usados para cantos fúnebres y lamentaciones.

En tan profunda humillación y en tan intensos sufrimientos, vemos semejanza con los sufrimientos de Nuestro Señor. Jesús vino de la más alta exaltación a la más profunda degradación y humillación. Job afrontó las falsas acusaciones de: Elifaz, Bildad, y Zofar; Jesús se enfrentó a los ataques verbales de: los escribas, los fariseos, y los saduceos. Los amigos y los familiares de Job lo

ignoraron; Jesús experimentó la fría indiferencia de las personas que habían sido testigos de sus milagros, y de los discípulos que lo habían abandonado y habían huido. Job sufrió las burlas y las humillaciones que le hicieron los jóvenes, como se relata en los primeros versículos de este capítulo; Jesús fue falsamente acusado, se burlaron de él, y le colocaron una corona de espinas mientras estaba frente a: Caifás, Pilatos, Herodes, y los enfurecidos judíos. Job sintió la pesada mano de Dios en su vida de modo que lo mejor que le podía pasar era que le llegara la muerte; Jesús sintió la pesada mano de Dios sobre él cuando soportó los pecados de otros y caminaba dolorosamente rumbo a la cruz para morir por los pecados del mundo. Como profetizó Isaías: “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (Isaías 53:10). Y también: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

Realmente hay fuertes paralelos entre los sufrimientos de Job y los sufrimientos de Jesús, pero también hay muchas diferencias notables. Es verdad que Job no había cometido pecados específicos que ameritaran ese sufrimiento, sin embargo era un pecador como todos nosotros. Por otro lado, Jesús fue sin pecado, y si embargo llevó los pecados de todos y sufrió más intensamente que ninguno—sí, hasta más que Job. Jesús llevó los pecados de todos—incluyendo: los pecados de Job, y los tuyos, y los míos. Y aunque en un principio Job aceptó con resignación su sufrimiento, más tarde esos sufrimientos fueron tan intensos que llegó a quejarse amargamente, como cualquiera de nosotros, excepto Jesús, se quejaría si estuviera en semejantes condiciones. Pedro dice de nuestro Salvador: “Porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló ningún engaño en su boca. Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pedro 2:21-23).

Entonces, dejemos que Jesús sea nuestro ejemplo perfecto cuando suframos persecución y sufrimiento. Y cuando vengan esas cosas, recordemos que Jesús ya las sufrió por nosotros y expió nuestros pecados. Jesús ha quitado la pesada carga que llevábamos y nos ha dado su carga que es ligera, y su yugo que es fácil (Mateo 11:30). Job fue un gran hombre, pero era solamente humano y también era pecador. Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, y es sin pecado.

Con estas reflexiones terminamos el segundo de los tres capítulos del discurso final de Job. Siguiendo este lamento, Job una vez más manifiesta que es inocente de ciertos errores y pecados contra sus semejantes.

Job declara que es inocente de varios errores y crímenes

El último largo discurso de Job se divide claramente en tres partes, cada una distinta de las otras dos. El capítulo 29 contiene un vívido relato de los días de prosperidad que tuvo en el pasado. En contraste, el capítulo 30 narra sus sufrimientos y el golpe de una desgracia tras otra. Finalmente, en este capítulo (31) con toda ansiedad y apasionamiento niega que sea culpable de ciertos pecados y crímenes. Con un fuerte lenguaje declara que, de haber cometido ciertos crímenes, estaría obligado a sufrir las consecuencias. Muchas de sus declaraciones comienzan con la palabra “si” (la palabra “si” aparece no menos de 19 veces en estos cuarenta versículos). Al comenzar repetidamente estas declaraciones con la palabra “si,” Job estaba negando de manera muy enfática que fuera culpable de esos pecados. Como vamos a ver, cuando consideremos estos versículos, está negando no solamente que hubiera cometido los actos externos, sino que también niega que hubiera tenido: los motivos, las actitudes, y los deseos, equivocados.

Naturalmente surge la pregunta: ¿Estaba, pues, diciendo que no tenía pecado alguno? Con esas declaraciones parecería que eso es lo que afirma. En el versículo 33, sin embargo, admite su

pecado: “Si encubrí como hombre mis transgresiones, escondiendo en mi seno mi iniquidad”; aquí habla de sus pecados y de sus culpas. Y sin embargo estamos de acuerdo en que por su forma de hablar se acerca mucho al peligroso orgullo que caracteriza a la jactancia del que confía en las propias obras. Pero en cierta medida podemos defender las palabras de Job, cuando tratamos de entender sus profundos sufrimientos y las duras palabras de sus amigos. Esta son las últimas palabras que Job pronunció, excepto por dos breves respuestas que le da al Señor (40:4-5 y 42: 2-6); y aunque en este capítulo vemos en Job a un hombre desesperado, sus últimas palabras muestran que aprendió a postrarse ante Dios en profunda humildad.

Job niega que haya sido codicioso

31 »Hice pacto con mis ojos,
 ¿cómo, pues, había yo de mirar//a una virgen?
² Porque ¿qué galardón Dios//me daría desde arriba?
 ¿Qué heredad el Omnipotente//desde las alturas?
³ ¿Es que no hay desgracia para el malvado,
 infortunio para los que hacen iniquidad?
⁴ ¿Acaso él no ve mis caminos
 y cuenta todos mis pasos?

Job tenía un agudo entendimiento de la verdadera naturaleza del pecado. Aunque no era israelita, su religión estaba muy cerca de la verdadera religión del antiguo Testamento. Los pecados contra el Sexto Mandamiento son mucho más profundos que el grosero acto del adulterio o de la fornicación. En el Sermón del Monte, Jesús declara: “Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28).

En el primer versículo de este capítulo, Job dice: “Hice un pacto con mis ojos, ¿cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?” La última palabra también se traduce aquí correctamente como

“virgen”, y se refiere a una muchacha no casada. Por otro lado, en el versículo 9 Job habla de una mujer casada. En estos primeros versículos dice que ha luchado fuertemente para no permitir que su mente cayera en la tentación de la lascivia al ver a una doncella atractiva.

Estaba muy consciente de las consecuencias de la lascivia: Dios en las alturas lo castigará severamente. Dios veía todos los caminos y los pasos que da Job: realmente hasta podía leer en su corazón. Job no permitió que lo clasificaran como un malvado, y en consecuencia también se negó a sufrir el desastroso destino que sufren los malvados.

Job niega que haya sido engañoso

**⁵»¿Es que yo anduve con mentiras,
o corrieron mis pies al engaño?**

**⁶¡Que Dios me pese//en la balanza de la justicia
y reconocerá mi integridad!**

**⁷Si mis pasos se apartaron del camino,
si mi corazón se fue tras mis ojos,
si algo se pegó a mis manos,**

**⁸¡siembre yo y otro coma!
¡Sea arrancada mi siembra!**

En esta sección, Job comenzó una larga serie de juramentos introducidos con la palabra “si”. Esa fue una forma bastante enérgica de defender su inocencia. Ante los amigos que lo estaban escuchando en silencio, Job negó varias veces que hubiera sido culpable de falsedad y de engaño; describió su vida en términos de “caminar”, lenguaje típico tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Sus palabras expresaron la fuerte confianza de que Dios lo iba a encontrar inocente. Usando otra figura del lenguaje, Job declaró: “Que Dios me pese en la balanza de la justicia, y reconocerá mi integridad”. El Antiguo Testamento condena varias veces el uso de las balanzas engañosas (Amós 8:5, Proverbios

11:1, 20:10,23); Job sabía que la balanza de Dios es perfectamente honesta y pidió que Dios pesara su causa en esa balanza. Confiaba mucho en su inocencia.

En una serie de cuatro juramentos, Job pidió que la maldición cayera sobre él si era culpable de algún pecado o de algún crimen. En cada uno de los ejemplos que presentó, la palabra “si” se complementó en el siguiente versículo con la palabra “entonces”. Encontramos esa secuencia en los versículos: 7-8, 9-10, 21-22, y 38-39. Job defendió inocencia con tanta confianza, que estaba dispuesto a dar todo por lo que había trabajado.

Las palabras “pasos”, “corazón” y “manos” expresan todos los aspectos de su deseo, actitud y actividad. En el versículo 8 describió su trabajo y su actividad en términos familiares para la agricultura: Job ha sembrado, pero otros cosecharán. Para él sería una pérdida total de sus inversiones si acaso fuera culpable de tratos deshonestos.

Job niega que haya sido adúltero

**⁹»Si fue engañado mi corazón//por alguna mujer,
si estuve acechando//a la puerta de mi prójimo,**

**¹⁰ ¡muela para otro mi mujer
y sobre ella otros se encorven!**

**¹¹ Porque eso es maldad e iniquidad
que han de castigar los jueces.**

**¹² Porque eso es un fuego//que devoraría hasta el Abadón
y consumiría toda mi hacienda.**

Con su mente perturbada, Job no habló claro ni con un orden lógico. En los versículos 1-4, mencionó la lascivia por una doncella; luego, después de hablar de engaño (5-8), otra vez habló de lascivia por una mujer, esta vez por la mujer de otro hombre. Bajo ninguna circunstancia Job se podía ver cometiendo adulterio con la esposa de otro hombre. Aunque como todos los seres humanos, Job tenía un corazón pecador y pudo haber sido tentado,

sin embargo hizo todo el esfuerzo por controlarse y resistir la tentación. Esa mujer era esposa de otro hombre y solo a él le pertenecía como compañera sexual, tal como la esposa de Job sólo a él le pertenecía. Job estaba tan seguro de su inocencia en este aspecto que dijo: “(Si he adulterado) muela para otro mi mujer, y sobre ella otros se encorven”.

Había tomado los votos matrimoniales con toda seriedad, diciendo que el adulterio es “maldad e iniquidad que han de castigar los jueces”.

“Fuego que devoraría hasta el Abadón, y consumiría toda mi hacienda”. En la *Reina Valera 1995* se conserva la palabra hebrea “Abadón”, la misma palabra que usa San Juan en Apocalipsis 9:11 cuando habla del rey del infierno, Satanás, como ya hemos señalado en los comentarios sobre 26:6.

La Biblia se refiere al adulterio como a un pecado que quema como el fuego. Salomón nos advierte contra ese pecado cuando dice: “¿pondrá el hombre fuego en su seno sin que ardan sus vestidos? ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus se quemem sus pies? Así le sucede al que se llega a la mujer de su prójimo; pues no quedará impune ninguno que la toque” (Proverbios 6:27-29). Job no era adúltero.

Job niega que haya maltratado a sus sirvientes

¹³ »Si hubiera yo menospreciado el derecho//de mi siervo y de mi sierva

cuando ellos pleiteaban conmigo,

¹⁴ ¿qué haría cuando Dios se levantara?

Y cuando él me preguntara, //¿qué le respondería?

¹⁵ El que en el vientre me hizo a mí, //¿no lo hizo a él?

¿Y no fue uno y el mismo //quien nos formó en la matriz?

En el primer capítulo del libro, leemos que Job tenía muchísimos criados (1:3). Un hombre en esa posición fácilmente puede caer en la tentación de considerarlos como esclavos antes

que como seres humanos. Pero Job no, para él sus criados eran seres humanos iguales a él, que tenían sus derechos. Y aunque pudo haberse esforzado por tratarlos lo mejor que podía, en ocasiones pudieron haber surgido algunas quejas. Job no desatendió esas quejas, al contrario, les prestó la debida atención. ¿Y por qué? Porque había alguien con autoridad superior a la de Job. Dice: “¿Qué haría cuando Dios se levantara? Y cuando él preguntara, ¿qué le respondería?”. Los siervos eran responsables ante Job, pero Job era responsable ante Dios. Por lo tanto, sentía la pesada responsabilidad de ser justo y razonable para con sus siervos, tanto como le fuera posible, tanto con hombres como con mujeres.

Job dio otra razón por la que trataba a sus siervos de una forma humana y justa: “El que en el vientre me hizo a mí, ¿no lo hizo a él? ¿Y no fue uno y el mismo quien nos formó en la matriz?”, por supuesto, Job estaba hablando de Dios. El profeta Malaquías usa un lenguaje semejante: “¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios?” (Malaquías 2:10) El embrión no es el simple resultado de un acto sexual entre un hombre y una mujer, es una maravillosa obra de Dios. Con un lenguaje vívido, David se refiere a su concepción en el Salmo 139:13-16. Le sugerimos a usted que lea este pasaje. En el versículo 16 del mismo Salmo dice: “Mi embrión lo veían tus ojos”, se refiere al primer estado del ser humano albergado en la matriz de la madre.

Job dice que no ve ninguna diferencia esencial entre él mismo y sus siervos, aun el más bajo de ellos. Todos fueron una vez embrión en la matriz de su madre; los siervos son tan humanos como lo es él; por lo tanto, también tienen derechos y privilegios como todo ser humano.

Job niega que haya sido despiadado

**16 »Si he impedido a los pobres//quedar satisfechos,
si he hecho decaer los ojos de la viuda,**

17 si he comido yo solo mi bocado

y no comió de él el huérfano

¹⁸ (porque desde mi juventud crecí//conmigo como con un padre,

y desde el vientre de mi madre//fui guía de la viuda);

¹⁹ si he visto a alguno perecer//por falta de vestido, por carecer de abrigo el necesitado;

²⁰ si no me bendijeron sus espaldas al calentarse con el vellón de mis ovejas;

²¹ si alcé contra el huérfano mi mano, aun viendo que en la puerta//estaban de mi parte,

²² ¡que mi espalda se caiga de mi hombro y se quiebre el hueso de mi brazo!

²³ Porque he temido el castigo de Dios, contra cuya majestad yo no tendría poder.

Habiendo hablado de sus propios siervos, Job volvió entonces su atención a otros que padecían necesidades fuera de su propia casa: los pobres, los huérfanos, y las viudas. Anteriormente ya había dicho que había ayudado a esas personas y que había mostrado que era su amigo (29:12-13). Anteriormente, Elifaz había acusado a Job de que no ayudaba: al cansado, al huérfano, y a las viudas (22:7-9). Ahora, en estos versículos, Job negó con toda firmeza esas falsas acusaciones. Job no era avaro, siempre compartía su pan con otros. Las personas eran bienvenidas a la mesa de Job. Los otros eran bienvenidos, no sólo en las fiestas cuando en el menú se incluía carne, sino también en los días comunes cuando se servía una comida más sencilla (por ejemplo, pan). Estas palabras nos recuerdan la casa de Martín Lutero, en cuya mesa se reunían muchos invitados, para alimentarse y para conversar. Tanto Job como Lutero eran hospitalarios.

Job hizo especial mención de los huérfanos y de las viudas. Dijo que los huérfanos se criaron en su propia casa. Se pudo referir a la casa del padre de Job o a la casa de Job mismo. Además, desde su nacimiento, literalmente desde el vientre de su madre, Job mostraba interés por brindar ayuda a las viudas. Exagera en esto,

con el propósito de hacer mayor énfasis en el hecho de que desde sus primeros días ayudó a otros menos afortunados que él.

La generosidad de Job se refleja también en su preocupación por el bienestar físico y por la comodidad de otros. Tomaba generosamente la lana de sus ovejas para hacer ropa que protegiera a los desamparados.

Con un fuerte juramento Job continuó: “Si alcé contra el huérfano mi mano, aun viendo que en la puerta estaban de mi parte, ¡Que mi espada se caiga de mi hombro, y se quiebre el hueso de mi brazo”. Job era un hombre prominente y de gran influencia, como lo sabemos por sus palabras en los capítulos previos (29:7-10, 21-25). Con un simple gesto podía influir fácilmente sobre la corte para que tomara una decisión en contra del desgraciado. Pero Job no lo hizo; negó con toda firmeza que hubiera utilizado su influencia para perjudicar al desprotegido y confirmó su inocencia en los términos más firmes. El salmista hace un juramento semejante cuando dice: “Si me olvido de ti, Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acuerdo; si no enaltezco a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría” (Salmo 137:5-6).

Job concluyó esta sección diciendo la razón por la que esforzó en ser generoso y justo con los demás: “Porque he temido el castigo de Dios, contra cuya majestad yo no tendría poder”. Si Job pecaba contra su prójimo, sabía que estaba pecando también en contra de Dios; es Dios quien nos ha mandado amar a nuestro prójimo. Job estaba profundamente consciente de esta responsabilidad hacia su prójimo porque sabía que Dios le iba a pedir cuentas si no ayudaba a sus semejantes cuando estaban en necesidad.

El mensaje esencial de la ley de Dios, es el amor a Dios y el amor al prójimo. El Apóstol Juan nos recuerda que es imposible amar a Dios si odiamos a nuestro prójimo. Juan afirma: “Si alguno dice: «Yo amo a Dios», pero odia a su hermano, es mentiroso, pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento

de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Juan 4:20,21).

Job niega que haya sido avaro e idólatra

24 »Si puse en el oro mi esperanza,
y le dije al oro://“Mi confianza está en ti”;
25 si me alegré de que mis riquezas//se multiplicaran
y de tener mucho en mi mano;
26 si he mirado al sol cuando resplandecía
o a la luna en su esplendor,
27 y mi corazón fue engañado en secreto,
y mi boca besó mi mano,
28 eso también sería//una maldad digna de juicio,
porque habría negado al Dios soberano.

Las personas que llegan a adquirir grandes propiedades y a hacer mucho dinero, pueden estar en peligro de amar a sus riquezas y de confiar en ellas. El Apóstol Pablo nos advierte: “Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en ruina y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores” (1 Timoteo 6:9-10). Pero por otra parte, no tenemos que ser ricos para amar el dinero; los pobres o los de la clase media también pueden caer fácilmente en esa tentación. Debemos orar a Dios pidiéndole que no permita que el dinero llegue a ser nuestro Dios. Jesús nos advierte: “No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24).

Y como Job había sido un hombre próspero, debió haber luchado con la tentación de poner su confianza en los bienes. Sólo porque mantenía una estrecha relación con Dios, fue posible que no lo venciera la tentación del amor a las riquezas. Los versículos 24 y 25, expresan una fuerte negación de la falsa confianza en las riquezas, que es una forma de idolatría. Hay una gran tentación de

hacer del dinero un dios y adorarlo como tal. Job repudia otra forma de idolatría en los versículos 26 y 27, la adoración al sol y a la luna. En los tiempos antiguos era algo común adorar: al sol, a la luna, y a otros cuerpos celestes. Y como el sol es tan importante para la vida y en el crecimiento de todo lo que hay en la tierra, los pueblos de la antigüedad lo adoraban como si fuera un dios. Los egipcios escribieron muchos poemas dirigidos al dios sol; entre los griegos había los dioses Apolo y Helios, dioses del sol. Otras naciones también han tenido sus propios dioses sol. La luna fascinó a los hombres de la antigüedad cuando observaron sus fases cambiantes y la influencia que tenía sobre la marea oceánica. Los griegos consideraron a Artemisa (Diana) y a Selene como diosas de la luna. Pensando que las estrellas ejercían una fuerte influencia sobre los seres humanos, los antiguos desarrollaron la falsa ciencia de la astrología. Aún hoy en día millones de personas leen fielmente el horóscopo y usan la astrología como una guía en su vida. La fe en la astrología no concuerda con la verdadera fe en Dios, la astrología es realmente una forma de idolatría.

En los versículos (26-28) Job desaprueba cualquier clase de confianza que se deposite en los cuerpos celestes. Dice que nunca ha enviado un beso en señal de adoración a los cuerpos celestes, lo cual era una costumbre común en los tiempos antiguos. Para Job, hacer eso sería una forma de hipocresía. Job no podía adorar secretamente al sol y a la luna, mientras que externamente reconocía al SEÑOR como su verdadero Dios.

Job niega que se hubiera complacido en la desgracia ajena y que hubiera ocultado sus propios pecados

²⁹ »Si me alegré con el quebrantamiento//del que me aborrecía y me regocijé cuando le sobrevino el mal

³⁰ (aun cuando mi lengua//no entregué al pecado para pedir la maldición para su alma);

³¹ si mis siervos no decían:

“¿Quién hay que no se haya//saciado con su carne?”

**³² (porque ningún forastero//pasaba fuera la noche,
sino que yo abría//mis puertas al caminante);
³³ si como humano que soy//encubrí mis transgresiones,
escondiendo en mi seno mi iniquidad,
³⁴ porque temía a la multitud, //que era grande,
y me atemorizaba el menosprecio//de las familias,
y entonces callaba//y no salía de mi puerta...**

Nuestra naturaleza humana nos tienta a gozar con la desgracia ajena, especialmente si se trata de nuestros enemigos. Estamos inclinados a decir: “¡se lo merece!” Job estaba por encima de esa clase de venganzas, negaba que se hubiera regocijado cuando alguien caía en desgracia. No permitió que el rencor personal entrara en su corazón ni pasara por sus labios, no pronunció maldición sobre sus enemigos. Las palabras de Job nos recuerdan las afirmaciones que hace Salomón en Proverbios: “No te regocijes cuando caiga tu enemigo, ni cuando él tropiece no se alegre tu corazón” (Proverbios 24:17).

Estos versículos (Job 31:29-30 y Proverbios 24:17) expresan el amor por los enemigos desde un punto de vista negativo: no regocijarse en sus desgracias. Otro pasaje de este libro de Proverbios expresa ese amor desde el punto de vista positivo: “Si el que te aborrece tiene hambre, dale de comer pan, y si tiene sed, dale de beber agua; pues, haciendo esto, harás que le arda la cara de vergüenza, y Jehová te recompensará” (Proverbios 25:21-22). Al ser amables con los enemigos, devolviendo bien por mal podemos hacer que se arrepientan y cambien de forma de ser. Pablo cita este pasaje en Romanos 12:20, cuando nos anima a que no busquemos la venganza. En el Sermón del Monte Jesús nos exhorta, diciendo: “Amad a vuestros enemigos... orad por los que os persiguen” (Mateo 5:44). Job hizo un sincero esfuerzo para tratar con amor y amabilidad a los otros, incluso a sus enemigos.

El versículo 31 de este capítulo, se ha sido traducido y se ha interpretado en varias formas. A la luz de los versículos precedentes, es mejor entender que estos versículos expresan el

carácter hospitalario que tenía Job. De sus propias ovejas, Job preparaba alimento para muchas personas; no sólo para sus familiares, siervos e invitados, sino también para los forasteros. En aquellos días las personas no comían carne con tanta frecuencia como hoy en día, sino más bien en ocasiones muy especiales. Sin embargo, como Job era un hombre próspero, probablemente en su mesa servían carne con mayor frecuencia que en otras. Por sus palabras concluimos que nadie se levantó con hambre de su mesa.

Job no rechazaba a las personas que no tenían dónde dormir. A veces su propiedad debió haber parecido algo así como un hotel. Dijo enfáticamente: “porque ningún forastero pasaba fuera la noche; sino que yo abría mis puertas al caminante”. En los tiempos antiguos, la hospitalidad para con los extranjeros era más común de lo que es hoy en día, en que nosotros más bien tendemos a desconfiar de los forasteros cuando hay moteles y hoteles que están disponibles por todas partes. Pero, aun en su época Job fue una persona excepcionalmente generosa y hospitalaria.

Por las palabras que dijo en este capítulo podríamos concluir que Job era un hombre casi perfecto, un hombre justo en la estimación de él mismo, que no sentía que hubiera cometido alguna falta. Pero ese no es el caso; Job era un pecador, y así lo admitió, tal como lo sabemos por estas palabras que dijo: “Si como humano que soy encubrí mis transgresiones, escondiendo en mi seno mi iniquidad”. La primera línea del versículo también se puede traducir de esta manera: “Si escondí mi pecado como Adán lo hizo”. La palabra hebrea para “hombre” es la misma para “Adán”. Adán se ocultó de Dios después de haber pecado (vea Génesis 3:8.), trató de ocultarle su pecado a Dios. Eso también es característico de las personas hoy en día.

Aunque Job no era miembro del pueblo de Dios, el pueblo de Israel, indudablemente estaba familiarizado con la historia de la caída en el pecado de Adán y Eva. Pero Job también conocía su propia naturaleza humana y luchaba contra las tentaciones de cubrir sus pecados y sus culpas. Job era un hombre temeroso de Dios, y no permitía que su temor a las multitudes o a la

desaprobación de sus semejantes lo apartaran de Dios. Si temía a Dios, no necesitaba temer al hombre.

Job reitera que es inocente

35 ¡Quién me diera ser escuchado!

**Pero mi confianza es que el Omnipotente//será mi testigo,
aunque mi adversario me lleve a juicio.**

**36 Ciertamente yo lo cargaría//sobre mi hombro,
me lo ceñiría como una corona.**

**37 Yo le daría cuenta de todos mis pasos;
como un príncipe me presentaría//delante de él.**

Job se había quejado repetidas veces de que Dios no lo escuchaba. Ahora expresó el urgente deseo que sentía de que alguien lo escuchara. Ese “alguien” es Dios, a quien él llama “el Omnipotente” y “mi adversario”. Deseaba que Dios pusiera por escrito las acusaciones específicas que tenía en su contra, y las razones por las que permitía que sufriera tan severamente. Una vez más debemos recordar que Job ignoraba el papel que jugaba Satanás, que se había aparecido ante Dios y le había pedido permiso para atormentarlo.

La Reina Valera Actualizada da una traducción literal del hebreo en el versículo 35, “He aquí mi firma”, lo cual indica que Job declaró que estaba dispuesto a firmar su propia defensa. En el original, la palabra “firma” es “taw,” la última palabra del alfabeto hebreo. En la escritura primitiva, la letra “taw” se escribía como hoy en día se escribe la letra X en español. En aquel entonces, así como ahora, se consideraba válida la firma con una X para una persona que no sabía leer. Aunque Job no era analfabeto, usó esta palabra para indicar que podía verificar lo dicho con su propia firma.

También sintió que, si Dios le daba una audiencia honesta, ciertamente lo habría de declarar inocente. Se enorgullecía de su inocencia como si llevara un distintivo sobre el hombro y como

una corona en su cabeza. Como un príncipe confiado, se acercaría a Dios.

Job concluye su declaración de inocencia

**³⁸»Si mi tierra clama contra mí
y lloran todos sus surcos;
³⁹ si he comido su sustancia sin pagar
o he afligido el alma de sus dueños,
⁴⁰ ¡que en lugar de trigo me nazcan abrojos,
y espinos en lugar de cebada!»**

Aquí terminan las palabras de Job.

Aunque muchos comentaristas colocan estos versículos antes de este capítulo, estamos convencidos que corresponden aquí. Debemos tener presente que Job no estaba siguiendo un bosquejo claro y lógico en sus discursos; más bien, en su perturbado estado mental habló según el impulso de sus pensamientos y de sus sentimientos. No es extraño, por tanto, que al final de su discurso hiciera un juramento invocando que cayeran sobre él severas consecuencias si era culpable de ciertos pecados que negaba haber cometido.

En estos tres últimos versículos presenta dos afirmaciones con la palabra “si,” y expresa el resultado con la declaración “entonces.” Anteriormente ya había usado esta misma fórmula tres veces: en 7-8, 9-10, 21-22.

En el versículo 38, personifica a la tierra y la llama para que testifique cualquier crimen que él hubiera cometido. En el Antiguo Testamento Dios estableció una estrecha relación entre la conducta moral del pueblo y su derecho a ocupar la tierra. Con claridad le hizo recordar a Israel de este hecho en Levítico 18:24-28 y en otros pasajes. También era condenable: que muchas personas tomaran posesión de las propiedades de otra gente sin pagarlas, esperar que los trabajadores hicieran su labor sin paga, o afligir el alma de sus

dueños (versículo 39). Estas palabras pueden tener un significado todavía más fuerte: “Extinguir la vida de sus dueños”, como algunas traducciones lo dicen. Esto fue precisamente lo que hizo el rey Acab ante la instigación de su malvada esposa Jezabel, para obtener la viña de Nabot, acusándolo con falsedades y después matándolo para quitarle su propiedad.

Job negó firmemente que hubiera cometido esas acciones malvadas y estaba dispuesto a sufrir las consecuencias en caso de que fuera encontrado culpable. Concluye con estas palabras: “En lugar de trigo me nazcan abrojos, y espinos en lugar de cebada”. Estaba pidiendo que cayera sobre él la maldición con la que Dios maldijo el campo después de que Adán y Eva pecaron: “Maldita será la tierra por tu causa... espinos y cardos te producirá” (Génesis 3:17-18). El Señor también invocó al campo para que testificara contra Caín después de haber asesinado a su hermano Abel: “La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito seas de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar sus frutos” (Génesis 4:10-12).

Este capítulo termina con la declaración: “Aquí terminan las palabras de Job”. Este es su último discurso. Job no respondió nada a los cuatro discursos de Eliú, en los seis capítulos que siguen (32-37). Solo en dos ocasiones más habló Job humilde y brevemente en respuesta al discurso de Dios (38-41).

Job había terminado de hablar. Ahora seguía Eliú.

LOS DISCURSOS DE ELIÚ JOB 32-37

Los siguientes seis capítulos contienen los discursos más largos y sin interrupción que una persona haya pronunciado en el libro de Job. Hay cuatro discursos en esta sección, cada uno de ellos comienza con una afirmación que nombra a Eliú como el orador.

Esta sección del libro es la más controvertida de todas; la mayoría de los eruditos liberales son de la opinión de que originalmente estos seis capítulos no fueron parte del libro de Job sino que fueron agregados más tarde por algún editor. Sostienen que Eliú no juega papel alguno en la trama, sino que se limita a repetir en sus propias palabras lo que sus tres amigos ya habían dicho. También dicen que las observaciones de Eliú en su último discurso (capítulo 36 y 37) hacen superfluas las declaraciones de Dios del capítulo 38.

Nosotros estamos en total desacuerdo con este punto de vista, e intentaremos sostener nuestra posición en los comentarios que hagamos en este capítulo. Creemos que Eliú tiene un papel significativo en el desarrollo de la trama del libro de Job, y que sus observaciones favorecen más a Job que a las de sus tres amigos. También intentaremos mostrar que los discursos de Eliú no desplazan el discurso de Dios, sino que más bien preparan al lector para las profundas palabras que el Señor pronuncia en los cuatro capítulos que siguen (38-41). Pero ahora pongamos atención al joven que aparece de pronto en la escena.

Aparece Eliú

32 Cesaron estos tres varones de responder a Job, por cuanto él era justo a sus propios ojos. ² Entonces Eliú hijo de Baraquel, el buzita, de la familia de Ram, se encendió en ira contra Job. Se encendió en ira por cuanto él se hacía



Job y sus tres amigos

justo a sí mismo más que a Dios. ³ Igualmente se encendió en ira contra sus tres amigos, porque aunque habían condenado a Job, no sabían responderle. ⁴ Eliú había esperado a Job en la disputa, porque los otros eran más viejos que él; ⁵ pero viendo Eliú que no había respuesta en la boca de aquellos tres varones, se encendió en ira.

Posiblemente surgen algunas preguntas en la mente del lector cuando Eliú aparece de repente en la escena: ¿Qué tanto conocía Eliú a Job y a sus tres amigos?, ¿Habían entablado conversación antes?, ¿Cómo se enteró Eliú de las grandes pérdidas y de las enfermedades de Job?, ¿Cuánto tiempo había permanecido sentado al lado del grupo?, ¿Alguno de los oradores había notado su presencia o se había dado cuenta de que estaba esperando impacientemente su turno para hablar?, ¿Por qué no se menciona a Eliú ni al principio ni al final de este libro, sino solamente en estos seis capítulos (32-37)?, ¿Fueron ignoradas sus palabras, o fueron tan profundas que resolvieron el asunto en cuestión?. El lector se puede estar preguntando muchas cosas acerca del papel que jugó Eliú en esta conversación, pero esas preguntas no tienen respuesta porque el libro mismo no da más información.

Sin embargo, los primeros versículos nos dan información más completa acerca de los antepasados de Eliú que la que nos da respecto de los otros personajes del libro. El autor se refiere brevemente a los amigos de Job diciendo que: “Tres amigos de Job: Elifaz, el temanita; Bildad, el suhita; y Zofar, el naamatita; al enterarse de todo este mal que le había sobrevenido, llegaron cada uno de su tierra, habiendo acordado venir juntos a condolerse con él y a consolarlo” (2:11). Hasta Job mismo es presentado simplemente como un hombre que vivió en la tierra de Uz (1:1). En contraste, el autor presenta a Eliú como “hijo de Baraquiel buzita, de la familia de Ram” (32-2).

El nombre Eliú significa “mi Dios es él” o “él es mi Dios”. Algunos hombres más llevaron ese nombre en el Antiguo Testamento: el bisabuelo de Samuel (1 Samuel 1:1), un jefe de la

tribu de Manasés (1 Crónicas 12:20), un portero del templo (1 Crónicas 26:7), y uno de los hermanos de David (1 Crónicas 27:18).

Eliú y su padre Baraquel, descendían de Buz. Este fue el nombre de uno de los hijos de Nacor, hermano de Abraham, que se menciona junto con su hermano mayor Uz, en Génesis 22:21. No podemos saber con certeza si esta persona fue un antepasado de Eliú, pero el nombre hace posible esa identificación, como el nombre Uz también sugiere la tierra en la que vivió Job (1:1). Si esto es verdad, Eliú bien pudo haber sido un pariente lejano de Job. ¿Indica algo el hecho de que Eliú se hubiera dirigido a Job mencionándolo por su nombre, mientras que los otros tres no lo hicieron? No podemos decir con certeza si el nombre Ram que se menciona aquí es el mismo que se menciona en Rut 4:19, como antepasado de David. Más de una persona bien pudo haber llevado el mismo nombre.

Por los primeros versículos de este capítulo podemos saber algunas cosas acerca de Eliú. En primer lugar, el autor nos dice que Eliú era el más joven del grupo. Esto mismo lo reafirma Eliú en el discurso que sigue en el versículo 6. También sabemos que Eliú era un hombre cortés; mostró respeto por sus mayores al quedarse en silencio hasta que los demás hubieran hablado. Pero el autor también nos informa que Eliú era impulsivo y temperamental. Se nos dice que se enfureció en tres ocasiones: con Job (versículo 2) y con sus tres amigos (versículos 3 y 5).

Eliú estaba enojado con Job porque se había justificado a él mismo y no a Dios, y con los tres amigos por no haber refutado esas palabras y aun así estar condenado a Job. Algunas notas al margen en la *New International Version*, sugieren que la primera intención de las palabras era “y así condenó a Dios”, pero que los hebreos prefieren bajar el tono de esas palabras diciendo “y así condenaron a Job” (*Dios Habla Hoy*, de acuerdo con la nota que aparece en la versión inglesa, traduce: “Habían hecho quedar mal a Dios”). En esencia, el significado es el mismo, sea que leamos “Dios” o “Job”, ya que Dios había elogiado la vida piadosa de Job,

y así al condenar a Job los tres amigos también estaban condenando a Dios. Por eso la traducción que se da en el texto de la *New International Version* es buena: “Y sin embargo lo condenaron”. Esto se puede referir tanto a Job como a Dios.

Hay una gran diferencia de opinión entre los eruditos acerca del carácter de Eliú. Algunos lo consideran como un hombre impulsivo, un engrেído “sabelotodo” que creía tener una respuesta para todo, y que imprudentemente acusaba a sus mayores sin aportar algo sustancioso a la discusión. Otros son de la opinión de que fue más sensible a los problemas de Job que los otros tres, que le agregó una nueva y refrescante dimensión a la discusión, y que ofreció una solución que a los otros tres no se les había ocurrido. Probablemente hay algo de verdad en ambos puntos de vista, pero para este escritor la última opinión es la preferida.

En nuestro estudio de estos discursos intentaremos analizar lo que dijo Eliú y ver en qué grado está ocultando o ayudando a resolver el problema del sufrimiento de Job. También debemos considerar lo que dice Eliú acerca de la justicia y la bondad de Dios, y el papel que jugó en la vida de Job y en la vida de otros.

EL PRIMER DISCURSO DE ELIÚ

Eliú explica por qué debe hablar ahora

⁶ Respondió Eliú hijo de Baraquiel, el buzita, y dijo:

**«Yo soy joven y vosotros ancianos:
por eso he tenido miedo.//He temido declararos mi opinión.**

**⁷ Yo decía: “Los días hablarán,
los muchos años declararán sabiduría.”**

**⁸ Ciertamente espíritu hay en el hombre,
y el soplo del Omnipotente//lo hace que entienda.**

**⁹ Pero no son los más sabios//los que tienen mucha edad,
ni los ancianos//los que entienden el derecho.**

No sabemos por cuánto tiempo había estado sentado Eliú escuchando lo que los otros tres hombres decían. ¿Había estado desde el principio? Tal vez sí; por lo menos debió haber escuchado una buena parte de los discursos, ya que hace mención de ellos. De cualquier forma, para cuando terminaron de hablar, Eliú estaba inquieto, impaciente por hacerse oír.

Consciente de su juventud, Eliú comenzó su discurso, en forma cortés y respetuosa. Comparando su juventud e inexperiencia con la edad y la experiencia de los demás del grupo, sus palabras casi suenan como si estuviera menospreciando a su propia persona. Nos hace recordar las declaraciones semejantes de otros hombres del Antiguo Testamento. Por ejemplo, cuando Dios le pidió a Gedeón que liberara a Israel de los madianitas, él le preguntó: “¿Con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre” (Jueces 6:15). Antes de que Samuel ungiera a Saúl para que reinara sobre Israel, Saúl dijo modestamente: “¿No soy yo hijo de Benjamín, de la más pequeña de las tribus de Israel? Y mi familia ¿no es la más pequeña de todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me has dicho cosa semejante?” (1 Samuel 9:21).

A pesar de su juventud, Eliú siente una fuerte urgencia de intervenir. Sus palabras sugieren que Dios le había dado inteligencia y sabiduría para hacer un importante aporte a la discusión. Declara: “Ciertamente hay espíritu en el hombre y el sopló del Omnipotente lo hace que entienda”. Ninguno de esos hombres lo puede menospreciar sólo por su juventud ni lo puede tachar diciendo que no tiene qué aportar. En el versículo 9, continúa diciendo que los sabios no son los de mucha edad, y que no sólo los ancianos disciernen lo que es justo.

¹⁰ Por tanto, yo dije: “Escuchadme, declararé yo también mi sabiduría.”

¹¹ »Yo he esperado a vuestras razones, he escuchado vuestros argumentos,

en tanto que buscabais palabras.

**¹² Os he prestado atención,
y no hay entre vosotros//quien redarguya a Job
y responda a sus razones.**

**¹³ Para que no digáis://“Nosotros hemos hallado sabiduría.
Es Dios quien lo vence, no el hombre.”**

**¹⁴ Ahora bien, Job no dirigió//contra mí sus palabras,
ni yo le responderé con vuestras razones.**

Hay un acuerdo general en que el estilo de Eliú es más bien: pomposo, prolijo, y reiterativo; la mayor parte de su discurso está dominado por los pronombres “yo” y “mi”. Para comenzar, aquí en esta corta sección, tenemos 6 veces en las que habla con estos pronombres—sin contar las veces en que usa un verbo en primera persona singular sin usar el pronombre “yo”. Muchos eruditos califican a Eliú como un hombre arrogante; otros lo consideran como un joven que habla bruscamente pero con una profunda convicción. Tal vez haya un poco de verdad en ambas consideraciones. Sin duda alguna, Eliú estaba exaltado cuando habló, y eso puede explicar parcialmente su verborrea. Estaba convencido que tenía un mensaje, algo importante que decir, y así les solicitó a los demás que le prestaran atención. La exaltación es obvia en sus palabras. Una expresión que utiliza Eliú, y que algunas versiones no traducen (pero que sí lo hace la *Reina Valera 1995*), es la expresión “por tanto” o “miren”. Esta palabra expresa bien el estado emocional en que se encontraba Eliú al momento de hablar.

En estos versículos, Eliú hace notar que sus tres amigos han fallado miserablemente en el intento de convencer a Job de su error. No habían refutado sus argumentos; siguieron un camino equivocado cuando trataron dogmática y repetidamente de establecer que los severos sufrimientos de Job eran resultado de haber cometido pecados graves. Ahora, con su silencio admitieron que no habían logrado convencer a Job de esos graves pecados.

En el versículo 14, Eliú dice: “Job no dirigió contra mí su palabras, ni yo le responderé con vuestras razones”. Ya sea que Eliú hubiera estado o no presente desde el principio del diálogo, Job no había dirigido sus palabras contra él; durante el curso de la discusión, Eliú se había mantenido al margen de la discusión, y eso le daba ventaja para analizar su argumento más objetiva e imparcialmente que los tres amigos. En sus razonamientos, Eliú podía analizar las cosas desde otro ángulo y dar una solución diferente. ¿Hasta qué grado tuvo éxito en sus argumentos? Eso lo veremos a medida que avanza la discusión

**¹⁵»Se espantaron y ya no respondieron;
se les acabaron los razonamientos.**

**¹⁶Yo, pues, he esperado,//pero ellos no hablaban;
antes bien, callaron//y no volvieron a responder.**

**¹⁷Por eso yo también responderé mi parte;
también yo declararé mi juicio.**

**¹⁸Porque estoy repleto de palabras
y por dentro me apremia el espíritu.**

**¹⁹De cierto mi corazón está//como el vino que no tiene
respiradero**

y que hace reventar los odres nuevos.

**²⁰Hablaré, pues, y respiraré;
abriré mis labios y responderé.**

**²¹Y no haré ahora distinción de personas
ni usaré con nadie de títulos lisonjeros.**

**²²Porque no sé decir lisonjas,
y si lo hiciera,//pronto mi Hacedor me consumiría.**

Ya antes Eliú había expresado la necesidad que tenía de responderles a Job y a sus amigos. En estos últimos versículos del capítulo 32, expresa su fuerte compulsión de contestarles. Hablándole a Job, comenta acerca de sus amigos: “se espantaron y ya no respondieron; se les acabaron los razonamientos. Yo, pues,

he esperado, pero ellos no hablaban; antes bien, callaron y no volvieron a responder”.

Eliú ya no puede esperar más; debe decir su parte. Aclara que les dirá lo que sabe. Declara, “Estoy repleto de palabras”. La reacción de algún comentarista a estas palabras es un sarcástico “¡no me digas!”. Con base en lo que dice en estos versículos, Eliú ha sido acusado de odioso y arrogante. Algunos comentaristas se refieren a él como un charlatán advenedizo, especialmente por lo que dice en los versículos 18-20.

Pero haríamos bien si tratamos a Eliú con más consideración. Debemos hacer a un lado su juventud impulsiva y tratar de entender sus palabras como un sincero intento por contribuir en algo para resolver el problema que se planteó en la discusión. Parece apropiado que se le dé a Eliú el beneficio de la duda, y pensar que trató de ayudar a Job y a sus tres amigos, y no considerarlo precisamente como un joven que quiso hacer lucir su entendimiento y su sabiduría.

En un vívido lenguaje, Eliú se describe a él mismo como pletórico de un nuevo vino a punto de fermentar y de hacer explotar los odres. A menos que hable, explotará. Concluye su larga introducción asegurándoles a los cuatro hombres que no tiene ningún prejuicio en contra de ellos, y que su intención es la de sugerir una solución justa para todos. También asegura firmemente que no tiene ni el deseo ni la habilidad para lisonjear a nadie. Sus palabras concluyen en forma de juramento: “Porque no sé decir lisonjas; y si lo hiciera, pronto mi Hacedor me consumiría”. Estas palabras nos recuerdan la declaración que poco antes había hecho Job cuando dijo: “Porque temí el castigo de Dios, contra cuya majestad yo no tendría poder” (31:32).

Después de su larga y divagadora introducción, Eliú se dirige directamente a Job. Al leer los primeros versículos del siguiente capítulo, se siente de inmediato que el tono del discurso de Eliú es más directo y más personal que el de los otros amigos de Job.

Eliú le pide a Job que lo escuche

33 »Por tanto, Job, //oye ahora mis razones,
escucha todas mis palabras.

² Yo abriré ahora mi boca
y mi lengua hablará en mi garganta.

³ Mis razones declararán //la rectitud de mi corazón,
y lo que saben mis labios, //lo dirán con sinceridad.

⁴ El espíritu de Dios me hizo
y el sople del Omnipotente me dio vida.

⁵ Respóndeme, si puedes;
ordena tus palabras, ponte en pie.

⁶ Heme aquí a mí, en presencia de Dios, //lo mismo que tú:
del barro fui yo también formado.

⁷ Por eso, mi terror no te espantará
ni mi mano pesará sobre tí.

Por primera vez en el libro alguien se dirige a Job por su nombre. Los tres amigos no lo hicieron ni una sola vez en sus discursos; esto habla acerca de la personalidad de ellos y también de su mensaje. En el análisis que hacían eran fríos y objetivos. Por otro lado, Eliú le habla a Job de una forma personal, y lo menciona por su nombre en varias ocasiones. Podemos imaginarlo mirando a Job directamente a los ojos cuando le dirigió las primeras palabras: “Por tanto, Job, oye ahora mis razones, y escucha todas mis palabras”.

El lenguaje de Eliú delata la exaltación que lo invadía. Como hemos dicho antes, Eliú utiliza frecuentemente una interjección que se puede traducir como “he aquí” o “mira”. En los primeros doce versículos de este capítulo esta palabra se encuentra cinco veces en el texto hebreo, en los versículos: 2, 6, 7, 10, y 12. Tal vez el hecho de que Eliú estuviera tan consciente de su juventud explica tanto su exaltación como su agresividad. Sea como sea, sus palabras dan la impresión de una personalidad engréida e impulsiva.

La forma en que hablar de Eliú, es pomposa y reiterativa, pero antes de seguir juzgándolo tan severamente debemos recordar que sus discursos, como los discursos de los otros hombres, fueron dados en forma poética. Una de las principales características de la poesía hebrea es la repetición. Podemos sentir esa repetición en cada uno de los primeros versículos. La repetición tiene el importante propósito de reforzar el mensaje del orador o del escritor, al decir un mismo pensamiento con diferentes palabras. Eso era especialmente importante cuando la gente se comunicaba oralmente, como lo hicieron los personajes del libro de Job. La forma poética también le agrega belleza artística a las palabras. En su estilo poético, el libro de Job es universalmente reconocido como una obra maestra de la literatura.

El capítulo 32 presenta el primer discurso de Eliú; el capítulo 33 lo concluye. Eliú expresa con intensidad su desaprobación porque el curso de la discusión no lleva sentido ni dirección alguna. Había esperado con gran impaciencia su turno para hablar, y ahora que tiene la oportunidad se dirige a Job. Pensaríamos que un joven se hubiera sentido intimidado ante la posibilidad de hablarle a una persona mayor en una forma tan franca y directa, y Eliú le hablaba nada menos que a Job, el miembro más distinguido de la comunidad, aunque por ahora se encontrara en circunstancias tan humillantes. Pero Eliú no muestra esa intimidación, habla sin temor como si se estuviera dirigiendo a uno igual a él.

Eliú afirma su sinceridad haciendo una notable declaración: “El espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida”. Como podemos inferir de Génesis 1:1-3 y Juan 1:1-3, las tres personas de la Santa Trinidad estaban activas en la creación; en este versículo se menciona específicamente al Espíritu Santo como participante en la creación de Eliú. En la segunda línea del versículo la palabra “soplo” es paralela a “espíritu”, y las dos palabras pueden ir con mayúscula (Así se escribe Espíritu en *La Biblia de las Américas* y la *Reina Valera Actualizada*).

Después de retar a Job para que se comprometiera a razonar con él, Eliú dice que él, como Job, es una criatura de Dios. “Heme

aquí a mí, en presencia de Dios, lo mismo que tú: del barro fui yo también formado”. La última expresión, “del barro fui... formado”, sugiere que se tomó de una pizca de arcilla, así como el escultor toma un poco de arcilla para darle forma a su obra. Como Adán fue formado del polvo o de la arcilla, así todos sus descendientes comparten esa característica que los une y les muestra su total dependencia de Dios, su Creador. Eliú aclaró delante de Job que él también era un simple mortal, para que Job no se sintiera tan intimidado por sus palabras. Estas palabras, como pronto veremos, más bien eran agudas y severas.

Job está equivocado al quejarse de Dios

**⁸»De cierto tú has dicho a oídos míos
y yo oí la voz de tus palabras que decían:**

**⁹“Yo soy puro y sin defecto;
soy inocente y no hay maldad en mí.**

**¹⁰Dios ha buscado reproches contra mí
y me tiene por su enemigo.**

**¹¹Ha puesto mis pies en el cepo
y vigila todas mis sendas.”**

Estos versículos implican que Eliú había escuchado algunas de las discusiones previas. Eliú dice claramente que había escuchado con sus propios oídos lo que Job había dicho; lo afirma citando las palabras de Job en los versículos 9-11. Las primeras palabras que le atribuye a Job son particularmente rudas: “Yo soy puro y sin defecto; soy inocente y no hay maldad en mí”. ¿Realmente Job dijo eso? No logramos encontrar esas palabras en los discursos previos. Job había dicho estas palabras: “Aunque yo me justificara, mi propia boca me condenaría; aunque fuera perfecto, él me declarararía culpable” (9:20). Estas palabras difícilmente se le pueden adjudicar a un hombre que afirma que es “puro y sin defecto”, o “inocente”. Es verdad que Job había afirmado: “Inocente soy, no hago caso de mí mismo, desprecio mi

vida” (9:21, *La Biblia de las Américas*). Pero aun así Job no estaba diciendo que era sin pecado, sino más bien que era inocente de las falsas acusaciones que sus amigos le querían imputar. Hay diferencia entre: la afirmación ser puro y sin pecado, y defenderse contra acusaciones específicas.

Eliú sigue citando a Job en su queja que hizo contra Dios: “Dios ha buscado reproches contra mí, y me tiene por su enemigo. Ha puesto mis pies en el cepo, y vigila todas mis sendas”. En su profunda aflicción, Job había pronunciado palabras semejantes a estas; había acusado a Dios de que lo atormentaba severamente. En dos ocasiones Job había dicho las palabras con que Eliú lo estaba acusando. En 19:11, al hablar de Dios, Job se había quejado así: “Hizo arder contra mí su furor, y me contó para sí entre sus enemigos”. Antes también le había dicho a Dios: “Pones además mis pies en el cepo, vigilas todos mis caminos, y pones cerco a las plantas de mis pies” (13:27).

Eliú estaba parciamente en lo correcto cuando acusó a Job, pero en su apasionada juventud cayó en el error de exagerar su caso, de hablar demasiado.

*Eliú habla de varias formas de rescatar
a las personas de la destrucción*

**¹²»Pues bien,//en esto no has hablado con razón,
y yo te respondo que Dios//es mayor que el hombre.**

**¹³¿Por qué contiendes contra él,
si él no da cuenta//de ninguna de sus razones?**

**¹⁴Aunque lo cierto es que Dios habla//de una u otra manera,
pero el hombre no lo entiende.**

**¹⁵Por sueños, en visión nocturna,
cuando el sueño cae sobre los hombres,
cuando se duermen en el lecho,**

**¹⁶entonces se revela él al oído del hombre
y le confirma su instrucción,**

¹⁷para separar al hombre de su obra

**y apartar del varón la soberbia,
18 para librar su alma del sepulcro
y su vida de perecer a espada.
19 »También en su cama//es castigado el hombre
con fuerte dolor en sus huesos.
20 Entonces su vida aborrece el pan
y su alma la comida suave.
21 Su carne desfallece//y desaparece a la vista,
y aparecen sus huesos,//que antes no se veían.
22 Su alma se acerca al sepulcro
y su vida a los que causan la muerte.**

El joven Eliú le habló con toda franqueza a Job; le dijo que no estaba en lo correcto y luego hizo una declaración que nadie puede contradecir: “Dios es mayor que el hombre” (versículo 12). Job había esperado una respuesta de Dios; había estado esperando la oportunidad de conversar con él. Eliú reprende a Job y agrega: “Aunque lo cierto es que Dios habla de una u otra manera; pero el hombre no lo entiende” (14). Lo que Eliú da a entender es que Dios ya le había hablado a Job, pero él no se había dado cuenta de ello.

Eliú dice que Dios habla en sueños y visiones. Anteriormente, Elifaz había hablado de un sueño en el que alguien estaba frente a él y le decía que Dios es más justo que el hombre (4:12-17). Job mismo sufrió de sueños terribles, y se quejó así ante Dios: “entonces me aterrorizas con sueños, y me aterras con visiones” (7:14). Ahora Eliú sugiere que posiblemente Dios estaba usando esos sueños para darle una lección a Job. Con frecuencia Dios había comunicado, por medio de sueños y visiones, eventos importantes que iban a ocurrir. En esa forma le habló a Abraham (Génesis 15:12-15) y a Jacob (Génesis 28:12-15). A José (Génesis 37:5-12) y a Daniel (Daniel 10:4-11); no sólo les habló en sueños y visiones, sino que también les dio la habilidad de interpretar los sueños: del faraón, de Nabucodonosor, del copero, y del panadero.

Aquí Eliú le estaba diciendo a Job que Dios puede usar los sueños y las visiones para revelarse al oído de los hombres y darles su consejo (versículo 16). Mediante los sueños Dios amonesta e instruye a las personas de forma que aprendan las lecciones que les enseñan las experiencias de su vida. Dios hace esto para el bien de su pueblo, para que el pueblo se arrepienta de lo malo y evite el llegar a la arrogancia. Por lo tanto, Dios evitará que las personas mueran en sus pecados y se enfrenten a la destrucción tanto en esta vida como en la siguiente.

Eliú menciona otra forma en la que Dios le habla a su pueblo: por medio de sufrimientos y aflicción. Con un lenguaje vívido describe las aflicciones de una persona en su lecho de enferma; habla de: las penas y de los dolores por las que atraviesa la persona que padece una enfermedad, la falta de apetito, y el disgusto aun ante los más exquisitos platillos. En su condición, Job bien se pudo aplicar esas palabras, como puede hacerlo también cualquiera otra persona enferma. La enfermedad y la anorexia, finalmente conducen a la inanición y a la muerte, como dice literalmente Eliú: “Su carne desfallece, y desaparece a la vista, y aparecen sus huesos, que antes no se veían. Su alma se acerca al sepulcro, y su vida a los que causan la muerte”. Estas palabras describen exactamente la condición en que se encontraba Job. Su cuerpo demacrado y enfermo, debió haber dado un terrible espectáculo. ¡Trate de imaginar cómo se sentiría el mismo Job! En sus discursos había expresado el deseo de morir, y no hay duda que se sentía muy cerca de la muerte cuando se sentó a escuchar las frías e insensibles palabras de sus amigos.

Cuando Eliú describió los sufrimientos humanos, indirectamente se estaba refiriendo al sufrimiento de Job. Pero, a diferencia de sus tres amigos, Eliú no dijo que los sufrimientos que padecía Job fueran consecuencia de algún pecado especial que hubiera cometido; más bien, Eliú les recuerda a Job y a sus tres amigos que el sufrimiento es la mejor escuela de aprendizaje. Dios usa los sufrimientos para hacer que la persona se dé cuenta: de sus

pecados, de su desesperanza, de su necesidad de perdón, y de su necesidad de confiar en Dios, que la ama. Salomón nos recuerda: “No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, no te canses de que él te corrija” (Proverbios 3:11-12; citado en Hebreos 12:5-6).

Dios redime a su pueblo de la aflicción

**²³»Pero si el hombre tiene a su lado
algún elocuente mediador, //muy escogido,
para anunciarle su deber
²⁴y decirle que Dios//tiene de él misericordia,
que lo libra de descender al sepulcro,
que hay redención para él,
²⁵entonces será su carne//más tierna que la de un niño
y volverá a los días de su juventud.
²⁶Entonces orará a Dios//y obtendrá su favor.
Verá su faz con júbilo,
y él restaurará al hombre su justicia.
²⁷Porque él mira sobre los hombres,//y si uno dice:
“He pecado y he pervertido lo recto,
pero de nada me ha aprovechado”,
²⁸Dios redimirá su alma//para que no pase al sepulcro,
y su vida se verá en luz.
²⁹»Todas estas cosas hace Dios
dos y tres veces con el hombre,
³⁰para apartar su alma del sepulcro
y para iluminarlo//con la luz de los vivientes.**

Estos versículos son el clímax de los cuatro discursos que pronunció Eliú. Job había acusado a Dios diciendo que era cruel con él; Eliú respondió: que Dios es amor, que redime y restaura a su pueblo de las garras del sufrimiento y del pecado.

Eliú hace mención del pecado en el versículo 27; el pecado es la causa de todos los sufrimientos y de todas las enfermedades del mundo. Si el pecado no hubiera entrado en el mundo no habría:

problemas, dolor, sufrimiento, enfermedad, ni muerte. Por estas palabras que le dijo a Job, sabemos que Eliú estaba consciente: del problema del pecado, de sus consecuencias, y de su único remedio, el perdón de Dios. Habla de la gracia de Dios y el rescate de los pecadores; también dice que el pecador “orará a Dios, y obtendrá su favor” y “él restaurará al hombre su justicia”. El pecador agradecido exclama con gozo, “He pecado y he pervertido lo recto, pero de nada me ha aprovechado”. Dios redimirá su alma para que no pase al sepulcro, y su vida se verá en luz”.

Estas palabras van más allá que la simple expresión de la liberación de las aflicciones físicas; describen la maravillosa verdad de que Dios: ha redimido y librado de tribulaciones espirituales al pecador, ha perdonado sus pecados, y ha decretado su inocencia. Todo esto lo ha hecho Dios por el hombre “para apartar su alma del sepulcro, y para iluminarlo con la luz de los vivientes”. El pecador perdonado y redimido, puede gozar ya de esos beneficios en esta vida y para siempre en la eternidad.

Haríamos bien en preguntarnos, ¿quién es la persona que se menciona en el versículo 23, que la *Reina Valera Actualizada* traduce más literalmente: “Oh, si hubiese a su lado un ángel, un intercesor, uno entre mil, para declarar al hombre lo que le es recto”? La mayoría de los eruditos contemporáneos creen que se refiere a un hombre o a un ángel, pero hay un problema con esta interpretación. Como leemos en los versículos siguientes, el personaje que se describe aquí es alguien que hace una función que ningún ángel común y menos un ser humano serían capaces de hacer. Esa persona es más que un ángel o que un simple mortal. Creemos que se refiriere a nuestro Salvador Jesucristo, a quien Eliú menciona bajo inspiración de Dios el Espíritu Santo.

El versículo 23 contiene dos palabras que describen apropiadamente al Hijo de Dios: “ángel” e “intercesor” (o intercesor, vea la traducción de la *Reina Valera Actualizada* que citó en el párrafo anterior y *La Biblia de las Américas*). La palabra hebrea que se traduce como “ángel” también se puede traducir como “mensajero”; encontramos esa palabra en el nombre del

profeta Malaquías, que significa “mi mensajero”. La expresión “ángel del SEÑOR” aparece algunas veces en el Antiguo Testamento. En algunos pasajes ese “ángel” se refiere a alguien más grande que uno de los ángeles creados; no es otro que Dios mismo, y en algunos pasajes se le llama directamente Dios, como cuando se le apareció: a Moisés (Éxodo 3:1-6), a Gedeón (Jueces 6:11-23), y a los padres de Sansón (Jueces 13:3-22). En los tiempos del Antiguo Testamento Dios se reveló varias veces en forma humana en la persona del Hijo de Dios, que más tarde vino a ser verdadero Hombre nacido de la Virgen María.

Otro término que describe a Jesucristo es la palabra “mediador”. Lo cierto es que Jesucristo, verdadero Dios-hombre, es el mediador entre Dios y los hombres, como lo dice San Pablo en 1 Timoteo 2:5. En los versículos 23 y 24, Eliú presenta a este ángel en las funciones de mediador, dice: “Pero si el hombre tiene a su lado algún elocuente mediador muy escogido, para anunciarle su deber; y decirle que Dios tiene de él misericordia, que lo libra de descender al sepulcro, que hay redención para él”, ¿se pueden referir esas palabras a otra persona que no sea Jesucristo?

Estas palabras describen la tarea de alguien que es más que humano, la obra de la redención. El salmista confiesa: “Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni pagar a Dios su rescate, (pues la redención de su vida es de tan alto precio, que no se logrará jamás), para que viva en adelante para siempre, sin jamás ver corrupción” (Salmo 49:7-9). Por otro lado, Pedro dice: “pues ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18-19).

También la expresión “uno entre mil” (“muy escogido” en *La Reina Valera 1995*) es aplicable para describir a Cristo, el escogido de Dios. Como nuestro Salvador y Redentor, es diferente a todos los ángeles y verdaderamente es “uno entre mil”.

Los versículos que siguen difícilmente se pueden aplicar a alguien que no sea Jesucristo, especialmente los versículos: 24, 26, y 28, que describen la obra de Nuestro Salvador como mediador entre Dios y los hombres, al dar su propia vida en rescate por nosotros y al redimirnos: del pecado, de la muerte, y del poder del diablo.

El versículo 25 abunda en fuertes ilustraciones. Hablando del pecador perdonado y redimido, Eliú dice: “entonces será su carne más tierna que la de un niño, y volverá a los días de su juventud”. Este versículo sugiere la resurrección de nuestro cuerpo, la que Pablo describe así: “pues es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción y que esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Corintios 15:53).

En un artículo titulado “La salvación por la sola gracia: punto medular de la teología de Job”, Alfred von Rohs Sauer logró captar el significado de este pasaje y lo expresó bien en los siguientes términos: “¿Quién, al escuchar estas palabras proféticas, no se sentirá impulsado a pensar en el único Mediador entre Dios y el hombre, es decir, en Jesucristo hombre?” (de *Revista mensual de Concordia sobre la teología*, Vol. XXVII, No. 5, Mayo 1966, p. 264).

Eliú pide nuevamente que Job lo escuche

**³¹ Escucha, Job, óyeme;
calla, y yo hablaré.**

**³² Si tienes razones, respóndeme;
habla, porque yo te quiero justificar.**

**³³ Y si no, escúchame tú a mí;
calla, y te enseñaré sabiduría.»**

De nuevo Eliú se dirige a Job llamándolo por su nombre, y concluye este discurso pidiéndole que escuche de corazón lo que tiene que decirle. Aunque le ofrece la oportunidad de responderle, Eliú le dice a Job que aún falta más por decir.

EL SEGUNDO DISCURSO DE ELIÚ

Eliú reprende a Job

34 demás Eliú dijo:
2 «Escuchad, sabios, mis palabras;
y vosotros, doctos, prestadme atención.
3 Porque el oído prueba las palabras,
como el paladar saborea//lo que uno come.
4 Escojamos para nosotros lo que es justo;
conozcamos entre nosotros//lo que es bueno,
5 porque Job ha dicho: “Yo soy justo,
pero Dios me ha quitado mi derecho.
6 Y ahora ¿habré de mentir//contra mi razón?
¿Dolorosa es mi herida,//sin haber cometido transgresión!”
7 Pues bien, ¿qué hombre hay como Job,
que bebe el escarnio como agua,
8 que va en compañía de los inicuos
y anda con los hombres malos?
9 Porque ha dicho://“De nada le sirve al hombre
conformar su voluntad a Dios.”

En su segundo discurso, Eliú les pide a sus oyentes que pongan atención a lo que está diciendo. Al llamarlos “sabios” y “doctos” (es decir, entendidos) no se está dirigiendo únicamente a los tres amigos sino también a Job. Es posible que también hubiera otras personas presentes. La importancia de lo que estaban tratando pudo haber atraído a otros además de los cinco presentes.

Eliú pide atención a lo que está diciendo. Las palabras que dice en el versículo 3, “porque el oído prueba las palabras, como el paladar, saborea lo que uno come”, suenan muy parecidas a las que Job pronunció en 12:11. No podemos asegurar que Eliú estuviera recalcando las palabras de Job, pero por lo que ha dicho hasta ahora vemos que carecía de tacto.

En los versículos 4-9, Eliú arremetía los ataques contra Job. Al lector le puede parecer presuntuoso que un joven como él hable en forma tan dura contra un hombre del carácter y de la reputación de Job. Otra vez, a diferencia de sus tres amigos, Eliú llama a Job por su nombre; según él, trataba de razonar con Job, pero en vez de ello lo atacó duramente. Luego de haber escuchado al menos en parte la conversación entre Job y sus tres amigos, Eliú se pudo haber imaginado que su papel era el de mediador. Pero en su discurso actúa más bien como juez que como abogado defensor.

Es cierto que Job se había quejado amargamente contra Dios, lo que es inexcusable. Había dicho que Dios le había negado su justicia (27:2), antes también se había quejado diciendo: “Las flechas del Todopoderoso se me han clavado, su veneno lo ha bebido mi espíritu; y los terrores de Dios combaten contra mí” (6:4). Eliú se refiere a esas afirmaciones.

Pero parece que exagera el caso cuando cita a Job, diciendo: “¿Habré de mentir contra mi razón”. Si con estas palabras asumimos que es Dios quien consideraba a Job como un mentiroso, no hay evidencia de que Job alguna vez haya hecho esas declaraciones. Job se había quejado de que Dios no le había respondido ni le hubiera explicado por qué sufría tanto, pero nunca había acusado a Dios de llamarlo a él, Job, mentiroso.

Las palabras que dice Eliú en los versículos 7-9, son especialmente cortantes y agresivas; parece que contradicen sus palabras previas, cuando dijo que iba a ser un juez imparcial en la larga controversia entre Job y sus amigos, como ya lo había indicado anteriormente: “No haré ahora acepción de personas, ni usaré con nadie de títulos lisonjeros” (32:21). Eliú dice que Job está bebiendo la insolencia como el sediento bebe agua a grandes tragos. Le dice a Job que por sus quejas contra Dios se ha puesto a nivel de los malvados y de los inicuos. Luego termina el cruel ataque asegurando que Job había dicho: “De nada le sirve al hombre conformar su voluntad a Dios”.

En su impulsividad, Eliú había acusado falsamente a Job cuando dijo que: “De nada le sirve al hombre conformar su voluntad a Dios”; esas palabras son típicas de los cínicos y de los incrédulos, pero Job no era ni lo uno ni lo otro, sino un hombre justo que estaba sufriendo mucho. Bajo condiciones tan extremas hizo declaraciones que sugerían que de nada beneficiaría al hombre el tratar de agradar a Dios.

Las palabras de Eliú en cierta forma son más desagradables que las que pronunciaron los tres insensibles amigos; las acusaciones de éstos contra Job fueron menos personales que las de Eliú. Como vimos en el capítulo anterior, sin embargo, Eliú detectó un aspecto importante del problema del sufrimiento, que los tres amigos habían pasado por alto: que Dios usa la aflicción para enseñarle a la víctima la lección de confiar más en él. En las palabras que siguen, Eliú deja este asunto para hablar ampliamente sobre la justicia y sabiduría de Dios.

Dios en su gobierno del mundo es justo y sabio

¹⁰ »Por tanto, oídme vosotros, // que sois varones inteligentes:

**¡Lejos esté de Dios la impiedad,
del Omnipotente la iniquidad!**

**¹¹ Porque él pagará al hombre // según su obra,
y le retribuirá conforme a su conducta.**

**¹² Sí, por cierto, Dios no hará injusticia;
el Omnipotente no pervertirá el derecho.**

**¹³ ¿Quién visitó por él la tierra?
¿Quién puso en orden el mundo entero?**

**¹⁴ Si él pusiera sobre el hombre su corazón
y retirara su espíritu y su aliento,**

**¹⁵ todo ser humano perecería a un tiempo
y el hombre volvería al polvo.**

“Varones inteligentes” llama Eliú a Job y a sus amigos, pidiendo nuevamente que le pongan atención. Es cierto que debían

estar de acuerdo en que Dios no haría lo malo; y cuando Eliú afirma: que Dios “pagará al hombre según su obra”, está afirmando lo que los tres amigos habían dicho antes.

Job había dudado de la justicia de Dios, al decir que había sufrido tanto sin saber por qué. De nuevo es conveniente recordar que: ni Job, ni Eliú, ni sus amigos, sabían del papel que Satanás estaba jugando en tan severa aflicción. En su intenso sufrimiento, Job se quejó y hasta acusó a Dios de maltratarlo, pero por la gracia de Dios no había perdido la fe en Él, ni lo había maldecido, como Satanás había predicho.

En el versículo 13, Eliú lanza una pregunta retórica: “¿Quién visitó por él la tierra?, ¿Quién puso en orden todo el mundo?”. La respuesta es obvia: nadie; Dios es soberano absoluto sobre este inmenso universo creado por él; a nadie le tiene que responder por lo que hace. Más adelante Dios mismo le dice a Job: “¿Quién me ha dado a mí primero para que yo restituya? Todo lo que hay debajo del cielo es mío” (41:11).

Hablando de Dios, Eliú continúa: “Si él pusiera sobre el hombre su corazón, y retirara su espíritu y su aliento, todo ser humano perecería a un tiempo, y el hombre volvería al polvo”. Dios es el autor y dador de todo ser viviente. Nuestro espíritu y aliento provienen de él, dependemos de él hasta para respirar. No sólo los seres humanos, sino todo ser viviente dependen totalmente de Dios para vivir y subsistir. P.E. Kretzmann, hablando sobre este versículo, ofrece el siguiente comentario: “El hombre depende completamente de la providencia de Dios, y aun así Dios es incapaz de usar su majestuoso poder de forma arbitraria” (*Comentario popular*, Antiguo Testamento, Vol. II, p.47).

A Job le parecía que Dios actuaba arbitraria e impulsivamente al permitir que él sufriera tanto. A nosotros también algunas veces nos puede parecer que Dios es injusto cuando permite que suframos grandes desgracias como: las enfermedades o los accidentes, o la pérdida de un ser amado. Sin embargo, la sabiduría de Dios es inmensamente superior a la nuestra; sus pensamientos y sus caminos están más allá de nuestro limitado entendimiento

humano. Él también les ha dado a los creyentes la seguridad que se expresa con estas palabras: “Y sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas los ayudan a bien esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28). Dios no es sólo sabio y justo, también es amoroso y misericordioso.

**16 »Si, pues, hay en ti entendimiento, //oye esto;
escucha la voz de mis palabras.**

**17 ¿Gobernará acaso el que aborrece juicio?
¿Condenarás tú al que es tan justo?**

**18 ¿Se llamará “Perverso” al rey,
o “Impíos” a los príncipes?**

**19 Pues, ¿cuánto menos a aquel//que no hace diferencia entre
príncipes,**

**ni respeta más al rico que al pobre,
porque todos son obra de sus manos?**

20 ¡En un momento mueren, a medianoche!

**Los pueblos se alborotan, y ellos pasan,
y sin mano de hombre//es quitado el poderoso.**

Eliú interrumpe de nuevo su discurso para que los oyentes presten atención a lo que está diciendo. Resumiendo el tema de la sabiduría del gobierno de Dios, le hace a Job una pregunta que se responde por sí misma: “¿Gobernará acaso el que aborrece juicio? ¿Condenarás tú al que es tan justo?” ¡De ninguna manera! Hacerlo sería presuntuoso.

El versículo 18 se ha traducido y se ha interpretado de dos formas. En algunas versiones y comentarios la traducción dice algo así como: “¿Quién le dice al rey ‘inútil’ y a los nobles ‘malvados’?” Esto refiere las palabras “rey” y “noble” a Dios, y sugiere que estaría completamente fuera de lugar llamarlo “inútil” o “malvado”. Aunque esa interpretación es posible, es preferible seguir la traducción y la interpretación de la *New International Version* y de otras traducciones. El texto entonces se lee así: “¿Acaso no es Dios el único que puede decir al rey ‘inútil’ y a los

nobles ‘malvados?’” Esta interpretación concuerda también con los versículos que siguen: “¿Cuánto menos a aquel que no hace acepción de personas de potentados, ni favorece más al rico que al pobre, porque todos son obras de sus manos?” Inclusive los más encumbrados y poderosos de la tierra, no son grandes a los ojos de Dios. Él no desea ni tiene por qué complacerlos. Dios creó al más humilde y al más bajo, todos somos obra de sus manos. En comparación con Dios, aun el más grande y más poderoso de los hombres no es nada.

Hablando de los seres humanos, Eliú continúa diciendo: “En un momento mueren, a media noche. Los pueblos se alborotan, y ellos pasan, y sin mano de hombre es quitado el poderoso”. ¡Qué cierto es esto! Todos los días leemos y escuchamos de personas, algunas famosas y otras desconocidas, que de pronto mueren. Unos, por causas naturales; otros, por causa de asesinatos, accidentes de automóviles y aéreos, incendios y otras desgracias que de pronto acaban con la vida. Esas desgracias no muestran preferencias por: el rico, el poderoso, ni el famoso. Las palabras de Eliú son sobrias y verdaderas; cuando Dios permite que la muerte toque a la puerta, reclama a su víctima sin considerar su condición o su situación terrenal. ¡Es muy importante que estemos preparados para cuando llegue la muerte! Con Moisés debemos orar, “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría” (Salmo 90:12).

²¹ Porque los ojos de Dios están//sobre los caminos del hombre, y ve todos sus pasos.

²² No hay tinieblas ni sombra de muerte donde se puedan esconder//los que hacen el mal.

²³ No carga, pues, él al hombre//más de lo justo, para que comparezca con Dios a juicio.

²⁴ Él, sin indagación, quebranta a los fuertes y pone a otros en su lugar.

²⁵ Así hace notorias las obras de ellos; los trastorna en la noche//y son quebrantados.

**²⁶ Como a malos que son, los hiere
en lugar donde sean vistos,
²⁷ por cuanto se han apartado de él
y no consideran ninguno de sus caminos,
²⁸ sino que delante de él//hacen venir el clamor del pobre,
y que oiga el clamor de los necesitados.
²⁹ Si él da reposo, ¿quién inquietará?
Si esconde el rostro, ¿quién lo mirará?
Y esto es igual para una nación//que para un hombre,
³⁰ a fin de que no reine el hombre impío
para vejación del pueblo.**

Eliú continúa explicando cómo muestra Dios su infinita sabiduría y su justicia, al gobernar el mundo. Dice: “Los ojos de Dios están sobre los caminos del hombre y ve todos sus pasos”. La omnisciencia de Dios lo hace imparcial en sus juicios; él lo ve todo y lo sabe todo; ni un solo paso del hombre se le escapa. Este atributo del Altísimo puede servir tanto de advertencia como de consuelo para nosotros los humanos. Por un lado, el Señor ve y sabe todos nuestros pecados en: pensamiento, palabra, deseo, y obra. ¡Eso es terrible! Por otra parte está completamente consciente de todas nuestras tribulaciones y necesidades. Nos vigila día y noche, nos protege de todo peligro, y nos guarda con amoroso cuidado. ¡Qué gran consuelo es este!

Eliú añade: “No hay tinieblas ni sombra de muerte donde se puedan esconder los que hacen el mal”. En uno de los salmos más profundos, David expresa con elocuencia este mismo pensamiento; dirigiéndose a Dios, dice: “si dijera: Ciertamente las tinieblas me cubrirán, aún la noche resplandecerá alrededor de mí: Aun las tinieblas no encubren de ti; y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz” (Salmo 139: 11,12).

En uno de nuestros himnos familiares el autor John Ellerton expresa el mismo pensamiento:

Después, Señor, de haber tenido aquí
De tu palabra la bendita luz,

A nuestro hogar condúcenos, y allí
De todos cuida, ¡buen Pastor Jesús!

Al terminar, Señor, mi vida aquí,
Mis ojos hazme sin temor cerrar,
Y al despertar en gloria junto a Ti
De paz eterna hazme disfrutar.

(*Culto cristiano*, himno 296:1,3)

Job anhelaba la oportunidad de comparecer ante Dios. En el versículo 23 de este capítulo, Eliú le dice que esa prisa es innecesaria; Dios no necesita fijar horarios para dar una audiencia, ni el hombre necesita pedir una cita para tal efecto. Dios, en su sabiduría infinita, lo puede juzgar de inmediato. Él también, en su omnipotencia, puede remover al poderoso y poner a otro en su lugar. Los puede derrocar y castigar por su maldad y exhibirlos públicamente. A través de la historia, los gobernantes malvados e impíos han sido destronados y humillados, y muchos de los que fueron al sepulcro con toda pompa y honor cosecharán por toda la eternidad el pago a su maldad. “No os engaños; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará” (Gálatas 6:7). Eso se les aplica también a gobernantes crueles e injustos. El castigo de Dios caerá sobre los tiranos malvados, pues el Omnipotente escucha el clamor del pobre y del necesitado que ellos oprimen.

Los versículos 29 y 30, son difíciles de entender y de interpretar. Parece mejor entenderlos como diciendo que Dios algunas veces se aleja de lo que está pasando sobre la tierra. Hombres como Stalin y Mao Tse-Tung, actuaron cruel y despiadadamente, por lo visto, sin gran oposición. Con frecuencia nos damos cuenta de que los malvados tienen el control y que la maldad prevalece. Y parece que Dios no oye ni ve lo que está sucediendo, dejando que las cosas sigan su curso. Pero no nos engañemos, a pesar de las apariencias, Dios siempre tiene el control.

Su aparente lentitud para actuar no niega su soberanía y su poder. Él puede castigar o disciplinar a una nación permitiendo que un malvado la conquiste o la gobierne, tal como ocurrió varias veces con Israel en el Antiguo Testamento. Pero Dios no permitirá que avance la maldad y prevalezca más allá del límite impuesto por él. Al final su justicia reinará.

Eliú estaba convencido de que Dios es Dios de justicia, y en los versículos que siguen le pide nuevamente a Job que no lo olvide.

Job debe reconocer la justicia y la sabiduría de Dios

³¹»De seguro conviene decirle a Dios:

“Ya he llevado el castigo;//no volveré a ofender.

**³² Enséñame tú lo que yo no veo;
y si hice mal, no lo haré más.”**

³³ Pero, ¿habrá de ser esto según tu parecer?

Él te retribuirá, no yo, //tanto si rehúsas como si aceptas.

Si no es así, di tú lo que sepas.

**³⁴ Los hombres inteligentes dirán conmigo,
y también todo hombre sabio//que me oiga:**

**³⁵ “Job no habla con sabiduría;
sus palabras no tienen sentido.”**

**³⁶ ¡Yo deseo que Job//sea ampliamente examinado,
a causa de sus respuestas semejantes//a las de los hombres
inícuos!**

**³⁷ Porque a su pecado ha añadido rebeldía,
y bate palmas contra nosotros,
y contra Dios multiplica sus palabras.»**

Eliú había destacado el hecho que Dios es justo y sabio. Ahora exhortó a Job a que se arrepintiera de sus errores y confesara su culpa. Eliú estaba molesto porque Job había desafiado la justicia de Dios al sugerir que había actuado arbitrariamente con él. Ahora debía admitir su error. Eliú sugirió que sería absurdo esperar que

Dios cambiara su forma de gobernar el mundo para complacer a Job.

Por tercera vez Eliú dijo que sus oyentes eran hombres inteligentes, y de nuevo regañó ásperamente a Job, diciendo que: “Job no habla con sabiduría, y sus palabras no tienen sentido”. De los tres amigos, Eliú fue el que se acercó más a la solución del sufrimiento de Job, pero sus palabras difícilmente revelan un corazón compasivo.

Y, como si Job necesitara ser probado aún más, Eliú exclama: “Yo deseo que Job sea ampliamente examinado, a causa de sus respuestas semejantes a las de los hombres inicuos”. ¿Acaso Job no había sido probado lo suficiente? Su dolor era de tal intensidad que ni Eliú ni los otros tres amigos, podían imaginarlo. Job se sentía muy solo; no se dice que su esposa estuviera a su lado, compadeciéndolo o ayudándolo en algo. Había perdido a sus hijos, de forma que ni uno había quedado para consolarlo; su única compañía eran los cuatro hombres que constantemente lo reprendían. En el caso de que hubiera otras personas presentes, eran meros espectadores curiosos. No sólo fue irónico sino hasta cruel, que Eliú dijera: “Yo deseo que Job sea ampliamente examinado”.

Y sin embargo, hay algo de verdad en lo que le dijo Eliú a Job. En las últimas palabras de su segundo discurso dice: “Porque a su pecado ha añadido rebeldía; y bate palmas contra nosotros, y contra Dios multiplica sus palabras”. Job había acusado a Dios: de que lo había atacado con sus “flechas” (6:4), de que lo había convertido en su blanco (7:20), y de que lo había aplastado con tempestades (9:17). Sentía que el Todopoderoso lo estaba aquejando injustamente. Fue fuerte el lenguaje que usó Job en sus quejas contra Dios; sus palabras son injustificables, pero lo podemos entender porque venían de un hombre que estaba sufriendo inmensamente en su soledad. Bajo el peso de graves aflicciones, aun los cristianos más fieles se quejarían amargamente, quizás hasta con palabras que en otras circunstancias jamás pronunciarían; hasta han pronunciado

maldiciones que ellos mismos se sentirían molestos de oír o de decir en otras oportunidades.

No está por demás, que recordemos que la verdadera causa de los sufrimientos de Job no se debió a que hubiera cometido algún pecado en particular; más bien, como nos enteramos en los dos primeros capítulos del libro, Dios permitió que Satanás probara severamente a Job quitándole sus hijos y sus propiedades y afligiéndolo con intenso sufrimiento físico. Como hemos notado en repetidas ocasiones: Job, los tres amigos, y Eliú, ignoraban la conversación que Dios y Satanás habían tenido, y que se registra en los capítulos 1 y 2. Job no comprendía por qué tanta aflicción, mientras que los otros oradores eran incapaces de compadecerlo.

Aunque muchas de las afirmaciones que hizo Eliú fueron semejantes a las de los tres amigos, sin embargo Eliú sugirió algunas soluciones que ellos no mencionaron. En el capítulo 33, notamos algunas de esas soluciones, y en los capítulos siguientes (35-37) veremos que el joven Eliú tenía más por añadir a la discusión.

TERCER DISCURSO DE ELIÚ

*El ejercicio de la justicia de Dios
no es conforme a nuestra manera de pensar*

35 Prosiguió Eliú su razonamiento//y dijo:
2 «¿Piensas que ha sido correcto decir:
“Más justo soy yo que Dios”?

3 Porque tú dices://“¿Qué ventaja sacaré de ello?
¿O qué provecho tendré de no haber pecado?”

El primer versículo de este capítulo sugiere que Eliú hizo una pausa al final de su segundo discurso (capítulo 34) con el fin de darle a su audiencia la oportunidad de responder. Y como nadie hizo ningún comentario, Eliú continuó con su monólogo. Le dirigió las primeras palabras a Job. Como en el capítulo anterior,

las palabras de Eliú fueron ásperas y directas. Pretendió convencer a sus oyentes de que Job no tenía en qué apoyarse en su disputa con Dios. Afirmó que, de hecho, lo que Job necesitaba era humillarse ante el Señor.

Eliú planteó la primera declaración en forma de pregunta: “¿Piensas que ha sido correcto lo que has dicho?”. La forma en que hace la pregunta requiere una respuesta negativa. La última parte del segundo versículo es difícil; los traductores y los comentaristas la han interpretado de varias formas. La *New International versión* traduce: “Seré justificado por Dios” (vea la traducción alternativa en la *Reina Valera Actualizada* al pie de la página: “Mi justificación proviene de Dios”). Es cierto que Job había pedido una audiencia esperando que Dios lo declarara inocente de los cargos que sus amigos le imputaban. En el capítulo final del libro, Dios, hablando de Job, les dijo a los amigos: “No habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job” (42:7).

Anteriormente Eliú había acusado a Job de decir: “De nada le sirve al hombre conformar su voluntad a Dios” (34:9). Ahora sugiere que Job había preguntado: “¿Qué provecho tendré de no haber pecado?”

Pero preguntamos, ¿había dicho Job en realidad eso? o ¿acaso sus palabras sugieren esos pensamientos? Para Eliú, así lo parecía. Job se había quejado amargamente contra Dios al ver que él, un hombre justo, sufría tanto mientras que otros, que eran impíos, parecían prosperar constantemente. Hasta acusó a Dios de afligir al justo tan severamente como al impío. Pero aun con todo esto, no logramos encontrar en sus palabras ninguna evidencia de que haya dicho: “¿Qué provecho tendré de no haber pecado?” Aunque Job estaba consciente de su pecaminosidad, no hay evidencia de que pretendiera adoptar un estilo de vida pecaminoso. De hecho, en el capítulo 13 niega vehementemente esas intenciones o actividades.

**⁴ Pues yo te responderé con razones,
y a tus compañeros contigo.**

⁵ Mira a los cielos. Contémpalos

y considera que las nubes//están más altas que tú.

⁶ Si pecas, ¿qué habrás logrado contra él?

Si tus rebeliones se multiplican,//¿qué le harás tú?

⁷ Y si eres justo, ¿qué le darás a él?

¿O qué recibirá de tu mano?

⁸ A un hombre como tú//lo daña tu impiedad;

y a un hijo de hombre//le es provechosa tu justicia.

Eliú se dirigió primeramente a Job, eso lo sabemos por las formas de los verbos y por pronombres, que están en singular en el hebreo, del versículo 5 al 8. También incluye a los tres amigos, como lo indica en la última línea del versículo 4. Eliú hace un llamado a la majestuosa grandeza de Dios.

Dios es infinitamente superior a cualquier ser humano; está más allá de ser ayudado o herido por mortal alguno. En palabras de P.E. Kretzmann: “ni los pecados del hombre ni sus buenas obras tienen efecto alguno sobre las bendiciones del gran Dios” (*Comentario popular; Antiguo Testamento, Vol. II, p.48*). Eso no significa que Dios sea indiferente a la conducta del hombre; en realidad, considera cada pecado como grave violación a su santa voluntad. Sin embargo, Dios en sí no se ve afectado por lo bueno o lo malo que: Job, Eliú, o usted, o yo, hagamos o dejemos de hacer.

Por lo tanto, concluye Eliú, Job debe tener cuidado de no juzgar a Dios por las normas humanas y de no insistir en que le dé audiencia inmediata.

⁹ »Claman a causa de las muchas violencias

y se lamentan//por el poder de los grandes.

¹⁰ Pero nadie dice://“¿Dónde está Dios, mi Hacedor,

que llena de cánticos la noche,

¹¹ que nos enseña más//que a las bestias de la tierra

y más sabios nos hace//que a las aves del cielo?”

¹² Allí claman, pero él no escucha,

a causa de la soberbia de los malos.

**13 Ciertamente Dios no escucha//lo que es vanidad;
ni siquiera lo mira el Omnipotente.**

**14 ¿Cuánto menos, pues, //cuando dices que no haces caso de él?
Tu causa está delante de él.//Por tanto, aguárdalo.**

**15 Mas ahora, porque en su ira no castiga
ni inquiera con rigor,**

**16 por eso abre Job su boca en vano
y multiplica palabras sin sabiduría.»**

Lo que pretendió Eliú fue explicar el por qué Dios en ocasiones aparentemente se tarda en liberar de los sufrimientos y de las aflicciones a sus hijos. Uno de los dichos comunes durante la II Guerra Mundial fue: “en las trincheras no hay ateos”. Cuando las personas se encuentran en graves peligros, claman a Dios pidiendo su ayuda, aun cuando en circunstancias normales apenas se acuerden de que él existe. Eliú expresa ese pensamiento en estos versículos. Para muchas personas Dios es una póliza de seguro, conveniente para cuando se presentan las crisis. Es alguien a quien se puede acudir en busca de ayuda sólo cuando surge el peligro, pero cuando todo marcha bien, Dios puede ser ignorado.

Eliú sostiene: “Pero nadie dice: ¿Dónde está Dios mi hacedor, que llena de cánticos la noche, que nos enseña más que a las bestias de la tierra, y más sabios nos hace que a las aves del cielo?” La expresión “que llena de cánticos la noche”, se refiere al gozo que los creyentes podemos tener inclusive en las aflicciones más profundas, porque sabemos que Dios está a nuestro lado, dándonos su protección y su cuidado.

Eso nos hace recordar un incidente que ocurrió en Filipos, en la antigua Grecia, hace más de 1900 años. Pablo y Silas, habían sido golpeados y encarcelados injustamente, sus pies habían sido atados a un poste. Cualquiera pensaría que se estaban quejando y gritando amargamente, pero, por el contrario, leemos: “Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían. Entonces sobrevino de repente un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían; y al

instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron” (Hechos 16:25-26). En aquella memorable ocasión realmente se oyeron “cánticos en la noche”, y Dios liberó: a Pablo, a Silas, y a todos los demás.

En contraste, Eliú describe a las personas cuyo corazón no es recto para con Dios. Cuando claman, gritan en su desesperación, porque no tienen un corazón creyente. Sus súplicas son en vano. Dijo Eliú: “Ciertamente Dios no oírás escucha los que es vanidad, ni siquiera lo mira el Omnipotente”.

Después de haber descrito a los inicuos cuya plegaria Dios no escucha, Eliú se enfrentó de nuevo a Job; lo clasificó como a uno de los impíos a quienes acababa de describir. Sintió que los principios que había establecido en los versículos anteriores, también se aplicaban al caso de Job. Lo reprendió también por sus quejas impacientes y por la insistencia en querer recibir una respuesta de Dios. Eliú pensaba que Job no le había suplicado a Dios con verdadera humildad sino más bien con un espíritu arrogante y altivo.

Los versículos 14 y 15, son un reto para los traductores y para los intérpretes. Las observaciones de uno de los intérpretes son de utilidad para hacer resaltar el significado de estos versículos: “Aunque Job se atormente por el hecho de que *no puede ver* a Dios, Eliú, sin embargo, se esfuerza por hacerle ver que *su caso está ante* Dios. Dios lo ha conocido desde el principio. Pero Job no puede obligar a Dios a tomar una decisión basado en sus lamentos y sus quejas” (John E. Hartley, *El libro de Job*, p.467).

Lo que Eliú estaba diciendo era: “¡Ten paciencia, espera!” Pero él bien pudo haber seguido su propio consejo, porque el mismo Eliú se mostraba ansioso por participar en la contienda. Fue además impulsivo y en ocasiones inmoderado, en la forma de hablar. A pesar de ello, aún le agregó una nueva dimensión a la discusión.

En los últimos versículos de este capítulo, Eliú habló muy francamente: “Por eso abre Job su boca en vano, y multiplica palabras sin sabiduría”. Aunque las palabras de Eliú fueron

bastantes severas, Job no le replicó. Sin duda que las agudas palabras de Eliú hicieron que Job reflexionara en la presuntuosa naturaleza de algunas de sus acusaciones contra Dios, en las que lo trató injustamente. Ciertamente Job se equivocó cuando dijo que Dios es injusto, y Eliú estuvo en lo correcto cuando lo reprendió y le recordó que no se atreviera a juzgar a su Creador. Dios no ejerce su justicia de acuerdo con nuestra forma de pensar.

Los discursos de Eliú también debieron haber preparado a Job para el mensaje que viene en los seis capítulos siguientes: dos donde Eliú es el orador y cuatro donde es Dios quien habla. Los cuatro últimos capítulos constituyen el gran clímax del libro de Job, y nos llevan al final feliz del último capítulo.

CUARTO DISCURSO DE ELIÚ

Los capítulos 36 y 37, contienen el último discurso de Eliú; este es el más largo de los cuatro que pronunció. Como ya vimos, los primeros discursos de Eliú reflejaron impaciencia y brusquedad. En contraste, en este último discurso sus palabras fueron más amables y consideradas, aunque todavía se expresó en forma audaz.

Nuevamente, como en los discursos anteriores, comenzó su discurso pidiéndole a la audiencia le pusiera mucha atención. Comprendiendo que ya había hablado lo suficiente, les pidió que tuvieran un poco más de paciencia mientras terminaba su último discurso.

Dios es sabio y poderoso en su manera de tratar con la humanidad

36 Eliú siguió diciendo:
2 «Espérame un poco y yo te instruiré,
porque todavía tengo razones//en defensa de Dios.

3 Traeré mi saber desde lejos
para atribuir justicia a mi Hacedor.

**4 Porque de cierto no son mentira//mis palabras:
¡Contigo está uno que es íntegro//en sus conceptos!**

Eliú estaba convencido que Job había acusado a Dios injustamente. Por lo tanto, se sentía obligado a salir en defensa de Dios. Aunque era joven, afirmó que tenía bastantes conocimientos, y pretendió usarlos para atribuirle la justicia a su Hacedor. En este último discurso recurrió a la historia y a la naturaleza. Declaró que Dios es: sabio, poderoso, lleno de amor en sus tratos con la humanidad (36:1-21) y en su gobierno de la naturaleza (36:22-37:24).

Le aseguró a la audiencia que sus palabras no eran falsas. ¿Estaba recordando las primeras palabras que Job les dirigió a sus amigos? Job los había acusado diciendo: “Vosotros, ciertamente, sois fraguadores de mentira” (13:4). Refiriéndose a él mismo, Eliú dijo atrevidamente: “Contigo está uno que es íntegro en sus conceptos”. Eliú dijo francamente que sus argumentos eran válidos y convincentes. Se dirigió en particular a Job, ya que la palabra “tú” está en el singular en el hebreo.

5 »Dios es grande, pero no desestima a nadie.

Es poderosa la fuerza de su sabiduría.

6 No concede vida al impío,

pero a los afligidos otorga sus derechos.

7 No aparta sus ojos de los justos;

antes bien, con los reyes los sienta//en trono y los exalta para siempre.

8 Aun si estuvieran sujetos con grillos,

aprimados con cuerdas de aflicción,

9 él les daría a conocer//las obras que hicieron

y cómo prevalecieron sus rebeliones.

10 Les despierta además//los oídos a la corrección

y los exhorta a convertirse//de la iniquidad.

11 Si ellos escuchan y le sirven,

acabarán sus días con bienestar

y sus años con dicha.

**¹² Pero si no escuchan, // serán pasados a espada
y perecerán en su falta de sabiduría.**

**¹³ » Los hipócritas de corazón // atesoran para sí la ira
y no clamarán cuando él los ate.**

**¹⁴ Fallecerá el alma de ellos en su juventud
y su vida entre los sodomitas.**

**¹⁵ Al pobre librará él de su pobreza;
en la aflicción despertará su oído.**

Después de las observaciones que hizo Eliú en la introducción, comenzó el discurso y en él enfatizó la sabiduría y el poder de Dios en su trato con los seres humanos. Por su omnisciencia, Él es perfectamente justo e imparcial en su trato con los hombres, siendo a la vez bondadoso y compasivo. Como es omnipotente, Dios puede hacer lo que desee; es capaz de hacer que el impío tenga un fin desastroso. Por otra parte, les da al humilde y al afligido sus derechos; no olvida a los justos. Eliú dijo: “No aparta sus ojos de los justos; antes bien, con los reyes los sienta en trono y los exalta para siempre”.

Estas palabras nos recuerdan dos héroes del Antiguo Testamento, José y Daniel. Los dos sufrieron injustamente, enfrentaron duras tentaciones, y finalmente fueron exaltados a posiciones importantes. Aunque la mayoría de los creyentes no llegan a alcanzar posiciones de influencia y poder como las que alcanzaron José y Daniel, Dios librará al justo a su debido tiempo y de la mejor forma que él considere conveniente.

Eliú habló de la aflicción en dos sentidos: como disciplina completa para el justo, y como castigo bien merecido para el impío. Primero señaló el aspecto positivo de la aflicción (8-11) y en seguida el lado negativo (versículo 12-15).

Eliú usó la expresión “grillos” y “cuerdas de aflicción”, para describir las tribulaciones que asaltan al justo. Los grillos refrenan tanto como duelen; así también son las aflicciones que debe soportar un hijo de Dios. Sin embargo esas aflicciones siempre

sirven para un buen propósito. Pueden ser una advertencia para no seguir avanzando por el camino prohibido, o pueden despertar el sentimiento de total impotencia del hombre ante los problemas, que lo obligue a uno a comprender que sólo en Dios hay ayuda y salvación.

Hablando de Dios, Eliú dijo: que les da “a conocer las obras que hicieron, y cómo prevalecieron sus rebeliones. Les despierta además los oídos a la corrección”. A diferencia de los tres amigos, Eliú enfatizó el hecho de que para los creyentes el sufrimiento es una forma mediante la que Dios disciplina en amor, para ayudar a que el afligido: se dé cuenta de sus pecados, se arrepienta, y se fortalezca en la fe. Eliú ya había afirmado ese hecho con detalle (33:19-33). En este discurso lo mencionó nuevamente.

En los versículos 11 y 12, Eliú efectivamente hizo el contraste entre el destino de los que escuchan a Dios y los que no lo escuchan: “Si escuchan y le sirven, acabarán sus días en bienestar, y sus años con dicha. Pero si no escuchan, serán pasados a espada, y perecerán en su falta de sabiduría”. La opción es sencilla e importante: escuchen y prosperen, o niéguese a escuchar y perezcan.

Eliú describió el lado negativo de la aflicción. Les dijo a Job y a sus amigos, cómo reacciona el impío ante el sufrimiento. Acumulan odio en el corazón y con ello se ponen bajo la justa ira de Dios. Cuando cosechan la recompensa de sus obras malvadas no muestran remordimiento, ni acuden a Dios pidiendo ayuda. En los periódicos y en la televisión, vemos con frecuencia ejemplos de esa dureza de corazón—personas que matan a otros y mutilan el cuerpo de sus víctimas. En muchos casos no se ven indicios de que estén arrepentidos de sus horribles crímenes. En algunos, ni la amenaza de morir en la silla eléctrica parece impresionarlos.

En el versículo 14, Eliú dijo: “Fallecerá el alma de ellos en su juventud, y su vida entre los sodomitas”. Algunas traducciones de la Biblia tratan de atenuar la palabra “sodomitas” con términos como: “disipación”, “juventud vergonzosa”, o “pervertidos”. Sin embargo, la traducción “sodomitas” expresa con exactitud el

significado de la palabra hebrea. En los tiempos antiguos, los paganos, al celebrar sus diferentes festividades religiosas, practicaban orgías sexuales en las que hombres y mujeres se prostituían, y eso incluía tanto actividades homosexuales como heterosexuales. Esas actividades obscenas todavía se practican hoy en día en ciertos grupos religiosos. Esa vida de libertinaje con frecuencia lleva a la enfermedad y a una muerte prematura.

Luego de haber descrito al impío tal cual es, Eliú se volvió a referir al creyente, a quien describió en los versículos 7-11: “Al pobre librerá él de su pobreza, y en la aflicción despertará su oído”. En el capítulo 33, Eliú se extendió en la descripción del sufrimiento como una disciplina sana que fortalece la fe del justo. Había dicho que Dios nos habla también a través del sufrimiento. Job se había quejado de que Dios no le respondía ni explicaba por qué de sus enormes sufrimientos. Por otra parte los tres amigos habían insistido en que los problemas de Job eran el castigo por algunos pecados especiales que había cometido. Aunque Eliú también pensaba que el sufrimiento de Job era una forma de corrección, sin embargo primeramente lo veía como una disciplina derivada del amor de Dios para probar y fortalecer la fe de Job.

En su manual *La fe puesta a prueba*, Roland Cap Ehlke dice: “¿No podría ser que Eliú está diciendo que Dios usa los problemas para dar lugar al bien? Tal vez permite el dolor en nuestra vida para volvernos a él *antes* de que caigamos en el pecado, no sólo para castigarnos y corregirnos *después* de haber caído en él (tal como los amigos de Job argumentaban)” (p.45).

En los versículos siguientes, Eliú se dirige directamente a Job una vez más. Su lenguaje es más brusco y menos moderado que en el resto de este su discurso final.

**¹⁶ Y también a ti te apartará//de la boca de la angustia
a un lugar espacioso, libre de todo agobio,
y te preparará una mesa//llena de manjares.**

**¹⁷ Mas tú te has llenado del juicio del impío,
en vez de sustentar//el derecho y la justicia.**

18 Por eso teme, no sea que él, // en su ira, te quite con un golpe que no puedas evitar // ni aun pagando un gran rescate.

19 ¿Acaso hará él aprecio del oro, // de tus riquezas o de todo gran poderío?

20 No anheles la noche, cuando los pueblos // desaparecen de su lugar.

21 Guárdate de volver a la iniquidad, la cual escogiste más bien que la aflicción.

Los seis versículos que componen esta sección son difíciles para los traductores y para los intérpretes. Con la posible excepción de Job 19:23-27, no hay otra sección tan difícil de traducir. Al leer las diferentes traducciones nos daremos cuenta de ello. Hemos tratado de expresar su significado con base en nuestro entendimiento del texto.

Dirigiéndose a Job en particular en el versículo 16, Eliú dijo primero que Job estaba atrapado en “la boca (las garras) de la angustia” (desastre). Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, las palabras que se traducen aquí como: “angustia,” “desastre,” y “tribulación” dan la impresión de una persona que está en severos aprietos. Lo opuesto a esa palabra es la que se traduce como “lugar espacioso”. Eliú dice que ese lugar está “libre de todo agobio”, y agrega “te preparará una mesa llena de manjares”.

¿Estaba Eliú sugiriendo la futura restauración de Job tal como se describe en el último capítulo? Probablemente no. En ese tiempo solamente Dios sabía de las abundantes bendiciones que le tenía preparadas a Job. Sin embargo, estas palabras fueron una descripción de las riquezas que Job tuvo en un principio, así como de las grandes bendiciones que Dios derramo sobre él cuando lo hubo restaurado. Podemos estar seguros que Job no vivió solamente de pan y agua después de que Dios lo bendijo tan ricamente al terminar este drama humano.

En el versículo 17, Eliú calificó a Job dura e injustamente de impío. Sus palabras suenan muy parecidas a las que habían dicho los otros tres amigos.

Él tenía la convicción de que Dios estaba actuando justa y amorosamente, al poner a prueba a Job, para que se diera cuenta del error que cometía al culpar y acusar al Señor de tratarlo injustamente. Eliú estaba en lo correcto al defender la justicia de Dios; ninguno de los otros participantes en la discusión estuvo en desacuerdo con esto. Anteriormente, los amigos también habían sostenido que Dios es justo; hasta Job lo había admitido, pero en los sufrimientos había cedido a la tentación de acusar a Dios de acosarlo por gusto.

Recordemos que ninguno de ellos conocía la razón de los terribles sufrimientos de su amigo: que Dios había permitido que Satanás pusiera a prueba la fe de Job. Eliú no lo sabía, y sin embargo contribuyó más que los otros tres a resolver el gran sufrimiento de Job.

El versículo 18, resulta especialmente difícil. La *New International Version* lo traduce: “Ten cuidado de no ser atrapado por riquezas; no dejes que el gran soborno se ponga a tu lado”. Esa traducción sugiere que Job pudo haberse sentido tentado por el deseo de tener más dinero ahora que había perdido tanto, y que por medio de un buen soborno quizás podría pagar su propio rescate para quedar libre de sus sufrimientos. Lo único que esta actitud le traería sería apartarlo de Dios.

Aunque esa interpretación es posible y tiene algún respaldo, por la referencia a las riquezas que se mencionan en el siguiente versículo, para este escritor es preferible otra traducción. La revisión moderna de *King James* traduce: “Ten cuidado de que la ira no haga burla de ti; y no dejes que te haga a un lado la grandeza del rescate”. En un comentario sobre este versículo, P.E. Kretzman dice: “Job no debía dejar que la magnitud de la carga de sus aflicciones lo desviara y lo convirtiera en culpable de una mofa presuntuosa” (*Comentario popular, Antiguo Testamento, Vol. II,*

página 50). En este versículo, la palabra que se traduce como “soborno” es la misma que se usa para “redención” en el hebreo, como en 33:24. Allí Eliú cita al Ángel, a quien identificamos como el Hijo de Dios, diciendo: “que hay redención para él”.

Eliú le preguntó entonces a Job si acaso su riqueza sería capaz de sostenerlo de modo que ya no sintiera su aflicción. La respuesta obvia es “no.” (Compárese la traducción de *Dios habla hoy* para el versículo 19: “En la angustia no te servirán de nada tus gritos ni todo tu poder”).

Eliú agregó: “No anheles la noche, cuando los pueblos desaparecen de su lugar”. ¿Qué trató de decir Eliú aquí? ¿Acaso la palabra “noche” simboliza la muerte? Probablemente sí. De todos modos, en su primer discurso Job había pronunciado un largo y amargo lamento en el que deseaba nunca haber nacido. Usando un lenguaje muy imaginativo, siguió repitiendo el mismo deseo a través de todo el capítulo. En un discurso tras otro, Job deseaba las tinieblas en vez de la luz, la muerte en vez de la vida. Ahora Eliú le advirtió que no deseara la muerte, sino que llevara sus sufrimientos con paciencia.

Eliú terminó esta sección de su discurso con la advertencia: “Guárdate, de volver a la iniquidad, la cual escogiste más bien que la aflicción”. Repitió que Job está equivocado al dar rienda suelta a sus quejas y a su insistencia en presentar su caso ante Dios. En vez de eso, debería someterse humildemente a él. ¿Sospechaba Eliú que el propósito de los sufrimientos de Job era para probar si era verdadero hijo de Dios? Realmente no lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que, aunque ignoraba el diálogo que hubo entre Dios y Satanás, Eliú percibió y señaló que los sufrimientos eran una prueba y no meramente un castigo. Al afligir al justo, el Señor piensa sólo en su bien.

En el resto del discurso (36:22-37:24), Eliú dirigió la atención de su audiencia a otro tema en que Dios manifiesta su gran sabiduría y poder.

Dios es sabio y poderoso al controlar la naturaleza

**²² Dios es excelso en su poder;
¿Qué maestro es semejante a él?
²³ ¿Quién le ha trazado su camino?
¿Quién le dirá: “Eso lo has hecho mal”?
²⁴ »Acuérdate de enaltecer su obra,
la cual los hombres contemplan.
²⁵ Todos ellos la ven;
la mira el hombre desde lejos.**

Los otros oradores ya habían alabado el gran poder de Dios. Eliú tocó el punto de nuevo. También preguntó: “¿Qué maestro es semejante a él?” Dios no es un tirano desalmado, es un maestro amoroso que se preocupa por nosotros.

En la naturaleza, al igual que en su trato con la humanidad, Dios revela su amor y su grandeza. Dios no necesita ni el consejo ni la ayuda del ser humano. Eliú hizo una pregunta retórica: “¿Quién le ha trazado su camino?, ¿Quién le dirá: eso lo has hecho mal?”. En forma semejante, Isaías pregunta: ““¿Quién examinó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó y enseñó?, ¿A quién pidió consejo para poder discernir? ¿Quién le enseñó el camino de juicio o le dio conocimiento o le mostró la senda de la prudencia?” (Isaías 40:13-14). La respuesta obvia es: ¡Nadie!

Eliú exhortó a Job para que alabara a Dios en vez de culparlo. Nosotros también debemos tener eso presente. Es fácil quejarse cuando las cosas van mal. ¿Pero, acaso no deberíamos más bien darle gracias a Dios por sus muchas bendiciones y alabarlo por sus grandes obras? ¿No haríamos mejor al seguir el consejo de Eliú y alabar a Dios con himnos?

Cuando vemos este mundo, la forma maravillosa como Dios lo creó, nos debemos llenar de temor reverente y expresarlo en palabras de alabanza y en himnos de gozo. Los cielos, la tierra, y toda la naturaleza, son un tributo a la omnisciencia y a la

omnipotencia de Dios. En el primer versículo de un conocido salmo, el rey David expresa elocuentemente esta verdad: “Los cielos cuentan la gloria de Dios; y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19:1). ¿Podemos quedarnos en silencio cuando toda la naturaleza prorrumpe en cánticos de alabanza a nuestro Dios?

En los siguientes versículos Eliú describió con más detalle la maravillosa creación de Dios.

Los últimos versículos de este capítulo y todo el capítulo que sigue nos preparan para el profundo discurso del Señor, que comienza en el capítulo 38.

**²⁶ Dios es grande//y nosotros no lo conocemos,
ni es posible seguir el curso de sus años.**

**²⁷ Él atrae las gotas de agua
cuando el vapor se transforma en lluvia,**

**²⁸ la que destilan las nubes,
y se vierte en raudales sobre los hombres.**

**²⁹ ¿Quién podrá comprender//cómo se expanden las nubes
y el sonido atronador de su morada?**

**³⁰ Sobre él extiende su luz
y cubre con ella//las profundidades del mar.**

**³¹ Bien que por tales medios castiga //a los pueblos,
también los sustenta con abundancia.**

**³² Con las nubes encubre la luz;
las interpone y le manda que no brille.**

**³³ Con el trueno declara su indignación
y la tempestad proclama//su ira contra la iniquidad.**

El versículo que introduce el discurso del Señor dice: “Entonces respondió Jehová desde un torbellino” (38:1). Y como el discurso de Dios parece seguir inmediatamente a este último de Eliú, el torbellino bien pudo haberse estado formado, y comenzaban a aparecer amenazadoras nubes en el cielo cuando

Eliú decía estas palabras. Eso debe haberle dado a sus palabras un efecto especialmente dramático.

En el versículo 26, Eliú dijo, “Dios es grande, y nosotros no lo conocemos, ni es posible seguir el curso de sus años”. Dios es eterno, un concepto que está más allá de nuestro entendimiento. ¡Algo totalmente incomprensible para la razón humana! Nuestra mente tan limitada es incapaz de captar el concepto de que Dios no tiene principio ni fin.

¡Dios es realmente grande! Ese pensamiento es el que se expresa en el himno que tanto nos gusta: “¡Cuán Grande Es Él!” Los primeros versos de esta canción son especialmente apropiados en este capítulo de Job.

Señor mi Dios, al contemplar los cielos,
El firmamento y las estrellas mil,
Tu voz oyendo en los potentes truenos
Y al ver brillar el sol en su cenit,
Mi corazón se llena de emoción:
¡Cuán grande es él! ¡Cuán grandes es él!

(*¡Cantad al Señor!* Himno 78:1)

Esta última sección del discurso final de Eliú, contiene un lenguaje muy gráfico e intenso. En él mencionó repetidamente: las nubes, los truenos, los relámpagos, y la lluvia. Eliú nos describe gráficamente las maravillas de una tormenta con sus notables efectos audiovisuales. En estos últimos versículos del capítulo 36, Eliú definió el propósito de los truenos y de los relámpagos. Lo peor de una tormenta es el miedo que hace que tanto los humanos como los animales busquen protección. Hasta eso puede servir para un buen propósito. Eliú describió ese propósito: “Él atrae las gotas de agua, cuando el vapor se transforma en lluvia, la que destilan las nubes, y se vierte en raudales sobre los hombres”.

Los truenos y los relámpagos son notables manifestaciones del gran poder y de la gran sabiduría de Dios. Eliú no estaba proponiendo un punto de vista naturalista ni mecánico del universo; para él los truenos y relámpagos no eran simples

fenómenos físicos o naturales. No sólo son enviados por Dios, sino que también los envía para servir a sus propósitos. Dios es quien “podrá comprender cómo se expanden las nubes y el sonido atronador de su morada”. Y “sobre él extiende su luz”. Él es quien “cubre sus manos con relámpagos, y manda el rayo que vaya derecho a dar en el blanco”, como el arquero da en su centro.

En el versículo final de este capítulo, Eliú hizo una observación interesante: “Con el trueno declara su indignación, y la tempestad proclama su ira contra la iniquidad”: Muchas personas que están familiarizadas con los animales domésticos dicen que el ganado se pone inquieto cuando se aproximan las tormentas, parece que las presienten.

Parece que Eliú les estaba hablando esas palabras a los hombres que estaban sentados a su alrededor, en los momentos en que se aproximaba una tormenta; los comentarios que hizo sugieren fuertemente esta posibilidad. Su último discurso continúa sin interrupción en el siguiente capítulo.

37 »Por eso también se estremece//mi corazón
y salta de su sitio.

² Oíd atentamente el fragor de su voz,
el estruendo que sale de su boca.

³ Por debajo de todos los cielos lo dirige,
y su luz alcanza los confines de la tierra.

⁴ Después de ella suena un bramido:
trueno él con voz majestuosa.

Se oye el trueno, y no lo detiene.

⁵ Trueno Dios maravillosamente con su voz.

Hace grandes cosas,//que nosotros no entendemos.

⁶ Porque le dice a la nieve://“¿Cae sobre la tierra!”,
y también a la llovizna//y a los aguaceros torrenciales.

⁷ Así hace que el hombre se retire,
para que todos los mortales//reconozcan su obra.

⁸ Las fieras entran en sus guaridas
y permanecen en sus moradas.

⁹ Del sur viene el torbellino,

y el frío, de los vientos del norte.

¹⁰ Por el soplo de Dios llega el hielo

y la extensión de las aguas se congela.

¹¹ Él llena de humedad la densa nube;

y con la luz desvanece la niebla.

¹² Asimismo, conforme a sus designios, // las nubes giran en derredor,

para hacer sobre la faz del mundo,

en la tierra, lo que él les mande.

¹³ Él las hará venir, // unas veces como castigo,

otras a causa de la tierra

y otras por misericordia.

No queda duda de que en los mismos momentos en que Eliú estaba diciendo estas palabras estaba viendo la formación de la tormenta. Aún más: Eliú vio en ella una manifestación del majestuoso poder de Dios. En este capítulo el orador se anticipó a declaraciones que Dios mismo va a hacer con más intensidad y profundidad en el siguiente capítulo. La reacción de Eliú ante la tormenta se expresó en el primer versículo del capítulo: “Se estremece mi corazón, y salta de su sitio”. Aunque esas palabras suenan exageradas, Eliú fue franco y honesto cuando expresó sus sentimientos. Hablándoles a Job y a sus amigos, siguió, diciendo: “Oíd atentamente el fragor de su voz, y el estruendo que sale de su boca”. Les pide que oigan atentamente el estruendo de los truenos que anuncian la tempestad que crece en intensidad.

Para Eliú, el trueno no era un simple fenómeno de la naturaleza; en aquellos tiempos no existía el sofisticado conocimiento que ahora poseen los físicos y los meteorólogos acerca de los truenos y de los relámpagos. Pero Eliú entendía un hecho importante que la mayoría de los científicos ignoran hoy: El Dios todopoderoso tiene el pleno control de las fuerzas de la naturaleza. Y así describe al trueno como “el estruendo que sale de su boca” (de la boca de Dios).

Además, Eliú dio una explicación sobrenatural para el relámpago: “Por debajo de todos los cielos (Dios) lo dirige, y su luz alcanza los fines de la tierra”. Eliú también observó correctamente que la luz precede al trueno, porque la luz viaja más rápidamente que el sonido: “Después de ella suena sonido, trueno él con voz majestuosa”. La palabra hebrea “brama” es también la palabra que describe el rugido del león. Una tormenta puede dominar todo el horizonte, atemorizar y cautivar por igual al hombre como a la bestia. Todo esto nos debe llevar a comprender lo indefensos y débiles que somos, y a entender que Dios tiene el control de todas las cosas.

Dios no sólo es todopoderoso, también su sabiduría está más allá de nuestro entendimiento: Él “hace grandes cosas, que nosotros no entendemos”. En los versículos 6-10, habló del invierno. A diferencia de los meteorólogos modernos, Eliú no dio una explicación física de la nieve ni de la lluvia; reconoció que Dios es quien envía la humedad en esta forma a la tierra.

En la parte del mundo donde vivían Job y sus amigos, la temporada de lluvias es en invierno. Las lluvias ligeras caen en el otoño, seguidas por la nieve. Durante la primavera, las fuertes lluvias tardías hacen posible la maduración de las cosechas. En la antigüedad las personas no tenían el equipo ni la forma de quitar la nieve de los caminos como tenemos hoy en día. Por lo tanto, cuando nevaba fuertemente se interrumpían las actividades de las personas forzándolas a permanecer en su casa, como Eliú le hizo recordar a su audiencia en el versículo 7. Este recogimiento les servía para meditar en Dios tal como se revela en la naturaleza y también en su Palabra. Haríamos bien en aprender de Eliú, nuestra vida tan agitada con frecuencia nos tienta a relegar a Dios y a su Palabra a un segundo lugar.

La descripción que hizo Eliú de la tormenta invernal es muy gráfica. Durante una tormenta, no sólo los seres humanos sino también los animales buscan cobijo para protegerse. “Las bestias entran en sus guaridas, y permanecen en sus moradas”. Algunos animales invernan y reducen grandemente su actividad y la

cantidad de alimento que ingieren. Otros permanecen en sus escondrijos hasta que el tiempo les permite volver a sus actividades normales.

En la primera línea del versículo 9, Eliú dice de que “del sur viene el torbellino”. Algunos comentaristas dicen que se refirió a los cálidos vientos del sur, pero la línea siguiente sugiere que estaba hablando más bien del frío viento del norte.

Eliú dijo que Dios es el único que controla las fuerzas de la naturaleza; lo confesó con estas palabras: “Por el soplo de Dios llega el hielo, y la extensión de las aguas se congela”. La descripción que hizo de la tempestad fue muy descriptiva; sabía que ciertas nubes producirán lluvia. Pero, lo que es más importante, Eliú se dio cuenta de que es Dios quien envía no sólo las nubes, sino también: el relámpago, el trueno, y la lluvia. Habló de las nubes oscuras que están cargadas de lluvia. Ninguno de esos elementos naturales se mueve de manera fortuita y caprichosa, sino bajo la dirección de Dios. Eliú dijo que Dios es un hábil capitán que dirige su barco a través de aguas peligrosas y turbulentas. Es verdad que en la naturaleza Dios revela su omnipotencia y su omnisciencia.

Según Eliú, el Todopoderoso no sólo envía las nubes, sino que también tiene *un propósito* para hacerlo. Las hace venir “unas veces como castigo, otras a causa de la tierra y otras por misericordia”. En el texto hebreo, la expresión “como castigo” expresa “para disciplina”. Es posible que cuando Eliú dijo estas palabras tuviera en su mente dos de las primeras afirmaciones que había hecho Job. Job se había quejado diciendo: “No hay entre nosotros árbitro que ponga su mano sobre ambos para que él aparte de mí su vara, y su terror no me espante” (9:33-34). Más tarde, hablando de la aparente prosperidad del impío, Job había dicho: “Sus casas están libres de temor, ningún azote de Dios viene sobre ellos” (21:9).

De acuerdo con Eliú, la lluvia sirve para muchos fines. Dios puede enviar la tormenta como castigo; la Biblia nos dice claramente que en los tiempos de Noé Dios envió un gran diluvio

como castigo sobre la humanidad a causa de sus obscenos pecados. Y como Job y Eliú vivieron muchos años, es posible que el recuerdo del diluvio estuviera aún fresco en su memoria. Fue algo tan desastroso y de tal magnitud, que debió transmitirse oralmente de generación en generación. Aunque Dios había prometido que no volvería a destruir la tierra con una catástrofe igual (Génesis 8:21), aún envía las tormentas. Algunas veces las tormentas producen inundaciones que obligan a las personas a dejar su hogar y buscar otro sitio para vivir. Esas desgracias han ocurrido un sinnúmero de veces; al considerar esas calamidades, de ninguna manera debemos juzgar a las víctimas como grandes pecadores, como juzgaron a Job sus amigos. Mejor sería hacer lo que hizo Eliú, entender que Dios envía tempestades y cataclismos naturales como un juicio sobre el pecado en general y como advertencia para llevarnos al arrepentimiento de nuestros propios pecados.

Dios también envía la lluvia al campo para hacer que crezcan: la hierba, los arbustos, los árboles, y las cosechas. Con eso Dios muestra su amor y su cuidado por nosotros.

En los primeros versículos de este capítulo, Eliú se dirigió a todos los presentes; ahora se dirigió personalmente a Job.

14 »Escucha esto, Job;

detente y considera//las maravillas de Dios.

**15 ¿Sabes tú cómo Dios//las pone en concierto
y hace resplandecer la luz de su nube?**

**16 ¿Has conocido tú//las diferencias de las nubes,
las maravillas del que es//perfecto en sabiduría?**

**17 ¿Por qué están calientes tus vestidos
cuando él sosiega la tierra//con el viento del sur?**

**18 ¿Extendiste tú con él los cielos,
firmes como un espejo fundido?**

**19 Muéstranos qué le hemos de decir,
porque nosotros no podemos ordenar//las ideas a causa de la
oscuridad.**

**²⁰ ¿Precisa él que le cuenten lo que yo digo,
o que le informen//de lo que dice el hombre?**

A diferencia de los tres amigos, Eliú se dirigió a Job por su nombre. Eso le añade un toque personal a sus afirmaciones. Exhortó a Job para que se sometiera al Todopoderoso en vez de insistir en que el Señor hablara con él. Job debía cavilar por un momento y considerar las maravillas divinas. Cuando lo hiciera, vería que éstas están más allá de su comprensión humana. En efecto, Eliú le dijo a Job que si no podía entender a la naturaleza, menos podría entender a Dios. En su último discurso Eliú le hizo preguntas a Job, anticipándose a las más profundas que Dios le va a hacer en el siguiente capítulo.

En los versículos 15 y 16, Eliú habló de las nubes y de los relámpagos. Es Dios quien ordena las nubes y las controla; también hace al relámpago y las tormentas. En forma notable Dios equilibra las nubes sobre nosotros haciendo posible que caiga la lluvia. En su comentario *Job and Science* (Job y la ciencia), Walter Lang dice: “Hay un equilibrio perfecto entre la producción y el uso de la electricidad en las tormentas y la lluvia. La notable afirmación que se hace en el libro de Job sólo ha sido descubierta recientemente por los científicos” (página 434). Eliú mencionó el hecho hace miles de años, cuando habló de “cómo están suspendidas las nubes” en el cielo, para producir: relámpagos, truenos, y lluvia.

Los versículos 17 y 18, hacen otra descripción del bochornoso calor de verano. Cuando los vientos del sur soplan sobre el desierto en tiempos de verano, la gente de esa parte del mundo sufre por el intenso calor. Parece que el tiempo y la vida se detienen; ningún ser viviente desearía moverse de su lugar.

Eliú continuó preguntándole a Job: “¿Extendiste tú con él los cielos, firmes como un espejo fundido?”. En los tiempos antiguos las personas veían el cielo como una expansión de metal sólido semejante a un espejo brillante de bronce fundido. En ese ambiente libre de contaminación, los nítidos rayos del sol le daban al cielo

su brillantez. Eliú retó a Job a que les ordenara a las nubes que cubrieran el cielo de modo que aliviara un poco el caluroso día de verano. Es obvio que eso requeriría una habilidad superior a la de Job.

En el versículo 19, Eliú se refirió una vez más a los deseos que había expresado Job de presentarse delante de Dios. Le recordó que el deseo de encontrarse con el Todopoderoso no sólo sería inútil; sino hasta presuntuoso. Y que sería desastroso, como le sugirió Eliú cuando le dijo: “¿Le informará con riesgo de ser destruido?”. Desafiar a Dios a una confrontación sería autodestructivo. Job no debía caer en el error de considerar al Altísimo como su igual. Dios es: infinitamente superior, omnipotente, y todopoderoso.

**²¹»Ahora no se puede mirar//la luz resplandeciente de los
cielos,
pero luego que pasa el viento y los limpia,
²² llega de la parte del norte//la dorada claridad:
¡la terrible majestad que hay en Dios!
²³ Él es el Todopoderoso, grande en poder,//al cual no
alcanzamos,
que a nadie oprime en juicio//y en su gran justicia.
²⁴ Lo temen por tanto los hombres,
pero él no estima a ninguno//que en su propio corazón se
cree sabio.»**

En estos últimos versículos de su cuarto y último discurso, Eliú habló de Dios en su divino esplendor. Lo comparó con el sol en toda su brillantez. Si los humanos no podemos contemplar el sol, mucho menos podremos ver a Dios en todo su esplendor.

“Ahora no se puede mirar la luz resplandeciente de los cielos, pero luego que pasa el viento y los limpia...” Habiendo dicho esto, Eliú procedió a describir a Dios en su dorado esplendor, aún más brillante que el sol.

Eliú describió a Dios viniendo del norte. En los tiempos del Antiguo Testamento, la palabra “norte” frecuentemente se usaba para expresar la amenaza de invasión de una poderosa nación. Hablando de Ciro, el gran rey de Persia, dice Dios: “Del norte levanté a uno, y vendrá... y pisoteará príncipes como lodo, y como pisa el barro el alfarero” (Isaías 41:25). La expresión “norte” sugiere conquista y pone el énfasis en el gran poder de Dios.

Eliú habló de la “la terrible majestad que hay en Dios”. La parte final de este último discurso de Eliú sugirió con mucha probabilidad que la tormenta que se avecinaba era la misma por medio por medio de la cual Dios pronto le iba a hablar a Job. El primer versículo del siguiente capítulo lo deja ver claramente: “Entonces respondió JEHOVÁ a Job desde un torbellino” (38:1).

Es sus últimas palabras, Eliú pretendió defender a Dios contra las acusaciones que le hizo Job de haber sido arbitrario e injusto. Eliú dijo: “a nadie oprime en juicio y en su gran justicia”.

Y concluyó diciendo: “Lo temen por tanto los hombres, pero él no estima a ninguno que en su propio corazón se cree sabio”. Este último discurso ha sido traducido e interpretado en dos formas distintas. La *New International Version* sugiere esta otra interpretación: “¿Él no respeta a todos aquéllos que en su corazón son sabios?” Traducida así, esta declaración se puede ver desde un sentido positivo, como referida a personas cuyo corazón está de acuerdo con Dios. Si interpretamos esta frase como una declaración, tal como lo hace la versión *Reina Valera*, entonces entenderíamos que la expresión se refiere a personas orgullosas y vanidosas que “en su propia opinión son sabias”. En la mayoría de las traducciones y de los comentarios, esta parte del versículo es tratada como una afirmación y no como pregunta. Algunas traducciones parecen darle un sentido de pregunta, tal como lo hace en el inglés la *New International Version*. Aunque es posible defender cualquier de estas dos interpretaciones, en el contexto parece preferible la traducción que se da en la *Reina Valera*.

Antes de terminar con este capítulo sería útil resumir los discursos de Eliú. Como lo notamos en la introducción (página 5),

muchos eruditos opinan que los discursos de Eliú originalmente no formaron parte del libro sino que fueron añadidos más tarde por un editor. Afirman que esos discursos no contribuyen en nada al libro, sino que son más bien palabras expresadas por un joven inmaduro e impulsivo. Afirman que sus discursos no dicen nada significativo que Dios no diga mucho mejor en los siguientes capítulos (38-41). Sostienen que los discursos de Eliú no fueron dignos de ser contestados, ya que no hubo respuesta por parte de nadie en particular. No estamos de acuerdo con ninguno de esos puntos de vista.

A medida que estudiamos los discursos de Eliú, nos damos cuenta que en verdad contribuyó a las discusiones. Aunque sus palabras a veces fueron tan duras como las de sus tres amigos, Eliú les dio una dimensión nueva e importante. En sus discursos, los tres amigos habían caído en la misma cantilena. Repetidamente le habían dicho a Job: ya que sufres tanto, debes ser un pecador excepcional. Lo habían juzgado falsamente de acuerdo a sus sufrimientos. Los intentos que hicieron para consolarlo fueron hechos desde el punto de vista estricto de la ley – de hecho, tenían una interpretación propia de la ley, que era: muy personal, torcida, y rígida. El evangelio había sido ignorado por completo. Consecuentemente, el efecto de sus discursos fue motivo de irritación más bien que de consuelo.

Por otra parte, Eliú señaló que Dios usa la aflicción no sólo para castigar el pecado sino también para probar y fortalecer la fe de los creyentes. Veía la aflicción como una disciplina motivada por el amor, no solamente como la ira de Dios castigando la maldad. También consoló a Job con el evangelio. Habló del Mensajero o Ángel de Dios que libraré al afligido de sus tribulaciones—no sólo físicas sino también espirituales (33:23-28). A diferencia de los tres amigos, Eliú fue compasivo con Job.

En su artículo “El libro de Job y su importancia en la predicación y en el cuidado de las almas”, Augusto Pieper da un buen resumen de los discursos de Eliú. Los enumeramos en forma abreviada, de acuerdo con los cuatro discursos de Eliú:

1. Dios es bueno, incluso cuando envía grandes tribulaciones al que le teme.
2. Dios es justo, porque es el Creador todopoderoso y Señor sobre todas las cosas.
3. Dios no ejerce su justicia de acuerdo a nuestro modo de pensar.
4. Cuando Dios aflige a sus hijos, lo hace para el bien de ellos,

El profesor Pieper agrega dos grandes verdades: Dios es bueno, inclusive cuando disciplina. Dios es también justo aunque no lo entendamos.

Cuando: tú, o yo, o uno de nuestros seres amados, experimente tribulaciones y aflicciones, ¡que Dios, en su gracia, nos permita recordar estas verdades! Cuando parezca que no tenemos a quién acudir, ojalá que recordemos volver a Él, que nos ha prometido: “Al que a mí viene, no lo echo fuera” (Juan 6:37). En los discursos de Eliú encontramos consuelo en la verdad de que el Señor, al que ama, disciplina” (Hebreos 12:6).

El hecho de que Job no le respondiera a Eliú, no significa que ignoró lo que joven amigo había dicho. Tal vez le había hecho recapacitar y por lo tanto Job no tuvo nada que responder. Podemos concluir que Eliú, después de todo, se compadeció de Job, enfatizando que los sufrimientos por los que atravesaba eran una disciplina de Dios. Tal vez lo convenció de que Dios no lo afligía injustamente. Más bien, lo estaba probando y lo estaba fortaleciendo en la fe: y le estaba probando a Satanás que Job no era un creyente por conveniencia.

Los discursos de Eliú no son superfluos, son parte integral de este notable libro. El último discurso de Eliú nos prepara para los grandes discursos del Señor, que están contenidos en los últimos cuatro capítulos que siguen. Profundos en contenido y elocuentes en lenguaje, estos cuatro capítulos bien pueden ser considerados como el clímax de este profundo y elocuente libro.

A medida que intentemos hacer comentarios sobre esos versículos, nos daremos cuenta de que aun nuestros esfuerzos más

Job 37:21-24

grandes son muy débiles y pobres, en comparación con las palabras del Orador, Dios mismo.

DIOS LE HABLA A JOB

JOB 38-41

Los siguientes cuatro capítulos consisten de dos discursos en los que Dios le habla a Job. Durante siglos, este libro ha sido admirado por su magnífico estilo literario y ha impresionado por la profundidad del contenido de sus cuatro capítulos finales.

Los discursos de Dios siguen inmediatamente a los cuatro discursos de Eliú. El Señor no responde ni hace referencia directa a los discursos de Job, ni a los de sus tres amigos. No discute el problema del sufrimiento, como castigo por ciertos pecados o como una sana disciplina para los hijos de Dios. No les da a los tres amigos de Job la satisfacción de estar de acuerdo con las acusaciones que le hacen a Job. Tampoco le concede a Job la petición que le hizo para que lo declarara inocente de las acusaciones que le imputaban. Sólo en el capítulo final, Dios elogia a Job y culpa a los amigos, sin excusarse ni ponerse a la defensiva como si tuviera la obligación de explicarles sus acciones a sus humildes criaturas. No se presenta para defenderse, sino para llamar a Job al arrepentimiento y para restablecerlo con bendiciones mayores que en un principio.

En lugar de responder a las preguntas y a las peticiones de Job, Dios por su parte tiene muchas preguntas. En su libro *Job y la ciencia*, Walter Lang, menciona que tan sólo en el capítulo 38, Dios hace 42 preguntas científicas. En total, de acuerdo a Henry M. Morris, hay cerca de setenta y siete preguntas que Dios le hizo directamente a Job en los capítulos 38-41 (*The Remarkable record of Job*, El notable record de Job, página 98). El propósito de las preguntas fue que Job se diera cuenta de lo poco que realmente sabía sobre este universo, y finalmente hacerle confesar: “Por tanto, me retracto de lo que he dicho, y me arrepiento en polvo y ceniza” (42:6 NVI).

Aunque en el Antiguo Testamento, Dios les habló directamente a varios otros personajes como: Adán, Noé, Abraham, Jacob,

Moisés, y Elías, la forma en que se dirige a Job en los últimos cuatro capítulos del libro es muy dramática. Vino a él en un torbellino; es difícil imaginar el efecto que tuvo en la mente de Job. Dios no lo reprendió por haber dicho que era inocente e íntegro; no hace ninguna referencia a eso. Más bien, lo amonesta por su intrepidez y por la presunción, que tuvo al pensar que podía contender con Dios como su igual. Dios es perfectamente: sabio, justo, y poderoso. ¿Quién es Job para disputar con él? Y le hizo una pregunta tras otra sobre este gran universo y las cosas que hay en él.

Dios habla de hechos científicos que son altamente sofisticados aun para la tecnología y ciencia modernas. El Señor tiene un conocimiento perfecto de su creación porque él la ha creado. Los científicos apenas comienzan a vislumbrar la complejidad del universo que Dios conoce desde la eternidad. ¿Así pues, quién es Job para contender con su creador?, ¿Creó Job el universo?, ¿Lo gobierna él?, ¿Sustenta a sus criaturas? Job, un simple mortal, es incapaz de comprender las maravillas de este universo, mucho menos crearlo o sustentarlo. Entonces, ¿cómo puede suponer que puede comprender a Dios, el Hacedor Todopoderoso de este universo?

Dios habla muy claramente, pone a Job en su lugar, y lo hace sentirse humilde, sin dejar de amarlo profundamente. No usa su poder como lo haría un matón, sino como el Padre celestial que provee para todas sus criaturas y bendice especialmente a sus hijos que en él confían, incluyendo a Job. De hecho, en el último capítulo del libro lo elogia y lo bendice doblemente. Por sus palabras notamos que Dios desvía la atención de Job, de sus sufrimientos y la dirige hacia: el poder, la sabiduría, y el amor de Dios.

A través de todo su intenso sufrimiento, Job se aferró desesperadamente a su fe en Dios. Como lo dijo previamente: “He aquí, aunque me mate, en él esperaré” (13:15). Por la gracia de Dios, mantuvo su fe, a pesar de que en ocasiones vacilaba y sus

intensos sufrimientos le hacían quejarse y decir lo que de ninguna otra manera hubiera pronunciado. Pero Job necesitaba aprender una lección en la humildad. Mediante sus dos discursos, el Señor le hizo ver: que dependía totalmente de él, que debía someterse humildemente, y darse cuenta de que todas las bendiciones vienen por la misericordia del Altísimo.

Ahora volvamos a las poderosas palabras que Dios le dirigió a Job. Al leer cada una de ellas retengámoslas en el corazón

PRIMER DISCURSO DE DIOS

El Señor reta a Job

38 Entonces respondió Jehová a Job desde un torbellino y dijo:

² «¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?

³ Ahora cíñete la cintura como un hombre: yo te preguntaré y tú me contestarás.

Notablemente en el versículo 1, a Dios se le llama JEHOVÁ (Yahveh), el Dios del pacto. A través de la parte más larga del libro se le menciona por sus tres títulos: *Shaddai* (“el todopoderoso”), *El y Eloah* (los dos significan “Dios”). Sólo una sola vez en esos treinta y cinco capítulos, encontramos el nombre de JEHOVÁ (Yahveh), en 12:9. El nombre JEHOVÁ se usa repetidamente en los capítulos: 1, 2, y 42, los capítulos en prosa. También se usa en el capítulo 40. Por todo esto podemos concluir que Job conocía al verdadero Dios por su nombre y que estaba muy estrechamente relacionado con él.

Muchos críticos del libro de Job afirman que este libro se compone de cinco unidades que han sido empalmadas. Consideran: los capítulos 1 y 2 como una unidad, los capítulos 3-31 como la segunda parte, los capítulos 32-37 como la tercera, los

capítulos 38-41 como la cuarta, y finalmente el último capítulo (42) como la quinta unidad; afirman que el libro tiene muchos autores diferentes y niegan que sea una unidad.

El escritor de este volumen de la *Biblia Popular*, rechaza esa teoría tan fragmentadora. Hay evidencia muy antigua y significativa, de que el libro es una unidad. Desde los primeros tiempos, los eruditos en general consideraron el libro como una obra, no como retazos de fuentes diversas. En la antigua traducción griega, conocida como la Septuaginta, que fue escrita antes de los tiempos de Cristo, el primer versículo de este capítulo comienza con las palabras: “Luego que Eliú hubo terminado de hablar”. Aunque estas palabras no están en el texto hebreo original ni en ninguna de nuestras traducciones modernas, son evidencia de que los antiguos traductores entendieron que los discursos del Señor seguían directamente después de los discursos de Eliú. El que habla en los capítulos 38-41, no es otro más que JEHOVÁ, el Dios del pacto.

Dios, al confrontar a Job, lo está poniendo a prueba por última vez. Servirá para despojarlo de su orgullo, para llevarlo a darse cuenta de su pecaminosidad y su fragilidad humana, así como para conducirlo a confiar más firmemente en Jehová su Dios.

El Señor comienza su discurso con una pregunta que es realmente estremecedora: “¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?”. Esas palabras no se refieren al discurso de Eliú, como han sugerido algunos; Dios se las dice a Job, a quien él se dirige.

Continúa: “Ahora, cíñete la cintura como un hombre”. En los tiempos antiguos las personas no vestían pantalones largos o cortos, como hoy en día; la ropa consistía de túnicas largas y sueltas, que aseguraban al cuerpo con un cinto o faja, en el momento en que se hacía alguna actividad física. Eso era necesario especialmente en el caso de contiendas o competencias atléticas. Al usar esta expresión, Dios le advierte a Job que se prepare para hacerle frente. El Señor le hace una pregunta tras otra, para ver si es capaz de responder a alguna.

Dios revela su poder y sabiduría en las fuerzas de la naturaleza

4»¿Dónde estabas tú//cuando yo fundaba la tierra?

¡Házmelo saber, si tienes inteligencia!

5 ¿Quién dispuso sus medidas,//si es que lo sabes?

¿O quién tendió sobre ella//la cuerda de medir?

6 ¿Sobre qué están fundadas sus bases?

¿O quién puso su piedra angular,

7 cuando alababan juntas//todas las estrellas del alba

y se regocijaban//todos los hijos de Dios?

El Altísimo pregunta sobre la creación del mundo. “¿Dónde estabas tú?, pregunta. Si no estuviste presente durante la creación, ¿cómo puedes pretender disputar conmigo o sentarte a juzgarme sobre la forma en que conduzco los asuntos de este mundo?

Dios usa un lenguaje físico para describir la manera en que creó la tierra, que no se formó mediante un largo proceso de evolución, sino que es el resultado del perfecto plan de la creación divina. El Señor se describe, como un arquitecto que planea cada detalle, como un inspector que mide con cuidado líneas y dimensiones, y como el ingeniero que coloca los cimientos y pone la piedra angular. En los tiempos antiguos, el día en que se ponía la piedra angular era una ocasión especial; la gente festejaba con canciones alegres. También hoy celebramos con una ceremonia especial cuando se pone la primera piedra o la piedra angular de un nuevo edificio.

Hablando de poner la piedra angular de la tierra, Dios describe la feliz ocasión “cuando alababan todas las estrellas del alba”. Las últimas palabras del versículo dicen literalmente: “Y todos los hijos de Dios gritaban gozosos”. Algunas versiones traducen “ángeles” en vez de hijos de Dios. La expresión “estrellas del alba” sugiere la pureza y el resplandor de los ángeles.

Hace casi dos siglos el poeta y artista inglés, William Blake, produjo un número de grabados basados en el libro de Job. El más

famoso de ellos se titula “Cuando les estrellas de la mañana cantan juntas”. Pinta a Dios con los brazos extendidos en el centro del grabado; debajo de él están las personas sentadas sobre la tierra, arriba de él están los ángeles con los brazos levantados y cantando alabanzas.

La gente hace con frecuencia esta pregunta: “¿En qué día fueron creados los ángeles?” El capítulo 1 de Génesis no lo dice, tal vez porque los ángeles son seres invisibles. El versículo 7 de este capítulo (38) sugiere con mucha probabilidad que Dios los creó en uno de los primeros días de la creación, tal vez el primer día, cuando hizo la luz. Algunos de los ángeles se rebelaron contra su Creador y fueron arrojados del cielo (2 Pedro 2:4; Judas 6). El diablo ya estaba activo en el Huerto de Edén tentando a Adán y a Eva como leemos en el capítulo 3 de Génesis. Por estos versículos parece como si los ángeles hubieran estado presentes cuando Dios creó la tierra y la separó de las aguas.

En la siguiente sección, Dios le hace una pregunta profunda a Job sobre otra de sus maravillosas creaciones, el mar.

**⁸»¿Quién encerró con puertas el mar,
cuando se derramaba//saliéndose de su seno,
⁹ cuando yo le puse nubes por vestidura
y oscuridad por faja?
¹⁰ Yo establecí para él los límites;
le puse puertas y cerrojo,
¹¹ y dije: “Hasta aquí llegarás//y no pasarás adelante;
ahí parará el orgullo de tus olas.”**

Estos cuatro versículos constituyen una larga pregunta. Dios le dice a Job, “¿Quién creó el mar? La respuesta obvia es, “Nadie—sino Dios”.

Casi tres cuartas partes de la superficie de la tierra están cubiertas por agua. ¡Y qué fuerza tan poderosa es! Hemos visto ejemplos de la devastación de los lugares que han sido azotados

por huracanes e inundaciones. ¡Mucho más grande fue el daño que causó el diluvio en los días de Noé! Las aguas arrasaron con todo, incluyendo a los seres vivientes, con excepción de los que estaban en el arca. Si Dios así lo quisiera, mandaría hoy mismo otro diluvio universal, pero por su bondad inmerecida ha prometido que no lo hará de nuevo (Génesis 8:21). Dios tiene bajo su control las poderosas fuerzas del agua. Dirigiéndose a Dios, el salmista dice: “Les pusiste un límite, el cual no traspasarán, ni volverán a cubrir la tierra” (Salmo 104:9).

En el versículo 8, Dios le dice a Job cómo restringió los mares y los océanos. Al describir su obra de creación y su control sobre el mar, usa el lenguaje propio de un alumbramiento. Detuvo la embestida del mar con puertas y cerrojos de forma que no traspasarán el límite establecido por él. Cada vez que vemos las mareas marítimas lo recordamos. Dios les ha fijado a las aguas un límite que no pueden traspasar.

Dios dice que estaba haciendo con las nubes un vestido para el mar y lo estaba cubriendo con espesa oscuridad; la idea que se evoca es la de envolver a un bebé. Dios controla los poderosos océanos y los mares. Antes del diluvio en los días de Noé leemos: que “fueron rotas todas las fuentes del gran abismo, y abiertas las cataratas de los cielos” (Génesis 7:11). Desde todas las direcciones vinieron torrentes de agua y cubrieron la tierra, de forma que todo pereció. La Biblia nos dice que las aguas inundaron la tierra por 150 días (Génesis 7:24). Pero luego Dios revirtió el proceso; leemos más adelante: que “se cerraron las fuentes del abismo y las cataratas de los cielos; y la lluvia de los cielos fue detenida” (Génesis 8:2).

Dios puede controlar el poder de las aguas del mar con más facilidad que la que tenemos para abrir la llave del agua o de la tina. El que creó las aguas por su mandato también las puede controlar perfectamente.

Ya con sólo estas palabras, Job estaba profundamente impresionado. Pero Dios aún tenía mucho por decir.

**12 ¿Has dado órdenes a la mañana//alguna vez en tu vida?
¿Le has mostrado al alba su lugar,
13 para que ocupe los confines de la tierra
y sean sacudidos de ella los malvados?
14 Ella cambia luego de aspecto//como el barro bajo el sello,
y toma el aspecto de una vestidura;
15 mas la luz les es quitada a los malvados
y el brazo enaltecido es quebrantado.**

En esta sección, Dios le recuerda a Job las grandes maravillas del amanecer, cuando las tinieblas de la noche le dan paso a la luz del día. Humilla a Job preguntándole cuándo ordenó él que apareciera la mañana y cuándo mandó que la luz reemplazara a las tinieblas. La respuesta obvia es “¡Nunca!”. Como Job, también nosotros damos por sentado que cada mañana brillará el sol y que cada tarde se ocultará. Asumimos, sin darle mucha importancia, el amanecer de un nuevo día. Realmente no apreciamos la maravilla que es la luz, la luz que Dios hizo el primer día de la creación. Las primeras palabras de Dios que se registran en la Biblia son: “Sea la luz” (Génesis 1:3). Cada amanecer es una nueva creación de la luz. Así como nosotros necesitamos la oscuridad de la noche para dormir, también necesitamos la luz del día para hacer nuestro trabajo.

En forma impresionante, el Señor describe los efectos del amanecer. Como el ama de casa toma un mantel por sus bordes y sacude las migajas que están sobre él, así los rayos del amanecer sacuden a los impíos de la tierra. En los tiempos antiguos, como sucede hoy también: los ladrones, los violadores, y los asesinos, se sentían más seguros cometiendo sus crímenes al amparo de la oscuridad que a la luz del día. La luz los hace visibles, y así es fácil que alguien los vea y los atrape. La luz muestra las cosas que en la oscuridad no se distinguen.

Haciendo un comentario sobre el versículo 14, un escritor dice: “Cuando la luz de la mañana destaca en el horizonte el relieve de las cosas ataviadas de hermosos colores, la tierra oscurecida

comienza a tomar forma ante el ojo humano. El amanecer hace brillar: los montes, los valles, los árboles, y los arbustos. Así como un pedazo de arcilla cambia al recibir la presión del sello, la tierra resplandece hermosamente bajo los primeros rayos del sol” (John E. Hartley, *El libro de Job*, página 497).

La Biblia también usa la luz y las tinieblas, en un sentido moral y espiritual. La luz implica *lo bueno* mientras que las tinieblas insinúan *lo malo*. Por ejemplo, la noche en que Jesús conversó con Nicodemo, le dijo: “Y esta es la condenación: la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas, pues todo aquel que hace lo malo detesta la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean puestas al descubierto. Pero el que practica la verdad viene a la luz, para que se ponga de manifiesto que sus obras son hechas en Dios” (Juan 3:19-21).

Estos versículos hacen un contraste marcado con los que vienen a continuación.

**16 »¿Has penetrado tú//hasta las fuentes del mar
y has caminado escudriñando el abismo?**

**17 ¿Te han sido descubiertas//las puertas de la muerte
y has visto las puertas//de la sombra de muerte?**

**18 ¿Has considerado tú//la extensión de la tierra?
¡Declara si sabes todo esto!**

Otro reino que está más allá de la comprensión humana son las inmensas profundidades de la tierra y del mar. El Señor le pregunta a Job si acaso ha ido a visitar esos lugares y se ha familiarizado con ellos. Las “fuentes del mar” pueden incluir los ríos y los manantiales que alimentan los océanos; las personas de la antigüedad se maravillaban de ellos. Aún hoy, a pesar de las amplias investigaciones de los oceanógrafos y de los expertos marinos, sigue habiendo grandes misterios en ellos, que el hombre no ha podido descifrar.

En el versículo 17, Dios le hace a Job una pregunta doble: “¿Te han sido descubiertas las puertas de la muerte, y has visto las puertas de la sombra de la muerte?”. Esas palabras sugieren que cuando una persona entra al reino de la muerte, las puertas se cierran tras él. Ya no hay regreso a este mundo. ¿Había entrado Job por ellas cuando Dios dijo estas palabras? ¡Por supuesto que no!

Hay una relación entre la palabra “muerte” que aparece en la primera línea y el término “sombra de muerte” (una palabra para las dos expresiones en el hebreo) en la segunda línea del versículo 17. Estamos familiarizados con la frase “sombra de muerte” del salmo 23:4. En el antiguo Testamento esa frase ocurre dieciocho veces, incluyendo las diez veces del libro de Job. El mismo Job usó la expresión ocho veces; aquí, Dios usa la misma expresión cuando habla sobre el reino de los muertos.

Es muy profunda la pregunta que Dios hace en el versículo 17. Nos debe hacer pensar seriamente sobre nuestro propio futuro. Ahora estamos vivos, es decir, de este lado de las puertas de la muerte, pero no debemos ignorar el hecho de que llegará el día, quizás más pronto de lo que pensamos, en que no estaremos vivos. Incontables personas han muerto, incluyendo muchos amigos y parientes, ahora ellos están al otro lado de las “puertas de la muerte”. No les podemos preguntar y tampoco ellos nos pueden decir cómo es. Tenemos la confianza y la esperanza de que los que confiaron en Jesucristo como su Señor y Salvador entraron en el descanso eterno que sólo él puede ofrecer, esperando así la gloriosa resurrección de los muertos. Tenemos esa esperanza también para nosotros mismos, pero todavía no hemos tenido personalmente la experiencia de pasar al otro lado de las puertas de la muerte.

Para nosotros es una cuestión de fe durante nuestra vida terrenal. Como Job, debemos responder a todas las preguntas que hace Dios en los versículos que vienen continuación con un humilde “No”.

19 »¿Dónde está el camino que conduce//a la morada de la luz?
¿Y dónde está el lugar de las tinieblas,
20 para que las lleves a sus límites
y conozcas las sendas de su casa?
21 ¡Quizá tú lo sabes, puesto que entonces//ya habías nacido
y es grande el número de tus días!

Con una breve pero poderosa orden, “Sea la luz”, Dios creó la luz el primer día (Génesis 1:3). Ahora le pregunta a Job si sabe de dónde proceden la luz y las tinieblas. Dios las personifica y las describe como si tuvieran un hogar. Concluye esta sección de su discurso con una afirmación que expresa ironía divina: “¡Quizá tú lo sabes, puesto que entonces ya habías nacido y es grande el número de tus días!” Es seguro que estas palabras pusieron a Job en su lugar. Dios le estaba enseñando a Job, y a nosotros también, que dejemos que Dios sea Dios y que nos dobleguemos humildemente ante él.

22 »¿Has penetrado tú//hasta los depósitos de la nieve?
¿Has visto los depósitos del granizo,
23 que tengo reservados//para el tiempo de angustia,
para el día de la guerra y de la batalla?
24 ¿Por qué camino se difunde la luz
y se esparce el viento del este//sobre la tierra?
25 »¿Quién le abrió un cauce al turbión
y un camino a los relámpagos//y a los truenos,
26 haciendo llover//sobre la tierra deshabitada,
sobre el desierto,//donde no vive ningún ser humano,
27 para saciar la tierra desierta y sin cultivo
y para hacer que brote la tierna hierba?
28 »¿Tiene padre la lluvia?
¿Quién engendró las gotas del rocío?
29 ¿De qué vientre salió el hielo?
Y la escarcha del cielo,//¿quién la dio a luz?

**³⁰ Las aguas se endurecen como piedra
y se congela la faz del abismo.**

Dios hace que Job vea la forma maravillosa como crea la humedad para que su creación siga con vida. En su sabiduría, maneja los cambios del clima para el beneficio: de las personas, de los animales, y de la vegetación. Le pide a Job que piense en el origen: de la nieve, del granizo, de la luz, de los relámpagos, de las tormentas, de la lluvia, del rocío, del hielo, y de la escarcha. Le pregunta en qué lugar se almacenan la nieve y el granizo. Los copos de nieve son una maravillosa creación suya. Todos son hexagonales, de seis lados, y sin embargo cada uno es diferente. El salmista nos dice que Dios es quien da la nieve (Salmo 147:16). Un pequeño copo refleja el plan perfecto que Dios usó cuando lo creó.

Una copiosa nevada, sin embargo, puede provocar terror en el corazón humano y hasta matarlo. Todos hemos escuchado historias de personas que perdieron la vida cuando se extraviaron en alguna ventisca. Las tormentas de nieve han sido determinantes en algunas guerras. Los ejércitos invasores: de Carlos XII de Suecia, de Napoleón de Francia, y de Hitler de Alemania, fueron derrotados principalmente por los severos inviernos que azotaron a Rusia durante aquellos años. La nieve puede ser un enemigo terrible.

Y así mismo el granizo. En el versículo 23, Dios dice expresamente que lo ha reservado para los días de tribulación y de batalla. Hay un buen ejemplo en el libro de Josué; cuando él y los israelitas ayudaron a los gabaonitas en la pelea, hicieron huir al enemigo. El sagrado escritor nos narra cómo fue esa huida: “Y mientras iban huyendo de los israelitas, a la bajada de Bet-horón, Jehová arrojó desde el cielo grandes piedras sobre ellos hasta Azeca, y murieron. Y fueron más los que murieron por las piedras del granizo que los que los hijos de Israel mataron a espada” (Josué 10:11).

Dios también controla los relámpagos y los vientos; le pregunta a Job si acaso puede entender estas maravillas de la naturaleza.

Los versículos que siguen describen el regalo que Dios nos da en la lluvia. Las tormentas y los chubascos no son simples accidentes naturales, Dios los envía. Las personas que han pasado por severas sequías saben muy bien el valor que tiene lluvia.

Pero además, la bondad de Dios y su providencia, se extienden hasta los lugares deshabitados, adonde envía la lluvia para que: el césped, las flores, los arbustos, y los árboles, puedan crecer en áreas que de otro modo serían desiertas. Job sin duda lo había visto, y Dios se lo hace recordar en su discurso.

Nos podemos preguntar: “¿En dónde se originan esas formas de humedad?”. En los versículos 28-30, Dios hace cuatro preguntas sobre: la lluvia, el rocío, el hielo, y la escarcha. Son preguntas muy sorprendentes por la imaginación que Dios emplea para hacerlas. Usando términos que se refieren a la concepción y el nacimiento humano, Dios le pregunta a Job sobre el origen de varios estados físicos del agua. En el versículo 28 adopta el papel de un padre, y en el 29 el de una madre. En el versículo 30, Dios describe el proceso de congelación. Las aguas pueden cambiar y tomar forma como: el vapor, el hielo, y el agua nuevamente. Esos fenómenos naturales son una destacada creación de Dios. Los científicos así como todos los humanos haríamos bien en recordarlo.

³¹»¿Podrás tú anudar//los lazos de las Pléyades?

¿Desatarás las ligaduras de Orión?

³²¿Haces salir a su tiempo//las constelaciones de los cielos?

¿Guías a la Osa Mayor con sus hijos?

³³¿Conoces las leyes de los cielos?

¿Dispones tú su dominio en la tierra?

Dios ahora le habla a Job sobre las constelaciones del cielo. En su segundo discurso, Job ya las había mencionado brevemente. Hablando de Dios, había dicho: “Él creó la Osa, el Orión las Pléyades, y las constelaciones del sur” (9:9NVI). Vea en las páginas 71,72 los comentarios sobre ese grupo de estrellas. En estos versículos Dios menciona un grupo adicional de estrellas, llamadas en el versículo 32 “las constelaciones de los cielos”. En el hebreo, y así también en varias versiones de la Biblia, la palabra “Zodiaco” no aparece en esta línea. En cambio, en el original “constelaciones”, está escrita en plural y se refiere a un grupo de estrellas que no se pueden identificar con certeza.

Dios dice que las constelaciones de las Pléyades y de Orión son hermosas. Él las creó a ellas y a otras estrellas, y en el primer capítulo de la Biblia dice que su creación es “muy buena”. Todas las estrellas y todos los planetas, son hermosos, y por generaciones han fascinado al hombre.

Hablando de esas cuatro constelaciones, Dios dice que él las ata y las desata, trayéndolas y llevándolas como si fueran animales. Con esas palabras quizás se refiera al movimiento constante de ponerse y levantarse, que observamos en ellas. Dios le pregunta a Job si es capaz de controlarlas. La respuesta es obvia.

Dios le hace más preguntas: “¿Conoces las leyes de los cielos? ¿Dispones tú su dominio en la tierra?”. Sería presuntuoso que Job respondiera afirmativamente. Nuevamente tiene que confesar humildemente: “¡de ninguna manera!”. Sólo Dios tiene el conocimiento perfecto de las leyes de los cielos, porque él las creó y las estableció. Él también creó la tierra y la sostiene.

En la última línea del versículo 33 la *New International Version*, inserta las palabras “de Dios” en corchetes, ya que no aparece en el texto hebreo. Esta línea se puede traducir de dos formas: “¿Dispondrás tú los poderes de Dios sobre la tierra?”, o “¿Dispondrás tú los poderes de las estrellas sobre la tierra?”. No hay contradicciones entre las dos traducciones, ya que Dios creó: el sol, la luna, y las estrellas, para gobernar sobre la tierra y señalar

los tiempos y las estaciones (Génesis 1:16-18; Jeremías 33:20,25). El sol determina la luz del día y la noche, y esto es fundamental para la vida. La luna cambia constantemente sus fases y también controla las mareas. Las estrellas, que son hermosas, igualmente han servido durante siglos como guía para los marinos.

Ahora volvemos a los últimos versículos de esta primera mitad del primer discurso de Dios a Job.

**³⁴»¿Puedes alzar tu voz a las nubes
para que te cubra gran cantidad de agua?**

**³⁵¿Envías tú los relámpagos,//para que ellos vayan,
o para que te digan: “Aquí estamos”?**

**³⁶¿Quién puso la sabiduría en el corazón?
¿Quién dio inteligencia al espíritu?**

**³⁷¿Quién cuenta con sabiduría//lo que hay en los cielos?
Y los odres de los cielos,//¿quién hace que se inclinen,**

**³⁸cuando el polvo se ha endurecido
y los terrones se han pegado//unos con otros?**

En esta sección, que habla sobre las fuerzas de la naturaleza, Dios le hace a Job varias preguntas acerca de las nubes y de su función como proveedoras de lluvia. Esas preguntas debieron haber humillado a Job, así como deben humillarnos a nosotros también. Como simples mortales, no entendemos el origen ni el movimiento de las nubes y su función de producir lluvia. Mucho menos podemos controlarlas o hacer que nos obedezcan. Los curanderos y los brujos, han invocado en vano a las nubes para que llueva. Fue sólo porque Dios respondió a la oración de Elías, que llovió, terminando así la tremenda sequía que azotaba a Israel (1 Reyes 18:45). Elías, por él mismo jamás hubiera podido hacerlo. Los meteorólogos hasta cierto punto pueden predecir la lluvia pero no la pueden producir. Aunque algunas veces el hombre tenga cierto éxito en sus intentos de “abonar las nubes”, es una forma artificial y altamente cuestionable.

Como ocurre con los relámpagos, los científicos los pueden estudiar y hasta cierto grado explicarlos, pero no los pueden producir. Sólo Dios puede hacerlo. Hay una suave y cómica ironía en la pregunta que Dios le hace a Job: “¿Enviarás tú a los relámpagos, para que ellos vayan, o para que te digan “aquí estamos”?”. ¡Pobre Job! ¡En verdad se encontraba en grandes aprietos!

A lo largo de los siglos, el versículo 36 ha sido interpretado y traducido de varias maneras. *La Biblia de las Américas* prefiere la traducción de “lo más íntimo [del ser]” (corazón) en la línea uno, y “mente” (en vez de “gallo” en la NVI y la RV Actualizada) en la línea dos de este versículo. Esas palabras están en una construcción paralela. La mejor traducción e interpretación de este versículo es la que da *La Biblia de las Américas*. Es la omnisciencia de Dios, la que también les da tanto la sabiduría como el entendimiento a los seres humanos. Sólo él tiene la sabiduría perfecta y es capaz de crear y de controlar este universo.

Al concluir la primera parte de su discurso inicial, Dios le pregunta a Job si puede contar las nubes. La pregunta es tan retadora como la que le hizo a Abraham: “Si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada” (Génesis 13:16), y “Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar” (Génesis 15:5). ¿Quién puede contar: el polvo de la tierra, las estrellas, o las nubes? Nadie excepto Dios mismo.

Dios también compara las nubes con odres llenos de agua. En un lenguaje muy gráfico, reta a Job para que las vacíe sobre la tierra y que, de la mezcla, haga terrones. ¿Podría Job hacerlo? ¿Puede alguien? Ciertamente que no—excepto Dios mismo.

El versículo 38, concluye la primera mitad de la primera confrontación de Dios con Job. En ella, el Todopoderoso le plantea muchas preguntas muy profundas sobre este maravilloso universo. ¿Podría hacer Job lo mismo que Dios—crear un universo maravilloso y bien ordenado, gobernarlo, y preservarlo? ¿Podría algún mortal? ¡No, jamás! Sólo el Creador es capaz. Este universo

nunca se hubiera podido formar: de la nada, ni por azar, ni por series de cambios y evoluciones accidentales. El universo es la obra del Creador: perfecto, todopoderoso, y omnisciente, que por añadidura le prodiga cuidado amoroso a sus criaturas.

Los últimos tres versículos del capítulo 38 anticipan el tema del siguiente capítulo. Nos hablan de las criaturas de Dios en el mundo animal.

Dios revela su poder y su sabiduría en el reino de los animales y de las aves

Después que Dios le enseñó a Job su conocimiento de las fuerzas de la naturaleza en: los cielos, la tierra, y el mar, le revela lo que sabe de los animales y de las aves. Al describir brevemente unos cuantos animales, el Creador muestra su señorío sobre toda la tierra. Estos animales no vinieron a existir por un largo proceso de evolución; por el contrario, Dios los creó y los dotó con instintos y habilidades especiales. También Dios los sustenta.

Al escuchar a Dios, Job se debió maravillar de la sabiduría y de la bondad del Creador, al proveer para su creación. Job también debió haber confesado que ningún ser humano es capaz de hacer lo que el Todopoderoso hace. Tenía que confesar que si Dios muestra tanto cuidado por los animales y por aves, de ningún modo ignoraría las dificultades por las que él, su hijo, atravesaba; sino que al contrario, lo atendería y lo ayudaría de la mejor forma que considera conveniente.

Con estas preguntas, Dios le recuerda repetidamente a Job que él nada tuvo que ver en la creación y en la preservación de los animales y de las aves. ¿Cómo es posible, entonces, que Job dude de la sabiduría de Dios, que creó todos los animales y todo lo que existe?

En esta fascinante sección del libro, el Señor le señala a Job algunas de sus muchas y maravillosas criaturas del mundo animal. Cada una de ellas tiene sus características propias.

Aunque los animales, y las aves en particular, carecen de la inteligencia de los humanos, Dios los ha capacitado: con los instintos necesarios, con la fuerza, y con la agilidad para sobrevivir.

Cuando el Señor dijo estas palabras, Job tuvo que haberse maravillado de la sabiduría divina que los creó, dándoles características individuales. A medida que leemos estos versículos, permita Dios que el Espíritu Santo nos haga reconocer su sabiduría en vez de hacer conjeturas cuando las cosas no marchan como nos gustaría.

El león y el cuervo

**³⁹ »¿Cazarás tú la presa para el león?
¿Saciarás el hambre de sus cachorros,
⁴⁰ cuando están echados en sus guaridas
o se ponen al acecho en la espesura?
⁴¹ ¿Quién le prepara al cuervo su alimento,
cuando sus polluelos claman a Dios
y andan errantes por falta de comida?**

Primeramente, Dios le pide a Job que considere al más majestuoso de los animales salvajes, el león, acertadamente llamado “el rey de los animales”. En nuestro país sólo vemos estos animales: en los zoológicos, en los circos, o en las películas. En los tiempos antiguos, especialmente en el Medio Oriente, no era raro que la gente viera leones en los lugares abiertos. No hay duda de que Job los había visto también. Las personas estaban conscientes de su presencia y andaban con mucho cuidado cerca de ellos. Los leones son conocidos por: su valor, su fiereza, y su fuerza.

Dios le pregunta a Job si acaso él les ha suministrado la comida. ¿Podría atrapar a una de las presas de esos animales? Probablemente no. Y en el caso de que pudiera hacerlo, ¿se

atrevería a alimentar con ellos a la hembra y a su hambrienta cría? Quizás lo hiciera, pero sólo a costa de ser despedazado. Ningún ser humano es capaz de alimentar a las bestias salvajes en su ambiente natural. Sólo Dios es capaz de hacerlo, y lo hace. Ha creado la majestad del león, la ha dado: el instinto, la habilidad, y la velocidad, para atrapar su presa y alimentar a sus cachorros. Dios cuida a los animales salvajes tanto como a los domésticos.

La siguiente pregunta que hace el Señor se relaciona con una criatura muy diferente al majestuoso león, el cuervo. Es una de las aves menos atractivas, que se alimenta de carroña y emite un graznido desagradable cuando vuela. Y como las crías de éstos animales son incapaces de alimentarse por ellas mismas, el cuervo busca la comida para satisfacer su hambre. Tan pronto como los polluelos son capaces de emprender el vuelo, la madre los echa del nido y los deja para que se procuren el alimento por ellos mismos. Y aun así, aunque sean muy diferentes unos de otros, el león y el cuervo, tienen una cosa en común: deben buscar el alimento para ellos y para sus hijos. Dios les ha dado la capacidad para hacerlo.

En el Sermón del Monte, Jesús hizo referencia a los cuervos cuando les enseñó a sus discípulos a no preocuparse por las cosas pequeñas de la vida. Dijo: “Considerad los cuervos, que ni siembran, ni siegan; que ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta” (Lucas 12:24). Con estas palabras Jesús quiso enseñarnos que Dios sabe de nuestras necesidades, y que es inútil y hasta un pecado que nos preocuparnos por lo que: comeremos, o vestiremos, o beberemos. Más bien debemos buscar primeramente el reino de Dios y su justicia (Mateo 6:33).

Las cabras monteses

39 ¿Sabes tú el tiempo en que paren//las cabras monteses?

¿Has mirado tú//cuando las ciervas están pariendo?

² ¿Has contado tú los meses de su preñez y sabes el tiempo cuando han de parir?

³ Se encorvan, hacen salir a sus hijos y pasan sus dolores.

⁴ Sus hijos se robustecen//y crecen con el pasto; luego se van y ya no regresan.

Dios tiene unas preguntas más sobre sus criaturas salvajes. La cabra montés también conocida como íbice, habita en las montañas rocosas del desierto. Todavía se encuentran esas cabras en ciertas partes del medio Oriente; son animales muy tímidos y asustadizos. Para que se protejan contra sus enemigos, Dios les dio un fino olfato, y pezuñas seguras y ágiles, que les permiten subir velozmente por los lugares escarpados. Además las dotó de un color arenoso muy parecido al de las roscas de las montañas.

Dios creó de esa manera a estos animales para que se valgan por ellos mismos, independientes del ser humano. Las hembras conciben a sus crías y las dan a luz sin ayuda alguna. Después de su nacimiento, las crías se desarrollan rápidamente para valerse por ellas mismas, sin ayuda de nadie, excepto la de Dios, que las provee de habilidades tan especiales para que puedan sobrevivir en su desolado y peligroso medio.

Todo lo que Job tenía que hacer era observar una de estas criaturas y maravillarse, ya que ni idea tenía de la duración de su gestación. Pero Dios sí lo sabe, y éste es el Dios de cuya sabiduría Job dudó.

El asno montés

⁵ »¿Quién dio libertad al asno montés?

¿Quién soltó sus ataduras?

⁶ Yo le di por casa el desierto, puse su morada en lugares estériles.

⁷ Él se burla del bullicio de la ciudad

y no oye las voces del arriero.

**⁸ En lo escondido de los montes//está su pasto
y anda buscando toda cosa verde.**

En el capítulo inicial de este libro, el sagrado escritor nos dijo que Job poseía 500 asnas (1:3). El último capítulo nos dice que Dios bendijo a Job con el doble de lo que tuvo antes, o sea con 1.000 asnas (42:12).

Estos animales domésticos eran de gran utilidad: para las labores propias del campo, para el transporte, y para dar leche.

El asno que se menciona en estos versículos es de una raza diferente de la que vemos normalmente vemos en las rancherías o los pueblos; es un asno salvaje. Es difícil, aunque no imposible, domesticarlo. Es un animal que habita libre en lugares inhóspitos y desolados, lugares salitrosos, como leemos en el versículo 6. Al igual que otros rumiantes también necesita el suplemento de sal para su dieta de hierba. Evita las aldeas y los lugares habitados por el hombre, que puedan interferir con la forma de vida que Dios le dio. Goza de su libertad ilimitada. El asno montés hace un agudo contraste con el asno domesticado que es: lento, laborioso, y sumiso, y que se podía encontrar entre el ganado que tenía Job.

Aun así, los dos tienen algo en común. Tanto el asno salvaje como el doméstico, fueron creados por el Dios omnisciente y omnipotente, que cuida de ambos y los sustenta. Dios sabía todo lo relacionado con los animales salvajes. ¿Lo sabía Job?

El búfalo salvaje

**⁹»¿Querrá el búfalo servirte a ti
o quedarse en tu pesebre?**

**¹⁰ ¿Atarás tú al búfalo con coyunda//para abrir el surco?
¿Irá en pos de ti labrando los valles?**

**¹¹ ¿Confiarás en él//porque es grande su fuerza?
¿Le encomendarías tu labor?**

12 ¿Lo dejarías recoger el grano y juntarlo en tu era?

El señor le lanza a Job siete preguntas en estos cuatro versículos. Nuevamente la respuesta enfática a cada una es un rotundo “¡no!”. En contraste con el buey doméstico, el búfalo salvaje bajo ninguna circunstancia consentirá en someterse a Job ni a servirle. Probablemente lo atacaría.

La versión *King James* en inglés, traduce la palabra hebrea para este animal como “unicornio” siguiendo las antiguas versiones griega y latina. Esta traducción es confusa y dudosa, ya que la misma palabra se usa en el salmo 22:21, la cual menciona “cuernos” de los búfalos. El unicornio tendría sólo un cuerno.

La mayoría de los eruditos identifican al búfalo que se menciona aquí con el bisonte europeo que actualmente se cree que se ha extinguido. Según algunos relatos, era un animal grande, muy peligroso, con grandes cuernos que apuntaban hacia adelante. El antiguo rey egipcio Tutmosis III, se jactaba de sus hazañas en la cacería de este animal. A esta bestia se le puede ver representada en la famosa puerta de Istar, a la entrada de la antigua Babilonia.

Con estas preguntas Dios demuestra lo imposible que sería que Job lograra que este animal le obedeciera. A diferencia de los asnos domésticos que conocía, esta bestia salvaje se rebelaría ante cualquier intento que se hiciera de restringir su libertad al ponerle los arreos y querer hacerlo caminar en línea recta. No sería posible ponerlo a jalar el arado; en vez de ello huiría o atacaría a cualquiera que se aventurara a tratar de ponerle el yugo. Si Job dependiera de este búfalo salvaje, jamás sería capaz de cargarlo con el grano para trillarlo. Este animal, fuerte e ingobernable, no mostraría ninguna disposición a sujetarse a los deseos de Job. Sólo Dios es su amo—nadie más, ni Job ni ningún ser humano.

El avestruz

- 13** »¿Le has dado tú al pavo real//sus hermosas alas,
o sus alas y plumas al avestruz?
14 Éste desampara en la tierra sus huevos,
los calienta sobre el polvo
15 y olvida que el pie los puede pisar
y que una fiera del campo//puede aplastarlos.
16 Es duro para con sus crías,//como si no fueran suyas,
y no teme que su trabajo//haya sido en vano,
17 porque Dios lo privó de sabiduría
y no le dio inteligencia.
18 Sin embargo,//en cuanto se levanta para correr,
se burla del caballo y de su jinete.

En agudo contraste con las secciones anteriores y con la que sigue, este pasaje describe una criatura que en apariencia es: tonta, torpe, y cómica. En estas líneas Dios habla del avestruz hembra. Tiene una cabeza pequeña unida por un largo y esbelto cuello a un cuerpo aparentemente torpe y desgarbado. Es de largas piernas, de gruesas y cortas alas que no le sirven para volar, pero sí para correr rápidamente. Con su aspecto físico y con la agilidad de sus patas, nos recuerda al camello.

En el versículo 13, se compara esta ave con la cigüeña. Ambas aves son grandes, de largo cuello y largas patas, pero sólo hasta ahí llega la semejanza. El avestruz tiene alas que puede agitar para impulsarse rápidamente en la tierra; pero no puede volar, mientras que la cigüeña puede volar a grandes alturas. El avestruz pone sus huevos en la tierra, para que su calor ayude a empollarlos, sin importarle que otros animales los puedan pisotear o devorar. La cigüeña, en cambio, tiene mucho más cuidado con los huevos. El avestruz tiene poco afecto por sus crías y en algunos casos hasta parece que ni son suyas. Jeremías comparó al pueblo de Judá con los avestruces: “La hija de mi pueblo es cruel como los avestruces

del desierto” (Lamentaciones 4:3). Por el contrario, la cigüeña es conocida por su profundo amor y devoción, que les profesa a sus polluelos. La palabra hebrea para cigüeña está relacionada con una palabra que significa: “afectuosa”, “devota”. La cigüeña hembra es conocida porque llega a picotear su propio pecho hasta hacerlo sangrar para alimentar a sus crías cuando tienen hambre.

Sin embargo, aunque el avestruz nos pueda parecer muy desagradable en comparación con otras aves y con otros animales, tiene ciertas buenas cualidades que lo capacitan para sobrevivir. Dios le dio a esta ave extraña una patas largas y fuertes que, unidas con las alas, le dan una considerable velocidad, de forma que se asemeja a un avión que despegar. En el último versículo de esta unidad Dios le recuerda a Job que el avestruz supera al caballo en velocidad. A pesar de su fealdad, de su torpeza, y su poca inteligencia, es: rápido, fuerte, y hábil. Dios sabe todos los detalles de esta notable criatura.

El caballo

¹⁹»¿Le das tú su fuerza al caballo?

¿Cubres tú su cuello//de crines ondulantes?

²⁰ ¿Lo harás temblar tú como a una langosta?

El resoplido de su nariz es formidable.

²¹ Escarba la tierra, se alegra en su fuerza

y sale al encuentro de las armas.

²² Hace burla del miedo; no teme

ni vuelve el rostro delante de la espada.

²³ Sobre él resuenan la aljaba,

el hierro de la lanza y de la jabalina;

²⁴ pero él, con ímpetu y furor,//escarba la tierra

y no lo detiene ni el sonar de la trompeta;

²⁵ más bien, en medio de los clarines//parece decir: “¡Ea!”

Desde lejos huele la batalla,

el grito de los capitanes y el vocerío.

Este pasaje tan elocuente da la descripción más sorprendente de un animal que haya en toda la literatura. No hay duda de que el caballo es el más noble de todos los animales domésticos. Es una criatura de verdadera belleza.

A través de los años el caballo ha servido de muchas y muy variadas formas. Los romanos de la antigüedad los usaron para las carreras de carros. Hoy los caballos de carrera dejan jugosas ganancias y le dan fama a su dueño así como a los jinetes que los montan. Las carreras de caballos en carruajes atraen a muchas personas. También son amaestrados para que caminen y salten con gracia en los actos de circo, como si estuvieran bailando. Durante la primera mitad de este siglo los agricultores los usaron para llevar la herramienta propia de la labranza. Desde los tiempos antiguos hasta hace casi un siglo, fueron usados en las guerras. Dios le describe a Job especialmente al caballo de guerra en esta sección de su discurso.

¿Le dio Job a este animal su: fuerza, habilidad, y valor? ¡De ninguna manera! Fue solamente Dios quien creó a este animal majestuoso y le dio sus habilidades. Dios le pregunta: “¿Le das tú su fuerza al caballo? ¿Cubres tú su cuello de crines ondulantes?”. La palabra hebrea para “crines ondulantes” sugiere la idea de “estruendo” o “vibración”. Algunas versiones lo traducen así. No hay duda de que la expresión se refiere a la crin del caballo, la cual echa hacia atrás y adelante, cuando se dispone a arremeter en la batalla.

Dios también comparó al caballo de guerra, con la langosta cuando se lanza a la lucha y atemoriza a otros con sus feroces resoplidos. En otras partes de la Biblia también se compara a la langosta con el caballo. En el libro de Apocalipsis, por ejemplo, el apóstol Juan describe así la visión de un enjambre de langostas: “El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra” (Apocalipsis 9:7).

Dios también describe al caballo de guerra: “Escarba la tierra, se alegra en su fuerza, y sale al encuentro de las armas”. Estos

versículos describen al caballo de guerra pisoteando con fuerza en el campo de batalla, impaciente por entrar en ella, sin temor a las armas del enemigo. Virgilio, el antiguo poeta romano, describe en forma parecida a los caballos de guerra: “Sacude las pezuñas de sus cuatro patas desmenuzando el llano” (*Eneida*. VIII, 596).

Cuando el caballo de guerra se lanza a la batalla nada lo puede detener. La vista de las armas no lo asusta, sino que lo impulsan a lanzarse con más bríos al fragor de la lucha. A sus espaldas las flechas silban, y la espada y lanza de su dueño, chisporrotean a la luz del sol. El sonido de la trompeta lo llama a la acción. Sólo conoce una dirección: hacia adelante para enfrentar al enemigo. Puede olfatear la batalla, y está ansioso por cumplir con su parte y llevar a su amo a la victoria.

A medida que Dios describía al caballo de guerra tan vívidamente, Job se debió sentir abrumado.

Por las observaciones que hace en el capítulo que sigue, sabemos que el discurso de Señor humilló a Job. Aunque era grande entre sus contemporáneos, comparado con Dios no era nada. Dios conoce a sus criaturas hasta en lo más recóndito de su ser. ¡Pero en su lúgubre estado de dolor realmente pensó que Dios lo había olvidado!

El Señor comenzó esta parte de su discurso haciendo preguntas acerca del león (38:39-40), el más majestuoso de los animales salvajes. Ahora concluye haciéndole preguntas a Job acerca de dos aves majestuosas que surcan los cielos los cielos, el gavián (o halcón, vea la *Reina Valera Actualizada*) y el águila.

El gavián y el águila

**²⁶»¿Acaso por tu sabiduría vuela el gavián
y extiende hacia el sur sus alas?**

**²⁷¿Se remonta el águila por tu mandato
y pone en alto su nido?**

²⁸Ella habita y mora en la peña,

en la cumbre del peñasco y de la roca.

²⁹ Desde allí acecha la presa

que sus ojos observan desde muy lejos.

³⁰ Sus polluelos chupan la sangre;

donde haya cadáveres, allí está ella.»

La Biblia menciona el gavilán sólo en otros dos pasajes: Levítico 11:16, y Deuteronomio 14:15. En ambos pasajes aparece catalogado como un animal inmundo que los israelitas tenían prohibido comer. El gavilán es un animal que se lanza rápidamente en picada sobre otras aves y las mata.

Dios pregunta si Job tiene la sabiduría y la inteligencia necesarias para dirigir al gavilán en su vuelo hacia el sur durante el invierno. Es obvio que Job no tenía esa sabiduría. Sólo Dios el Creador es el que le ha dado al gavilán ese instinto. Las aves migratorias tienen un sentido de la dirección y del tiempo, superior a los instrumentos más sofisticados de navegación de los aviones modernos. Es verdaderamente asombroso que el Señor haya creado tan perfecto sentido de orientación en tiempo y dirección, en la pequeña cabeza de un ave migratoria. ¿Colocó Job este delicado instrumento dentro de las aves? ¿Podría decir los movimientos de esas aves, cuando están en vuelo, están bajo su dirección? ¡Ciertamente no! Hay una enorme diferencia, entre el señorío limitado del ser humano sobre su medio ambiente, y la soberanía absoluta de Dios sobre este universo.

El Señor también menciona al águila cuando le pregunta a Job: “¿Se remonta el águila por tu mandato, y pone en alto su nido?”. De nuevo la respuesta enfática es “¡No!”. Ni la inteligencia de Job, ni su mandato, pueden hacer que esta ave elegante pueda volar. El avestruz y el águila hacen un contraste interesante. En los versículos 13-18, notamos la torpeza del avestruz al aletear torpemente cuando corre por el campo; el águila, por el contrario, levanta el vuelo con mucha gracia y casi sin esfuerzo se remonta a las alturas. El avestruz pone descuidadamente sus huevos en la

tierra, donde los pueden saquear o quebrar fácilmente. El águila construye su nido en lo alto de los acantilados, en lugares inaccesibles para otras criaturas.

El águila, por su noble apariencia y su elegante vuelo, era considerada desde los tiempos antiguos la reina de las aves. No es extraño que los Estados Unidos de Norteamérica la haya adoptado como símbolo nacional. En Éxodo 19:4, Dios se describe a él mismo llevando a los israelitas sobre alas de águila. En su lamento sobre la muerte de Saúl y Jonatán, David dice que eran más ligeros que águilas y más fuertes que leones (2 Samuel 1:23). Dos pasajes del Antiguo Testamento, que hacen referencia a los altos nidos que construyen estas aves, son Jeremías 49:16 y Abdías 4. El nido de las águilas, oculto en lugares inaccesibles para otros, proyecta la idea de seguridad y reclusión.

El águila en su vuelo: silencioso, elegante, y sin esfuerzo, cae en picada directamente sobre su presa con gran precisión y extraordinaria velocidad. Dios la ha dotado así mismo de gran agudeza visual, de forma que puede: detectar a sus víctimas desde la distancia, arrojarlas sobre ellas rápidamente, atraparlas, y llevarlas a su nido. Allí alimentará a sus polluelos, que permanecen en el nido de ocho a doce semanas, después de las cuales los padres dejan que se cuiden por ellos mismos.

El último versículo de esta sección, dice que el águila se alimenta de los animales o de las aves que atrapa: “Sus polluelos chupan la sangre; y donde haya cadáveres, allí está ella”. Al igual que los padres, los polluelos son carnívoros, se alimentan de carne más bien que de vegetación. La mención que se hace de la sangre en este versículo también sugiere que la carne que comen es de animales recién sacrificados, y no carroña como la que prefieren comer gallinazos.

En este discurso, Dios habla de ciertos animales selectos. Comenzó con el león, el rey de las bestias, y termina con el águila, el rey de las aves. El Señor hizo que Job tomara nota de las características de algunas otras de sus criaturas. Esta es una

pequeña muestra de la maravillosa creación de Dios. Con Job nos maravillamos de los grandes misterios de la obra de su creación. ¿Acaso no nos debemos postrar humildemente y alabar a Dios, el Creador todopoderoso? ¿Quién, con excepción del Señor, podría crear y preservar a sus seres vivientes, cada uno con su naturaleza y sus características notables? Y cuando nos detenemos a reflexionar en que este mismo Dios nos creó a los seres humanos a su imagen y semejanza, y que también nos redimió mediante su hijo Jesucristo, seguramente el gozo nos invadirá y exclamaremos con David: “te alabaré, porque formidables y maravillosas son tus obras” (Salmo 139:14).

En realidad, Dios le estaba diciendo a Job: “Yo soy sabio; tú nada sabes. ¿Quién eres tú para contender conmigo?” Era ésta una amarga pero sana medicina para Job.

En este capítulo concluye el primer discurso que el Señor le dirigió a Job. Luego de un interludio compuesto de un breve diálogo, el Señor va a hablar nuevamente de otros dos animales extraordinarios, el leviatán y behemot.

EL SEGUNDO DISCURSO DE DIOS JOB 40:1–41:34

Breve diálogo entre Dios y Job

40 ² Además respondió Jehová a Job y dijo:
**«¿Es sabiduría contender//con el Omnipotente?
¡Responda a esto//el que disputa con Dios!»**

³ Entonces respondió Job a Jehová y dijo:

⁴ **«Yo soy vil, ¿qué te responderé?**

¡Me tapo la boca con la mano!

⁵ **Una vez hablé, mas no replicaré más;**

aun dos veces, mas no volveré a hablar.»

Estos cinco versículos sirven como transición entre los capítulos 39 y 40. Hubiera sido bueno haberlos puesto al final del capítulo 39; de hecho, muchos comentaristas consideran que son la conclusión de ese capítulo. Y como el texto hebreo coloca estos versículos al principio del capítulo 40, los consideramos dentro de este capítulo. Estos versículos contienen un breve diálogo entre Dios y Job, y sirven de introducción al segundo discurso del Señor.

Las palabras que le dirige el Todopoderoso a Job son breves y directas.

Primero le pregunta: “¿Es sabiduría contender con el Omnipotente?”. En el afán por probar su inocencia frente a las acusaciones que sus amigos le imputaban, Job había deseado la oportunidad de comparecer ante Dios para exponerle su caso. Hablando de Dios, había dicho: “¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! yo iría hasta su morada. Expondría mi causa delante de él, y llenaría mi boca de argumentos” (23:3-4). Job: no comprendía la razón de tanto sufrimiento, sentía que Dios se ensañaba con él, y falsamente lo había considerado como su enemigo. No se daba cuenta de que Dios, al probarle a Satán que

Job en verdad era un hijo suyo, permitía que sufriera, para al mismo tiempo poner su fe a prueba y fortalecerla.

En el diálogo que narra este capítulo Dios le da a Job la oportunidad de responder. Job había pedido una audiencia, pues ya la tenía. Había acusado a Dios, pues que hable. ¿Pero qué podía decir? ¡No dice nada de lo que había pensado! Tampoco menciona: nada de ser justo, ni de las críticas injustas de sus amigos, ni de la forma injusta en que Dios lo había tratado. Deslumbrado y humillado por la gran sabiduría y por el poder de Dios, Job sólo pudo confesar: “Soy vil; ¿qué te responderé? Me tapo la boca con la mano. Una vez hablé, mas no replicaré más; aun dos veces, más no volveré a hablar”. Job se postró humildemente ante el Señor, que es infinitamente más grande y sabio. Job se ve como es, totalmente indigno ante el Soberano Señor del universo. Dios ha aumentado su propia sabiduría, ha puesto en evidencia la ignorancia de Job, y éste no encuentra nada qué decir en defensa propia.

Después de la humilde sumisión de Job, nos preguntamos: ¿Por qué el Señor no lo bendijo de inmediato dándole posesiones y prosperidad? ¿Por qué sigue Dios hablándole de manera tan estricta en este capítulo y en el siguiente? El hecho de que Dios continuará hablando en esa forma es un indicio de que el omnisciente Señor no estaba satisfecho por completo con el arrepentimiento de su hijo. Job se veía a sí mismo pequeño e insignificante, completamente abrumado por la majestuosa grandeza de Dios, pero aun así no confesaba que había pecado cuando acusó a Dios de ser injusto.

Ciertamente, el arrepentimiento de Job era sincero, pero eso no era suficiente. Era necesario que reconociera que los caminos y pensamientos de Dios son inmensamente superiores a los de los humanos, y por lo tanto Job los debía aceptar aun cuando no los pudiera entender. También necesitaba darse cuenta de que Dios, que había permitido que sufriera, realmente no era su enemigo, sino el verdadero amigo, y que lo amaba. Era necesario que Job

se diera cuenta de que la relación de Dios con él era una relación de evangelio, y no una relación de ley. Al final, Job habría de comprenderlo. Y en fe y arrepentimiento verdadero, se iba a someter a su Señor, que lo iba a restaurar y lo iba a bendecir doblemente, como lo sabemos por el último capítulo de este libro. Sin embargo, antes el Señor tenía aún más por decirle. En los versículos siguientes, el Señor continúa preparando a Job para el verdadero arrepentimiento.

Dios desafía nuevamente a Job

6 Respondió Jehová a Job desde el torbellino y dijo:

**7 «Ahora cíñete la cintura//como un hombre:
yo te preguntaré y tú me contestarás.**

**8 ¿Invalidarás tú también mi juicio?
¿Me condenarás a mí, para justificarte tú?**

**9 ¿Tienes tú un brazo como el de Dios?
¿Truena tu voz como la suya?**

**10 »Adórnate ahora de majestad y alteza,
vístete de honra y hermosura.**

**11 Derrama el ardor de tu ira;
mira a todo altivo y abátelo.**

**12 Mira a todo soberbio y humíllalo,
y destruye a los impíos//dondequiera que estén.**

**13 Entiérralos a todos en el polvo,
encierra sus rostros en la oscuridad.**

**14 Entonces yo también declararé
que tu diestra puede salvarte.**

Los versículos 6 y 7, son casi idénticos a los versículos del capítulo 38:1-3, con los que el Señor inició su discurso. Sin embargo, en esta segunda exhortación omite la pregunta que hizo en 38:2: “¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin

sabiduría?”. En esta sección, Dios confronta a Job con una doble pregunta: “¿Invalidarás tú también mi juicio? ¿Me condenarás a mí, para justificarte tú?”. Job había insistido en su inocencia, en que no había cometido ningún pecado específico que lo hiciera merecedor del severo sufrimiento por el que estaba pasando. Ni tampoco Dios lo acusaba de ello.

Dios no está tomando el lado de los tres amigos en contra de Job, pero sí lo reprende por acusarlo de ser injusto. Job decía que era inocente, pero al hacerlo culpaba a Dios. Asumía que su propia inocencia y la justicia de Dios, eran incompatibles y mutuamente exclusivas. Job pensaba, que si él era inocente, Dios no podía ser justo al afligirlo.

Eliú le había sugerido a Job que Dios algunas veces les habla a sus hijos mediante la aflicción para llevarlos al arrepentimiento y para fortalecer su fe (33:19-30). Por lo visto, lo que Eliú había dicho no había hecho mella en Job. Tenía que entender que cuando Dios aflige al creyente, lo hace porque lo ama y se preocupa por él. Los tres amigos de Job habían enfatizado la *justicia* de Dios, que recompensa a cada uno de acuerdo con sus obras. Job había enfatizado el *poder* de Dios, afirmando que el Señor actúa de acuerdo al estado de ánimo en que se encuentre, como lo haría aquél que abusa del poder. Por otra parte el Señor, aunque todopoderoso y perfecto en justicia, enfatizó su gran *misterio y amor*: Dios, a pesar de estar mucho más allá de la comprensión humana, aun así ama a todas sus criaturas y las cuida, incluyendo al pobre Job que estaba sufriendo tan intensamente.

En los diálogos, el Señor le habla ásperamente a Job. Así como en su primer discurso con él, Dios puso en tela de juicio su sabiduría, aquí hace lo mismo en cuanto a su poder. Y lo hace con el propósito de quebrantar el orgullo pecaminoso que estaba aumentando en el corazón de Job. Le recuerda a Job que su justicia abarca el universo entero, al cual creó y controla. Así mismo tiene el poder total sobre el universo, y es responsable de todo lo que pasa en él.

Cuando el Señor desafía a Job con estas preguntas y afirmaciones, lo hace para recordarle que es pretencioso de su parte querer juzgar a su Creador. Job era culpable de asumir los derechos y privilegios que sólo al Señor le corresponden. Él es el único que puede juzgar perfectamente. Le pregunta a Job si acaso tiene un brazo o una voz como la suya. La palabra “brazo” expresa poder (Salmo 98:1), mientras que la palabra “voz” sugiere autoridad. Eliú había hablado repetidamente de la voz de Dios personificada en los truenos del cielo (37:1-7). Fue también en una tormenta que Dios le mostró a Job su poder y autoridad.

Después de haberle preguntado a Job si tenía un brazo o una voz como la suya, el Señor lo reta a actuar de acuerdo con esto. En los versículos 11 a 13, lo desafía a aparecer gloriosa y majestuosamente: para humillar al orgulloso, para aplastar a los malvados, y llevarlos a su destrucción final. Si Job podía hacerlo, Dios admitiría que Job era autosuficiente y que no necesitaba la salvación del Señor. ¡Claro que Job no podía hacerlo!

Job había acusado al Señor de injusto, porque sentía que Dios no había tratado a los impíos de acuerdo a la iniquidad de ellos. Ellos parecían prosperar al tiempo que Job sufría severamente. Poco antes Job se había quejado diciendo: “¿Por qué siguen con vida los impíos, y hasta cuando envejecen, aún crecen en riqueza?” (21:7). Continuó dando una lista de ejemplos de la prosperidad de los impíos a pesar de que ignoran a Dios (21:8-15). Al decir estas cosas, Job era culpable de acusar a Dios de ser injusto. También se quejó de que, tanto en la muerte como en la vida, todo parece marchar bien para el malvado (21:13). Job no lograba comprender que iba a llegar el día en que Dios llamará a cuentas al impío en el juicio final. Y como Job estaba “jugando a ser Dios”, al emitir su veredicto sobre la forma en que el Señor conduce el mundo, el Todopoderoso por lo tanto lo desafió a que descargara su ira contra los orgullosos y los impíos, y que los llevara a un final vergonzoso. Si Job era capaz de hacer eso, entonces el Señor lo alabaría y admitiría que podía salvarse a él mismo.

El primer discurso del Señor en los capítulos 38 y 39, tuvo el efecto de hacer que Job confesara con toda humildad lo indigno que era (40:4.5). Y sin embargo el Señor sabía que este hijo suyo necesitaba oír más sobre sus caminos y sus obras maravillosas, así que se dirigió a él con el mismo lenguaje austero de los versículos 7-14. El Señor tenía más por decir, y Job tenía aún más que aprender.

En su segundo discurso, el Señor dirige la atención de Job a dos inmensas y fieras criaturas, el behemot y el leviatán (que la versión *Reina Valera 1977* traduce hipopótamo o cocodrilo). Dios desafía a Job a que los atrape y los controle. Los dos versículos que siguen han cautivado la imaginación de los lectores a lo largo de los siglos por la descripción tan vívida y por el desafío que presentan al tratar de identificar a los animales. Antes de hablar de ellos en detalle, haremos varios comentarios introductorios sobre los mismos y los intentos que las personas han hecho para identificarlos.

El behemot y el leviatán

En su discurso final, el Señor describe detalladamente a estas dos bestias extrañas y poderosas. Se dedican más versículos a estos dos animales que a los otros que mencionó en su primer discurso. Y como el lenguaje de estos versículos es algo diferente al de los anteriores, algunos críticos afirman que los relatos sobre el behemot y el leviatán, fueron escritos por otro autor y que después fueron insertados en el libro de Job. Ese punto de vista viola la unidad del libro, y nosotros tampoco lo aceptamos. Creemos que el autor, quienquiera que haya sido, escribió todo el libro bajo la inspiración de Dios el Espíritu Santo.

Tal vez no hay otra sección del libro de Job que haya sido tema de tanta discusión y controversia, como estos pasajes que describen al behemot y al leviatán. A lo largo de la historia se ha especulado sobre estas criaturas y se ha tratado de identificarlas.

Debemos mencionar cuatro interpretaciones distintas y agregar unos breves comentarios:

1. *Monstruos mitológicos*. Esta interpretación, que fue sostenida por algunos eruditos judíos de la antigüedad, es también aceptada por algunos estudiosos de la actualidad. Señala a las leyendas de dragones y de otros animales feroces del folklore antiguo e identifican al behemot y al leviatán como animales ficticios. Rechazamos esa interpretación por dos razones: (a) El Señor describe al behemot y al leviatán como animales reales que el mismo Job podía ver, no como criaturas imaginarias tomadas de leyendas y tradiciones populares. (b) Sería indigno del Señor que recurriera a hablar de criaturas imaginarias que nunca habían existido.
2. *Animales salvajes en general*. Eso se aplica especialmente al “behemot” que parece estar en el plural, aunque no lo podemos asegurar con toda certeza. Aun así, este animal es descrito consistentemente como una criatura, no como varias. Si la palabra “behemot” está en el plural, sugiere más bien el majestuoso poder de la criatura ya que así se emplea el plural ocasionalmente.
3. *Animales que todavía existen*. La mayoría de los comentaristas prefieren esta interpretación. En sus intentos por identificar al behemot, han sugerido una variedad de animales: el hipopótamo, el rinoceronte, el elefante, el búfalo, y el buey, entre otros. El favorito es el hipopótamo, y así se menciona en varias versiones de la Biblia en inglés (vea también la nota al pie de la página en la *Reina Valera Actualizada*). Sin embargo, hay varios problemas que se suscitan con esta interpretación, los cuales señalaremos en nuestros comentarios.

Con referencia al leviatán, hay dos candidatos principales: el cocodrilo y la ballena. La mayoría de los comentaristas identifican al leviatán con el cocodrilo, y esta palabra aparece en una nota al margen en muchas versiones del inglés. Como

en el caso del behemot, hay ciertas afirmaciones que llevan a este escritor a preguntarse sobre la validez de esa identificación.

4. *Animales que una vez existieron y que hoy se encuentran extintos.* En muchos aspectos, esta parece ser la explicación más plausible. Y como Job vivió hace muchos años, posiblemente hace 4000 años o más, los animales que Dios describe bien pudieron haber vivido en ese tiempo y más tarde extinguirse. Aun hoy en nuestros días sabemos que hay ciertas especies de animales que están en peligro de extinción o que ya no existen. Algunos de ellos se extinguieron hace apenas 100 o 200 años. Ciertamente es muy probable que Job viera algunos de esos animales, que para nosotros hoy son desconocidos.

En la actualidad, los eruditos conservadores, especialmente los que tienen gran interés y antecedentes científicos, identifican al behemot como un dinosaurio herbívoro y al leviatán como un dinosaurio carnívoro. Sostienen que los dinosaurios no llegaron a extinguirse hace millones de años, como afirman los evolucionistas, sino que vivieron en esta tierra aún después del gran diluvio e inclusive aún existían en los tiempos de Job.

Como bien sabemos, se siguen encontrando esqueletos de dinosaurios, y sus restos son una prueba de que existieron por un período de tiempo que siguió a la creación. Pero esto hace surgir varias preguntas. ¿Es posible reconstruir con precisión esas criaturas basándose en sus restos óseos? ¿Qué tanta conjetura se necesitará? ¿Sobrevivieron esos colosales animales al gran diluvio de los tiempos de Noé? Si así fue, ¿por cuánto tiempo, o por cuantos siglos lograron sobrevivir? ¿Estaban sobre la tierra en los tiempos de Job? Y si asumimos incluso que Job vivió en una fecha mucho más temprana de la establecida, ¿no es un poco arriesgado identificar a estos animales como los mismos de que Dios habla en estos versículos? No se mencionan en ninguna parte de la

Biblia, ni en el relato de Abraham, que probablemente fue contemporáneo a Job.

Lo mejor es ser cautelosos y abstenernos de hacer identificaciones específicas de esas criaturas y dejar el interrogante como tal. Por ahora es suficiente decir que Dios está hablando de dos animales formidables que existían en ese tiempo, criaturas que Job vio, pero que posiblemente hace mucho tiempo dejaron de existir.

Dios tiene sus razones muy especiales para hablar de esas criaturas. Le da a Job una lección de humildad y de la dependencia total de la grandeza de Dios, que los creó a ellos y a todo lo que existe en este universo. Nosotros también nos podemos beneficiar con esta lección.

El behemot

¹⁵»Ahí está el behemot: yo lo creé, //lo mismo que a ti.

Come hierba, como el buey.

¹⁶Su fuerza está en sus lomos;

su vigor, en los músculos de su vientre.

¹⁷Mueve su cola semejante al cedro,

y los nervios de sus muslos //están entretejidos.

¹⁸Sus huesos son fuertes como el bronce

y sus miembros como barras de hierro.

Estos cuatro versículos nos presentan a la primera de las dos grandes criaturas, el behemot (llamado “hipopótamo” en la *Reina Valera Actualizada*). Dan una descripción física e impresionante de él. Es evidente que ese animal vivía en los tiempos de Job, como lo indican las palabras del Señor: “Ahí está el Behemot” (“He allí el Behemot, versículo 15, *reina Valera Actualizada*). Algunos eruditos han derivado la palabra “behemot” de una palabra egipcia que significa “el buey de agua”. Es más probable es que se trate de la palabra hebrea en plural para “bestia”. En el

caso de este animal, el plural sirve para enfatizar su tamaño y su majestuosidad. Este coloso no se desarrolló gradualmente a través de un proceso evolutivo, Dios lo creó, tal como había creado a Job. El Señor describe al behemot con lujo de detalle. Dice que se alimenta de hierba “como el buey”. Debió haber ingerido gran cantidad de vegetación para satisfacer su enorme apetito.

Dios también se refiere a la gran fuerza del behemot en sus lomos y en su vientre. Estas afirmaciones parecen describir al hipopótamo, pero también podrían describir a cualquier otro animal gigante, tal vez uno ya extinto. ¿Describen estas palabras a un dinosaurio? Aunque podemos especular, no podemos sacar conclusiones definitivas.

El versículo 17, les presenta un problema a los que sostienen que el behemot es un hipopótamo. El texto dice: “Mueve su cola semejante al cedro”; sabemos que el hipopótamo tiene un rabo corto y grueso. Algunos eruditos sugieren que la palabra “cedro” se refiere a las ramas cortas de este árbol y no a su tronco principal; sin embargo, esa explicación es cuestionable y es una interpretación forzada de las palabras. Estas palabras sugieren una cola larga más que la corta del hipopótamo. Los versículos posteriores (19, 23, 24) también describen un animal que debió haber sido más grande que el hipopótamo. El nombre “behemot” no identifica a cierto animal en particular, así como las palabras “león” (38:39) y “caballo” (39:19) identifican a estos animales.

En un lenguaje descriptivo, el Señor agrega detalles sobre el behemot: “Los nervios de sus muslos están entretrejidados: sus huesos son fuertes como el bronce, y sus miembros como barras de hierro”. El Señor describe los nervios de sus lomos fuertemente entrelazados o “entretrejidados”, en cierta forma reforzados. Sus huesos son “fuertes como bronce”, lo que da la idea de un metal que ha sido golpeado para darle forma. Tal vez la expresión “fuerte como un roble”, sería apropiada. Las últimas líneas de esta sección agregan otros detalles sobre esta supercriatura: tiene “sus miembros como barras de hierro.” ¡Que bestia tan formidable!

19 »Él es el primero entre las obras de Dios,

y sólo el que lo hizo//puede acercar a él la espada.

**20 Ciertamente para él//producen hierba los montes,
donde retozan las bestias del campo.**

**21 Se acuesta a la sombra
en lo oculto de las cañas//y de los lugares húmedos.**

**22 Los árboles lo cubren con su sombra;
los sauces del arroyo lo rodean.**

**23 Aun cuando el río se salga de madre,//él no se inmuta;
permanece tranquilo aunque todo un Jordán//se estrelle
contra su boca.**

**24 ¿Quién podrá atraparlo//mientras él vigila?
¿Quién le perforará la nariz?**

El Señor describió la apariencia física del behemot (15-18). Ahora habla de sus actividades y de sus hábitos.

¿Qué quiere decir: “Él es el primero entre las obras de Dios”? No puede significar que Dios creó al behemot antes que cualquiera otra cosa (como se podría entender en algunas traducciones). De acuerdo con Génesis 1:24, Dios creó a los animales de la tierra en el sexto día. La expresión “el primero”, sugiere la idea de “principal” o “primero, por su tamaño y por su sorprendente apariencia. Ningún ser humano sería capaz de enfrentarse a uno de ellos.

Aunque la segunda línea del versículo 19, es difícil en el hebreo y ha sido traducida e interpretada de varias formas, la versión *Reina Valera* expresa bien este pensamiento. Dios creó al behemot. Aunque este inmenso animal podría intimidar a los seres humanos, Dios lo puede controlar por completo, Dios habla como si tuviera una espada frente al animal para subyugarlo y evitar que haga algo contra su Creador. Dios lo vigila.

Uno de los problemas que enfrentan los eruditos es el lugar donde vivía este animal. Los versículos 20 y 23, parecen sugerir la tierra de Israel con sus escarpadas colinas (20), y también el río

Jordán (23). Por otro lado, los versículos 21 y 22, dan la impresión de que vivía en Egipto. ¿Estaba Job familiarizado con ambos países? Probablemente, como hombre de negocios que fue, bien pudo haber conocido otros países del Medio Oriente. Por lo menos debió haber estado familiarizado con sus características geográficas.

El Señor le recuerda a Job que las colinas sustentaban al behemot con su vegetación. El enorme apetito del animal lo pudo haber obligado a ir a las colinas en busca de más comida. ¿Implican estas palabras que con el paso del tiempo el behemot no iba a obtener el alimento suficiente en esos lugares y que iba a morir? Es una posibilidad.

Aunque este animal era de un tamaño y una apariencia imponentes, evidentemente no era una fiera agresiva. Leemos, “donde retozan las bestias del campo”. Las pequeñas criaturas de aquel entonces no sentían la necesidad de guardar su distancia para protegerse de la enorme bestia, sino que se sentían seguras cuando estaban cerca de tan enorme animal.

La región donde el behemot vivía estaba “en lo oculto de las cañas” y “los árboles lo cubren con su sombra”. Muchos comentaristas dicen que las cañas que se mencionan en estos versículos eran plantas espinosas y de buen tamaño que crecían tanto en Israel como en África. Como ya lo mencionamos, estos versículos sugieren esas dos áreas como lugares posibles donde se podía encontrar este animal. En esta parte del mundo también había pantanos y álamos enormes. Podemos concluir por lo que nos dicen estos versículos que el behemot era un animal al que también le gustaba retozar.

Y sin embargo el behemot no podía ser intimidado. No se atemorizaba aunque estuviera frente a las aguas caudalosas de un río desbordado. Por el versículo 23, podemos saber que era un animal anfibio; moraba igualmente en el agua como en la tierra. Esto es verdad respecto al hipopótamo, pero también se puede aplicar a otros animales, como los dinosaurios, que también eran anfibios.

En el último versículo de este pasaje Dios le pregunta a Job: “¿Quién podrá atraparlo cuando él vigila?” La respuesta obvia es “¡Nadie!”. El Señor desafía a Job para que trate de hacerlo. Para capturar tan enorme y fuerte animal, se requeriría la fuerza de muchos hombres con todo el equipo necesario. Es como si Dios le estuviera diciendo, “Job, yo puedo hacerlo todo; tú no puedes hacer nada. ¿Quién eres tú para contender conmigo?”

Algunas versiones mencionan “ojos” cuando traducen este último versículo. La expresión ha sido entendida de varias formas, y es difícil traducirla correctamente. La lectura superficial de estos versículos puede sugerir que se atrape al animal por los ojos en forma semejante a como se diría agarrar por la cola, pero esa traducción sería ridícula e indigna de la forma en que habla el Señor. La expresión no se refiere a cegar al animal, en el sentido literal de sacarle los ojos; más bien podríamos expresar su significado en una paráfrasis como esta: “¿Puede alguien capturarlo (al behemot) mientras está alerta?”. Cualquiera que intentara hacerlo correría el riesgo de morir. La línea final de estos diez versículos dice: “¿Quién le perforará la nariz?”. El behemot era un animal tan grande y tan fuerte que sería imposible atraparlo o perforarle la nariz. En los tiempos antiguos acostumbraban perforar la nariz de los animales acuáticos para obligarlos a respirar por la boca, a inhalar agua y a asfixiarse. ¿Podría Job hacer esto con el behemot? ¡Jamás!

Si Job no podía controlar o capturar a una criatura de Dios, ¿cómo pretendía ponerse a juzgar su forma de gobernar este mundo? ¿Cómo se atrevía a juzgar la manera como trataba al mismo Job? ¿Cómo se atrevía a desafiar al Creador de este universo cuando ni siquiera podía enfrentarse a alguno de los animales creados por él? En sus discursos a Job, el Señor le recuerda constantemente que sus pensamientos y sus caminos son infinitamente superiores a los de los seres humanos. Esta verdad se la recordó a Job en las primeras tres lecciones de este curso de instrucción que tratan del mundo físico (38:1-38), con los animales

y con las aves (38:39-39:30), y con el behemot (40:15-24). Quedaba la última lección—el discurso del Señor acerca del leviatán.

El leviatán

41 ¿Pescarás tú al leviatán //con un anzuelo o sujetándole la lengua con una cuerda?

² ¿Le pondrías una soga en las narices?

¿Perforarías con un garfio su quijada?

³ ¿Multiplicará ruegos él delante de ti?

¿Te hablará con palabras lisonjeras?

⁴ ¿Hará un pacto contigo

para que lo tomes por esclavo//para siempre?

⁵ ¿Jugarás con él como con un pájaro?

¿Lo atarás para tus niñas?

⁶ ¿Harán banquete con él los compañeros?

¿Lo repartirán entre los mercaderes?

¿Qué clase de animal era el leviatán? Algunos comentaristas (como la versión *Reina Valera 1977*) no tienen duda de que se trata del cocodrilo. Pocas versiones de la Biblia han substituido la palabra “cocodrilo” por “leviatán” en el texto. Otra sugerencia es que se trata de la ballena.

Ciertas declaraciones que aparecen en este capítulo ponen en duda esas identificaciones. Tampoco se le puede identificar con un dinosaurio, ya que no tenemos la certeza de que ese animal haya existido en los tiempos de Job. Nuevamente, parece que lo mejor es abstenerse de hacer una identificación concreta del leviatán. Sin embargo, no podemos fijar en otros pasajes del Antiguo Testamento donde también aparece la palabra “leviatán”.

La palabra “leviatán” se encuentra solamente seis veces en el Antiguo Testamento: dos veces en Isaías 27:1, y una vez en cada uno de los Salmos: 74:14 y 104:26, Job 3:8 y el primer versículo

de este capítulo, 41:1. En Isaías 27:1 se le llama “serpiente veloz” y “serpiente tortuosa”, y se lo menciona como el “dragón que está en el mar”. Este versículo también afirma que el Señor lo castigará y matará. La Biblia sugiere al mismo tiempo que se trata de un reptil anfibio de gran fiereza que pudo haber habitado la tierra antiguamente. Las historias de dragones en las tradiciones antiguas bien pudieron haber tenido bases históricas. En la literatura del antiguo Ugarit, un país que estaba al norte de Israel, se describe un animal con un nombre parecido llamado lotán. Isaías 27:1 presenta un capítulo que narra la libertad que Israel iba a conseguir de la opresión de sus enemigos. El leviatán pudo haber sido una personificación de los enemigos de Israel en ese pasaje poético.

Otro versículo que presenta un desafío es el Salmo 74:14, en el cual Asaf se dirige a Dios diciendo: “Aplastaste las cabezas del leviatán, y lo diste por comida a los habitantes del desierto”. ¿Era el leviatán un animal con muchas cabezas, que realmente existió? ¿O es este un pasaje poético que habla en forma figurada y concreta del poder de Dios sobre las fuerzas enemigas de la naturaleza? De cualquier forma que contestemos a la pregunta, nos queda la impresión de que el leviatán no solamente era una criatura poderosa sino que también era hostil y peligrosa.

En el Salmo 104:26, el salmista describe al leviatán como una criatura marina: “Allí lo surcan las naves, allí este leviatán que hiciste para jugar en él”. Este versículo habla del mar. ¿Es posible que esto hable contra la identificación de esta bestia con el cocodrilo? ¿No es verdad que los cocodrilos usualmente nadan en los ríos y no en los mares o en los océanos?

En su discurso inicial, Job se refirió al leviatán. Maldiciendo el día en que nació, se lamentaba: “Maldíganla (la noche en que Job nació) los que maldicen el día, los que se aprestan para despertar a Leviatán” (3:8). Estas palabras sugieren el gran peligro que se corría al desafiar y combatir con esta fiera. El mismo tema es repetidamente enfatizado en el capítulo 41 del libro de Job.

La última ocasión en que se menciona la palabra “leviatán” es en el primer versículo de este capítulo. En todos los seis ejemplos

del Antiguo Testamento en que ocurre esta palabra se presenta sin artículo definido, “leviatán” en el hebreo. La *Reina Valera* utiliza el artículo en este capítulo (“al leviatán”). Algunas traducciones lo ponen con mayúscula en este capítulo (41). De cualquier modo, el leviatán, como el behemot, parece que fueron criaturas únicas de enorme tamaño y gran fuerza.

Inmediatamente después de esta breve descripción del behemot en 40:15-24, el Señor se expresa más sobre el leviatán. Comienza una larga serie de preguntas desafiantes: “¿Pescarás tú al cocodrilo (leviatán) con anzuelo, o sujetarás su lengua con una cuerda?”. La respuesta es “¡No”!. Tratar de hacerlo así sería tan inútil como tratar de atrapar a un elefante con una trampa de ratones.

La siguiente pregunta también implica una respuesta negativa: “¿Le pondrás una soga en las narices, perforarás con un garfio su quijada?”. Las palabras de estos dos versículos han hecho que la mayoría de los estudiosos concluya que este animal es el cocodrilo. Dicen que los cocodrilos pueden llegar a medir hasta nueve metros de largo, y que sería virtualmente imposible que una persona los atrape como aquí se sugiere. Aunque sería imposible que una sola persona atrapara un cocodrilo de esta manera, eso se podría hacer con ayuda de varios hombres. En los tiempos antiguos, tal como se hace en nuestros días, las personas los capturaban. Herodoto, el antiguo historiador griego, dice que los hombres los capturaban con ganchos poniendo cebo de carne de puerco y golpeando a cerdos vivos en la orilla de la playa para que sus chillidos llamaran la atención del cocodrilo (II, 70). Por lo tanto, podríamos preguntar, ¿fue el leviatán un animal más grande y más feroz que el cocodrilo? Las palabras de estos versículos parecen sugerir esta posibilidad.

Atrapar al leviatán sería difícil pero no imposible. Suponiendo que Job pudiera atrapar a uno de ellos, ¿qué haría con él? En los versículos 3-6, el Señor le hace varias preguntas a Job que sugieren situaciones tanto ridículas como cómicas. ¿Podemos imaginar a tan enorme bestia sumisa ante Job o ante cualquier otro ser

humano, pidiendo misericordia? ¿Podía hacer algún pacto en el que el animal se comprometiera a ser esclavo de Job toda su vida, como un guerrero conquistado se somete a su conquistador después de la batalla? ¡Y qué absurdo sería pensar que Job, o cualquier ser humano, hiciera de este indomable animal una mascota y jugara con él como quien juega con un animal doméstico en su casa! En muchos hogares podemos ver: canarios, pericos, y animales semejantes, enjaulados. En los tiempos antiguos los padres les daban a sus hijos aves domesticadas para que las manejaran mediante una correa. ¿Podía Job atar al leviatán a una correa y darlo a sus hijas para que lo pasearan como una mascota cualquiera? ¡Ni pensarlo!

El Señor continúa llamando la atención de Job hacia los mercados de esos días. Los pescadores se reunían para vender sus mercancías en el mercado como lo siguen haciendo hoy en muchas partes del mundo. ¿Serían capaces esos mercaderes de traer al leviatán al mercado? ¡Ni pensarlo! Y en caso de que pudieran hacerlo, ¿serían capaces de vender semejante animal? ¡Difícilmente! ¿Cómo lo cortarían y dividirían? Aun si pudieran hacerlo ¿lo compraría la gente para comerlo? ¡Es muy dudoso!

Con esta serie de preguntas el Señor le está demostrando a Job lo imposible que sería contender con el leviatán y subyugarlo. En los siguientes versículos continúa y le recuerda a Job que él es aún más poderoso que el leviatán.

**7 ¿Cortarás tú con cuchillo su piel,
o con arpón de pescadores su cabeza?**

8 Pon tu mano sobre él:

recordarás luego la lucha//y no volverás a hacerlo.

**9 En cuanto a él,//toda esperanza queda burlada,
porque aun a su sola vista//la gente se desmaya.**

**10 Y nadie hay tan osado que lo despierte;
¿quién podrá permanecer delante de mí?**

11 Porque ¿quién me ha dado a mí primero,//para que yo

restituya?

¡Todo lo que hay debajo del cielo es mío!

En los versículos 1 y 2, el Señor había afirmado que nadie puede atrapar al leviatán con un anzuelo ni con una cuerda. Ahora dice que una persona es incapaz de traspasarle la piel con un cuchillo o la cabeza con un arpón (en los versículos 13-17, se describe la armadura protectora que cubría el cuerpo del leviatán). Si este animal fuera un cocodrilo, ¿podríamos decir que ningún cuchillo ni ningún arpón pueden: penetrar en su piel, perforarle la cabeza y matarlo? ¿Podría ser que las armas de esos tiempos eran demasiado débiles y sin filo? ¿O que tal vez el leviatán era una criatura más grande y más fuerte que un cocodrilo, con una cabeza y un cuerpo menos vulnerables? En esto nos es mucho más fácil preguntar que responder.

El versículo 8, nos advierte que si Job tratara de atacar una sola vez al leviatán no le quedarían ganas de intentarlo de nuevo. De hecho, nunca iba a tener otra oportunidad. En los versículos siguientes se le advierte a Job del peligro de una confrontación como esa; si intentara domar al leviatán, sería fatal para él desde el principio. Con sólo verlo, a Job le entraría el pánico, sería una experiencia aterradora.

En su primer discurso, Job había hablado de “los que se aprestaran para despertar al leviatán” (3:8). Ahora, en la primera línea del versículo 10, el Señor dice: “Nadie hay tan osado que lo despierte”. Intentar esa audacia sería fatal; hasta el más valiente de los valientes se desanimaría con sólo ver a tan enorme bestia. Por lo tanto, ¿quién es Job para desafiar a un enemigo como ese?

Después de decir esas palabras, el Señor dirige la atención de Job a alguien aún más grande que el leviatán; agrega: “¿Quién podrá permanecer delante de mí?” El leviatán era realmente una criatura extraordinaria en poder y fuerza, pero solamente era eso, *una criatura*. Dios, por otro lado, es el *Creador* que hizo todo, incluyendo al leviatán.

En su discurso anterior acerca del behemot, el Señor Dijo: “Él es primero entre las obras de Dios, y sólo el que lo hizo puede acercarse a él la espada”. Dios, con su poder omnipotente, hizo al behemot, y podía controlarlo a voluntad. Igual podía hacer con el leviatán; este feroz animal jamás podría atemorizar el corazón de su hacedor, estaba completamente bajo el control y el dominio de Dios. ¿Si Job no se podía enfrentar al leviatán, cómo podría enfrentarse al señor?

Job le había pedido a Dios que lo recompensara por su piedad (19:6-10; 30:20-26). El Señor le responde: “¿Quién me ha dado a mí primero, para que yo restituya? Todo lo que hay debajo del cielo es mío”. El Señor creó: los cielos y la tierra y todo este vasto universo con sus incontables galaxias de estrellas y planetas. Al mirar el estrellado e inmenso firmamento en una noche clara, uno no puede más que sentir gran reverencia hacia el Creador de tanta maravilla. El Señor es infinitamente superior a cualquiera de sus criaturas, incluyendo al behemot y al leviatán. Entonces ¿qué derecho tiene Job de exigir de Dios una respuesta sobre la manera como él juzga a los humanos? ¿Con qué derecho la criatura juzga a su Creador? Haríamos bien en recordar estas palabras de san Pablo: “Pero tú, hombre, ¿quién eres, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: «Por qué me has hecho así»? ¿Acaso no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?” (Romanos 9:20-21).

San Pablo se refiere al versículo 11 de este capítulo de Job 41, en la doxología que finaliza el capítulo 11 de su epístola a los Romanos. Él dice: “¿Quién le dio a él primero, para que le fuera recompensado?” (Romanos 11:35). Necesitamos reflexionar seriamente sobre ello. Junto con Job, necesitamos entender que los pensamientos de Dios son infinitamente más elevados que los nuestros; no los podemos entender, porque no podemos entender a Dios.

Mientras estaba en tribulación y gran dolor, Job no podía entender por qué sufría tanto. ¡Qué cambio tan dramático había

ocurrido en su vida! Primero, Dios lo había bendecido ricamente, con una prosperidad extraordinaria; luego, repentinamente, le había quitado todo y había permitido que sufriera grandemente. “¿Por qué?”, se preguntaba Job. Dios tenía sus propios motivos para hacerlo; lo hizo: para humillar a Job y para probar y fortalecer su fe.

En los tratos que Dios tiene con usted y conmigo, podrá haber ocasiones en que quizás nos preguntemos: ¿Por qué Dios permite: la enfermedad, los accidentes, la pérdida de nuestros seres queridos, o las tribulaciones que azotan nuestra vida? Incluso nos podemos sentir tentados, como le ocurrió a Job, a acusar a Dios de ser injusto con nosotros. Pero cuando nos vengan esos pensamientos, recordemos que Dios tiene sus propias y buenas razones para enviarnos gozo o pena, prosperidad o estrechez. También recordemos que él nos ama como a sus hijos que somos, y todo lo que permite que venga a nuestra vida es para nuestro bien, a pesar de que no lo entendamos ni lo apreciamos a su debido tiempo. En lugar de preguntarle a Dios, debemos someternos a él con fe. Debemos encontrar consuelo en su palabra y elevar nuestras oraciones a él. Todos necesitamos crecer en la virtud de la paciencia. Job necesitaba aprender esta lección y nosotros también.

**¹²»No guardaré silencio//sobre sus miembros,
ni sobre sus fuerzas//y la gracia de su disposición.**

**¹³ ¿Quién levantará//la cubierta que lo reviste?
¿Quién se acercará a su doble coraza?**

**¹⁴ ¿Quién abrirá la puerta de sus fauces?
¡Las hileras de sus dientes espantan!**

**¹⁵ Su espalda está cubierta//de fuertes escudos,
soldados estrechamente entre sí.**

**¹⁶ El uno se junta con el otro
de modo que el viento//no pasa entre ellos.**

**¹⁷ Unido está el uno con el otro,
trabados entre sí, no se pueden separar.**

Aquí el Señor da una descripción física más detallada del leviatán. Comienza diciendo cuál es su intención al describir a este animal fuerte y de apariencia elegante. En la primera línea del versículo 13, pregunta: “¿Quién levantará la cubierta que lo reviste?” La respuesta implícita es “¡Nadie!”. Como nos enteramos por los versículos que siguen, el leviatán estaba cubierto de un caparazón perfectamente ajustado a su cuerpo que no podía ser penetrado ni quitado.

En la última línea del versículo 13 la *Reina Valera 1977*, traduce: “¿Quién se acercará a él con su freno doble?”. La última frase es difícil de traducir. Algunas otras traducciones de esta expresión hebrea han sugerido: “doble hilera de dientes”, “doble cota de malla”, y “doble coraza”, entre otras traducciones. La expresión hebrea sugiere dos hileras de dientes que salen de su boca, que generalmente era restringida por un freno y bocado. Tal vez una combinación de todas las traducciones podría expresar mejor el pensamiento del versículo 13.

El siguiente versículo (14), describe las mandíbulas y los dientes del leviatán. Describe gráficamente las mandíbulas diciendo que son “la puerta de sus fauces”. Algunos comentaristas que identifican al leviatán como el cocodrilo destacan que los labios de la bestia no se destacan en este versículo. Sin embargo, lo mismo se puede decir de otros grandes reptiles que vivían en los tiempos de Job. Se trate o no, de un cocodrilo o de un dinosaurio, lo mejor es no identificarlo con exactitud. Por el texto sabemos que el leviatán era una bestia enorme y feroz, indudablemente de la familia de los reptiles. También se nos dice que sus fuertes mandíbulas estaban compuestas de filosos dientes que destruirían a cualquier necio que intentara abrir sus fauces por la fuerza.

Los versículos 15-17, describen detalladamente la cubierta externa del leviatán. Dicen respecto de las escamas: “su espalda está cubierta de fuertes escudos soldados estrechamente entre sí” (v.15). Son tan herméticos que ni siquiera el viento entra en ellos

(v.16). Están pegados uno con el otro, “trabados entre sí,” de forma tal “que no se pueden apartar” (v.17). Walter Lang sugiere, en sus comentarios sobre Job, que el propósito de todo esto es el de “controlar la humedad” ¿Cómo podía Job o cualquier otro mortal perforar la piel fuerte y escamosa de una criatura como esa? Dios simplemente había creado en el leviatán a un animal que ningún hombre podía atrapar ni domar.

**¹⁸ Cuando estornuda, lanza relámpagos;
sus ojos son como los párpados del alba.**

**¹⁹ De su boca salen llamaradas;
centellas de fuego brotan de ella.**

**²⁰ De sus narices sale humo,
como de una olla o caldero que hierve.**

**²¹ Su aliento enciende los carbones;
de su boca salen llamas.**

Después de haber escrito las cualidades del leviatán, el Señor termina haciendo un relato vívido de algunos de sus hábitos. En estos cuatro versículos, la imagen es la de un dragón que arroja fuego por sus fauces.

El pasaje presenta un problema para el intérprete: ¿Es este un lenguaje figurativo o debe entenderse literalmente? Es difícil llegar a una conclusión definitiva; los eruditos, que identifican al leviatán como un cocodrilo, interpretan estos versículos en sentido figurado o simbólico. Ya que los cocodrilos no exhalan fuego por la boca ni humo por las fosas nasales, creen que las palabras tienen un significado simbólico; interpretan el versículo 18 como si los rayos del sol hicieran que el agua que mana de su nariz parecieran destellos de luz cuando el animal sopla o estornuda. Consideran que el lenguaje de estos cuatro versículos sólo expresa una comparación. Dicen que *parecen*: relámpagos, fuego, y humo, pero que realmente no es así. Como evidencia señalan la última línea del versículo 18: “Sus ojos son *como* los párpados del alba”;

esa afirmación no dice que *son* los rayos del alba. Citando el jeroglífico egipcio que representa los ojos del cocodrilo como el símbolo del amanecer, Franz Delitzsch sostiene que el leviatán, efectivamente, es un cocodrilo.

La mayoría de los comentaristas afirman que el lenguaje gráfico de estos versículos es un lenguaje figurado y que no describen a un animal real.

Pero el asunto no es tan sencillo, aunque la última línea del versículo 18, está en forma similar, con el resto de los versículos no es así. El texto dice en forma directa: “De su boca salen llamaradas; centellas de fuego brotan de ella. De sus narices sale humo, como de una olla o caldero que hierve. Su aliento enciende los carbones, de su boca salen llamas”.

¿Cuál es la forma más apropiada de interpretar estos versículos? ¿Describe aquí el Señor los hábitos del leviatán en un lenguaje figurado, sin que eso implique fuego ni humo en la realidad? ¿O podemos entender estas palabras en un sentido literal? Es difícil tomar una decisión. En la traducción griega antigua conocida como la Septuaginta, la palabra “leviatán es conocida como una palabra de la que se deriva la palabra “Dragón”. ¿Acaso se refiere a una criatura como el dragón? En la tradición del folklore de muchas naciones, se dice que los dragones arrojan fuego y humo por la boca. ¿Fueron estas criaturas producto de la fértil imaginación de las personas de la antigüedad? ¿O es posible que realmente sí hubieran existido esos animales en el pasado? ¿Es posible que hubiera dinosaurios que arrojaran realmente fuego por el hocico? Algunos eruditos sostienen que sí los hubo.

El escritor de este volumen de la *Biblia Popular*, no toma ninguna posición para afirmar ni para negar esa posibilidad. Debemos dejar la pregunta abierta y motivar al lector para que continúe investigando por su propia cuenta o mediante la discusión con otros sobre este tema tan fascinante. Por ahora baste decir que el leviatán era una criatura enorme y feroz, que podía despertar temor en el corazón de aquellos que se le acercaban.

**22 En su cerviz está su fuerza,
y delante de él cunde el desaliento.**

**23 Aun las partes más tiernas de su carne//están endurecidas,
son firmes en él, no se mueven.**

**24 Firme es como una piedra su corazón,
fuerte como la piedra de un molino.**

**25 Cuando se levanta,//los fuertes tienen temor
y retroceden a causa//de su desfallecimiento.**

**26 Aunque la espada lo alcance,//no se le clavará;
ni tampoco la lanza,//el dardo o la jabalina.**

**27 Para él, el hierro es como paja
y el bronce como madera podrida.**

**28 La saeta no lo hace huir
y las piedras de honda le son como paja.**

**29 Toda arma le es como hojarasca
y se burla del silbido de la jabalina.**

En estos versículos, el Señor continúa describiendo las increíbles características físicas que hacen al leviatán invulnerable a los ataques. Dice: “En su cerviz está su fuerza”. Cualquiera que haya visto a dos toros peleando se habrá percatado de la fuerza de su cuello. En un grado mucho mayor, eso ocurría respecto al leviatán. A la vista de esta criatura, cualquiera huía aterrorizado.

El leviatán, a pesar de su tamaño inmenso, no tenía un cuerpo flácido. “Aun las partes más flojas de su carne están endurecidas; son firmes en él, no se mueven”. Tenía músculos compactos, y piel entrelazada firmemente, como metal fundido. Su condición física era excelente.

El versículo 24, agrega: que “firme es como una piedra su corazón, fuerte como la piedra de un molino”. La criatura era sumamente maciza en todo su enorme cuerpo.

El Señor compara el corazón de la bestia a una piedra de molino. En los tiempos antiguos, las personas molían el grano entre dos piedras de molino. La piedra inferior estaba fija, mientras que la superior era movida por una persona para moler el grano. A

causa de la fuerza extra que debía soportar, la piedra de abajo debía ser una piedra especialmente fuerte.

Después de haber dado esta breve descripción de la fuerza del animal, el Señor le recuerda a Job que sería tan inútil como peligroso atacar al leviatán. Con tan solo erguirse podía despertar temor en el corazón del más fuerte, tanto en los animales como en los seres humanos.

Herir al leviatán con cualquier clase de arma sería tarea imposible. Una espada solo podría rebotar en su piel, y lo mismo una jabalina o cualquier otra arma de aquellos días. En los tiempos antiguos, el hierro y el bronce, se usaban para fabricar armas; si esas armas fueran usadas en contra del leviatán, no le causarían ninguna molestia, rebotarían en su cuerpo como si fueran de paja o de madera podrida. Todo el daño que las más poderosas armas de la época le podrían causar sería el mismo que le haría un costal lleno de grano o un palo que se le arrojaran.

Las flechas metálicas rebotaban en su impenetrable caparazón; hasta los proyectiles arrojados por hondas serían como paja para él. Una piedra que salió arrojada por la honda de David mató al gigante Goliat, pero sería incapaz de herir al leviatán, mucho menos de matarlo.

Un garrotazo propinado con gran fuerza sería un golpe devastador para cualquier otro animal, pero en el leviatán tendría el mismo efecto que rascarlo con una paja. Aun si alguien le arrojara una lanza con todas sus fuerzas, sólo le causaría risa y se burlaría de su atacante. En los versículos previos de los discursos que le dirigió a Job, el Señor describió a otros animales que parecía que se burlaban frente al peligro. Del asno montés dijo: “Se burla del bullicio de la ciudad” (39:7). Algo semejante dijo sobre el avestruz: “Se burla del caballo y de su jinete” (39:18). Del noble caballo dijo: “Hace burla del miedo, y no teme” (39:22). De forma semejante, el leviatán no se intimidaba ante nadie, sino que se enfrentaba a su oponente confiadamente y con burla.

**³⁰ Por debajo tiene escamas puntiagudas
que imprimen su huella en el barro.**

**³¹ Hace hervir como una olla//las aguas profundas
y las vuelve como una olla de unguento.**

**³² En pos de sí resplandece su estela,
hasta parecer cano el abismo.**

**³³ No hay en la tierra quien se le asemeje;
es un animal hecho exento de temor.**

**³⁴ Menosprecia toda arrogancia
y es rey sobre toda otra fiera.»**

En estos últimos versículos, el Señor describe al leviatán como una enorme criatura anfibia que puede vivir tanto en la tierra como en el agua. El animal tenía debajo de los costados de su cuerpo, la piel dentada como trozos afilados de cerámica quebrada. Cuando avanzaba por el lodo dejaba una huella como las que dejaban los trineos que se usaban en los tiempos antiguos. Esos trineos tenían piedras agudas que sacaban el grano de la vaina en tiempos de trillar. Por estas palabras asumimos que el animal debió haber tenido patas cortas y gruesas que no lo levantaban mucho del suelo, y por eso dejaba hondos surcos en el lodo cuando caminaba o se arrastraba.

“Hace hervir como una olla las aguas profundas, y las vuelve como una olla de unguento” ¡Qué cuadro! Cuando se agita y patalea en las profundidades de las aguas las revuelve de tal manera que parecen una olla de agua hirviendo o una jarra de unguento como el que se usa por su perfume o por sus poderes curativos. Dos palabras de este versículo (31) son particularmente significativas: “aguas” y “profundas”. Estas palabras sugieren con claridad una gran cantidad de agua, más que la que hay en un río como en el Nilo o el Jordán. Esas palabras sugieren el Mar Mediterráneo o del Océano Índico, ambos podrían haber sido familiares a Job. Estos versículos también ponen en duda que el leviatán haya sido el cocodrilo que hoy conocemos, ya que éste

habitaba en los ríos, más que en los mares o los océanos. Si el animal no era un cocodrilo, ¿entonces qué era? Nuevamente sólo una cosa podemos dar por segura: era un animal enorme y feroz.

En el versículo 32, el Señor sigue describiendo al leviatán: “En pos de sí resplandece su estela, hasta parecer cano el abismo”. Hoy podríamos pensar en uno de esos vehículos acuáticos que con su potente motor dejan una larga y burbujeante estela de agua a paso rápido en un lago. De forma semejante, esta bestia podía dejar estelas de agua a su paso. Sin embargo, aquí se habla del océano o del mar, no de un lago, como nos llevan a concluir las palabras “hasta parecer cercano el abismo”, en la última línea del versículo 32. La estela que dejaba el leviatán era blanca, como la blanca cabellera de un anciano.

Anteriormente, el Señor había descrito al behemot con términos muy exclusivos: “Él es el primero entre las obras de Dios” (40:19). Ahora, en el versículo 33 del capítulo 41, habla claramente del leviatán como la criatura más poderosa: “No hay en la tierra quien se le asemeje; es un animal hecho exento de temor”.

Estas palabras describen a un ser que debió haber sido más grande y más feroz que el cocodrilo. ¿Un dinosaurio? ¿Sería el leviatán un ser sobrenatural como el dragón que aparece en leyendas y tradiciones de la antigüedad? Estas son algunas de las muchas preguntas que las personas se hacen acerca de este animal. Este escritor prefiere considerarlo como una bestia enorme y salvaje, que Job conocía y con quien estaba familiarizado hasta cierto punto. Pero, tal como dijimos antes, nos debemos abstener de tratar de identificar con precisión a este animal, porque hay mucha especulación de por medio.

El Señor concluye este discurso sobre el leviatán tan abruptamente como lo inició. En el versículo 1 había preguntado: “¿Pescares tú al leviatán (cocodrilo) con un anzuelo, o sujetándole la lengua con una cuerda?”. Ahora termina su discurso con esta declaración: “Menosprecia toda arrogancia y es rey sobre toda otra

fiera”; la palabra “menosprecia es mejor traducida como “desafia”, palabra que usan otras traducciones. Algunas preguntas nos vienen a la mente cuando analizamos este versículo final del discurso del Señor. La palabra “desafia” (literalmente “mirar hacia abajo), ¿podría significar que el leviatán era capaz de: pararse sobre sus patas traseras, elevar su enorme cuerpo, y mirar hacia abajo a las demás criaturas, fueran humanas o animales? Aunque la traducción de *Reina Valera 1977*, sugiere esto, el verbo hebreo se puede traducir literalmente: “Él ve”. Al leer estas palabras no podemos asumir que el animal fuera más grande que otros animales, como la jirafa; o que se erguía apoyándose en las patas traseras. Ya fuera que pudiera pararse o no, haciendo uso de las patas traseras, como la teoría de los dinosaurios sostiene, sabemos, sin embargo, que el leviatán era el “rey sobre toda otra fiera” (en la *Reina Valera Actualizada*: “fieras arrogantes”). Eso debía incluir al león, conocido como el rey de los animales.

¿Se sintió Job afectado cuando escuchó la palabra “arrogante”? Al insistir en el deseo de encontrarse con Dios, Job se había mostrado como un hombre orgulloso. Había mostrado un orgullo pecaminoso al acusar a Dios de ser su enemigo y al culparlo de sus sufrimientos. En su pecado de orgullo, Job había juzgado presuntuosamente a Dios de acuerdo a las normas humanas, sin darse cuenta de que los pensamientos del Altísimo son infinitamente superiores a los de Job o a los de cualquier ser humano.

Aunque pueda parecer extraño que Dios, en los dos discursos previos (capítulos 38-41), no hubiera respondido directamente a ninguna de las preguntas que había hecho Job, debemos recordar que el Señor tenía metas mucho más grandes y nobles para él. En su amor, Dios le planteó a Job una pregunta tras otra, para hacerle comprender que lo que más necesitaba era desistir de todo pensamiento de confianza en él mismo y ponerse totalmente en las manos de Dios. Job necesitaba aprender la lección de que, si era incapaz de comprender la maravillosa creación de Dios,

entonces ¿cómo podía comprender al Creador mismo? Nuevamente necesitaba recordar la verdad que él mismo había confesado tan noblemente en el pasado: “Jehová dio, y Jehová quitó; bendito sea el nombre de Jehová” (1:21).

Habían sido para beneficio de Job, las ricas bendiciones y la abundante prosperidad que Dios le había dado. Ahora, cuando estaba sufriendo, Job necesitaba darse cuenta de que Dios lo seguía bendiciendo en la adversidad, como una forma de fortalecimiento espiritual y para acercarlo más a él. En la conversación con Job, el Señor se había revelado como el Dios majestuoso cuyos pensamientos y caminos son incomparablemente más nobles que lo que el ser humano puede entender. Pero también se reveló como el Dios de amor que lo había creado y sustentado, y que estaba profundamente interesado en su bienestar.

Dios terminó su discurso con el último versículo de este capítulo, porque en su omnisciencia sabía que Job ya había asimilado bien la lección. Se había arrepentido y ahora depositaba toda su confianza en su Creador. Nuevamente Job iba a confesar como ya lo había hecho: “Aunque él me mate, en él esperaré” (13:15).

Como un creyente verdadero, Job también veía con los ojos de la fe a su Salvador, el Señor Jesucristo. En dos de sus discursos había dado evidencia de ello. En la segunda respuesta a Elifaz había confesado. “En los cielos está mi testigo, y mi testimonio en la alturas” (16:19). El Señor Jesucristo, como verdadero Dios y como verdadero hombre, iba a testificar en favor de Job. Como su abogado defensor, Jesús iba a defender a Job contra los malvados ataques del diablo. En la primera epístola de San Juan, se usa esta hermosa figura, cuando dice: “Si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1). Después, en la segunda respuesta a Bildad, Job había confesado con toda nobleza, su fe en el Redentor y también en su propia resurrección de entre los muertos; dijo: “Yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo” (Job 19:25). Luego,

en el siguiente versículo, agregó: “En mi carne he de ver a Dios”. Con estas palabras expresó la firme esperanza de que su Redentor se levantará de entre los muertos, y que él mismo resucitaría para estar ante la presencia de Dios.

Después en su discurso, el joven Eliú le recordó a Job del Salvador a quien llamó: ángel, un mediador, uno entre mil, y uno que lo redimiría (33:23-28). Según la descripción que hizo Eliú, no puede ser otro que el Hijo de Dios, quien iba a ser verdadero Hombre cuando llegara el día señalado. Por lo tanto, fue en el Señor, el Dios trino, en quien Job confiaba y a quien servía con todo su corazón. Como un hijo de Dios, se aferró a él con fe y ahora ya no necesitaba una respuesta para el molesto problema de sus sufrimientos. Job estaba satisfecho con saber que estaba en las manos de Dios.

No sabemos si Job llegó alguna vez a enterarse del papel que Satanás había jugado en estos sufrimientos, pero sabemos que Dios estaba listo: para librarlo de ellos, para declararlo justo en las discusiones con sus amigos, y para demostrarle a Satanás que Job era un hombre justo que no iba a renunciar a su fe en Dios.

El capítulo final de este libro nos presenta un breve diálogo entre Job y el Señor, y termina con el feliz relato de que el Señor restauró y bendijo a Job, aún más abundantemente que al principio.

EPÍLOGO

JOB 42

Los primeros seis versículos de este último capítulo del libro contienen la respuesta que le dio Job al Señor. En forma de poesía, expresan la humilde sumisión de Job a su Señor y Creador. Y, finalmente, el libro concluye con un pasaje narrado en prosa, en el que nos informa que Dios resolvió la disputa que surgió entre Job y sus amigos, y que bendijo a Job con gran prosperidad y con riquezas, aún mayores de las que tuvo en un principio, antes de la tribulación.

Job le responde humildemente al Señor

42 Respondió Job a Jehová y dijo:
² «Yo reconozco que todo lo puedes
y que no hay pensamiento que te sea oculto.
³ “¿Quién es el que, falto de entendimiento, // oscurece el
consejo?”

Así hablaba yo, y nada entendía;
eran cosas demasiado maravillosas // para mí, que yo no
comprendía.

⁴ Escucha, te ruego, y hablaré.
Te preguntaré y tú me enseñarás.

⁵ De oídas te conocía,
mas ahora mis ojos te ven.

⁶ Por eso me aborrezco
y me arrepiento en polvo y ceniza».

En uno de los primeros versículos de este libro se nos dijo que Job era “el más importante de todos los orientales” (1:3). No sólo era un hombre próspero y temeroso de Dios, sino que era sabio, altamente respetado y un líder en su comunidad, como lo sabemos por las afirmaciones que hizo en el capítulo 29. Comparado con todos los demás, Job era el más rico.

Mientras sufría profundamente, Job se había quejado de que Dios lo estaba castigando injustamente. Sin saber de la conversación que hubo entre Dios y Satanás, Job había acusado a Dios diciendo que era su enemigo; en su orgullo pecaminoso pretendió juzgar los pensamientos y los caminos de Dios. Necesitaba aprender la importante lección de que Dios es infinitamente superior a Job. Y el Señor, en su discurso, le había enseñado esta lección, que tuvo el efecto de humillarlo y de llevarlo a un sincero arrepentimiento.

En este último capítulo, Job comienza su respuesta con una humilde confesión: “Yo reconozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que te sea oculto”. Aunque Job aun no entendía a Dios, ahora se convencía que todas las cosas ocurren dentro del plan de la sabiduría y omnipotencia de Dios. Dios tiene el control de todo; puede bendecir y puede afligir; puede dar y puede quitar. Y ciertamente Job ciertamente lo había experimentado en carne propia, pero tenía que aprender a no dudar del poder que Dios ejerce sobre este mundo, y a someterse humildemente y reconocer que Él sabe muy bien por qué ocurren las cosas. Nosotros también necesitamos aprender esa importante lección tan importante.

La Reina Valera Actualizada pone entre comillas la pregunta del versículo 3 y una parte del versículo 4 (“Yo te preguntaré, y tú me lo harás saber”), para indicar que Job está citando lo que Dios había dicho antes en 38:2-3. En el versículo 3, Job usó (en el hebreo) la palabra “encubre” en vez “oscurece” que es la palabra que originalmente usó Dios (en 38:2, vea la *Reina Valera Actualizada*). El significado es el mismo.

Job continúa haciendo una humilde confesión: “Así hablaba yo y nada entendía; era cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía”. Aquí, Job está reconociendo que los pensamientos y los planes de Dios, están en una esfera completamente diferente a los suyos. Aunque era sabio, según las normas humanas, confesó su total ignorancia comparado con Dios.

Esa ignorancia lo había obligado a decir necedades y a hacer acusaciones injustas contra Dios. Pero aunque Job no era culpable

de las acusaciones que sus tres amigos le imputaban, sin embargo era culpable de juzgar a Dios de acuerdo con las normas humanas. La sabiduría de Dios es mucho más grande que la sabiduría humana, aunque para el hombre sea un misterio. Junto con Job, usted y yo, también debemos recordar estas palabras de San Pablo: “¡Profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e insondables sus caminos!” (Romanos 11:33).

En el versículo 4, Job cita una vez más lo que Dios había dicho. En su primer discurso, el Señor había retado a Job a que le respondiera una serie de preguntas que él le había dirigido. Las preguntas implicaban que si Job es tan inteligente y sabe perfectamente cómo marchan las cosas en la tierra, entonces que le explique a Dios cómo fue que este mundo llegó a existir. Después de los dos poderosos discursos del Señor, Job se dio cuenta de lo poco que podía hacer. Comparado con Dios, Job no era nada. Sus últimas palabras son la confesión verdadera de un hombre que está sinceramente arrepentido.

Job dice: “De oídas te conocía; más ahora mis ojos te ven”. Antes de que Dios apareciera y hablara con él. Job lo conocía de oídas solamente; había llegado a conocer al verdadero Dios mediante la palabra hablada de otros y en los servicios de adoración. Había orado a Dios, lo había alabado, y había vivido en estrecha relación con él. Y sin embargo no había experimentado una verdadera revelación tan directa de Dios antes de que apareciera en la tormenta y le hablara directamente.

Anteriormente Job había pedido un encuentro con Dios para exponer su caso ante él (23:3-5). Ese deseo le fue concedido cuando Eliú terminó su discurso y Dios se le apareció en el torbellino (38:1 ss). Y de pronto no le quedó a Job otra cosa distinta que escuchar mientras Dios hablaba. Aunque el Señor no respondió directamente a sus preguntas, imprimió en Job el hecho de que Dios es omnipotente y omnisciente, que es el Señor que tiene el control total de este inmenso universo. No sabemos si el

Señor se dio a ver o no, pero lo hizo de tal forma que Job declaró: “Mis ojos te ven”. Ahora Job estaba satisfecho, sabía que Dios lo amaba y que solamente pensaba en su bienestar. Ahora lo veía no como a un enemigo, sino como a su amigo. El Gran Médico pronto iba a sanar sus heridas.

Las últimas palabras que aquí se registran son una clara evidencia de arrepentimiento de Job, que confesó: “Por eso me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza”. Al decir estas palabras, Job no está reconociendo que estaba equivocado en las discusiones con sus amigos. No estaba diciendo que sus aflicciones fueran la consecuencia de haber cometido grandes pecados, ni Dios lo acusó. Antes bien, Job le está dando la razón a Dios y se arrepiente de haberlo acusado según las normas humanas.

Retractándose de la forma impertinente en que le había hablado a Dios, Job afirma que se arrepiente en polvo y ceniza. En el hebreo original hay mucha semejanza entre el sonido de la palabra “polvo” *afar* y el de la palabra “ceniza” *efer*. Este es solo un ejemplo de la calidad literaria poética de este libro.

En los tiempos antiguos, la gente expresaba su pena sentándose en cenizas y echándose polvo sobre el cuerpo. En el segundo capítulo de este libro notamos que Job se sentó en cenizas (2:8) y que sus tres amigos se acercaron a él echándose polvo sobre la cabeza (2:12), aunque se sentaron frente a él y sin pronunciar palabra alguna. Para expresar profunda pena y total arrepentimiento, la gente también se vestía de cilicio (una vestimenta áspera como la arpillera) y luego se sentaba sobre cenizas, como leemos en algunos pasajes bíblicos, por ejemplo: en Isaías 58:5 y Jonás 3:6,8.

El Señor reconoció que el arrepentimiento de Job era sincero y completo, y estaba a punto de liberarlo de su gran sufrimiento y de devolverle su prosperidad. Pero antes de que esto ocurriera, el Señor tenía algo que decirles a los amigos de Job.

EL SEÑOR reprende a: Elifaz, Bildad, y Zofar; y acepta a Job

⁷ Aconteció que después que habló Jehová estas palabras a Job, Jehová dijo a Elifaz, el temanita: «Mi ira se ha encendido contra ti y tus dos compañeros, porque no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job. ⁸ Ahora, pues, tomad siete becerros y siete carneros, id a mi siervo Job y ofreded holocausto por vosotros. Mi siervo Job orará por vosotros y yo de cierto lo atenderé para no trataros con afrenta por no haber hablado de mí con rectitud, como mi siervo Job.»

⁹ Fueron, pues, Elifaz, el temanita, Bildad, el suhita, y Zofar, el naamatita, e hicieron como Jehová les había dicho. Y Jehová aceptó la oración de Job.

Los amigos no sólo habían acusado a Job de haber cometido pecados graves sino que también habían pintado una falsa imagen de Dios. Para los amigos, Dios aparecía como un ser frío y duro, que castigaba a los pecadores de acuerdo a los pecados que hubieran cometido; no estaban dispuestos a aceptar que Dios permite los sufrimientos para probar y fortalecer la fe de sus hijos. En su teología predominaba la ley, y el evangelio jugaba un papel insignificante. Sus palabras y actos, nos dejan con la impresión de que su religión era una disciplina formal, que carecía de una relación personal con Dios. Debido a las falsas ideas que tenían respecto de Dios, necesitaban la reprensión, así que el Señor les habló claramente.

Se dirigió primeramente a Elifaz, el amigo que había pronunciado el primero y más largo de los discursos. Y como Dios consideró que Elifaz era el principal responsable, quizás era el más anciano de los tres amigos. El Señor le habló sin tapujos: “Mi ira se ha encendido contra ti y tus dos compañeros”. En otros pasajes, la Biblia habla de la ira de Dios; en el Salmo que lleva su nombre, Moisés se refiere dos veces a la ira, y dice: “Ciertamente con tu

furor somos consumidos, y con tu ira somos turbados” (Salmo 90:7); pocos versículos más adelante, dice: “¿Quién conoce el poder de tu ira, y tu indignación según el temor que te es debido?” (Salmo 90:11). La ira de Dios no está manchada con el pecado como la nuestra; su ira es la reacción justa contra lo que es impuro y pecaminoso. Es interesante notar que Dios no dice que estaba enojado porque los amigos habían acusado injustamente a Job, sino que su ira se había despertado porque los amigos no habían hablado la verdad de su Señor, como la había hecho su siervo Job. Por supuesto que la falsa acusación que habían hecho contra Job era un pecado contra Job; pero era aún más, era un pecado contra Dios. Habían presentado una falsa imagen de Dios cuando acusaron a Job. Sin saberlo, los tres amigos habían sido un juguete en las manos de Satanás cuando atacaron a Job.

Es notable que en los versículos 7 y 8, el Señor se refiera a Job como “mi siervo Job”, no menos de cuatro veces. Antes le había dado el mismo título de honor en dos ocasiones durante los dos encuentros que habían tenido Dios y Satanás al principio del libro (vea 1:8 y 2:3).

Para aplacar su ira, Dios le ordenó a Elifaz que sacrificaran en holocausto siete becerros y siete carneros, una ofrenda bastante grande. El tamaño de la ofrenda refleja la seriedad de los pecados que habían cometido los amigos de Job. Habían pecado no solamente contra Job sino especialmente contra Dios. Para escapar ahora de su ira debían ofrendar esos catorce animales en sacrificio, y así lo hicieron. Y por un extraño cambio en el rumbo de los acontecimientos, los tres amigos, que antes habían acusado sin misericordia a Job, ahora estaban a disposición de su misericordia. El Señor nombró a Job como sacerdote para que orara por ellos, de modo que pudieran ser perdonados.

Antes de que le sobrevinieran las desgracias, Job había servido con toda fidelidad como sacerdote de su casa. En los primeros capítulos de este libro leemos que Job oraba por sus hijos cada vez que tenían una fiesta, y que sacrificaba holocausto por cada uno

de ellos (1:5). Ahora estaba sirviendo de nuevo en el papel de sacerdote. El hecho de que Job actuara como sacerdote sugiere la época en que ocurrieron los eventos de este libro, el tiempo de los patriarcas, antes del establecimiento del sacerdocio formal, que se estableció en la época de Moisés y de Aarón.

Job, en el libro de Ezequiel, ocupa un lugar distinguido, junto a hombres como Noé y Daniel, como uno de los grandes hombres de oración. Cuando Dios predijo la condenación que iba a azotar al pueblo rebelde de Judá, dijo también que ni las oraciones: de Noé, de Daniel, ni de Job, los librarían (vea Ezequiel 14:12-22). Sin embargo, cuando Job oró por sus tres amigos, Dios respondió a sus oraciones y los liberó. El versículo 9, termina con las palabras: “Y Jehová aceptó la oración de Job”. Eso significa que, al aceptar la oración de Job, Dios perdonó a los tres amigos.

Dios aceptó a Job como sacerdote y mediador por sus tres amigos. Podríamos considerar que Job es una figura que aparece en el Antiguo Testamento del gran sacerdote y mediador omnipotente, Jesucristo. De él leemos: “Pues hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Timoteo 2:5,6). Además: “No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). Como nuestro gran sumo sacerdote, Jesús se sacrificó por nuestros pecados (Hebreos 7:27) e intercede por nosotros ante el trono de nuestro Padre celestial (Romanos 8:34).

***EL SEÑOR le restaura la prosperidad a Job
y le concede una larga vida llena de felicidad***

¹⁰ Cuando Job hubo orado por sus amigos, Jehová le quitó la aflicción; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job. ¹¹ Todos sus hermanos, todas sus hermanas y todos

los que antes lo habían conocido vinieron a él y comieron pan con él en su casa. Se condolieron de él, lo consolaron de todo aquel mal que Jehová había traído sobre él y cada uno le dio una moneda de plata y un anillo de oro.

¹² Jehová bendijo el postrer estado de Job más que el primero, porque tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas. ¹³ También tuvo siete hijos y tres hijas. ¹⁴ A la primera le puso por nombre Jemima; a la segunda, Cesia, y a la tercera, Keren-hapuc. ¹⁵ Y no había en toda la tierra mujeres tan hermosas como las hijas de Job, a las que su padre dio herencia entre sus hermanos.

¹⁶ Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación.

¹⁷ Job murió muy anciano, colmado de días.

Después de que Job sirvió como sacerdote y mediador por los tres amigos, el Señor le restableció su prosperidad. La versión del inglés conocida como *King James* da una traducción literal del hebreo: “EL SEÑOR regresó a Job de su cautividad”. En otras partes del Antiguo Testamento se usa esta misma expresión respecto de Israel y de Judá, después que el pueblo había estado cautivo bajo el poder de otras naciones. Vea, por ejemplo: los Salmos 14:7, 85:1, 126:4; Jeremías 29:14, 30:3, 33:7. La expresión describe con gran precisión la severa aflicción que le sobrevino a Job, en términos de cautividad, cuando estaba sentado fuera de la ciudad completamente solo, con excepción de los pocos visitantes que se acercaban para regañarlo. Pero ahora las cosas eran diferentes; el Señor le había devuelto su prosperidad—realmente le dio el doble de lo que originalmente tenía.

Cuando leemos el versículo 10, tenemos la impresión que la vida de Job cambió de manera instantánea, que casi no transcurrió ningún tiempo entre el fin de su prueba y la plena restauración de su prosperidad. Pero esa conclusión no se justifica; más bien, el versículo 10 es un resumen del proceso de su restauración. Los



Job consolado por su nueva familia

versículos 12-15, sugieren que los bienes materiales que le dio Dios fueron adquiridos durante cierto período de tiempo y no de inmediato.

Antes de su aflicción, Job había sido un hombre generoso y hospitalario; y ahora, después de su restauración, nuevamente dio muestras de su generosidad al tener invitados a su mesa otra vez. El versículo 11, nos dice que sus hermanos y hermanas (lo que probablemente incluía primos y otros parientes) así como otros conocidos, acudieron a comer con él y a consolarlo.

Nos preguntamos: ¿por qué estas personas no fueron antes a visitarlo y a consolarlo, cuando él tenía mayor necesidad de su compañía y de su consuelo? Durante su terrible aflicción, Job había dicho amargamente: “Hace que de mí se alejen mis hermanos, y que mis conocidos, como extraños, se aparten de mí. Mis parientes se detienen, mis conocidos me olvidan... Mi aliento ha venido a ser extraño a mi mujer, aunque por los hijos de mis entrañas le rogaba... Todos mis íntimos amigos me aborrecen, y los que yo amo se vuelven contra mí” (19:13-14, 17, 19). ¿Eran los parientes y conocidos “amigos sólo en las buenas”? A los amigos se les conoce en la necesidad, como dijo Benjamín Franklin: “Un amigo en la necesidad es un amigo de verdad”. Cuando Job estaba en necesidad, los amigos lo habían abandonado.

Y sin embargo, haríamos bien en abstenernos de juzgar apresuradamente y sin misericordia a esas personas. Tal vez haya razones que puedan explicar, aunque no justificar su negligencia en visitar a Job en los tiempos de su gran tribulación.

1. Vivimos en una sociedad diferente a la de esas épocas. Es difícil para nosotros entender o apreciar las costumbres de las personas que vivieron hace 4.000 años al otro lado del mundo.
2. Los parientes y conocidos de Job pudieron haberse horrorizado ante la idea de ver a un amigo cuya apariencia física había llegado a ser tan repugnante y grotesca como resultado de sus aflicciones. Sus sentimientos por Job pudieron haber sufrido cierta tirantez.

3. En ninguna parte de estos versículos menciona el autor inspirado que Dios haya criticado o reprendido la conducta de esas personas por no haber visitado a Job durante su tiempo de aflicción.
4. La soledad de Job fue un aspecto muy importante de su aflicción y de sus sufrimientos. Durante esos días difíciles, nadie fue para condolerse de él o consolarlo. Sus tres amigos sólo se limitaron a reprenderlo y a acusarlo. Eliú habló del amor de Dios, pero él mismo no mostró ningún amor por su pobre amigo. La presencia de ellos sólo debió haber aumentado el desconsuelo de Job. Para probar que Job era un hijo fiel, el Señor lo había sometido a una prueba muy dura, pero por la gracia de Dios Job la pudo superar.

Aunque su ausencia quizás nos parezca inhumana, haríamos bien en abstenernos de juzgar a los parientes y a los amigos por no haber visitado a Job durante el tiempo de su sufrimiento.

Después de que a Job le fue devuelta su antigua prosperidad, los parientes y amigos abundaron y vinieron a comer a su lado, dándole muestras de cariño y de condolencia. Comprendieron que había perdido todas sus propiedades y a sus hijos. Cada uno también le dio una moneda de plata y un anillo de oro. La palabra hebrea que se ha traducido como “moneda de plata” por lo visto se refiere a una moneda de gran valor. Esa palabra sólo se encuentra aquí y en otros dos pasajes del Antiguo Testamento. En Génesis 33:19, se nos dice que Jacob compró una parte del campo por 100 piezas de plata. En Josué 24:32, leemos que los israelitas sepultaron los huesos de José en esa parte del campo en Siquem. Y como la palabra no se menciona de nuevo en ninguna otra parte del Antiguo Testamento, concluimos que fue una unidad de dinero que se utilizó durante los días de los patriarcas, pero probablemente ya no se usaba en tiempos posteriores a ellos. Tanto los hombres como las mujeres usaban anillos de oro en los tiempos antiguos. Esos aros se podían llevar en las orejas, como se puede concluir por lo que se dice: en Génesis 35:4 y en jueces 8:24. En

este último pasaje, Gedeón pide que los israelitas le den los zarcillos del botín que les habían quitado a los ismaelitas.

El versículo 11, dice: que “todos sus hermanos, todas sus hermanas y todos los que antes lo habían conocido” vinieron a ver a Job. ¡Esa debió haber sido una muy buena reunión! Y como cada uno de sus visitantes le dio una moneda de plata y un anillo de oro, el valor de lo regalado debió haber sido muy grande. Pero esos regalos sólo fueron una pequeña parte de su fortuna, como lo vemos en el versículo 12.

En el primer capítulo del libro de Job, el sagrado escritor nos dice que Dios bendijo a Job con siete hijos y tres hijas. Luego agrega que Job era dueño de 7.000 ovejas, 3.000 camellos 500 yuntas de bueyes (es decir 1.000 bueyes), y 500 asnas, así como también muchísimos criados.

¡En el pasado Job había sido un hombre próspero! Ahora, después de su aflicción, Dios le *duplicó* sus bienes y el número de su ganado: 14.000 ovejas, 6.000 camellos, 1.000 yuntas de bueyes (es decir 2.000 bueyes), y 1.000 asnas. Ninguna mención se hace de los criados en este capítulo, pero ciertamente que necesitaba muchos más que al principio, probablemente el doble de los que había tenido antes.

Es interesante notar que en el capítulo 1 se menciona a los hijos antes que el ganado, y sin embargo en el último capítulo se mencionan después del ganado. Probablemente el orden no signifique mucho, excepto para enfatizar que la cantidad de ganado se duplicó mientras que el número de hijos permaneció igual – siete hijos y tres hijas.

Se ha sugerido que en cierto aspecto el número de los hijos de Job también se duplicó. Los primeros diez hijos habían sido llevados al cielo cuando murieron, así que en realidad Job tenía veinte hijos. Esta teoría es poco probable porque afirma algo que el texto no dice. Un erudito bíblico sugiere que los diez hijos de Job, que habían muerto en una fuerte tormenta (1:18), fueron milagrosamente devueltos a la vida antes de que terminara la

prueba de Job y que, en realidad, los hijos que se mencionan al final son los mismos que tuvo al principio. El basó su teoría en una ligera diferencia que ocurre en el texto hebreo entre Job 1:2 y 42:13. Literalmente 1:2 dice “y le nacieron” (a Job) siete hijos y tres hijas”. La *New International Version* traduce los dos versículos como “tuvo siete hijos y tres hijas”. Aunque esta teoría es interesante, parece presionar demasiado la diferencia entre los dos pasajes del texto hebreo. Además, en ninguna parte del texto se indica algún milagro de resurrección que hubiera ocurrido en esa ocasión.

Una persona que no se menciona en este capítulo es la esposa de Job. Tampoco se le menciona en el capítulo 1. Ella aparece brevemente en el capítulo dos cuando incita a Job a maldecir a Dios y morir. Job la menciona sólo dos veces en sus discursos, en 19:17 y 31:10. El hecho de que la esposa de Job no sea mencionada en este último capítulo presenta algunos problemas. ¿Fue la misma esposa que se mencionó antes en el libro? La gran mayoría de los comentaristas sostienen que así fue. Por ejemplo, en su libro *El verbo se hizo carne*, Horacio Hummel dice: que “obviamente volvió a ser madre de los hijos de Job en su restauración al final del libro” (474). Podríamos estar de acuerdo con esta opinión. El sagrado escritor no dice que la esposa de Job haya muerto ni que Job se haya vuelto a casar. Podría estar fuera de toda consideración para Job el divorciarse de su esposa. Debemos, por tanto, suponer que la madre de los diez hijos que se mencionan en este último capítulo fue la misma que una vez habló para aconsejar mal a Job en el capítulo 2.

Y sin embargo queda un problema; después de haber tenido los diez hijos en el capítulo 1, ¿pudo tener otros diez? Aun si suponemos que pudo haber tenido nacimientos múltiples en algunos embarazos, ¿estaría la esposa de Job todavía en edad reproductiva? Cuando Sara, la esposa de Abraham, dio a luz a Isaac a la edad de 90 años, la Biblia lo relata como un milagro (Vea Génesis 18:12; Hebreos 11:11). Aunque en la Biblia no se

menciona la edad de Job en el tiempo de su aflicción y restauración, tenemos la impresión que era un hombre maduro. Hay una tradición que dice que Job tenía setenta años de edad cuando le sobrevinieron las aflicciones. Su esposa probablemente no era más joven que él. Tal vez la mejor solución es asumir que Dios obró un milagro cuando les dio a Job y a su esposa diez hijos más. Cualquiera que haya sido la solución al problema, aceptamos lo que la palabra de Dios dice en este texto: “Tuvo siete hijos y tres hijas”.

En la mayoría de los versículos del Antiguo Testamento donde aparecen nombres personales, los nombres de los hijos varones se mencionan y los de *las hijas se omiten*. Eso es evidente en: Génesis: 5, 10,11, y 26, así como en otros versículos. En este último capítulo del libro de Job ocurre lo opuesto. Los nombres de las tres hijas de Job también son interesantes. Su primera hija se llamó *Jemima*, lo cual significa “paloma”. En el libro del Cantar de los Cantares, Salomón se dirige a su amada como “paloma mía” (2:14). El nombre de la segunda hija de Job fue *Cesia*, lo cual significa “canela”, sugiriendo una fragancia agradable. El nombre de la tercera hija, *Keren-hapuc*, significa “cuerno de pintura para los ojos”, indicando la belleza de su rostro, acentuada con sombra en los ojos (¡también usaban cosméticos en los tiempos antiguos!). Todos estos nombres sugieren belleza, y el sagrado escritor dice que ninguna mujer en la tierra se comparaba a la belleza de las hijas de Job. La belleza también es un don de Dios.

Las hijas de Job no sólo eran bellas, sino que también recibieron una herencia como sus hermanos. Este hecho indica que las mujeres eran tenidas en alta estima en la cultura de los tiempos de Job. Esa es otra evidencia que sugiere que Job vivió en los tiempos de Abraham, una época en la que se hace mención especial: de la belleza de Sara (Génesis 12:11), así como la de Rebeca (Génesis 24:16), y la de Raquel (Génesis 29:17). Las tres mujeres ejercieron gran influencia en su casa, como probablemente también fue el caso con las tres hijas de Job.

Durante el tiempo de Moisés y de los israelitas, como una regla general, solamente los hijos varones recibían la herencia, las hijas no tenían parte en ella. Una excepción a la regla se encuentra en Números 27:1-11, donde se dice que un hombre llamado Zelofehad no tuvo hijos y sus cinco hijas le pidieron una solución a Moisés, quien a su vez buscó una solución en el Señor. Respondiendo a su petición, el Señor le dio instrucciones a Moisés para que dividiera la propiedad del padre en cinco partes iguales para las hijas.

La distribución equitativa de la propiedad de Job entre sus diez hijos es una evidencia de la paz y la armonía que de nuevo prevalecían en su hogar, tal como se destaca en el principio del libro. La agonía y el dolor que Job sufrió habían llegado a su fin. Tenían por delante una vida de gozo y satisfacción. En pocas palabras, los dos últimos versículos resumen la última y más larga parte de la vida de Job—140 años, dos veces la vida que normalmente vive una persona. No se nos dice cuántos años tenía cuando comenzó esta última parte de su larga vida. Si tenía setenta años, como la tradición lo señala, Job alcanzó la edad de 210 años—una vida más larga que las de: Taré (205), Abraham (175), Isaac (180), o Jacob (147). Si tenía sesenta años cuando las aflicciones lo azotaron, su vida fue de 200 años. No podemos decirlo con certeza, pero parece que debió haber vivido por lo menos 200 años.

Leemos que Job vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación. ¿Qué significa esto? Si contamos a Job como la primera generación, Job vio a sus bisnietos. Si contamos a sus hijos como la primera generación, entonces vio a sus tataranietos. En cualquier caso debió haber visto a muchos de sus descendientes, especialmente porque tenía diez hijos. Los Salmos 127 y 128, dicen que los hijos son una gran bendición de Dios. Job gozó abundantemente de esa bendición.

El libro de Job concluye con un versículo muy breve. “Job murió muy anciano, colmado de días”. La Biblia describe en forma semejante las muertes de Abraham (Génesis 25:8) y de Isaac

(Génesis 35:29). La expresión indica que su vida fue: larga, exitosa, satisfactoria, y rica en bendiciones de Dios.

Con esto concluimos nuestro estudio del libro de Job, un libro verdaderamente notable. Es un libro que profesa profundos pensamientos en un bello lenguaje. De forma dramática, el libro lucha a brazo partido con los problemas del sufrimiento humano y del poder de Dios en el mundo. Muestra a Job como un hombre sujeto al sufrimiento intenso por razones que desconocía. Aunque fue probado hasta el límite de su capacidad y en ocasiones se quejó amargamente, por la gracia de Dios se aferró a la fe en su Señor y Redentor.

¿Qué podemos aprender del ejemplo de Job? La opinión popular es que Job nos dejó un ejemplo de paciencia en los sufrimientos. Por supuesto, necesitamos aprender esto. ¿Pero realmente fue Job paciente en esa prueba?, ¿Acaso, en ocasiones, no se mostró impaciente no sólo con sus amigos sino hasta con Dios? Como un gran hombre que era, Job también tuvo sus debilidades. Si hubiera confiado en él mismo, habría fracasado por completo. Sólo cuando se puso por completo en las amorosas manos del Señor realmente encontró su verdadera fuerza.

Con los ojos de la fe, Job buscaba a su Redentor, el Señor Jesucristo, cuyas aflicciones y sufrimientos fueron mucho más intensos que los de Job. El Señor Jesucristo sufrió: por Job, por usted, por mí, y por toda la humanidad, para que el infierno no sea nuestro hogar de sufrimiento eterno. Con su agonía y su muerte, nuestro Salvador llevó sobre él el castigo por nuestros pecados. Las aflicciones que sufrimos como cristianos ya no son los castigos que vienen de Dios iracundo, sino una disciplina paternal que nos da el Padre celestial, lleno de amor. Job aprendió esta lección. ¡Dios permita que nosotros también la aprendamos!

Cuando vengan los problemas y nos sintamos tentados a quejarnos o a desesperarnos, entonces volvamos a nuestro Salvador y recibiremos la fuerza que necesitamos. En uno de sus himnos, el gran escritor luterano de himnos Paul Gerhardt expresó esta verdad de una manera muy bella:

¿Por qué la cruz y las pruebas deben afligirme?
Cristo está cerca y me anima;
Él nunca va a dejarme
¿Quién puede evitar que yo vaya al cielo
Que el Hijo de Dios
A mi fe la ha dado y es mi consuelo?

Aunque la pesada cruz me cansa
Y mi corazón siente dolor
¿Acaso debo perder la esperanza?
Dios, mi ayudador, esta cruz me ha dado
Él sabe muy bien de mis tribulaciones
Y la mejor manera de ponerles fin
(The Lutheran Hymnal,
El himno luterano, 523:1,2.
Traducido por Albina Teigen)

TABLAS DE BIBLIAS

- RV-95 *Reina Valera Estándar 1995* [América Latina]. 06-02-2009. CAP Americas
- DHH *Dios Habla Hoy, La Biblia Versión Popular*. Mexico, D.F.: Sociedades Bíblicas Unidas, 1979.
- LBLA *La Biblia de las Américas*. La Habra, CA: The Lockman Foundation, 1986, 1986.
- NIV *The Holy Bible, New International Version*. Grand Rapids, MI: Zondervan, 1978.
- RVA *Santa Biblia: Version- Reina Valera Actualizada*. El Paso, TX: Editorial Mundo Hispano, 1989.
- RV-60 *La Santa Biblia*. Antigua Versión de Casiodoro de Reina de Reina (1569). Revisada Por Cipriano de Valera (1602). Revisión de 1960. Mexico. D.F: Sociedades Bíblicas En América Latina.
- RV-77 *La Santa Biblia: Reina-Valera 1977*. Terrassa, España: CLIE, 1977.

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Job es una pieza literaria maestra que relata la historia de un hombre descrito como “perfecto y recto”, “temeroso de Dios y apartado del mal”. Sin embargo Job sufrió. En este libro Dios le recuerda a los creyentes que algunas veces él les envía sufrimiento para probarlos. Pacientemente su pueblo fiel soporta cada prueba, confiando que los caminos de Dios están muy lejos de la capacidad de entendimiento humano.